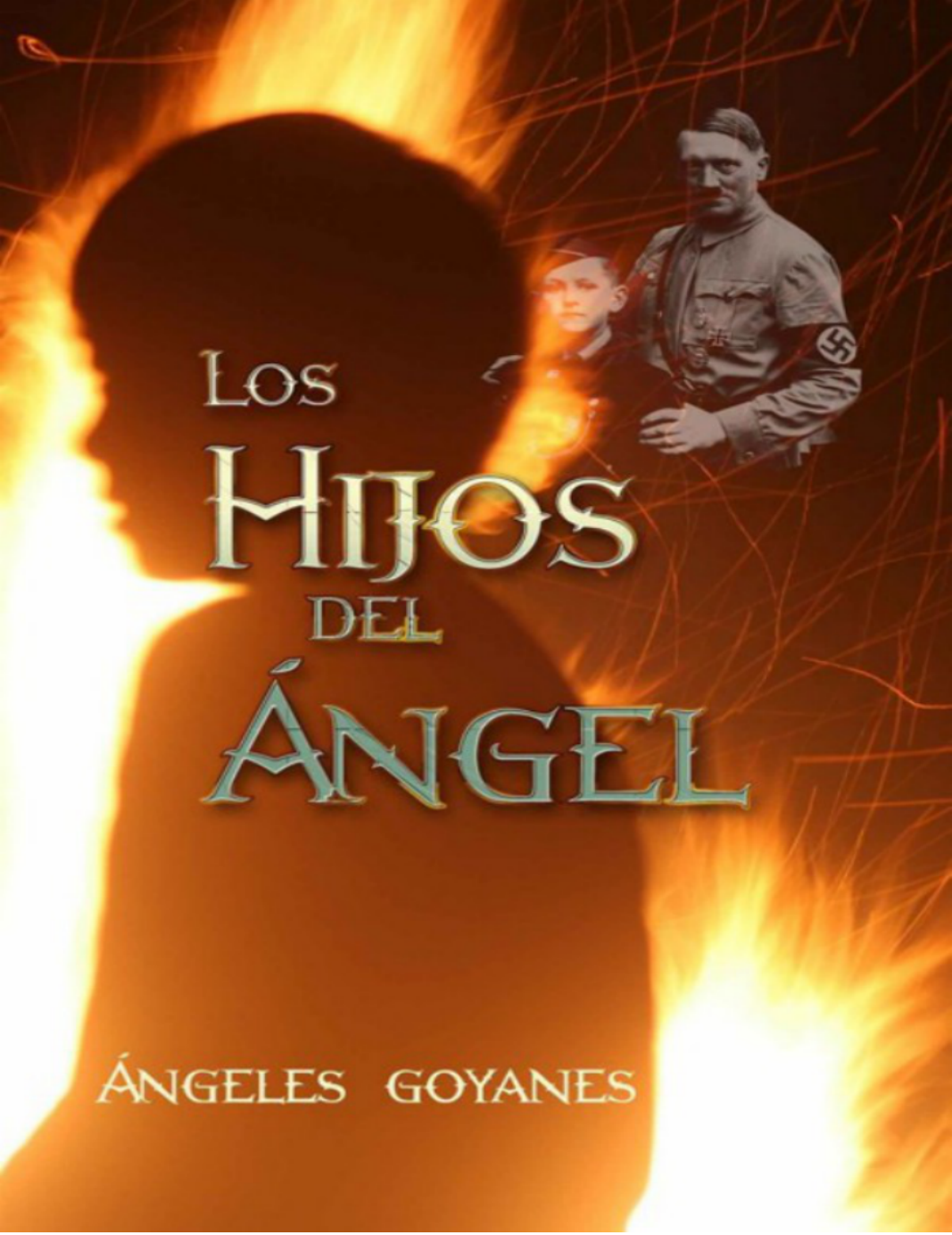

Los
Hijos
del
Ángel
Ángeles Goyanes

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la autora. Todos los derechos reservados.

© Ángeles Goyanes, 2011

http://www.angelesgoyanes.com

LOS HIJOS DEL ÁNGEL

Ángeles Goyanes

Capítulo 1

…Y yo, yo tomé de los dos el menos trillado

–¡En este colegio tenemos unas normas, señor Suarez! –bramó el profesor.

Espatarrado en su pupitre de la última fila del aula, el señor Suarez paseó una mirada de asqueado hartazgo entre los alumnos, que fue finalmente a fijarse, desafiante, en el rostro adusto del profesor.

–¿Quiere hacer el favor de sentarse como es debido, o he de enviarle de nuevo al despacho del director?

El señor Suarez, a quien su madre y algunas chicas llamaban Rick, se mordió los labios en un gesto de resignación y se incorporó en su silla.

El alto y robusto profesor permaneció erguido frente a él, contemplando con notorio disgusto la franja morada que, desde la frente a la nuca, atravesaba el cabello rubio oscuro del chico. Rick le devolvió una mirada adornada por una sonrisa insolente.

–No sólo es usted un alumno mediocre, sino también sucio y maleducado. A menos que se corrija desde ahora, le auguro un pésimo futuro. Y si vuelve a presentarse en mi clase con aspecto de payaso le expulsaré de inmediato. Queda advertido.

La rígida faz de ojos oscuros apenas se alteraba ya ante ninguna provocación. El insólito bigote, cuyos largos extremos se curvaban hacia arriba, estaba encanecido, al igual que el escaso cabello, y en ello estaba convencido de que no tenían poco que ver estúpidos jovenzuelos como aquél, cuya misión en la vida no parecía ser otra que hacer perder el tiempo a los demás, entorpeciendo el ritmo académico. Otros profesores se achantaban ante ellos y perecían víctimas de un sistema que prima los derechos de los gamberros sobre los de quienes dedican su vida a la educación, pero él no, y los chicos como ése lo sabrían. Dio la vuelta y cruzó el aula hasta el estrado, seguido por la mirada amarga, dolida y levemente iracunda del aludido.

Los compañeros, que habían encontrado en la escena unos momentos de relax y escape ante la amenaza de ser llamados a la pizarra, fueron volviéndose perezosamente y Rick dejó de sentir el peso de todas las miradas sobre él.

–No le hagas caso –susurró Ruth, la muchacha que se sentaba a

su lado–. Es un imbécil. La tiene tomada contigo.

Él se encogió de hombros.

–Que le den –musitó.

La joven inclinó la cabeza sobre los apuntes y se acarició el cabello. Buscaba las palabras.

Él la miró de reojo por un instante. Era maja. Hasta la encontraba mona, aunque como muchas otras. Nada especial.

En la clase reinaba un silencio absoluto. En lo alto de la tarima, de pie junto a una inacabable ecuación que había escrito en la pizarra, la vista aguda del profesor sobrevolaba el aula en busca de una víctima. Las cabezas de todos se agachaban como avestruces, fingiéndose inmersas en los libros, conteniendo la respiración a fin de no hacerse notar, mientras rezaban por no ser los escogidos.

Ruth también se hallaba nerviosa, pero no era debido a la ecuación. Rick le gustaba y, consciente de que él no estaba lo bastante interesado como para dar el primer paso, planeaba la forma de proponerle una cita.

El desdichado fue finalmente elegido y las cabezas se elevaron, los músculos se relajaron y los pulmones se llenaron de nuevo.

–¿Vienes luego a los billares? –Ruth lo soltó lo más rápido y desenfadadamente que pudo–. Vamos todos.

Él la contempló con algo de sorpresa. “Todos” no era nadie que a él pudiese interesarle.

–No me gusta jugar al billar –le respondió.

–Ah –murmuró ella, dirigiendo la mirada hacia sus apuntes. Llevó la mano a su nuca y, con un gesto rápido, impulsó hacia delante su larga trenza dorada.

–¿Y al cine? –volvió a preguntar, mientras calmaba los nervios jugueteando con ella.

Él hizo un mohín que implicaba que la desaprobación no era absoluta.

–¿Quiénes vais? –preguntó.

–No… –musitó ella ruborizándose–. Me refiero a… tú y yo…

Rick la miró y la encontró nerviosa, casi asustada. Sonrió sin poder evitarlo. No es que la considerase tan inadmisible como a las demás. Era inteligente, buena amiga, audaz y resuelta, pero sin ese dinamismo hiperactivo de las tontas, y probablemente capaz de pasar unas horas a solas con otra persona sin caer en embarazosos momentos de aburrimiento.

–Pues… –empezó a contestar.

–¡Señor Suarez! –el rugido del profesor hizo saltar en sus asientos a varios alumnos y, desde luego, a Rick–. ¿Considera que no ha tenido suficiente protagonismo por hoy, que no ha robado suficiente tiempo a los alumnos de esta clase que aún tiene que

continuar privando del derecho a la educación a su compañera de pupitre?

Ruth, de inmediato, inició la defensa de su compañero.

–Ha sido culpa mía, señor Tejerina. Últimamente no veo bien de lejos y no entendía lo que ha escrito usted en la pizarra.

El profesor observó atentamente a Ruth con indisimulado recelo y una respuesta insultante lamiéndole los labios. Indudablemente los atractivos del chico la estaban induciendo a mentir, pero no había forma de asegurarse, y Ruth era una de sus más brillantes alumnas.

–Una sola palabra más y los expulsaré a ambos –se contentó con amenazar.

En aquel momento, unos golpes en la puerta dieron paso a un joven de un curso superior.

–Buenas tardes, señor Tejerina. El director quiere ver a Ricardo Suarez en su despacho

–¿Ahora?

–Sí, señor.

El profesor se volvió a Rick traspasándole con una mirada sardónica.

–¿Qué ha hecho esta vez, Suarez? –le preguntó sin disimular su satisfacción ante la nueva humillación que afrontaba su alumno–. Ya lo ha oído. Al despacho del director, de inmediato.

Rick permaneció inmóvil un instante, sorprendido, por primera vez en su ajetreada trayectoria académica, de verse llamado a presencia del director. No había hecho nada que lo justificase, ni siquiera a ojos de aquellos dictadores. Abandonó su pupitre y recorrió el estrecho pasillo, nuevamente observado por todos.

El profesor le dirigió una última mirada, descaradamente burlona.

–¡No tenga prisa! –le dijo, mientras la puerta se cerraba tras él.

Ruth, que había visto brutalmente interrumpido su escarceo amoroso justo en el momento en que Rick la estaba contestando, lanzó un descorazonado suspiro. ¡Con el esfuerzo que le había costado y lo cerca que había estado! No podía volver a pedírselo. Si él no retomaba la conversación, sería, obviamente, porque no estaba interesado en la oferta.

En su pupitre, Rick había dejado abierto el libro de matemáticas y un cuaderno sobre el que había garabateado un montón de signos geométricos en torno al problema de la pizarra. Ruth los apartó sigilosamente hasta dejar visible el texto que su amigo había grabado sobre la madera con el punzón de trabajar estaño. Le gustaba leerlo, pues delataba la auténtica forma de ser de Rick y lo mucho que tenían en común. Se basaba en un poema de Frost, y

decía: *"Dos caminos se bifurcaron en un bosque amarillo, y yo, yo tomé de los dos el menos trillado."*

Rick recorrió el largo trayecto hasta la otra ala del edificio, hastiado de su vida de colegial. Nada de lo que el director fuese a decirle le inquietaba lo más mínimo. Al fin y al cabo, ¿de qué podía quejársele esta vez? ¿De su pelo? ¿De su disidencia en la clase de religión? ¿De sus ausencias y su falta de atención? ¿De su desinterés por las actividades en grupo? Nada nuevo.

Llamó a la puerta, sorprendido por la voz femenina que surgía del interior. Por lo visto, el director no estaba solo. Al abrir apareció el familiar despacho ante él, pequeño, austero. Todo él líneas rectas y colores neutros que a Rick le producían una impresión fría y desagradable. Miró al director inquisitivamente desde el umbral.

–Adelante, Suarez.

La mujer era joven e iba bien arreglada. Vestía un traje de chaqueta de color rosa y se adornaba con una profusión de oro. A Rick le saltó a la vista un exceso de maquillaje que incluso podía olerse. No le gustaban tales máscaras. Ella se puso en pie, mirándole sonriente y complacida, y le ofreció su mano.

–Hola, Rick. Soy la doctora Suances. Amelia Suances –se presentó. Tenía una voz suave y amable.

–Suarez, tome asiento, por favor. La doctora Suances ha venido expresamente a verle a usted. ¿Adivina porqué?

El director le contempló serenamente, sentado al otro lado de la mesa. Era de baja estatura, regordete, de carácter generalmente templado.

–No tengo ni idea –le contestó Rick con un mohín irónico. ¿Sería posible que le hubiesen mandado una psicóloga de ésas que se ocupan de los chicos "especiales", de los casos perdidos?

–¿Recuerda los tests de inteligencia que les realizaron hace un par de meses? Yo sí. Eran optativos, fuera del horario escolar, y usted dio la nota, como acostumbra, negándose a hacerlos. Pero, por suerte para usted, los autocares se retrasaron a causa de la nevada y finalmente accedió a realizar el test para matar el tiempo.

–Lo recuerdo. No como usted lo ha explicado, pero lo recuerdo.

–Muy bien, pues parece que sus resultados fueron dignos de un genio, Suarez, completamente fuera de lo normal.

Rick le escrutó atentamente y después a la mujer, que continuaba observándole sin dejar de sonreír.

–No puede estar hablando en serio –dijo el joven, dirigiéndose a la doctora–. Sólo eran unos pasatiempos sencillos.

–¿De verdad te lo pareció así? –preguntó ella maravillada–. Obtuviste sesenta puntos más que el compañero que quedó en

segundo lugar, y aun así su puntuación ya fue espectacular, Rick.

Él la contempló durante unos momentos y luego lanzó una breve risotada irónica.

–Supongo que ya estará al tanto de que mi sensacional coeficiente intelectual me consiguió tres suspensos la evaluación pasada.

La doctora agitó la cabeza.

–Es algo común entre los jóvenes superdotados el bajo rendimiento escolar, debido a la falta de estímulos adecuados a su talento. Las explicaciones mil veces repetidas, los parones y retrasos producidos por la lentitud de los otros alumnos hacen que te aburras, que pierdas la concentración y el interés por las clases. Probablemente te entretengas durante ese tiempo con tu propia imaginación, creando historias, aislándote en mundos inventados. También es probable que las aptitudes sociales no sean tu fuerte. No encuentras mucho en común con tus compañeros, no te divierte lo mismo que a ellos, ni siquiera son capaces de comunicarse a tu mismo nivel. Cuando estás en su compañía debes esforzarte por ceñirte a su argot y al mínimo léxico de que hacen uso. Nada a tu alrededor es precisamente una fuente de estímulos, y es por eso por lo que estoy aquí, Rick, para ayudarte a llegar al límite de tu potencial, poniendo a tu alcance los medios adecuados.

Era difícil saber lo que pasaba por la cabeza de Rick en aquel momento. La miraba sin manifestar asentimiento ni negación, confusión o sorpresa.

El director decidió romper el silencio.

–¿La rebeldía y el gamberrismo también forman parte del cuadro, doctora? –ironizó.

–¡Yo no soy ningún gamberro! –le increpó el chico al instante.

La furiosa queja desconcertó al director por unos segundos.

–Suarez, no le consiento que emplee conmigo ese tono. Discúlpese de inmediato.

–No tengo porqué; es usted quien me ha insultado. Puede llamarme insolente, puede decirme que respondo a los profesores y que no soy fácil de conducir por su maldito carril de borregos, pero no soy ningún gamberro y no pienso quedarme callado como si lo admitiese.

En deferencia a la doctora, que comenzaba a manifestar cierto embarazo, el director se impuso templanza. Después de todo, no tenía pruebas en contra de lo que el chico decía.

La doctora decidió intervenir.

–Disculpe, señor director. Me gustaría mantener una pequeña charla informal con Rick, y creo que no es necesario que le importunemos más. Lo cierto es que ya tengo muy poco tiempo, y,

aprovechando el día soleado y el bonito jardín de su colegio, estaba pensando que podríamos dar un paseo, si a Rick y a usted les parece bien.

Al director le pareció inteligente por parte de la doctora, pues en medio de la tensión que se había creado le sería imposible sacar nada en claro del chico. Por su parte, él estaría encantado de perderle de vista cuanto antes. Si la intención de la doctora era sacarlo de su colegio para siempre, no sería él quien le pusiese dificultades.

Pocos minutos después, Rick y la mujer caminaban sobre el césped bajo el cálido sol de mayo.

–Ahora que estamos solos puedes ser franco conmigo, Rick. ¿Qué te parece la idea de recibir educación junto a otras personas a tu nivel? Se acabaría el disimular tu inteligencia, el sentirte al margen de todo y de todos. Serías tratado como un adulto. Encontraríamos tus áreas de mayor talento y nos enfocaríamos en ellas. Vivirías en un entorno que se adapta a ti, y no al contrario, como hasta ahora.

Rick se rió.

–Una forma distinta de marginación. Un gueto para genios.

– Cuando salieras de eso que tú llamas gueto te esperaría un mundo de infinitas posibilidades. Mi oferta es lo mejor que puedes esperar de una sociedad enfocada a la producción de peones, que margina y pisotea a quienes podrían convertirse en líderes que cambiasen el estado de cosas. Quieren que seas un inadaptado durante el resto de tu vida. Que vivas asustado, solo, silencioso, conforme con tus dosis de pan y circo. ¿Es eso lo que tú quieres? ¿Conformismo, pan y circo, como todos ellos?

Rick cruzó los brazos sobre su pecho mientras andaban con lentitud.

–Mi único deseo es pasar inadvertido –reveló–. Eso es lo único que he querido siempre.

Ella le sonrió, dirigiendo una breve mirada a la franja morada de su cabello. Comprendiendo, él se encogió de hombros y declaró:

–No puedo evitar estas cosas. No deberían tener importancia.

–¿Has conseguido alguna vez pasar tan inadvertido como deseas?

–No –declaró él.

–Nunca lo conseguirás, Rick, y lo sabes. –Abandonaron la explanada de hierba y tomaron el camino que conducía a la salida de la escuela–. Necesitas más información. Acompáñame a mi coche, lo aparqué cerca. Te daré un montón de documentos para que puedas considerar la oferta detenidamente, junto a tus padres.

Traspasaron la verja. Al otro lado había un gran aparcamiento

donde se estacionaban los numerosos autocares que trasladaban a los alumnos desde sus hogares en la ciudad hasta el distante colegio. A aquellas horas estaba vacío. Doblaron a la izquierda, donde sólo podía verse una furgoneta negra.

–Dejé el coche un poco más allá, bajo un árbol con sombra.

Rick se introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y la siguió por inercia.

Entonces, al llegar junto a la furgoneta negra, sus puertas se abrieron con un súbito estruendo y de ella salieron dos hombres que se abalanzaron sobre la espalda de Rick. El muchacho percibió la humedad de un pañuelo impregnado de cloroformo aplastado contra su nariz y su boca. Trató de contener la respiración, pero era imposible cuando necesitaba luchar con todas sus fuerzas para desasirse. Los hombres le habían arrojado una especie de enorme manta cuyo interior era plateado, al igual que los materiales ignífugos que se emplean en los guantes de cocina y los trajes de los bomberos, e intentaban enrollársela alrededor del cuerpo.

–¡Cuidado! –gritó uno de los hombres–. ¡No dejéis que os toque!

–Tranquilos –dijo ella–. No es de primera generación.

Rick había logrado zafarse del pañuelo, que ahora yacía en el suelo pisoteado y cubierto de tierra, pero las involuntarias inhalaciones parecían haberle hecho algo de efecto. Sentía un cierto mareo y los hombres se le antojaban cada vez más fuertes. Se creía constreñido por docenas de brazos. Mientras seguía luchando, tratando vanamente de escapar, vio, aterrado, cómo la mujer abría su bolso y sacaba de él un enorme cuchillo.

–¡Sujetadlo! –ordenó ella a los hombres–. ¡Sujetadlo!

Y un instante después el cuchillo atravesaba su cuerpo.

Rick profirió un grito sordo que era a la vez de pánico y de dolor, y en seguida sintió quebrarse sus piernas, faltas de fuerzas para sostenerle. Amelia Suances extrajo el cuchillo de su carne con un tirón seco y el dolor se agudizó, pero la sangre comenzó a escapar tan rápidamente que pronto todo dejó de importar. Se dejó sostener por los hombres, mientras su conciencia desaparecía, y poco después percibió, envuelto en una bruma, cómo introducían su cuerpo desmayado en la furgoneta.

Las puertas de la furgoneta se cerraron tras el cadáver de Rick. Quedaban el silencio y un inmenso charco de sangre a los pies de sus asesinos.

–Era fuerte –dijo uno de los hombres–, pero, ¿estás segura de que era uno de ellos?

–Completamente –aseguró ella. Su voz era ahora diferente, firme, áspera–. Debía de ser de cuarta o quinta generación, puede que más, pero aun así un grave peligro.

–Podíamos haberle reducido. Teníamos que haberle sometido a más pruebas. Sólo porque un chico sea inteligente no significa que sea uno de ellos.

–Le sometí a un test para adultos superdotados ante el que el resto del colegio quedó en ridículo, Carl –respondió ella, molesta–, pero ese chico superó de forma impresionante la mayor puntuación jamás conseguida. A sus catorce años su coeficiente intelectual era muy superior al de Einstein. Cumplía todo el perfil: rebelde, independiente, asocial…

–Sigo diciendo que eso no prueba nada –mantuvo Carl.

–¿Hubieras preferido esperar hasta verlo liderar el siguiente genocidio? –exclamó ella, incapaz de contener la creciente irritación.

–Lo que digo es que no pienso volver a participar en el asesinato de niños que podrían ser normales.

–¡Eh! Discutid eso más tarde –exigió el otro hombre–. Tenemos que largarnos.

Con sus zapatos, enviaron algo de tierra endurecida sobre la mancha de sangre, que apenas quedó disimulada.

Al poco, la furgoneta se alejaba del colegio.

–Vayamos a por el siguiente –dijo ella–. Esta vez nos esforzaremos por encontrar uno de primera o segunda generación. Uno que no ofrezca dudas a Carl.

En el asiento de atrás, Carl aún podía ver el inmenso charco de sangre extendiéndose bajo sus pies. Lo seguiría viendo durante mucho tiempo.

Capítulo 2

Un ángel caído en la melancolía

En lo alto de la colina, en la villa rodeada de mar y buganvillas de la pequeña isla mediterránea, un ángel llevaba una vida retirada y discreta.

No había nada entre las blancas paredes que delatase su naturaleza, ningún exterior ostentoso que llamase la atención sobre su presencia, y sólo ante los ojos más expertos habrían destacado las inequívocas señales.

El hogar era cálido, pero no austero, múltiples detalles delataban sus gustos hedonistas. Carecía de derroches sentimentales: una foto o retrato que le recordase a Juliette, a quién meses antes finalmente había dejado partir; una pieza de ropa o anillo que hubiese pertenecido a su hermano, cualquier evocación de lo compartido... Él no era humano: Ninguna reliquia le era necesaria. La villa probablemente quedase abandonada en breve tiempo. No se imaginaba a sí mismo volcando sus afectos en objetos inertes. Cuando se marchase, ningún rastro de su presencia permanecería en la casa. Todo ardería. Era su norma. Y sucedería pronto. Estaba cansado del lugar, y ya había sido visto por demasiados ojos. Ojos infantiles que ahora eran adultos sin que él hubiese envejecido un instante. Ojos que le hacían consciente del paso del tiempo. Aunque poco pudiera importarle a él tal concepto. Tenía ante sí la eternidad. Pero ninguna motivación para enfrentarse a ella.

En su terraza, excavada en la propia colina, había una pequeña piscina, una lágrima azul donde bebía la inusual cantidad de aves que abundaba en el exuberante jardín. Hasta el horizonte, antiguas y eternas como él mismo, intensamente azules como la mirada que perdía en ellas, las aguas, que solían ser tranquilas, hoy se agitaban furiosamente contra la costa. Contemplar su batir, rompiéndose en blanca espuma, probablemente iba a ser la mayor animación que conociese aquel día. Suspiró, consciente de que tampoco ésa sería la mañana en que diese el paso para cambiar su ánimo de los últimos meses, aunque apenas fuese capaz de reconocerse en el ente apático que se arrojaba, otra jornada más, sobre la tumbona.

Echaba de menos a Juliette. Lo reconocía. Ella había constituido un consuelo aceptable tras la marcha de Shallem, considerando que no cabía demasiado consuelo. La había llevado a lugares aún no

hollados por el ser humano, le había descubierto rincones de ensueño, le había desvelado los pocos secretos que aún no conocía, todo con el fin de acallar sus quejas y llantos cuando le suplicaba la muerte. Finalmente hubo de atenderlas, siendo esto un sacrificio mayor para él que para ella misma, exactamente como sucede cuando un humano sacrifica a una amada mascota que sufre.

Llevaba apenas unos minutos tumbado cuando oyó sonar el timbre de la cancela. No tenía intención de abrir; nunca lo hacía. Solían ser las molestas crías humanas vendiendo lotería o cualquier surtido de baratijas absurdas. El timbre insistió, pero Cannat trató de abstraerse y pensar en otra cosa. Como le hicieran levantarse, no sabía si sería capaz de dejarlos con vida. No estaba de humor para tonterías.

Por desgracia, quien llamase no se daba por vencido. El timbre se había convertido en una eterna ráfaga desesperante, y, antes de transcurridos dos minutos, Cannat perdió la paciencia y saltó de su tumbona, encolerizado.

Se detuvo junto a la puerta de entrada y observó a través de una ventana adyacente. Junto a la verja de acceso al jardín, una figura miraba hacia la casa, imperativa y exigente, segura de ser observada. La sorpresa primero y la duda después, le mantuvieron con la vista fija en la imagen durante unos segundos. Frunció ligeramente el ceño y dejó que sus labios se entreabrieran. Su visitante no le era desconocida. La había visto en más de una ocasión en compañía de alguno de sus hermanos. Siempre encontraba a alguien dispuesto a pagar el alto precio que requería por sus servicios, incluso por simple entretenimiento. Cannat había hablado escasamente con ella. Nunca hubiera solicitado los favores que ofrecía, ni se sentía inclinado a entablar relación con seres de su naturaleza. Aun así, y pese a que no acostumbraba recibir ni tolerar visitas, la curiosidad por saber que la habría llevado hasta allí le venció esta vez, y decidió abrir la cancela. Quitó los seguros de la puerta principal también y esperó, pensativo, a que su visita llegase, abriendo la puerta tan pronto se oyeron los pasos al otro lado. Cruzando las piernas y apoyando en el quicio un brazo extendido, se plantó en el umbral, observándola con atención.

Ella le miró de arriba a abajo, pues estaba desnudo.

–Disculpa mi aspecto –fingió excusarse él–, pero estaba tomando el sol.

Ella le sonrió con muy leve ironía. Conocía de sobra lo vanidoso de su naturaleza y su ausencia de pudor como para sentirlo ella.

–¿Para qué? –preguntó en un tono de voz suave y cálido–. Tú no puedes broncearte.

Él chistó y elevó los hombros, simulando sentirse contrariado

por ese hecho.

–Sí, es el problema de ser inmutable y eterno.

La ironía en la sonrisa de ella se acentuó al contestar:

–No el único problema, ni tampoco parece que seas tan inmutable, cuando la marcha de los seres queridos te ha convertido en un alma en pena, y hasta tu mirada se ha vuelto melancólica.

La sonrisa de él se disipó casi por completo, para crecer de nuevo, fría y sardónica. Se cruzó de brazos. Ésa era la razón de la curiosa atracción y repulsión que sentía por ella: poseía el don de la sabiduría.

–¿Sabes que si hiciera lo que estoy pensando mi mayor problema consistiría en ir a buscar la escoba para recoger tus cenizas?

Ella dejó escapar una suave risilla sarcástica.

–Los dos sabemos que ni si te pasa por la cabeza destruir tan pronto tu única posibilidad de distracción del día –observó con su voz femenina y muy joven–. Estás deseando averiguar la razón de que me haya molestado en remover cielo y tierra para descubrir dónde estabas y venir hasta ti. Así que, por favor, déjame pasar. –Sus ojos negros, brillantes, le contemplaban sin temor, incluso con un cierto desafío–. Encontrarte no ha sido fácil. Ya no tenemos demasiado tiempo.

–¡Oh! ¿Por qué lo dirá? Me muero de la intriga –ironizó él, pero en seguida se apartó del umbral, e hizo un gesto para permitirle el paso.

Cerró la puerta mientras la observaba adentrarse en la casa. La melena oscura le caía en ondas hasta algunos centímetros por debajo de los hombros. Era menuda, extremadamente frágil a los ojos de un ángel, aunque la seguridad que expresaba con su cuerpo y su rostro tratase de desmentirlo. No era del todo humana, pero sí mortal.

La siguió por el pasillo que conducía al luminoso salón, abierto hacia la terraza. Ella se detuvo en el centro y se giró para mirarle. No sabía exactamente cuántos años tendría, pero conservaba una expresión adolescente, casi infantil. La ligereza de sus ropas acentuaba esa sensación: una floreada camiseta, unos finos pantalones de algodón beis y un bolso de tela vaquera. El aspecto de una joven común.

Él volvió a cruzarse de brazos, a cierta distancia de ella, esperando que comenzase a hablar. Ella lo hizo sin rodeos.

–Una bomba está a punto de estallar en una embajada. Morirán cientos de personas, entre ellas un niño, un nefilim.

Él lanzó un esbozo de risa y echó a andar hacia la terraza, como si ya nada de lo que fuese a escuchar pudiese interesarle. Un nefilim, es decir, el hijo habido entre un humano (habitualmente

una mujer), y un dios, conocido en algunas religiones como “ángel”. Concretamente, en los tiempos actuales, un ángel caído, pues eran mayoría absoluta en la Tierra entre los de su especie. No era de su incumbencia.

–No es mío –afirmó–, eso es seguro. Yo no creo nefilims. Busca a su padre o deja que muera. Me es indiferente.

Le había dado la espalda y se alejaba, y ella alzó la voz para preguntar:

–¿El único descendiente vivo de Shallem te es indiferente?

Cannat se detuvo para volverse a ella con una acre expresión. Su hermano Shallem, el ángel caído que había logrado el perdón de su Padre y regresado a Su Lado, mucho tiempo atrás había tenido hijos con Juliette.

–Sus hijos dejaron de existir cuando él regresó con nuestro padre.

–Es cierto, pero su hija Eve había tenido su propia descendencia con Kazbeel, y ésta le dio hijos y nietos y bisnietos, y así durante generaciones hasta llegar a ese niño, el único superviviente. En su aura aún resplandece la luz de Shallem. Y aún podrás verla. Si te das prisa.

–¿Por qué acudes a mí y no a alguno de ellos?

–Porque tú eres el único capaz de pagar mi precio. Porque eres el único de ellos en quien puedo confiar. Y porque sé que, tras una inicial reticencia, finalmente aceptarás, y, cuando llegue el momento, cumplirás tu palabra.

–¿Y tu precio es…?

–Un hijo. Un hijo tuyo, a quien harás inmortal.

Cannat lanzó una carcajada sincera.

–Ni hablar –se negó sin asomo de duda.

–Hoy lo engendrarás, y cuando nazca vendrás a mí y lo harás inmortal. Después no necesitarás preocuparte. Ni tan siquiera volver a verle. No robará un minuto de tu eternidad.

–Te lo he dicho, y todos lo saben: Yo no creo nefilims. Y menos de esa clase.

–Sí lo harás. Ese bebé está indefenso, sólo te tiene a ti. La bomba habrá explotado cuando tú llegues, pero, aunque a escasos minutos de la asfixia y del total derrumbe del edificio, lograrás sacarlo de allí con vida.

La forma en que la descripción brotó de sus labios logró que a Cannat le recorriese un escalofrío. No a causa de la visión del indefenso niño a punto de perecer, sino por la segura frialdad con que la profetisa había expuesto unos hechos que sabía seguros.

La observó con una expresión mezcla de lástima y temor.

–¿Cómo puede un ser casi humano soportar la existencia con un

don como el tuyo? –le preguntó. Ella no contestó, ni él lo esperaba. En un tono de voz bajo, exento de burla, añadió–: Si estuviera obligado a escoger a alguien con quien engendrar para salvar mi propia vida, escogería incluso a una vulgar mujer antes que a ti, y ese don es la razón. No quiero ser el responsable de cargar a alguien con la existencia y ¿crees que le cargaría con eso? Lo siento.

Ella se acercó presurosa a él, situándose a su lado y asiéndose a su brazo izquierdo. Inmediatamente una sensación de calidez la sacudió, y, de golpe, se sintió consciente de la desnudez de él. Conocía a muchos ángeles, y no era el primero a quien veía desnudo, pero aquella hermosura, creada para ser contemplada por Dios, nunca podría dejarla fría o indiferente. No era ese el momento adecuado para deleitarse, ni tampoco el de apartarse de él, como alguna asustada zona de su ser le recomendaba. Su cabeza llegaba apenas al hombro del ángel, quien la miraba con una seriedad poco usual en él.

–Él no tendrá el don, te doy mi palabra de que Sé que no lo tendrá. Por favor, créeme. Lo único que quiero es un hijo a quien no tema perder. Sé que no sabes, aunque probablemente tampoco te importa, que existe una caterva de fanáticos humanos que lleva masacrando a los nefilims desde hace más de sesenta años. Ninguno de los tuyos hace nada para exterminarlos, aunque es a sus propios hijos a quienes están aniquilando. Dame un hijo que pueda defenderse y defender, si llegara el caso, también a los suyos.

–Podría ayudarte a buscar un padre mucho más apto que yo…

–¡No! Una de las razones por las que quiero que tú seas el padre es la misma por la que te niegas a serlo. ¿Qué humano hace esas consideraciones cuando decide crear un juguete que entretenga su tiempo o asegure su vejez? De alguien divino cabría esperarlas pero, ¿cómo exigíroslas cuando ni siquiera tu padre las hace? Pero tú careces de egoísmo. El temor a su sufrimiento habla de ti como del mejor padre posible. Sé que estás aterrado de ser como Él, y eso evitará que lo seas.

–Dijiste que no robaría un minuto de mi eternidad.

Ella meditó, algo aturdida, mientras se miraban con fijeza. Dudaba de cuánta información sería él capaz de aceptar. Pero debía confiar en su visión, y por tanto debía confiar en él.

–Te mentí –confesó tras decidir sincerarse–. Cuidarás de él porque así lo escogerás libremente.

El ángel meneó la cabeza y se desasió de ella.

–Te estás equivocando esta vez…

Ella no quiso insistir sobre aquello, decirle: “Tú sabes quién soy. Sabes que no puedo equivocarme”.

–Dale la vida ahora. No importa lo que hagas después. Tienes

tiempo para decidirlo.

–¿Quién es su padre?

Ella pareció observarle como si la pregunta la sorprendiese. Tras unos instantes, le contestó:

–No logré averiguarlo.

El rostro de él se crispó de golpe.

–¿Me tomas por idiota? –vociferó. La cogió por los hombros y la sacudió. Ella gritó, con el semblante transmutado por la sorpresa y el miedo–. ¿Realmente eres consciente de quién soy yo?

Cannat la miraba con el ceño fruncido por el enojo, procurando controlarse a fin de no destrozarle los hombros. Ella estaba asustada por primera vez. El dolor que padecía era intenso y el azul de los ojos del ángel parecía haberse oscurecido como un mar enfurecido. Pese a todo, ella logró reponerse para contestar:

–Sí, sé quién eres tú. Tú eres el que estará a mi lado en mi último aliento. El único que defenderá mi vida.

Él agitó la cabeza, incrédulo, y la dejó libre.

–Ahora sé que estás loca…

–El tiempo lo dirá. Pero ahora debes comprobar si el niño de quien te hablo es quien afirmo. Sólo trasládate allí y compruébalo. Si no puedes ver brillar el aura de Shallem surgiendo de él, regresa y acaba conmigo. Pero primero dame lo que te pido. Después te diré dónde está.

Cannat se dio la vuelta perdiendo la mirada en el fragoroso mar. Aquel niño no hubiera tenido la menor importancia para él unos meses atrás. Era sólo un lejano descendiente de la semilla corpórea de Shallem. Tan sólo eso. Pero ahora era lo más cercano a él a lo que podía aspirar. Un recuerdo vivo en el que tal vez pudiese hallar un consuelo.

–No puedo pagar tu precio –insistió, sin embargo–. Esa criatura estaría aquí por mi causa. Yo sería el responsable de cada segundo de su existencia. Si sufre, si es infeliz… Todo sería culpa mía.

–Shallem tuvo hijos. Y todo salió bien.

Cannat se volvió hacia ella con disgusto.

–¿Mintiendo otra vez? Pasaron su vida preguntándose por qué estaban aquí. Eran dos fieras enjauladas, solitarias. No se entendían con Shallem pese a ser partes de su propio espíritu, o quizá debido a ello. Y Shallem siempre tuvo sus prioridades. Dejaron de existir poco después de que él se largara ahí arriba. No podía hacerlo con su espíritu dividido. Debía recuperar lo que les había dado. No había opción, y ninguno pensamos mucho en ello. Y aún menos en quienes dejasen aquí.

–Será distinto con él.

–¿Él? Siempre él… ¿Y si yo no quisiera un *él*?

–Sé que será *él*. Pero debes darte prisa. Decide ahora, o será demasiado tarde. Apenas queda tiempo antes de que estalle la bomba –Cannat continuaba mirándola incapaz de darle la respuesta que deseaba. Ella trató de buscar más argumentos con los que convencerle. Tan sólo añadió–: Sólo tiene dos meses...

–¿Quién es su padre? –volvió a insistir él, con voz tranquila.

Ella desvió la mirada. Sabía que debía ofrecerle una respuesta.

–Alguien que no es digno de él. Te daré su nombre tan pronto cumplas la segunda parte de nuestro acuerdo. Lo juro. Sólo pretendo mantener tu curiosidad, para que recuerdes tu promesa.

Cannat la observó mostrando en su expresión claros síntomas de comprender que no era ése el motivo de que intentase ocultárselo. Pero, después de todo, fuese quien fuese quien le había concebido, no afectaba a la única razón por la que el niño le interesaba.

Cannat exhaló pesadamente, y después declaró:

–Si nuestro hijo tiene tu don, lo eliminaré. Si me encuentro incómodo con la situación, lo eliminaré. Si me causa molestias de cualquier género, lo eliminaré. En resumen y para no repetirme: queda a mi voluntad eliminarlo en cualquier momento y por cualquier razón. Luego, no pienses que es inmortal y que por ello puedes dormir tranquila. Su vida estará a mi merced, como la mía lo está a la de mi padre.

–Estoy de acuerdo con tus condiciones –se apresuró ella a contestar, dando unos pasos hacia él.

Él extendió su brazo señalando al interior de la vivienda, y le pidió:

–Entra.

Capítulo 3

El rescate

Los pasillos de la cuarta planta de la embajada se hallaban cubiertos de cadáveres aplastados por el derrumbe de techos y paredes, y de aire irrespirable formado por partículas de polvo, humo y sofocante calor. En diversos puntos se oían crepitar llamaradas cuya luz asomaba bajo alguna puerta o amenazaba tras las esquinas. Se escuchaban quejidos y súplicas provenientes de mujeres y hombres ocultos tras montañas de escombros o semiaplastados bajo el peso de muebles o puertas desvencijadas.

Cannat siguió las indicaciones de Laima, e ignorando cuanto veía, se detuvo junto a una puerta de doble hoja sobre la que un colorido cartel adornado con motivos infantiles indicaba: "Guardería", y la abrió.

La densidad del polvo le hacía difícil discernir con claridad la posición de los niños cuyos llantos y gemidos llegaban hasta él. Los cristales de las ventanas habían estallado, y al abrirse las puertas se generó algo de corriente que incentivó las llamas.

La habitación tendría unos cuarenta metros cuadrados. A la izquierda de la entrada se hallaba la zona de juegos, sobre la cual se había derrumbado el techo. Por debajo de los escombros sobresalían varios cuerpos infantiles. La cabeza de uno descansaba sobre el libro de cuentos que había estado leyendo. Una niña aún sostenía entre sus dedos la tacita de juguete en la que minutos antes había bebido un invisible té. A la derecha había un corralillo para los más pequeños. Dentro, tres pequeños puestos en pie gritaban tratando de escapar; un cuarto, que lloraba sentado en el centro, había sido alcanzado por un cascote y tenía una brecha sangrante en la cabeza. Junto a la pared había una hilera de cunas para bebés. Una estaba volcada, y bajo ella podía verse un inerte y pequeño bultito rosa. En otra, un bebé con más suerte hasta el momento desgarraba sus pulmones con su llanto. Cascotes y polvo continuaban cayendo por diversos puntos, y el suelo de la habitación se había resquebrajado en la zona de juegos y amenazaba con derrumbarse.

A la izquierda, al fondo de la sala, junto a una de las ventanas y bajo el quicio de una puerta, el ángel descubrió una emanación de luz muy diferente a la emitida por los cuerpos de los otros niños. Se sorprendió ante la potencia del resplandor y se dirigió hacia él,

ausente del entorno, aunque caminando cautelosamente para esquivar los cuerpos, muebles, juguetes y escombros.

De pronto se sintió sujeto por algo que le impedía avanzar. Algo que se agarraba a su pierna derecha como un ancla que le frenaba. Miró hacia abajo y vio a una niña de unos tres o cuatro años observándole en callada súplica. Las lágrimas habían trazado surcos blancos sobre el rostro cubierto de polvo. El pelo, enmarañado y ceniciento, escapaba de entre dos coletas que aún formaban suaves tirabuzones. Tenía sangre sobre el vestido, aunque no parecía suya. Cannat dio un tirón a su pierna para librarse de ella, pero entonces la niña se agarró con más ansia. Él lo intentó de nuevo, redoblando la fuerza, pero la niña se había enroscado con todas las fuerzas que el pánico le confería. Se vio obligado a agacharse y tomarla entre ambas manos, haciendo notable uso de sus fuerzas para lograr arrancarla. Los gritos de la niña, unidos a los del resto de supervivientes, provocaron un aluvión de polvo y pequeños cascotes que cayeron, a través del orificio abierto en el techo, sobre el propio ángel. Se libró de la niña sin contemplaciones, lanzándola a un metro de distancia, para dirigirse rápidamente hacia la fuente de luz.

El resplandor emanaba bajo el cadáver de una mujer cuya espalda había sido atravesada por numerosos cristales. Cannat lo retiró con cuidado de que ni su peso ni posibles esquirlas pudiesen dañar al niño a quien protegía.

Bajo él apareció el bebé, quieto y silencioso. Sus ojos estaban cerrados y su pecho subía y bajaba con lentitud. Le quedaba poco tiempo de vida. Pese a ello, el resplandor de su aura era tal que Cannat lo contemplaba impresionado. Era obvio que Laima no le había dicho toda la verdad, pero tampoco le había mentido. Una parte minúscula del espíritu con que Shallem le había dado la vida a su hija había logrado pasar a su descendencia y sobrevivir por su cuenta, y continuaba intentándolo, firme, visible y desafiante, en el pequeño cuerpo.

El ángel lo cogió en sus brazos y se lo acercó al pecho. En sólo un instante el bebé comenzó a moverse, completamente sanado. El ángel lo separó de sí. El pequeño le contempló con las llamas reflejadas en sus ojos, agitando vivamente sus brazos y sus piernas.

Cannat sonrió y se puso en pie con el niño.

A la izquierda de donde le había hallado vislumbró el cadáver de otra mujer, y un pequeño caniche, que ladraba pidiendo auxilio desesperado, asomada su cabeza a través del hueco de un bolso de transporte para perros. Cannat se acercó a él y se echó al hombro la correa del bolso, preparado para desvanecerse de allí, de regreso a casa.

Y entonces, justo en el instante en que el ángel desaparecía, la niña de los tirabuzones volvió a aferrarse a su pierna.

Laima vio surgir de la nada a los cuatro diferentes seres, justo en el centro del salón de la villa, donde esperaba a Cannat.

La escena era diferente a la que había esperado. Sorprendente. El ángel llevaba un bebé en los brazos, un perro al hombro y una niña enroscada a su pierna. Niña de la que intentaba liberarse con desesperación.

–¡Quítame esto! –suplicó a Laima, sacudiendo su pierna–. ¡Quítamelo!

Laima se acuclilló junto a la niña y trató de despegar sus brazos.

–¡Deja de sacudir la pierna! –pidió a Cannat.

Él se detuvo, cerrando los ojos y emitiendo un gruñido exasperado.

Laima comenzó a susurrar palabras cálidas y amables a la niña, cuyas lágrimas empapaban el pantalón de Cannat, y poco a poco logró separar sus brazos y sus piernas, hasta liberarle.

–¡Basura humana! –exclamó él, y en seguida se dirigió hacia el sofá, donde depositó con cuidado el bolso del perro, para poder contemplar al niño.

–¿Quién es esta niña? ¿Por qué la has traído? –le preguntó ella.

–Se pegó a mí en el último instante y no quise perder más el tiempo. Es igual. Deshazte de ella.

–¿Que yo me deshaga de ella? Devuélvela a las inmediaciones de la embajada. Es la única forma de que recupere a sus padres evitando que alguien pueda hacerse preguntas.

Cannat ya no la escuchaba. Estaba contemplando al niño, a quien sostenía con sus brazos extendidos.

La pequeña había cogido a Laima de la mano con las dos suyas, y lloraba asustada, con el rostro enterrado en su pierna.

–Por favor… –insistió Laima–. Yo no puedo hacerlo.

Cannat se volvió hacia ella con expresión severa, clavándole una dura mirada.

–Lanza a la maldita niña por el acantilado o devuélvela tú misma a la embajada, pero si me vuelves a molestar por ella, te daré razones para arrepentirte. Y ahora, mira a este niño. ¡Míralo!

Cannat lo sostuvo frente a ella.

–Yo no puedo ver su aura –afirmó ella–, si es lo que me pides.

–Dijiste que podías.

–No es cierto. Te expliqué lo que tú podrías ver. ¿Acaso te ha defraudado?

El ángel, que estaba a unos metros de ella, de pronto se encontró a centímetros y su aliento alcanzó su rostro cuando, enfurecido,

bramó:

–¡Dime ahora mismo quién es su padre!

Una copa estalló sobre el mueble bar. Los ventanales de la terraza, las cristaleras de la vitrina y todo lo almacenado en su interior, vibraron durante más de un minuto. Laima se tapó los oídos mientras la niña hacía lo mismo, gritando y huyendo hacia el exterior. El bebé también había estallado en llanto y Cannat pareció disgustado al no haberlo previsto. Lo acercó a su rostro y lo acarició con él, y el niño se calló de inmediato. Lo acurrucó contra su pecho, sosteniéndole la cabeza.

Este gesto dio valor a Laima para atreverse a destapar, lentamente, sus doloridos oídos. Mientras lo hacía, el ángel, en voz queda, tranquila, añadió:

–O haré que tu embarazo de media hora se convierta en un bonito recuerdo.

Ella recobró algo de su valor. Le devolvió una mirada seria, repleta de desafiante sinceridad.

–Estoy tratando de protegerle –afirmó–, y haré lo que sea necesario para conseguirlo. No voy a decirte quién es su padre, ni las razones por las que no te lo digo. Y si el precio que debo pagar por ello es perder a tu hijo o mi propia vida… ¡Vamos! ¡Adelante! ¡Tómalos ambos!

Él sacudió la cabeza.

–¿De cuál de mis hermanos crees que repudiaría a un hijo? Porque no hay ninguno –aseguró, intentando penetrar en sus pensamientos–. Ninguno.

–Entonces no hay razón para que le concedas tanta importancia.

–¿Por qué estás tan interesada en él?

–Conocí a su madre. Éramos amigas. Cometió el error de otras muchas y se enamoró de uno de vosotros. Eso la destruyó sin que yo pudiera ayudarla, pero le juré que cuidaría de su hijo.

El ruido de un bulto al caerse hizo girarse a Cannat. El perrito se había resbalado del sofá al tratar inútilmente de escapar del bolso en el que aún se hallaba encerrado, y ahora se debatía en el suelo, gimiendo. Cannat corrió hacia él y, tras dejar al niño sobre el sofá, abrió el bolso y le ayudó a liberarse.

–¿Qué pasa, pequeñita? –susurró, acercando a sus labios a la perrita para besarla–. ¿Te has hecho daño? Mira esta preciosa bolita de algodón, ¿no es lo más bonito de la creación?

Dulce, tierno, irreconocible, acariciaba las largas y sedosas orejas del caniche dejándose lamer por él, ajeno a la mirada de Laima, que seguía allí, en pie, contemplando la escena.

Ella aprovechó la ternura de la ocasión para observar:

–El bebé necesita un baño, Cannat, y leche especial.

–Sé lo que es un niño –respondió él acremente.

–Puedo ayudarte a preparar el baño, o ir a comprar la leche…

Cuando él volvió el rostro para mirarla, Laima supo que su periodo de gracia había finalizado, que cualquier tolerancia y afabilidad que el ángel le hubiese mostrado al principio era completamente irrecuperable.

Cannat se puso en pie y anduvo lentamente hacia ella, ausente en su grandeza de todo rastro de la engañosa humanidad que le había posibilitado el dirigirse a él en términos de igualdad. Un ángel majestuoso se aproximaba a ella, imponente, y aunque haciendo sólo exhibición del mínimo de divinidad que un ser como ella requería para sentirse abrumado, una luz espléndida había comenzado a dibujar su contorno. Y Laima sabía muy bien que ésa era una grave señal de peligro.

Se situó junto a ella, tan cerca como lo había estado antes, y ella dio un paso hacia atrás.

–No pienses ni por un instante que confío en ti –le hizo saber. Su voz era suave, elegantemente modulada, embellecida por su dicción perfecta–. Sé que estás intentando manipularme, que lo has hecho ya, y que cada verdad que salga de tus labios lo hará acompañada de veinte mentiras. Estoy aquí desde el principio de los tiempos. Sé quién eres y lo que eres. He asistido a la creación de los seres que te hicieron posible, a cada paso de su evolución. Así pues, no continúes tomándome por imbécil, híbrido repugnante. Olvida cualquier plan que hayas hecho para este niño. Olvida la posibilidad de acercarte a él. Ahora sal de mi casa. Y no olvides llevarte contigo la basura que se ha escondido en mi terraza.

En los ojos de Laima se acumulaban rabia, frustración y dolor. Hubiera querido responderle un montón de cosas, decirle lo que opinaba de su sobrenatural arrogancia, pero era claramente consciente de que su momento no volvería. Cannat tenía al niño, como quería, pero además algunas preguntas insatisfechas por cuyas respuestas podía agradecer no estar siendo sometida a tortura. Probablemente por no malograr su embarazo. Pero éste no le interesaba a él lo suficiente como para que ella pudiese seguir tentando su suerte. No pudo sostener su mirada.

–Los perros sin raza somos más fuertes –no consiguió evitar murmurar, y se giró para salir a la terraza.

Sintió la fuerza del sol sobre la desnuda piel del rostro y los brazos, pese a que densas nubes oscuras comenzaban a cubrir el cielo. Recorrió la zona con la mirada. La piscina se hallaba un poco a su derecha; frente a ella, un mirador, y aún más a la derecha, extendiéndose hacia la parte frontal de la villa, se abría un jardín. La niña no había ido tan lejos. Sentada en el suelo, aterrada, oculta

tras el gran macetón de un olivo, enjugaba sus lágrimas.

Laima se acercó a ella y se acuclilló a su lado. Acarició el cabello castaño claro, al que al sol arrancaba reflejos caoba, pese a la capa de polvo que lo cubría.

–Yo me llamo Laima –le explicó dulcemente–. ¿Cómo te llamas tú? Tengo que saberlo, para ayudarte a regresar con tu familia.

La niña la miraba sin comprender, y Laima repitió estas palabras en varios idiomas, hasta que por fin la vio mirarla con los ojos henchidos de esperanza. Los hipidos la impedían hablar, y Laima esperó pacientemente.

–¿Anna? –tanteó, para ayudarla–. ¿Christine? ¿María? ¿Emma? ¿Mónica?

–Lisbeth.

–¡Lisbeth! Qué bonito nombre. ¿Quieres venir conmigo, Lis?

La niña asintió, volviéndose hacia ella y permitiendo que la cogiese en sus brazos. Se dejaba hacer dócilmente, pero temblaba de miedo.

Laima atravesó el salón con ella en brazos. El ángel ya no estaba allí. Se detuvo un instante para escuchar el correr del agua y los preparativos del baño provenientes de una puerta en el cercano pasillo. Entonces Cannat regresó al salón. Se quedó allí, en el umbral, en silencio, con la misma expresión con que la había increpado minutos antes.

–Nueve meses –recordó ella en voz queda.

–Largo –le ordenó él.

Le estudió inquisitiva durante un instante, preguntándose por primera vez desde que era muy niña si su visión habría fallado, si mantendría él su promesa, y después se marchó.

Capítulo 4

A su imagen y semejanza

El periodo de abatimiento de Cannat había finalizado. Ahora no le quedaba tiempo para la autocompasión y el aburrimiento. El niño le mantenía ocupado día y noche con sus exigentes demandas de alimento, higiene e incluso ocio.

Cannat se apañaba bien, y lo hacía sin quejas ni manifestaciones de hastío, pese a que la mayoría de las tareas le molestaban, disgustaban o repugnaban.

Tenía en casa cuanto le hacía falta: la cuna, que había instalado en el salón provista de un móvil con figuritas de colores y de la más suave lencería, alimentos infantiles, abundante ropa, materiales desechables y una gran cantidad de juguetes y entretenimientos para bebés.

El pequeño casi nunca lloraba. Era puntualmente alimentado sin necesidad de ello, se sentía siempre limpio y seco, se le sacaba al jardín donde se distraía contemplando las bellezas naturales por primera vez y sintiendo la calidez del sol, e incluso había probado el placer de sumergirse y jugar en las templadas aguas de la piscina. Por eso, las únicas ocasiones en las que el niño lloraba eran cuando su ángel no estaba al alcance de su vista, lo que rara vez sucedía.

Cannat ignoraba qué nombre le habría sido impuesto al niño, pero tampoco le importaba. A los pocos días de tenerle bajo su custodia, decidió que debía pensar en uno, y, partiendo del nombre de Shallem, se decidió por llamarle Sam. Su elección le hizo sonreír y le pareció muy adecuada, porque podía entenderse también como la abreviatura de Samael, que significa "*El veneno de Dios*".

Cuando no estaba atendiendo las necesidades de Sam, solía meditar acerca de por cuál de sus hermanos habría sido concebido éste, y Samael, precisamente, era una de las más posibles opciones. Sin embargo, no podía encontrarle el sentido a que Laima tratase de proteger al niño de Samael, y menos aún a que le hubiese escogido a él mismo para tal cometido, pues nadie ignoraba que existía especial cariño entre los dos hermanos.

Samael creaba nefilims. Era sabido. Tal vez había sido el primero en hacerlo. En cualquier caso, venía haciéndolo desde que la mujer cobró aspecto apetecible a sus ojos. Miles de seres, perfectamente humanos en apariencia, descendían de él. En la gran

mayoría el poder de su sangre se había disipado, generación tras generación, pero quizá en aquel momento viviesen decenas o centenares de descendientes en primer grado repartidos a lo largo y ancho del planeta. Los habría ancianos, jóvenes, niños, e incluso más bebés como Sam.

Y lo mismo podía aplicarse a gran parte del resto de sus hermanos.

Había quienes pensaban que a su Padre le disgustaba el que sus ángeles, al menos los que ahora quedaban sobre la tierra, engendraran con las mujeres, y ésta era la razón fundamental para que lo hiciesen. También había quienes dejaban al azar el que hubiese o no un nacimiento tras la relación, mientras que otros, como él mismo, lo evitaban.

En los albores los hubo que intentaron mejorar la especie imbuyéndola de su propia divinidad, viendo en esto un modo de redención. Pero, que él supiera, habían renunciado mucho tiempo atrás, considerando a su descendencia simples monos lampiños cuyos horribles instintos no podían eliminarse con tan pequeña dosis de instilación divina.

Había quienes hacían concebir a sus mujeres con un propósito, con distintas finalidades. De entre estos, unos utilizaban a los hijos habidos como peones en complicadas tramas de odio o diversos juegos de estrategia, y otros los cuidaban y protegían, simplemente porque los amaban.

Dado este panorama, ¿qué podía tener de especial aquel niño? ¿De quién trataba Laima de defenderlo?

La otra cuestión que ocupaba el tiempo de Cannat era el nacimiento de su propio hijo. Odiaba a Laima por haberle forzado a aceptar crearlo, y en cuanto a instilarle un pedacito de su propia alma, requisito imprescindible para que fuese inmortal, era una cuestión que aún estaba por decidir. Las opciones eran varias: matar al niño, permitir que naciese sin más ventajas que las de cualquier otro nefilim o dotarle de la gracia que le situaría por encima de cualquiera que no hubiese sido creado del fuego, como él mismo y sus hermanos.

Era de considerar esa cuestión que Laima le había mencionado: los malditos fanáticos humanos asesinos de niños. A Cannat le hervía la sangre de ira sólo de pensar que Sam o su hijo pudiesen ser dañados por ellos. Los arrasaría con tanta furia que su padre enviaría a Miguel a por él. No había sido creado con grandes dosis de templanza, ni paciencia de estratega para conseguir que los hombres se matasen entre ellos, pese a lo que sencillo que resultaba. Gran parte del peligro se evitaría si al menos su hijo fuese invulnerable a ellos, como Laima pretendía.

Fue dejando pasar el tiempo sin adoptar una decisión definitiva. Era impulsivo, nada estaría escrito hasta el último instante.

Fueron pasando meses y Cannat se despreocupó de tales pensamientos.

Sam había crecido y estaba sano y hermoso. Reía constantemente cuando Cannat estaba a su lado y gateaba por toda la casa en su busca en cuanto pasaba un rato sin verle.

Misteriosamente para él, Cannat aún no se había cansado de su compañía. No entendía el porqué, ya que el niño ofrecía una fuente inagotable de quehaceres pero muy escasa diversión. Sin embargo, el tiempo se le hacía breve cuando se tumbaba con él dormido sobre su pecho. Pronto andaría y hablaría, y podría enseñarle cosas y mostrarle el mundo, o al menos el ínfimo reducto de él al que se hallaba confinado. Aunque el proceso hasta ese punto era más lento de lo que hubiese querido.

Pasados siete meses, una mañana, Cannat oyó un insistente sonido agudo y repetitivo proveniente del exterior de su casa. Abrió la puerta y, sobre el felpudo, halló un pequeño paquete. Lo cogió y lo llevó al interior, donde procedió a desenvolverlo muy seguro de lo que contenía. Se trataba de un teléfono móvil, que, ya en su mano, insistía en ser descolgado. En la pantallita pudo leer: “Laima”. Buscó en el aparato la forma de encenderlo, puesto que nunca había poseído uno, hasta que finalmente, al pulsar sobre una tecla verde, el sonido cesó.

Se llevó el teléfono al oído y preguntó secamente:

–¿Qué quieres?

Laima tampoco se extendió en deferentes preámbulos.

–Necesitaba una forma de avisarte cuando llegue el momento. ¿Cómo está el niño?

Cannat lo buscó instintivamente con la mirada. Sam gateaba por las inmediaciones de la piscina, sobre la cual Cannat había mandado instalar una red protectora.

–No lo sé –respondió al auricular–. Me harté de él y lo abandoné a la puerta de una iglesia –Cannat se dirigió al niño, conforme hablaba, y lo tomó en brazos–. Supongo que se lo habrán enjaretado a alguna pareja estéril. Ya verás cuando descubran que es el hijo del demonio.

Laima sonrió. Aquella salida implicaba que Cannat era feliz con la criatura, y, por lo tanto, que ésta estaba a salvo.

–Sí –respondió ella–. Apuesto a que sí. ¿Qué nombre le has puesto?

–Samael.

Cannat escuchó atento a una reacción reveladora cuando Laima

oyese aquel nombre, pero, sin tardanza ni matiz especial en su voz, ella contestó simplemente:

–Un nombre atrevido.

Sam se había abrazado a su cuello y enredaba sus manitas en los largos cabellos dorados. Cannat trató suavemente de liberarse y protestó en voz baja: "¡Sam!". El niño se rió.

Lamia vivía la escena al otro lado del hilo. No había errado al escoger a Cannat, pero ¿y al ocultarle la verdad?

–¿Quieres algo más? –preguntó Cannat al auricular.

Laima dudó durante algo de tiempo.

–Hay algo que debo contarte –decidió confesar–. Lo que querías saber.

Cannat frunció el ceño.

–He perdido el interés –respondió.

–Pero es importante que lo sepas. Estaba equivocada al ocultártelo –su voz se tornaba urgente, asustada–. Si te lo hago saber ahora, evitarás lo que va a suceder.

Él sintió cómo su estado de ánimo cambiaba aceleradamente, recorrido por una oleada de rabia e indignación. Sus malditas manipulaciones, sus malditas visiones, lo que fuesen, no quería saber nada de ellas. Templadamente, le contestó.

–No vuelvas a llamarme hasta que tu hijo esté a punto de nacer. En ese momento decidiré lo que hago con él. Si me molestas antes, ten por seguro que no estaré allí cuando nazca.

Y arrojó el teléfono contra el suelo.

El niño le miró sorprendido, casi acongojado, pues era la primera vez que presenciaba un acto de violencia. Él le devolvió una mirada tranquila.

–No es nada –le calmó.

Y después le besó.

La siguiente vez que sonó el teléfono, aún faltaban veinte días para la fecha que Cannat había previsto. No obstante, lo tenía encendido de forma preventiva y lo cogió sin dilación.

No escuchó la esperada voz de Laima al otro lado, sino sus gritos.

Oyó también golpes de muebles estrellándose contra el suelo, voces amenazadoras y los ruidos producidos por diversas personas que la pegaban e intentaban amedrentarla. Laima estaba siendo brutalmente maltratada.

Cannat miró hacia la cuna y valoró los riesgos de dejar solo al niño. Se encontraba dormido, y él no tardaría mucho. Laima estaba, sin duda, a punto de ser asesinada. Apenas un segundo después, Cannat se hallaba en su casa. Ella estaba caída en el suelo,

intentando proteger su vientre de los golpes y patadas que dos hombres la infligían mientras la interrogaban:

–¿Dónde está el niño? ¡Habla! ¡Dónde lo escondéis?

Otro hombre y dos mujeres registraban cajones y armarios.

El ángel elevó sus brazos y al instante la cegadora luz de su fuego inundó la habitación. Hombres y mujeres se protegieron en vano los ojos y cayeron al suelo retorciéndose de dolor, ardiéndoles las entrañas.

Cannat intentó controlarse. Su corazón palpitaba de ira como no podía recordar. Temía que su cólera alcanzase a Laima, quien yacía inerte en medio de una riada de sangre y líquidos. Envuelto en el sonido de sus llamas y en la embriaguez de su propia luz, se esforzó por comprender lo que sucedía. Laima había roto aguas torturada por aquellos seres. Ella y su hijo estaban a punto de morir.

Sus brazos descendieron lentamente y respiró, tratando de sofocar su furia. En el suelo yacían cinco cadáveres humeantes, calcinados, retorcidos sobre sí mismos. La habitación hedía a carne quemada.

En medio de un silencio absoluto se encaminó hacia Laima, sabiendo ya que estaba muerta. La tomó en sus brazos y buscó el dormitorio. Allí, la tumbó sobre la cama y le acarició la mejilla. Estaba cubierta de sangre por todas partes.

Observó su vientre abultado, el cual había logrado proteger a su hijo. Tenía que abrirlo, por repugnante que le pareciese.

Le levantó el vestido hasta debajo del pecho y dejó su cuerpo desnudo. Delicadamente, deslizó su dedo índice de arriba abajo sobre el vientre, y a su paso la carne se separó en dos mitades por entre las cuales brotaron densos líquidos. Cannat apenas podía mirar el interior, y ahora tenía que introducir ambas manos entre la masa templada y sanguinolenta, repulsiva, para extraer a la criatura. Lo hizo. El niño fue alzado, chorreante, amoratado, mantenido por un mínimo soplo de vida, y, roto el cordón que lo unía a su madre, inmediatamente, antes de que un alma indigna pudiese tomar posesión de su cuerpo, el ángel puso sus labios sobre la boca de la criatura y le regaló la pequeña dosis de divinidad que bastaría para crear su espíritu. Un alma propia, formada y modelada por el alma de un ángel. Un alma que pertenecería siempre al alma de Cannat, pero al mismo tiempo sería siempre independiente.

Cannat tenía la boca llena de sangre y restos de placenta cuando terminó, pero el pecho del niño subía y bajaba con potencia, sus diminutos ojos se habían abierto y se esforzaban por enfocar el mundo por primera vez, mientras las manos se le cerraban en diminutos puños.

Cannat se pasó la manga por la boca una y otra vez, incrédulo por el acto que había llevado a cabo ante la urgencia de la situación.

Cubrió el cuerpo de Laima con su vestido y le dijo:

–Tenías razón. Asistí a tu último aliento y traté de defenderte. Y por supuesto le di a tu hijo lo que pretendías. Pero no pienses que voy a hacer de él un guerrero que combata en ningún maldito tablero de ajedrez humano. Tu muerte ha sido vengada por quien fue concebido para impartir venganza, pero él no está aquí para vengarte a ti, ni a ningún hijo de Dios, o del hombre, o de ambos.

Después, Cannat echó la vista en derredor. Había cenizas por todas partes. Los cajones habían sido extraídos de los muebles y junto con lámparas, libros y pequeños objetos abarrotaban el suelo.

Buscó una toalla en el baño y envolvió con ella al recién nacido. Luego, tras una última mirada a la madre de su hijo, desapareció.

El lugar estalló en llamas no bien se desvaneció. No debía quedar un solo fragmento de los asesinos o de las pertenencias de Lamia. Entre ellas podía haber alguna pista que llevase hasta él o hasta alguno de los otros, que plantease preguntas sobre la naturaleza de la propietaria... La destrucción total era una norma básica de seguridad, fácil de cumplir.

Pero, tan pronto Cannat se fue, tan pronto las llamaradas comenzaron a devorar las paredes de la casita, una niña muy pequeña abrió la puerta de su escondite, bajo el fregadero de la cocina, para escapar, una vez más, de la tragedia.

El incendio se había extendido hasta la cocina, las llamas impedían la salida, y Lisbeth gritó, atenazada por el pánico.

La ventana, sobre el fregadero, estaba demasiado alta para poder alcanzarla. Sin parar de gritar, Lisbeth acercó una silla y se subió a ella, y luego a la encimera. Allí, abrió la ventana y, desesperada, se lanzó por ella.

Tuvo suerte de hallarse en un primer piso. Cayó sobre el césped y rodó por él durante varios metros. Luego, llena de dolores y magulladuras, se puso en pie y echó a correr, gritando, alejándose a la mayor velocidad que le permitían sus pequeñas piernas. El hombre, que la había visto arrojarse por la ventana, corrió tras ella y logró alcanzarla.

Lisbeth continuó gritando entre sus fuertes brazos.

Continuaría gritando mucho tiempo después.

Capítulo 5

Daniel aprende a cazar

Olivia Whitman, veinte años, activa, menuda, encantadora, compaginaba sus estudios de Veterinaria con las prácticas en el zoo de Madrid, donde llevaba cinco meses ejerciendo todo tipo de funciones sin rechistar y causando el asombro de sus compañeros y jefes debido a su insólita relación con los animales.

Era evidente para todos que Olivia había nacido con alguna clase de don que le permitía apaciguar a las fieras, colegir de alguna forma los motivos de las aflicciones que aquejaban a los animales enfermos o deprimidos y ser el polo magnético en que todo animal confluía. En general, Olivia no tenía preferencias demasiado marcadas, es decir, disfrutaba fijando su mirada en la intensidad de unos ojos de ofidio o felino tanto como acariciando el suave pelaje de un pequeño roedor de tímida expresión.

Sus habilidades causaban envidia y admiración, y, unidas a su entrega y eficiencia, le habían permitido adquirir responsabilidades impropias de su puesto que la hacían feliz y también le granjeaban la posibilidad de que a no mucho tardar pudiese optar a un puesto fijo en la plantilla.

Olivia se sentía orgullosa de sí misma y a menudo hacía gala de sus percepciones y habilidades como medio de hacerse notar entre sus semejantes. No veía nada malo en ello. A la gente le llamaba la atención, lo encontraba positivo y divertido y la apreciaban por ello. Ignoraba por completo que fuese una de las señales por las que la sociedad denominada *WahreMenschlichkeit* escogía a sus víctimas.

El doctor Coleman, sin embargo, sí lo sabía. La sociedad había extendido una amplia red, desde su nacimiento durante la Segunda Guerra Mundial, que alcanzaba cierto número de puntos clave, tal vez ni siquiera el diez por ciento de los deseados, pero, desgraciadamente para Olivia, gracias al responsable del bienestar de las aves rapaces, el zoo de Madrid era uno de ellos.

El doctor Coleman conocía la existencia de *WahreMenschlichkeit* desde que era un niño. Había recibido información e instrucción de boca de su padre y de su abuelo, quienes, al contrario que él, nunca habían recibido la bendición de poder participar en el exterminio de uno de aquellos hijos del mal.

Emboscada en la inocencia, Olivia Whitman esperaba la llamada

de su Señor para alzarse contra la humanidad verdadera, junto a otros muchos de su estirpe. Él, Daniel Coleman, había sido escogido para librar al mundo de la amenaza de al menos uno de ellos. Se sentía orgulloso, pero, muy por encima de tal emoción imperaba un sentimiento de intenso odio. Miembros de su propia familia habían sido torturados y asesinados en campos de concentración a causa de seres como Olivia Whitman. Criaturas dotadas de poderes impensables, capaces de lavar en masa el cerebro de los hombres, de inducirles a crímenes atroces, al asesinato de millones de habitantes inocentes que pocas semanas antes eran ciudadanos comunes, vecinos e incluso amigos de sus torturadores. ¿Cómo era posible que alguien creyese que tal situación abominable podía producirse entre seres humanos sin la intervención de las fuerzas más oscuras? ¿Cómo era posible que tan poca gente hubiese comprendido la verdad? La sociedad a la que tenía el honor de pertenecer siempre había sido consciente de ello. Había luchado fieramente, logrando poner fin al horror, pero sin poder evitar el dolor y la pérdida de millones de seres inocentes. Ahora estaban advertidos, listos para impedir el surgimiento de un nuevo brote. La maldad humana existía, eso era inequívoco. Quizá en aquel mismo instante una o decenas de personas estarían intentando nuevos pactos de horribles consecuencias para todos. Por eso, *WahreMenschlichkeit* debía mantenerse viva, debía seguir creciendo, cubriendo cada día mayor espacio, actuando en consecuencia con la ley del talión. Sin piedad. Cobrándose facturas del pasado pero, sobre todo, previniendo un genocidio que estaba llamado a alcanzar a toda la humanidad. Tal vez el apocalipsis.

Nadie hubiese sospechado que Daniel, que llevaba cinco años trabajando con ellos, demostrando siempre la máxima profesionalidad y cordialidad, pudiese ensoñarse en la planificación de un crimen mientras realizaba amorosamente un examen rutinario a las aves bajo su custodia. Y, desde luego, su víctima no lo hacía.

Si bien no tenía, cotidianamente, demasiada relación con él, a Olivia le parecía una persona agradable. A decir verdad, a ella le gustaba cualquiera a quien le gustasen los animales, máxime si había escogido dedicarles su vida.

Daniel había llegado al país con una beca de estudios, y aunque se había quedado en él más tiempo del previsto, ahora que había adquirido experiencia y un interesante currículo pensaba comenzar a recorrer mundo. Eso le había contado a ella durante la fiesta de cumpleaños con la que habían agasajado al director unas semanas antes. Debido al apellido de ella, Daniel había pensado que su situación era similar, pero Olivia le explicó que tanto su madre

como ella eran españolas. Su padre, nacido en Estados Unidos, había fallecido de cáncer un mes antes de nacer ella.

Por supuesto, ahora Daniel sabía que el padre de Olivia no había muerto. Que no moriría jamás.

Se preguntaba si la chica lo sabría. Incluso si lo sabría la madre.

No podía, no quería creer que una mujer accediese voluntariamente a estar con una de esas criaturas si sabía quién era realmente. Pero, estaba seguro de ello, sucedía constantemente. Eran brujas. Concubinas del diablo. Malditas. Muchas de ellas, practicantes de magia negra, los buscarían. Otras simplemente accederían, quizá halagadas.

Olivia tenía una amiga que se decía bruja. Practicaba una religión pagana con toques New Age llamada Wicca, y se reunía con otras brujas en aquelarres donde practicaban rituales de magia blanca basados en el amor y el respeto a la naturaleza. “Haz lo que quieras mientras no dañes”, tal era su lema. A instancias de su amiga, Olivia había participado en el ritual de Samhain, el pasado 31 de octubre. Le habían dado un guión que tuvo que recitar dentro de un círculo dibujado en el suelo con las otras seis. En él, en primer lugar, se solicitaba la asistencia al ritual de los guardianes de cada uno de los puntos cardinales, de la diosa Hécate y de otros que ya no recordaba. Se encendieron velas, se hicieron ofrendas, se solicitaron deseos. Ella había representado al elemento agua, sosteniendo un bonito cáliz de bronce con piedras semipreciosas del que todas bebieron. Sobre el altar había una tela de brillante terciopelo negro con un pentáculo dibujado. Sobre él, sal, que representaba la tierra, una varita dorada con los extremos de cuarzo, una daga, frutas e incienso. Había sido una experiencia interesante y divertida, pero la Wicca no había ganado una nueva adepta. Además, su deseo no se había cumplido, ni lo haría, porque el chico cuyo amor había solicitado había dejado de interesarla.

A Daniel le gustaba dar por sentado que Olivia era hija de un ángel caído y no una descendiente más lejana y, por tanto, de menor enjundia. De este modo se sentía especial, elegido para una misión trascendente. Sin embargo, no podía asegurarlo. Probablemente lo averiguaría en el momento de matarla. Lo deduciría del tipo de batalla que fuese capaz de presentar.

Era abril y comenzaba a dejarse sentir la agradable calidez del sol, por lo que Olivia pasaba en el zoo también parte de su tiempo libre, ya fuese sentada en un banco estudiando algún libro, ya consultando sus dudas con los profesionales, visitando a los animales o simplemente paseando. Su hora de salida era, por tanto, impredecible, circunstancia a la que el plan de Daniel hubo de adaptarse. Dada la situación del pabellón de las rapaces, junto a las

puertas del recinto, vigilar su salida le resultaría cómodo. Por suerte, ella había roto días atrás con el joven que solía venir a recogerla en coche, por lo que su única opción para llegar a la facultad era el metro. Eso le facilitaba la planificación del acto.

Aquel día, Olivia había decidido sentarse en un banco para tomar un sándwich y un refresco, en lugar de ir a su casa a comer y luego desplazarse hasta la universidad. Era preferible tomar un refrigerio con tranquilidad mientras leía una novela disfrutando del buen tiempo, que andar a carreras todo el día. Las clases comenzaban a las cuatro, pero se saltaría la primera. Últimamente no tenía demasiadas ganas de encerrarse en el aula, no podía concentrarse en las lecciones por el mismo motivo por el que no podía concentrarse en la lectura en aquel momento: la ruptura con Carlos se le venía constantemente a la cabeza. Aún le echaba de menos. Carlos, a quien le habían presentado durante una fiesta universitaria, estudiaba quinto de Biología y por las tardes hacía prácticas en un laboratorio, donde había conocido a su actual novia. Olivia y él habían salido juntos durante dos meses sin que nada la hubiese llevado a sospechar que algo no iba bien. Ni siquiera los días previos a la ruptura. El muy cerdo se lo había tenido bien callado hasta asegurarse a la otra chica. Eso era lo que más la fastidiaba: no haber detectado lo sinvergüenza que era tras dos largos meses viéndole casi a diario. Sólo podía agradecerle a la otra chica el haber visto la luz gracias a ella.

Levantó la cabeza del libro. Al fin y al cabo, no estaba leyendo. Al alcance de su vista había jirafas y gacelas, y un grupo de niños que gritaban mostrándoles comida para intentar atraerlas. Soplaba un leve viento que despeinaba su flequillo y le agitaba la larga coleta castaña. Sus ojos eran castaños también, los labios prominentes y bien dibujados, los pómulos suavemente marcados. Vestía unos vaqueros y un fino jersey de color turquesa, y una cazadora roja estaba doblada sobre el banco.

Terminó el sándwich vegetal que había adquirido en el bar y sacó del bolso una de las chocolatinas con avellanas que siempre solía llevar. Tenía el ceño inconscientemente fruncido. Estaba enfadada consigo misma. Harta de que Carlos siguiese irrumpiendo en sus pensamientos e interfiriendo en sus actividades pese a que le despreciara.

Cogió sus cosas y echó a andar despacio en dirección hacia la salida. Aún tenía hambre, pero intentaría ignorarla hasta la noche. Por el camino fue pensando en el tema candente del zoo durante los últimos días. El personal del acuario estaba movilizado a causa de una terrible enfermedad que asolaba los tanques. Todos los ejemplares estaban afectados por ella y los trabajadores del zoo

habían criticado el desinterés que la empresa mostraba ante el avance de estas enfermedades, limitándose a sustituir los peces muertos por otros sanos que enfermarían inmediatamente, en lugar de poner en cuarentena a los afectados. El manglar, el jorobado Voner y el efipido estaban afectados por una enfermedad bacteriana de la piel. En primer lugar, desarrollaban una especie de costra blanca y, finalmente, se les caían los ojos. Aunque la dirección del zoo intentaba que los peces fuesen retirados cuando ya presentaban este estado, varios de estos ejemplares nadaban, para espanto de los visitantes, con alguna de sus cavidades oculares vacía. En otro acuario cercano, los fitofuegos se movían sin aletas. Los cuidadores del acuario desconocían el origen de la enfermedad. Sospechaban que podía producirse a causa de una mala calidad del agua, pero carecían de medios para averiguarlo y, consecuentemente, buscar un remedio a la enfermedad.

Esta situación había horrorizado a Olivia, quien se había solidarizado durante días con la inútil lucha de los trabajadores, hasta que, finalmente, decidió tratar de actuar por sus propios medios.

Le había resultado sencillo en su propio y pequeño primer acuario de cuarenta litros, cuando, teniendo ella doce años, sus peces habían adquirido alguna enfermedad vírica. Les había comprobado varios frasquitos de líquidos, dejando en ellos su asignación de varias semanas, sin conseguir ningún resultado. Los peces continuaban frotándose con las piedras del fondo, luego boqueando desesperados y finalmente los encontraba flotando sin vida. Por desgracia, curar a un pez no era tan fácil como curar a un perro, no se les podía tocar así como así. Sanar a su perro le había resultado siempre sencillo. Tanto la vez que le habían atropellado, rompiéndole una patita, como cuando había enfermado del hígado. Sólo había que cogerlo en brazos, acariciarle suavemente un ratito y listos. Un día, se le ocurrió de golpe que tal vez funcionaría si metía su brazo en el agua del acuario. Lo hizo sin pensarlo. Lo mantuvo dentro durante unos segundos, sin que los habitantes se interesasen por él, y nada extraordinario pareció ocurrir. Pero ni uno más de los peces murió.

Desde que, habiendo encontrado un pájaro con un ala rota, cuando contaba unos cinco o seis años, lo había sanado acariciándole el ala ante los ojos de su madre, había repetido la operación numerosas veces, tanto en el zoo como con animalitos pertenecientes a sus amigas, las cuales a veces ignoraban que estuviesen enfermos. Pero evitaba siempre que terceras personas descubrieran que podía hacerlo. Su madre le había inculcado esta máxima desde el primer momento, y ella conocía perfectamente lo

sabia que era.

Ignoraba si podría sanar también a los seres humanos. Su madre nunca había tenido nada más importante que un catarro, y probar con otras personas podía conducir a desvelar su secreto.

Mientras caminaba hacia la salida, trataba de pensar de qué forma podría transmitir su don a la inmensa cantidad de agua de los tanques, y además sin ser vista por nadie. Por varias veces había llegado a la conclusión de que era imposible, pero mientras los peces continuasen padeciendo tan espantosa muerte, no podría quitárselo de la cabeza.

Tardó unos treinta minutos en llegar a la puerta, habiéndose detenido en varias ocasiones para despedirse de animales y personas.

Atento y escondido tras los cristales de su despacho, Daniel pulsó un único dígito en su teléfono móvil tan pronto la vio pasar. Luego, cogió la cazadora, que ya tenía al alcance sobre una silla, y salió tras ella, manteniéndose a suficiente distancia como para evitar que oyese sus pasos.

Penetraron en la boca del metro, descendiendo por las empinadas escaleras. El avisador luminoso de la estación indicaba que el próximo tren tardaría un minuto en llegar. Un par de personas se hallaban lejos de ella, charlando y preparadas para entrar en alguno de los primeros vagones. Ella se quedó al final. Daba igual un vagón que otro. A aquellas horas, entre semana, iban todos casi vacíos.

Daniel aguardaba la llegada del tren oculto tras un panel informativo, fuera del alcance visual de Olivia.

El tren hizo su entrada y, cuando se detuvo, ella pulsó el botón de apertura del último vagón. Escogió donde sentarse y dejó su mochila en el asiento contiguo. A distancia, una señora se hallaba enfrascada en la lectura y un joven desaliñado con rastas rubias escuchaba música con sus auriculares.

Olivia sacó su novela, puesto que el trayecto era largo y las distracciones escasas. Logró concentrarse esta vez, por lo que no se apercibió de que la señora y el chico se apeaban en la siguiente estación y cuatro hombres subían. Uno de ellos, Daniel, se mantuvo al final del vagón. Los otros se situaron de pie junto a la joven.

Altos todos ellos, se sujetaban a la barra superior sin esfuerzo. Ella tardó unos momentos en darse cuenta de que estaban allí, hecho inusual dado que todos los asientos iban vacíos. Levantó la mirada y vio que tres hombres la observaban indisimulada y fijamente. Uno tendría más de setenta años, cabello escaso, ojos oscuros, óvalo redondo, robusto para su edad. Otro, de unos cincuenta años, guardaba un considerable parecido con el anterior,

pero era aún más alto y fuerte. El tercero tendría unos treinta y cinco años y era muy diferente. Por sus facciones, Olivia pensó que podría ser alemán o británico, o de algún lugar del norte de Europa. Era el más alto, pero algo ahilado, muy delgado, de hirsuto cabello rubio, ojos grises lacerantes y nariz prominente y afilada.

Olivia fingió regresar a su lectura, pero se había inquietado.

Daniel, desde lejos, aguardaba su momento con sus ojos ansiosos clavados en el grupo. Había de mantenerse a distancia, custodiando las armas especiales, listo para intervenir como refuerzo en caso de que, ante los poderes del engendro, resultasen inútiles las fuerzas del equipo y las armas convencionales.

Olivia, alarmada, resolvió apearse en la siguiente estación, incluso aunque subiese más gente. La distancia entre la estación pasada y la siguiente era más larga de lo habitual y aún faltaban algunos minutos para llegar, pese a lo cual no pudo resistir las ganas de ponerse en pie y escapar.

Sintió la primera puñalada tan pronto lo hizo. La siguiente, y otra más después, llegaron cuando aún no había comprendido lo sucedido.

Cayó hacia atrás, sobre los asientos, cubriéndose con las manos los dos grandes agujeros del pecho por los que manaba la sangre.

Borrosamente, mientras su mente intentaba en vano ofrecer respuestas, entrevió una especie de cortina plateada tras la cual, los tres hombres más un cuarto que se les había unido, parecían parapetados.

Al cuarto lo reconoció. Era Daniel, el cuidador de las aves rapaces. La esperanza al verle duró menos de un instante. Cerró los ojos, derrumbada sobre los asientos, y dejó de sentir.

En silencio, detrás de la muralla de amianto, Daniel observaba asombrado. ¿Ya estaba? ¿Eso era todo?

–Pero… ¿Ya ha muerto? –murmuró–. ¿Tan rápido? ¿Y sin defenderse en absoluto?

Sin girarse para mirarle, el hombre mayor contestó:

–Hemos tenido suerte. Hemos conseguido pillarla desprevenida.

La vista de Daniel no podía desprenderse del cuerpo. Se mostraba incrédulo, esperando que todo fuese un engaño y de repente adquiriese fuerzas para lanzarse contra ellos, como en una mala película de terror.

–Guardémoslo todo rápidamente –ordenó el joven rubio–. Saldremos en tropel por aquellas puertas tan pronto se detenga el tren –señaló las puertas más lejanas al cuerpo–. Salid mirando hacia el suelo y cubriéndoos las caras. Evitad que alguien, o las cámaras, puedan verlas de frente. Poneos las gorras.

Apresuradamente, doblaron la cortina protectora de amianto y

la introdujeron en una bolsa. En otro compartimento, envueltas en plásticos, guardaron las dagas ensangrentadas.

Todo estaba ya recogido cuando se vislumbró la luz al final de túnel.

La joven apuñalada continuaba inerte sobre la bancada, desde la cual caían varios chorros de sangre de diferente caudal. En el suelo, el charco de espeso rojo se agrandaba a cada instante, formando regueros que se dispersaban en diversas direcciones.

Desde la puerta, presto a salir, Daniel contemplaba el persistente goteo y el cuerpo inane de una joven menuda y vulnerable que desmerecía su hazaña.

Junto con los otros tres, conspicuos y silenciosos, abandonó el vagón rápidamente tan pronto le fue posible. Dios les favorecía: nadie subió en él en aquella estación. Recorrieron velozmente los pasillos, con los cuerpos deformados por enormes parcas de plumas y las cabezas ocultas bajo las gorras.

Todo fue bien. Y todo seguiría bien. Nadie le había visto y nadie tenía motivos para sospechar de él. Él ni siquiera había cogido el metro. Había llegado al trabajo en coche, como cada mañana, y contaba con varios testigos. A la salida, por supuesto, se había marchado en su coche. Un cuarto cómplice se había encargado de hacerlo desaparecer del aparcamiento. Si necesitaba coartada o testigos, los tendría.

Cuando salió a la luz del sol, sintiéndose de nuevo libre y seguro, intentó sacudirse la decepción. Cierto parecía que no había cobrado la pieza más fiera de la historia, pero eso no significaba que no hubiese podido causar al mundo un daño inimaginable. Era para estar orgulloso. La emoción, de cualquier manera, durante todo el tiempo que había durado la planificación y la caza, había sido la más increíble que él jamás hubiese experimentado. Aún era muy joven, y podían ofrecérsele mayores oportunidades.

Quería repetirlo. Quería ir a la búsqueda de mayores presas.

Había tomado la decisión. Ya no se limitaría a sentarse a observar a su limitado alrededor. Saldría a por ellos: se dedicaría en cuerpo y alma a su caza.

Capítulo 6

Padre de familia

Soportarlo no era difícil: era imposible.

Los dos niños devoraban todo su tiempo, y a veces, como Saturno, deseaba devorarlos a ellos.

De repente, se hallaba desposeído de entidad propia, carente de deseos y necesidades, convertido en un mecanismo cuyo único objetivo era la seguridad, satisfacción y crecimiento de aquellos pequeños seres.

Acostumbrado a gozar en exclusiva de su ángel, Samael lloraba en cuanto se sentía desatendido en favor de su inesperado hermano. Peor aún, consciente de que no había como escalar a los muebles o arrojar al suelo cuanto se hallase sobre ellos para atraer la atención de su padre, obligaba a éste a no perderle de vista mientras atendía al más pequeño. Y las exigentes y continuas necesidades del recién nacido excedían la paciencia de Cannat.

Varias veces al día, los dos niños y el perro parecían confabularse para desesperarle, llorando al unísono reclamando alimento, cuidados o compañía.

Ya desde la llegada de Sam la casa se había convertido en un almacén de alimentos y productos infantiles: leches y papillas para diferentes edades, pañales, jabones… Pero la presencia del nuevo bebé impuso un nuevo abastecimiento. Cannat había buscado asesoramiento en la farmacia y comprado lo necesario por decenas con el fin de dejarse ver lo menos a menudo posible. Detestaba mostrarse ante los humanos por el impacto que su apariencia causaba entre ellos. Sus miradas de mono alelado le sacaban de quicio. Sin embargo, el contacto con ellos se hacía cada vez más inevitable. Sam iba creciendo y requería alimentos de mayor textura, por lo que había contratado los servicios de una mujer del pueblo quien, tres o cuatro veces por semana, dejaba a su puerta comidas adecuadas a su edad, cocinadas por ella misma. Pero no soportaba el que uno de ellos penetrase en su casa, y, por más que trabajase en ella cuanto podía, estaba continuamente sucia y desordenada.

Añoraba el perfecto orden y pulcritud de su hogar de antaño. El baño, resplandeciente con un mínimo cuidado. La impoluta cocina, un adorno hasta hacía unos meses, emitiendo reflejos desde el

siempre seco fregadero y los ornamentos de acero. El espacioso y confortable salón, siempre a punto para obsequiar su vista. Ahora la cocina se había convertido en un caos de envases y frasquitos, así como de utensilios que era preciso fregar innumerables veces al día. En el baño se producía un trasiego constante. Baños y constantes cambios de pañales eran fuente continua de trabajo e inacabable suciedad. Y el salón… El salón se hallaba invadido por un corralillo lleno de juguetes y por las dos cunas. Los cojines del sofá andaban siempre por el suelo o descolocados, pues servían de juguetes al perro y a Sam. Los muebles carecían de adornos, ya que, los que no habían sido destruidos por el niño, los había guardado para evitar que se pudiese hacer daño con ellos.

Aunque Cannat toleraba esta situación mucho mejor de lo que nunca hubiese supuesto, lo aceptaba sólo como un sacrificio temporal, en tanto se le ocurriese una mejor forma de cuidar a los niños sin que ello interfiriese con su propia vida.

La cuestión más grave a tener en cuenta a la hora de organizar la futura situación era la amenaza humana sobre Samael.

Laima había muerto por ocultar su paradero. Él había sido la razón del interrogatorio, la causa de la tortura. Con más fuerza que antes, esto le llevaba a preguntarse de nuevo sobre el origen del niño.

Los humanos debían haber creado a su alrededor algún estúpido mito según el cual estaría llamado a provocar el apocalipsis. Como si necesitaran ayuda para ello. Le creerían “el hijo del demonio”. Pero, ¿cuál de sus hermanos se habría granjeado esta vez ese título?

Otras cuestiones, sin embargo, eran más preocupantes. Si habían logrado llegar hasta Laima, ¿existía alguna posibilidad de que llegasen también hasta él? Esta preocupación aumentaba cuando pensaba en su creciente estatus entre los mortales de persona más llamativa de la región, drásticamente incrementado con la misteriosa aparición de los dos bebés bajo su custodia. Suponía que los humanos debían murmurar toda suerte de sandeces, pese a que él hubiese tratado de minimizar los riesgos explicando a dos o tres personas la llegada de Sam como el fruto de un trágico accidente en el que habían fallecido su hermana y el esposo de ésta. La mentira fue creída y, en contra de sus deseos, tuvo el efecto de incrementar su fama. Pero explicar la aparición de un segundo niño resultaba demasiado difícil. No había nada verosímil que pudiese decir, de modo que se abstuvo de dar explicaciones, limitándose a hacer caso omiso a las inquisitivas indirectas de los pocos con quienes tenía esporádico contacto.

Todo ello le llevaba a concluir la necesidad perentoria tanto de abandonar el lugar como de buscar un refugio seguro para los

niños, donde él no estuviese perenne y obligatoriamente implicado en sus cuidados diarios.

Pensando en estos asuntos recordó a la posible familia de Sam. Nunca se había preocupado de averiguar nada de ella y tal vez entre sus miembros hubiese alguno que hubiera llorado la pérdida del niño, alguien apto para cuidar de ellos bajo su estricta supervisión. Aspiraba, por supuesto, a algo más que un humano.

¿Quién sería la mujer que tanto le había protegido durante el incendio? ¿Por qué a él y no a cualquier otro? ¿Cabía alguna posibilidad de que fuese su madre? No, si creía a Laima. Pero ésta podía haberle engañado para evitar que hablase con ella… De cualquier forma, a través de la embajada podría descubrir a cargo de quién estaba el niño. Valía la pena investigar un poco porque, aunque la madre de Sam hubiese muerto, tal vez le hubiera confiado el secreto de su concepción a su propia madre o a alguna otra persona.

Todo lo que debía hacer era presentarse en la embajada e indagar acerca de los niños muertos en la explosión con dos meses de edad. Por lo poco que recordaba, no había más de tres o cuatro cunas en la guardería, y con suerte quizá Sam fuese el único tan pequeño. De esta forma conseguiría fácilmente la dirección de su familia.

La misma noche en que se le ocurrió esta idea, dejó a los dos niños durmiendo y la puso en práctica. Ahora que tenía a su hijo, dejarlos solos durante un rato no le preocupaba en exceso. Si el niño se despertaba y lloraba, si tenía miedo o corría cualquier peligro, él lo sabría. Tal era la naturaleza de su unión.

La embajada había sido reconstruida siguiendo los planos originales, pero a Cannat le resultaba difícil relacionarla con el devastado edificio en llamas del que había rescatado a Sam diez meses atrás.

Completamente restaurada y en funcionamiento, el personal se movía por los pulcros pasillos inmerso en sus tareas, mientras los visitantes aguardaban turno en las oficinas con expresiones de aburrimiento, resignación y paciencia. “Tan pequeño es el valor que le otorgan a la vida ajena –pensó Cannat–, que así de sencillo les resulta olvidar y continuar con la propia”.

El edificio constaba de cuatro plantas. En las dos primeras se encontraban las oficinas y departamentos públicos, debidamente indicados en los paneles de la entrada. Las dos plantas superiores albergaban dependencias privadas. De las señalizaciones del recibidor, Cannat pudo inferir que, exactamente bajo la guardería, se hallaban los salones para las recepciones oficiales.

Echó un vistazo al panel informativo y se decidió por una

oficina. No quería perder tiempo, a causa de los niños, y le pareció que utilizar una mezcla de su persuasión especial y vulgar ardid humano aceleraría el proceso. Decidido esto, urdió un mínimo guión según el cual se fingiría un periodista interesado en rescatar del olvido la tragedia. Alguien que ahondaba en su vertiente más emocional con el fin de tocar los corazones y evitar que volviese a repetirse. Fue suficiente para darle la oportunidad de acercarse al mostrador, agradable y sonriente, y dominar ligeramente la voluntad de la mujer que le atendía. Ella se comportó con gentileza y agradecimiento ante su honorable intención. Abandonó su puesto, ofreciéndose a guiarle personalmente hasta la persona que podría ayudarle.

La mujer, una señora entrada en años, era vivaz. Vestía un traje de chaqueta con falda de lana verde, alegre, que adornaba con un collar de oro. Tenía el pelo completamente blanco, pero abundante y bien cuidado. Las marcas en su expresión delataban que sonreía de forma continua, y sus modales, que el mostrarse atenta y amable era habitual en ella, y no meramente debido a la influencia del ángel.

De camino, le preguntó si en el mundo del periodismo se barajaba, de forma no oficial, algún posible autor de los hechos.

A Cannat le sorprendió la pregunta. ¿Acaso no había sido alguna de sus miles de agrupaciones de asesinos? ¿Cómo los llamaban cuando atacaban sitios como aquel? ¿Terroristas?

Se limitó a responderle que no conocía más datos que los que se habían hecho públicos. Al fin y al cabo, obtener información en torno a una caterva de monos lampiños que asesina a otra no era algo que fuese a ocupar su tiempo.

A menos, claro… Se le ocurrió de repente. Parecía imposible que pudiesen llegar tan lejos, pero…

La bomba había estallado en el ala derecha de uno de los pisos superiores, de tal manera que la guardería y sus inmediaciones habían sido las áreas más dañadas.

De repente, llegados a una esquina Cannat arrinconó a la mujer contra la pared. Era una zona tranquila y podía aprovechar para sonsacarle información.

Ella se asustó levemente, sólo durante un instante. Luego, cubierta por su cuerpo de tal forma que en el mundo sólo existía la inmensidad azul de su mirada, respondió a cada una de sus preguntas. En efecto, ningún grupo terrorista había reclamado la autoría del crimen, además, el tranquilo país carecía de conflictos internos y era neutral en sus relaciones internacionales. No podían existir motivaciones políticas, y no, no se alojaba ni había en la embajada en aquel momento ninguna personalidad relevante. No se

había perseguido destruir archivos, ni las zonas necesarias para la actividad de la embajada. Había habido numerosas víctimas inocentes, especialmente niños.

Cannat se apartó de ella.

¿Todo aquello para acabar con la vida de un bebé de dos meses?

La hizo proseguir el camino con rapidez. Quería acabar cuanto antes y regresar a casa.

El funcionario a quien la señora explicó lo que Cannat deseaba imprimió y le entregó un listado con los nombres de las víctimas y sus edades. Sólo uno tenía dos meses.

–Tengo entendido que algunos cadáveres no pudieron ser encontrados –lamentó–. Como el de este niño de dos meses, ¿por casualidad le recuerdan?

–¡Oh, sí! ¡Claro que sí! –exclamó la señora cruzando las manos sobre su pecho, su expresión poseída por la tristeza–. A ella y a su madre, una joven encantadora llamada Justine Matheson. Era la encargada de la guardería. Apenas llevaba una semana en la embajada. Me contó que era intérprete, pero que mientras conseguía una plaza fija había aceptado trabajar temporalmente en la guardería porque le venía muy bien, al tener ella misma un niño tan pequeño. Pobrecito. Ni siquiera pudo encontrarse su cuerpecito.

Cannat sonrió cálidamente a la mujer.

–¿Verdad que podrá proporcionarme los datos de su familia?

En casa todo iba bien. Los niños dormían y el perrito, que ya se había acostumbrado a verlo volatilizarse y resurgir de la nada, se bajó del sofá y le dio en silencio la bienvenida. Cannat se sentó con él y meditó mientras le acariciaba.

Decenas de personas habían sido sacrificadas por alguien cuyo único objetivo era acabar con Sam. Había quedado clara la magnitud de la crueldad de quienes le perseguían y de su empeño y perseverancia en poner fin a su vida.

No podría volver a dejar a los niños solos. No en aquella casa.

De repente se sintió harto y solo, necesitado de ayuda y de la compañía de alguno de sus hermanos. Había pasado meses consolándose de la adversidad con un muñeco incapaz de comprenderle. No negaba que gracias a él había conseguido resucitar, pero ahora era demasiado poco. O, tal vez, demasiado. No tenía el doble de compañía, sino el doble de problemas.

Laima había mencionado a Kazbeel como uno de los ascendientes de Sam, y Cannat sabía dónde encontrarle. Por la mañana, después de alimentar a los niños, irían a verle.

Los hermanos disponían de decenas de refugios repartidos por la

Tierra. Santuarios situados en cumbres inaccesibles o islas protegidas. Éste, sin embargo, se hallaba situado fuera del tiempo y del espacio. Un lugar seguro, accesible sólo a los Hijos de Dios.

Aunque en su estatus de expulsados de la gracia divina hubiesen perdido muchas de sus prerrogativas, las restricciones impuestas por su Padre a los mortales eran tan grandes que ellos seguirían reinando por siempre sobre mundos que a aquellos nunca les sería dado conocer. En tiempos pasados, cuando la Tierra entera era su imperio, el lugar había sido considerado frío e inhóspito vacío; ahora era un punto de encuentro silencioso y tranquilo donde siempre era seguro encontrar compañía. No era el lugar favorito de Cannat, pero cada vez que lo había visitado, había encontrado a Kazbeel allí o a alguien con noticias suyas.

Sabía lo que le esperaba: en primer lugar, se mofarían de él al descubrirlo convertido en esclavo de dos humanos. Inmediatamente después le recordarían que no estaban permitidos y le pedirían que los sacase de allí. Como eran tan pequeños, esperaba conseguir levantar la regla por unas horas.

Nunca, en su breve trayectoria como padre, se había sentido tan ridículo como en el momento en que se materializó en el refugio con los dos niños en brazos.

Los cuatro hermanos que encontró reunidos en la sala cesaron sus actividades y lo miraron con los rostros transidos de incredulidad.

–¿Qué es eso, Cannat? ¿Humanos?

Dos de ellos, juntos en un diván, tenían pequeños instrumentos musicales en las manos. Otro, con un bloque de papeles apoyado sobre las piernas, escribía. El cuarto, inclinado sobre él, repasaba una hoja con alguno de estos recientes escritos. Quizá estaban componiendo música, pensó Cannat.

–No exactamente –se defendió, produciendo al hablar una oleada de gélido vaho.–. Éste es mío –aclaró, levantando levemente al bebé que portaba en su brazo izquierdo, apenas visible por sus ropas–. Y éste de Kazbeel, más o menos.

El enorme lugar carecía de chimeneas o cualquier otro sistema para generar calor, puesto que no precisaban para ello nada más que su propia voluntad, pero, como el frío no les molestaba, ninguno se había preocupado por evitarlo. No había tampoco sistemas de iluminación, pues de sus propios cuerpos emanaba la necesaria.

El mobiliario era básico, consistente sobre todo en grandes y confortables divanes, y la sala estaba llena de plantas e instrumentos musicales, casi ninguno de ellos fabricado por manos humanas.

Con creciente estupefacción, los cuatro ángeles se habían puesto en pie para acercarse a Cannat y a las criaturas.

–¿Tuyo? ¿TÚ has creado un nefilim?

El asombro se había hecho tan grande que no parecía ir a dar paso a las mofas que Cannat había esperado. No sabía qué responder.

–Necesitaría bastante tiempo para explicar las razones –señaló–, y no sé si me lo vais a conceder.

Sam tenía la cabeza vuelta hacia los nuevos ángeles y los contemplaba con silenciosa admiración.

–Conoces la regla: Sólo los Hijos de Dios tenemos acceso a nuestros lugares.

Cannat suspiró.

–Por favor, hermanos, ayudadme –suplicó–. Os necesito. Este niño ha sido creado mediante la semilla de nuestros hermanos, y por ese único motivo los humanos lo persiguen para asesinarlo. Fijaos en su aura y decidme si pertenece a un mero ser humano. Y en cuanto a éste, su alma es mi alma. No pueden contaminar el lugar, ni podrán recordar jamás nada de lo que vean. Sólo os ruego que me permitáis protegerlos aquí durante unas pocas horas. Y, si eso es demasiado, al menos el tiempo necesario para hablar con Kazbeel. Si es que está aquí.

–Estoy aquí –Cannat se giró hacia la voz proveniente del umbral con la habitación contigua y vio la efigie alta, hermosa y morena de Kazbeel–. He presentido al niño. –Se acercó a Cannat para contemplarlo–. Ha pasado mucho tiempo, pero se parece al hijo que tuve con Eve. Lo recuerdo bien. Incluso se parece a mí. –Volviéndose a sus hermanos, agregó–. Tuve al ascendiente de este niño con una mujer con el alma de un ángel. Era la hija de Shallem. Permitidles que se queden, por favor.

Los hermanos quedaron en dubitativo silencio, hasta que uno de ellos impuso:

–No por más de tres horas, Cannat. Aunque tus mascotas tengan un buen pedigrí, no las convierte en los nuestros.

Kazbeel y Cannat se lo agradecieron, retirándose a uno de los divanes más alejados del punto donde se hallaban los cuatro hermanos. Una hermosa y suave música comenzó a sonar instantes después.

Cannat dejó a los niños sobre el mullido mueble, uno a cada lado de él, y se reclinó, deleitándose en el sonido.

–Nunca soy consciente de cuánto la echo de menos hasta que vuelvo a escucharla –susurró.

Frente a él, un mural de inconmensurable belleza expandía su aroma por la habitación, recubriendo la pared por completo. Había

sido creado con pétalos de flores, los cuales permanecían con el tacto, aspecto y cualidades de las flores vivas. En él se representaban escenas antiguas, como los hermanos en compañía de su Padre, o disfrutando de la Tierra antes del hombre. De casi todos los ángeles existía un recuerdo en el mural, incluso de quienes no habían sido vistos desde hacía mucho, mucho tiempo.

Cannat fijó su vista en las dos sonrientes figuras que jugaban en el lago, chapoteando junto a una hermosa cascada. Eran el epítome de la felicidad. Eran Shallem y él.

Pero no tuvo margen para la morriña o la ensoñación: de pronto, los dos niños habían roto a llorar.

La música cesó y los hermanos observaron a Cannat, malhumorados. Él contempló a los niños, extrañado, observando que Sam estaba muy pálido.

–Es por el frío –apuntó Kazbeel–. Ningún humano puede sobrevivir mucho tiempo con esta temperatura. Tendrás que darles tu propio calor.

Cannat puso una mano sobre cada uno de ellos y esto hizo que rápidamente entraran en calor, pero aún tardaron un poco en dejar de gimotear. Desde la distancia, oyó parte de los murmullos de sus hermanos: "Además de horribles…" "No puedo comprender cómo…" "Insoportablemente…".

Se volvió hacia Kazbeel, agradecido por su actitud.

–Bonita camisa –señaló, reparando en los bordados de la blanca prenda.

–¿Te gusta? La compré en el XVIII la semana pasada. Mi sastre favorito vive en Paris, 1728. Por desgracia, murió muy joven. Aunque no es un impedimento para que siga trabajando para mí.

–Debes presentármelo.

–Cuando quieras. Dime, ¿qué ha ocurrido en tu vida para que te presentes aquí… –agitó las manos en el aire, buscando la expresión adecuada–, …así?

Cannat le explicó escuetamente lo sucedido y el punto en el que se hallaba. Le pidió sugerencias acerca del posible padre de Sam, teniendo en cuenta que Laima había imaginado que él rechazaría al niño de saber quién era, pero no obtuvo ningún nombre seguro, ni ninguna posibilidad en la que no hubiera pensado ya.

–¿Por qué no has mencionado a Eonar? –preguntó a Kazbeel.

Era sabido que Shallem y Cannat habían tenido problemas con Eonar, y, aunque Cannat no hubiera aniquilado al niño por esa razón, a los ojos de los demás debía de ser el único candidato digno de mención.

Kazbeel le miró sorprendido.

–¿Es que no lo sabes? Miguel vino a por él.

–¿Miguel vino a por él? –Cannat se sintió sobrecogido–. ¿Cuándo?

–Mucho antes de que Shallem se fuera. No pudo ser el padre de Sam.

Cannat pensó en Eonar con mayor afecto del que solía. Desleal Miguel… Su presencia en la Tierra siempre traía la fatalidad, siempre tenía la finalidad detestable de causar daño a alguno de sus propios hermanos.

–¿Consiguió vencerle?

–Por supuesto. Vino en comisión de nuestro Padre. No me preguntes qué hizo para despertar hasta tal punto Su ira. Dicen que también venía a por Samael, pero tampoco esta vez logró encontrarle.

Cannat se estremeció.

–Menos mal. Maldito traidor… –Su vista se fijó en el mural, en el punto donde se hallaba la imagen de Miguel, siendo contemplado, precisamente, por Samael, a quien mostraba un pequeño animal. Firmemente, Cannat aseguró–. No vencería a Samael.

–Si viene en comisión divina, puede vencer a cualquiera.

Cannat no estaba de acuerdo y discutieron sobre ello un rato más. Luego le rogó que le cuidará a los niños mientras indagaba entre la familia de Sam.

–Pero es que vamos a ir al estreno de *Las Bodas de Fígaro* –pretextó Kazbeel.

–Bueno. No cabe la posibilidad de que llegues tarde, ¿verdad? Mozart siempre seguirá estando allí…

Habiendo convencido a Kazbeel, se le habían concedido un par de horas de tranquilidad, aunque no de libertad. No gozaría de su adorada libertad mientras esas criaturas dependiesen de él. Tal vez mientras existiesen…

Se trasladó a la dirección de la madre de Justine Matheson, un piso en una calle perpendicular a los Campos Elíseos de París.

No quería asustar a la mujer. Tenía la esperanza de que le fuese útil en el cuidado de los niños, y, por otro lado, se sentía benévolo e inclinado a mostrar cierta deferencia a la familia de Sam. Decidió avenirse a las normas humanas y proseguir en su papel de periodista.

La señora de la casa acudió al oír el timbre de la puerta. Miró por la mirilla y, sin más precaución, la abrió, para quedarse frente a él, contemplándole con fascinación.

Cruzó los brazos sobre su pecho, cerrando la rebeca verde. Ante la presencia de tan hermoso hombre mostraba síntomas de lamentar

su aspecto. Tenía menos de cincuenta años y conservaba aún rasgos de su juventud, pero su desaliño general y la expresión de tristeza y cansancio delataban el dolor en que vivía.

Cannat se presentó y le explicó el motivo de su visita, rogándole unos minutos de su tiempo. Le permitió pasar y le condujo a la sala de estar, donde le ofreció tomar asiento.

Ella respondió a sus preguntas sin recelo, aliviada de tener alguien con quien recordar a su hija. Le mostró algunas fotos que decoraban los muebles y un pequeño álbum que descansaba abierto sobre un velador, comentándolas y relatándole, como él deseaba, su vida anterior al trabajo que la había llevado a abandonar el país.

Justine tenía veintitrés años, vivía con su madre y había conseguido el empleo a través de la Universidad de la Sorbona, donde poco antes se había licenciado.

–¿Qué puede contarme sobre su hijo? –preguntó él.

–¿Su hijo? –Ella le miró perpleja, hasta que, de repente, pareció comprender–. ¡Oh! Ya sé porque lo pregunta. Debió darse algún tipo de confusión entre los empleados de la embajada e informaron a la policía de que Justine era madre de un bebé. Como trabajaba en la guardería, quizá la vieron con alguno, un empleado pensó que era suyo, y desde ahí creció el error. Fue algo muy extraño, pero la prueba es que el cuerpo de ese supuesto bebé nunca llegó a encontrarse.

–¿Está segura? ¿No es posible que Justine tuviera ese hijo sin que usted lo supiese?

–¡Por supuesto que no! Se lo he dicho. Justine vivía conmigo. Siempre vivió conmigo. ¿Cómo no iba a haberme dado cuenta de que estaba embarazada?

–¿Cree que podría tratarse del hijo de alguna amiga?

Ella negó inmediatamente.

–Jamás hubiera dejado de comentarme algo tan importante, si hubiese aceptado cuidar del hijo de otra persona.

La cuestión se había complicado. ¡Qué lástima no haberle concedido a Laima la ocasión de contarle la verdad cuando estuvo dispuesta!

Habiendo perdido la motivación y paciencia para perder más el tiempo con aquella mujer, escrutó su mente, tanto para asegurarse de que no mentía como en busca de cualquier dato útil que pudiese conducirle a la auténtica madre. No extrajo nada del menor interés.

La deferencia ya no tenía sentido. Se desvaneció sin más, dejando a la mujer hablando con el vacío.

Toda la cuestión en torno a los parientes, humanos o no, de Sam, le resultaba verdaderamente irritante. Había perdido el tiempo y su dignidad, rebajándose a buscar ayuda entre los mortales, sólo

para enredarse en mayor confusión.

No quería continuar en un estado de permanente aburrimiento y enfado, por más que la curiosidad le empujase a saber. Montaría su propio refugio para los niños. Pondría al frente al hijo de alguno de sus hermanos. Y se dedicaría a ser, nuevamente, él mismo.

Capítulo 7

Lisbeth y Tomas

La niña entró sedada en la casa, envuelta en una sábana de amianto. Tras la puerta entreabierta de la cocina, donde se preparaba un bocadillo, Lisbeth espió su llegada. Probablemente la habrían traído oculta en el maletero del coche, pues la subían desde el garaje, arrastrada por el señor Arnaiz y su hijo. Por su estatura, parecía tener unos ocho o diez años, aproximadamente como ella. La niña no estaba del todo dormida, y de bajo la capucha de amianto que cubría su cabeza escapaban espaciados gemidos. De todo su cuerpo, sólo los finos tobillos con sus calcetines azules y los pequeños zapatos de colegiala quedaban al descubierto.

La señora Arnaiz, Marta, salió a su encuentro al oír que llegaban.

–¿Todo ha ido bien? –les preguntó.

–Como la seda –respondió Albert, su marido.

Precedidos por la mujer, que les abría las puertas, continuaron arrastrando a la niña hasta perderse en el interior de la casa. Cuando el sonido de sus palabras se hizo inaudible, Lisbeth regresó al interior de la cocina. Sobre la mesa había dispuesto ya el pan y un envase de jamón. Extrajo un cuchillo pequeño del interior de un cajón y abrió la barra de pan por la mitad imponiéndose cuidado, pues las manos le temblaban ligeramente. Separó tres lonchas de jamón y devolvió el sobrante a la nevera, bien envuelto en papel de aluminio, como le habían enseñado. Luego se sirvió un vaso de agua fresca de la nevera y se sentó a la mesa.

–¿Todo bien, Lis? –Marta, rubia y espigada, penetró en la cocina sonriente. Lisbeth se sobresaltó–. ¿Te has puesto la merienda?

–Sí, mamá.

–Voy a preparar algo para los invitados. Esta noche vamos a tener movimiento. ¿Me ayudas cuando acabes?

–Sí, mamá.

Lisbeth finalizó el bocadillo aprisa, mientras la señora Arnaiz depositaba cuencos, platos, bandejas y otros útiles sobre la mesa y la encimera. Tan pronto acabó, siguiendo instrucciones, Lisbeth comenzó a esparcir fuagrás sobre rebanadas de pan de molde que luego cortaba en dos mitades, formando triángulos.

–¿Es una de ellos? –preguntó quedamente.

Marta la miró. Se sentía orgullosa de ella. Era linda, obediente y no demasiado mala estudiante, al contrario que su hijo biológico. Le acarició la larga coleta castaña.

–Eso es lo que vamos a averiguar –le respondió–. Han descubierto un método, ¿sabes? Y van a venir nuestros amigos a enseñarnos a ponerlo en práctica.

Lisbeth conocía bien a los amigos a quienes se refería. Sintió congelarse sus pies y sus manos.

–Tú te irás a la cama en cuanto acabes de ayudarme. Tienes permiso para leer un rato antes de dormir. Aún eres demasiado pequeña para ver ciertas cosas. Pobrecita –Marta le dio un rápido beso en la cabeza y la estrechó ligeramente–. Bastante has sufrido ya.

Lisbeth pensó en aquella niña, que tenía su edad, tal vez menos.

–¿Puedo ducharme antes de acostarme? Esta tarde tuvimos deporte y no pude hacerlo en el colegio porque no funcionaba el agua caliente.

–Sí, claro. Hazlo.

Terminó con las tareas encomendadas por Marta y subió a su habitación. Allí, sacó un vaso de un cajón de su cómoda y se dirigió con él al baño, que era la habitación contigua. Cerró la puerta con llave y puso la parte hueca del vaso contra la pared que daba al dormitorio siguiente. Luego aplastó su oído contra el vaso y retuvo la respiración. Como procedentes de una cueva, llegaron hasta ella los sollozos suplicantes de la niña capturada. Había imaginado que estaría allí, amarrada con cuerdas sobre la cama.

Durante años la habían tenido bajo el microscopio a ella misma, vigilada de continuo en espera de que manifestase algún don maléfico. Al fin y al cabo, había escapado de la casa de un ser del Averno, según ellos pensaban. Con el transcurrir de los años las aguas se habían calmado. Ella había conseguido hacer pasar el tiempo sin contarles recuerdos que pudiese perjudicarle, como Laima la había instruido, y todos se habían convencido de que era una pobre niña normal a quien la bruja había secuestrado para realizar algún monstruoso ritual con ella.

Por milésima vez en su existencia, Lisbeth se acordó del ángel. Recordaba la majestuosidad de un ser todopoderoso que la había rescatado de las llamas del infierno. Se recordaba a sí misma asida a su cuerpo, sofocada y ardiente, para un instante después hallarse ambos en otro punto del mundo, frío, luminoso y tranquilo. Había otros detalles difusos en su memoria, como el ángel acuclillado entre las llamas con un niño en sus brazos. Luego ese niño no se había ido con ellas. Quizá había tenido más suerte que ella y el ángel lo había devuelto con sus padres. El recuerdo de Laima

comenzaba a hacerse borroso, pero había cosas que no olvidaba, palabras que la había obligado a retener, haciéndoselas repetir una y otra vez. También le había dicho que jamás debía contarle a nadie cómo había sido rescatada, pues existían hombres malos que tergiversarían la historia y la matarían por ello. Lisbeth jamás se lo había confesado a nadie. Nunca lo haría, aunque se refiriesen a ella como bruja, endemoniada, criatura infernal, ser maligno o cualquier otra cosa horrible. Laima había sido buena con ella. La había cuidado con cariño al descubrir que sus padres ya no existían, que habían perecido en el incendio. Pero luego…, también la había perdido. Y había aparecido aquel hombre y se la había llevado a esa casa horrible.

La niña de la habitación contigua tal vez sí descendía de un ángel, quizá del mismo que la había salvado a ella. Laima le había explicado muchas cosas sobre aquellos a los que en la casa llamaban monstruos, y ella sabía que en realidad no lo eran, que se trataba de los ángeles y de sus hijos.

La niña estaba sola en la habitación y ella quería hablarle, preguntarle qué sabía de ellos. Mientras que debía ocultarle a la familia su pasado, a esa niña sí podría contarle la verdad.

Lisbeth tenía miedo de ser sorprendida, pero su deseo de hablar con ella la impelió lo bastante fuerte como para arriesgarse. Lentamente, abrió la puerta del baño, asegurándose de que no había nadie en el exterior, y luego caminó de puntillas hasta la siguiente. Cerró los ojos y tomó aire, suplicando calma a su acelerado corazón, y entreabrió muy despacio la puerta del dormitorio.

Sobre la cama, envuelta en la sábana de amianto de la misma forma en que la había visto llegar, se hallaba la niña. Sus piernas, juntas, se veían rodeadas de cadenas que finalizaban en un yunque de hierro, en el suelo, al pie de la cama. Alrededor del cuello le había sido colocado un collar formado por el mismo tipo de fuertes cadenas, el cual se perdía tras la cabecera de hierro. Bajo el capullo de amianto, la voz aterrada suplicada y lloraba.

–Por favor… Por favor…

Lisbeth deseaba quitarle la capucha para ver su rostro. Pensaba que, de alguna forma, le evocaría al del ángel. Pero no lo haría, no se atrevía.

Anduvo unos pocos pasos hacia la cama, lo suficiente para susurrar de forma audible para la cautiva:

–Yo también los he visto.

La niña se quedó rígida sobre el lecho, en silencio absoluto. El sonido le había llegado amortiguado, lejano, un susurro suave, infantil, y permanecía atenta en espera de que hablase de nuevo.

–Por favor, ayúdame –suplicó, cuando vio que el silencio

persistía–. ¿Quién eres?

La voz le llegó a Lisbeth extrañamente amortiguada. Era la voz corriente de cualquier niña de su clase, pero su tono estaba lleno de pánico.

Había muchas cosas que Lisbeth quería saber y algunas que quería contar, pero no tenía tiempo.

–¿Cómo se llama tu padre? –inquirió, aumentando el volumen de su voz, pues comprendió que debía hacerlo si esperaba ser oída a través de la capucha.

La niña la oyó con claridad y se quedó pensativa unos instantes.

–No es nadie importante –contestó después, angustiada–. Mi padre no tiene dinero. Por favor, haz que me suelten, se han equivocado de niña.

–¿Tienes poderes? –Lisbeth había hablado más alto esta vez, llevada por la emoción.

La niña la entendió claramente. Por la sorpresa, le preguntó:

–¿Qué?

Lisbeth tenía preparada su siguiente pregunta, aun cuando ninguna le estuviese siendo contestada, pero tras ella, un vozarrón clamó su nombre.

–¡Lisbeth!

El golpetazo en la cara le llegó de improviso nada más girarse. Ella se llevó la mano a la mejilla herida, mirando a David, el joven hijo de los Arnaiz.

–Mamá te ha dicho que no me pegues –protestó, mirándole con una mezcla de impotencia, miedo, rabia y ganas de llorar.

Él le hizo burla.

–Ñe, ñe, ñe, ñe, ñe. Verás cuando le diga que te he pillado aquí. Lárgate a tu cuarto.

Ella le obedeció, escuchando a su espalda redoblarse los sollozos y ruegos de la secuestrada.

Más tarde, desde su habitación oyó llegar a los amigos de la familia. Se asomó a la ventana avisada por los rugidos de los motores de los coches y los vio salir. Cuatro esta vez, más un niño de unos cinco o seis años dormido en brazos de una mujer.

Desde abajo, al final de la escalera, comenzaron a llegar las voces del recibimiento. Lisbeth corrió a su puerta y echó el cerrojo, pese a que sabía que le había sido extraída la parte interna y su eficacia era nula. Permaneció con la oreja pegada a ella, escuchando frases comunes entonadas con sincero agrado.

–¡David! ¡Cómo has crecido en estos meses! –exclamó la conocida voz de Amelia Suances.

–Gracias, doctora Suances. Ya he cumplido diecisiete años, no creo que crezca mucho más.

–Adelante. Dejad las cosas donde queráis.

–Gretchen, me alegro mucho de verte. ¿Cómo estás, Alexander? Bienvenido, doctor Coleman. Marta, tú no conoces aún al doctor Coleman, uno de nuestros miembros jóvenes más destacados.

–Muy amable de tu parte esa presentación, Albert. Encantado, señora Arnaiz. Su marido me sobrestima. Llámeme Daniel, por favor.

El sentido completo de las frases comenzó a perderse conforme los invitados penetraban en la casa y se dirigían hacia el salón. Desde allí, Lisbeth sólo podía colegir que hablaban largamente sobre el pequeño niño a quien traían dormido.

–¿Le ocurrirá algo malo? –entendió que preguntaba Marta–. ¡Oh, Dios mío!

Algo grande cayó sobre la mesa produciendo un ruido sordo. Le pareció que era un libro. De lo que vino luego infirió que lo abrían y comentaban con largueza su contenido.

Tiempo después, oyó que el grupo se dirigía hacia las escaleras. Lisbeth corrió hacia la cama, saltó sobre ella y se acurrucó en su interior, enterrándose bajo las mantas.

–¿No podría hacerse con un animal, en lugar de con un niño? –iba preguntando Marta, al pasar junto a la puerta de Lisbeth.

–Se intentó –le respondió la doctora Suances–. Pero los resultados nunca lograron ser concluyentes. Lo óptimo es un varón humano. No necesariamente un niño, esto es sólo cuestión de comodidad, pero sí preferentemente un varón. Los demonios parecen penetrar con mayor facilidad en ellos –miró hacia atrás, a sus colegas masculinos, y luego de nuevo a Marta, a quien guiñó un ojo–. Por algo será…

El grupo se rio abiertamente.

Abrieron la puerta del dormitorio donde se hallaba la niña, sepultada bajo las cadenas y la sábana de amianto. El pequeño, adormilado, fue depositado sobre una silla, y luego atado a ella con cuerdas. Comenzó a llorar cuando notó que éstas se le hincaban con firmeza.

–Tranquilo, Tomas, tranquilo –intentó sosegarle la doctora–. Sujetadle fuerte. Ahora sólo es un crio de cinco años, pero cuando el demonio entre en él temblará la casa entera.

Desde su refugio, Lisbeth oyó el llanto del niño. Nadie se había molestado en cerrar la puerta, pues la habitación hubiese resultado asfixiante para el grupo entero, y la niña podía escuchar con prístina claridad cada movimiento.

En su mente se iban dibujando las escenas. El pequeño, atado a la silla, a punto de ser atormentado de alguna espantosa forma, la niña llorando y suplicando que la soltaran, sin poder ver lo que

sucedía pero imaginándolo, lo mismo que ella.

Lisbeth sabía muy bien lo que ambas víctimas sentían. Por tres veces, ella misma había sido sometida a tormento por algunas de las personas congregadas en la otra habitación, buscando asegurarse de que no era descendiente de alguno de "ellos", de que no suponía peligro para la humanidad. La habían atado, pegado, arrancado dos uñas y dos dientes, todo ello en espera de que el posible monstruo que habitaba en su interior emergiese para defenderla. Por desgracia, ningún monstruo había acudido a su rescate. Pese a que había rezado; había rezado durante cada minuto del tormento con la esperanza de que el ángel acudiese. En su interior sabía que jamás sucedería, que sólo había supuesto un azar en el camino de él, aunque su mente nunca hubiese sido capaz de comprender toda la verdad, ni de retener todos los hechos.

–Comprendes que era necesario, ¿verdad, Lisbeth? –le había preguntado la señora la primera vez, y la segunda, un par de meses después, y la tercera, poco menos de dos años antes de la fecha actual. Para entonces hacía bastante tiempo que la llamaba mamá, como ella le había mandado.

–Podría decirse que lo que vamos a realizar tiene la forma de un anti exorcismo –explicaba la doctora Suances en la otra habitación–. Mediante una invocación lograremos que un demonio tome posesión del cuerpo del niño. Es sencillo. Mucho más de lo que resultaría expulsarlo, si la niña no fuese capaz de hacerlo. Cuando el demonio esté dentro del cuerpo le quitaréis la capucha a la niña, ya que es preciso que el demonio la vea, y obligaréis a Tomas a tocarla. Si la niña es uno de ellos el demonio huirá inmediatamente abandonando su receptáculo. No olvidéis en ningún momento las precauciones que ya conocéis. Dejad encendida sólo una de las lámparas de las mesillas. Coged los papeles. Pronunciaremos todos juntos la invocación.

El murmullo insistente de un cantico incomprensible penetró bajo las mantas y Lisbeth se llevó las manos a los oídos, intentando frenarlo. Nunca había escuchado nada igual, pero entendía que era el presagio de algo espantoso.

Los muebles comenzaron a temblar en la habitación de al lado y los gritos no tardaron en llegar.

Sobre la silla, que se agitaba adelante y atrás como un columpio, el niño luchaba por desasirse con los ojos en blanco.

–¡Amelia! –exclamó Marta.

–Tranquilízate, Marta. Esto es buena señal. Ahora silencio. ¡Silencio!

Amelia Suances se dirigió al demonio en la misma antigua lengua que había empleado para la invocación. El balanceo de la

silla cesó y de la boca del niño, con su voz infantil pero furiosa, fluyó un torrente de frases.

–Está listo –afirmó Daniel–. Ayudadme a retirarle el capuchón a la niña.

Ella, que lloraba poseída por el pánico, gritó con más fuerza al sentir las manos sobre su cuerpo.

–Gretchen, Marta –ordenó Amelia Suances–, preparad las armas y estad atentas.

Con cuidado y lentitud, Daniel y Albert fueron subiendo la capucha. El cabello oscuro y ondulado fue lo primero en surgir. Luego, su frágil cuello, la delgada barbilla y la piel blanca y contraída del aterrado rostro.

Sus ojos se movieron de un lado a otro, pestañeando en un esfuerzo por adaptarse rápidamente a la tenue luz.

Frente a ella, el niño se revolvía en su silla, mirándola con fijeza. A su derecha, dos mujeres la apuntaban con lo que parecían enormes armas de fuego. A la izquierda, uno de los hombres que le había retirado la capucha la observaba a prudente distancia apoyando ambas manos sobre una espada. De pronto, este hombre alzó en el aire la espada y la niña vio su punta dirigirse y caer sobre su pecho. Gritó. Sin embargo, la espada no la había golpeado con fuerza. No estaba herida, pero sentía el peso apoyado contra su cuerpo y la cortante punta dispuesta a atravesar sin esfuerzo la sábana de amianto.

Mirándose en las pupilas húmedas y aterradas, Daniel ordenó:

–Traedlo.

David, Albert, la doctora Suances y el hombre llamado Alessander trataron de arrastrar la silla con el niño hacia la cabecera de la cama, pero ésta comenzó a debatirse con virulencia, golpeándoles y obligándoles a alejarse.

–¡No os amilanéis! –gritó la doctora–. ¡Tratad de sujetarla por detrás!

Marta se unió a ellos intentando ayudar, pero un fuerte golpe del respaldo la despidió al suelo.

La silla se alejó del grupo, luego se elevó unos centímetros del suelo y comenzó a moverse a gran velocidad por la habitación, golpeando a todos en su trayectoria.

Viendo lo ocurrido, y seguro de que sería imposible continuar con el plan de acercar al niño hasta ella, Daniel apretó la punta de la espada sobre el cuerpo de la niña.

–Obliga al demonio a que se vaya –la ordenó–. ¡Vamos!

Ella le miró horrorizada. La espada había traspasado el amianto y la sangre brotaba hacia el exterior.

–Mira al niño y di: “Demonio, te ordeno que te vayas” –insistió–.

¡Hazlo!

La espada se clavó de nuevo y el llanto de la niña volvió a confundirse con sus inútiles súplicas durante unos segundos. Después, esforzadamente incorporó la cabeza en el aire para seguir los movimientos del niño. Intentó hablar, como le ordenaban, pero los nervios se lo impedían. Por varias veces comenzó la frase para verla morir ahogada entre hipidos incontrolados. El niño la contemplaba con ojos furiosos, llameantes, mientras gritaba y se retorcía sobre la silla. Esto la llenaba de pánico tanto como la espada sobre su pecho, y finalmente logró reunir el suficiente aire para gritar:

–¡Demonio, te ordeno que te vayas! ¡Te ordeno que te vayas!

Tras escuchar el mandato, un último y potente grito pareció desgarrar el cuerpecillo del niño, quien quedó luego silencioso y exánime.

La mirada de Daniel iba y venía de la silla a la cama observando a ambos, sin permitirse bajar la guardia ni por un instante. Los demás, fascinados, contemplaban al niño con la respiración contenida.

El temblor de la silla se había detenido, y sus piernas caían desmayadas. El cabello moreno, empapado en sudor, se pegaba a la piel de su rostro. Los oscuros ojos, sin fijeza, se fueron entrecerrando hasta que, finalmente, la pequeña cabeza cayó laxa sobre el pecho, perdida la consciencia.

Después de esto, durante unos minutos en la habitación sólo se oyeron las respiraciones agitadas de los presentes, que observaban con asombro la quieta silla, para luego ir volviendo sus miradas de sobrecogido estupor hacia la artífice del prodigio.

Observando a ésta fijamente, Amelia Suances rompió el silencio.

–Increíble. Ni siquiera ha tenido que tocarlo.

Con las miradas de todos clavadas sobre ella, el rostro de la niña se contraía en la máscara del terror.

Se había conseguido un veredicto irrefutable. El juicio había concluido y la sentencia debía ejecutarse.

– Daniel… –nombró la doctora.

–Lo sé –le respondió él. Y hundió la espada en el pecho de la niña.

El fino cuello de ella se tensó y profirió un estertor ahogado. Se quedó inmóvil, mirando al techo con la boca y los ojos muy abiertos. Un pequeño gorgoteo emergió desde lo más profundo de su garganta y la sangre comenzó a brotar a través de ella en abundancia.

Lisbeth rompió a llorar.

Capítulo 8

La educación de los ángeles

–¿Cómo están los niños? –preguntó el ángel, dejando a un lado el enorme baúl con alimentos, ropa y regalos que había traído esta vez.

Elma, con los brazos en jarra y el ceño fruncido, comenzó la regañina a la que ya le tenía acostumbrado.

–¿Que cómo están los niños? Pues lo niños siguen estando solos en una isla desierta sin la menor relación con cualquier otro ser vivo racional, excepto esta vieja, ignorantes por completo de la realidad del mundo, y con un padre que les otorga la gracia de una visita cuando se aburre de sus correrías. Así están los niños.

Elma, hija del hermano de Cannat llamado Omrael, madre de tres hijos ya mayores concebidos con otros nefilims, abuela de cuatro nietos, regordeta, sonrosada y de vivo carácter, era una madre perfecta para los niños, quienes la adoraban. Cannat la respetaba y apreciaba sus cuidados y ternura con ellos. Cada vez que los visitaba, lo cual sucedía mucho más a menudo de lo que dejaban creer las palabras de Elma, los hallaba sanos y felices. Había tenido suerte de encontrar a alguien tan estupendo dispuesto a vivir en la inaccesible isla, sin diversiones, sin visitas, sin posibilidad de salir de ella no siendo con la ayuda de un ángel, entregado solamente al cuidado de los niños. Aunque Elma tenía nietos, el verlos cuando iba de visita no era suficiente para satisfacer su pasión por los niños. Sus nietos no la necesitaban, tenían a sus padres, quienes por otra parte no eran propensos a compartirlos; para estos pequeños, en cambio, era más que una madre. Tenerla en casa daba libertad y tranquilidad a Cannat, y sabía apreciarlo.

–Si repito la pregunta –preguntó, extrayendo bolsas y cajas del interior del baúl–, ¿crees que tengo la esperanza de recibir una respuesta coherente?

–¿Cómo te sentirías tú si tu padre te tuviera atrapado en una isla sin apenas visitarte, sin…? –Elma puso freno a su invectiva al comprender el significado de la ceja levantada y la ironía en la expresión del ángel–. De acuerdo. Se supone que deberías comprenderlo bien, ¿verdad? ¿Quién puede sentirse más atrapado y desairado por su padre que un ángel caído?

–Evita las denominaciones humanas, Elma –le pidió, con los brazos colmados de paquetes–. Sabes que las detesto.

–¿Qué me traes? –le preguntó ella. Los ojos habían comenzado a brillarle infantilmente al contemplar los obsequios.

–Lo que me pediste y algunas cosas más.

–A ver el tinte –dijo, rebuscando con ansiedad en el baúl. Lo encontró en una bolsa de plástico y lo sacó de ella para asegurarse de que el color se correspondía esta vez con el que le había pedido–. ¿Rojo? ¿Me has traído tinte rojo? –le preguntó con asombrado desespero. ¿Tanto le costaba poner más cuidado con la cosas que le pedía?–. ¡Te dije castaño claro! ¡Cómo esperas que me ponga esto?

–¿Qué más da? Deberías dejártelo como está. Te lo he dicho. De todas formas no vamos a dar una fiesta, ¿verdad?

–Pero yo sí voy a ir a una. El jueves es el cumpleaños de mi hijo Misha y mi padre vendrá a recogerme para llevarme.

–¿Sí? ¿Y los niños?

–Ya son mayores para quedarse solos unas horas. A menos que permitas que los lleve conmigo…

Ella no había terminado la tímida petición cuando, rotundamente, le contestó:

–Ni hablar.

–Sería una ocasión excelente para que fueran conociendo a otros como ellos –insistió pese a todo–. Sólo estará mi familia y amigos de total confianza. Tú también puedes venir. –Circunspecto, él se había vuelto hacia la ventana, desde donde podía verse la playa más cercana a la casa, donde los niños se hallaban jugando. Aunque era consciente de su enfado y de la dificultad de conseguir convencerle, Elma insistió, acercándose a él, hablándole con tenacidad desde varios centímetros por debajo de su hombro–. Cannat, tienen diez años. Deben saber lo que les espera ahí fuera, prepararse para ello. No puedes tenerlos encerrados para siempre.

–No están encerrados –protestó él–. Viven sanos y felices retozando en un paraíso seguro, sin amenazas ni preocupaciones.

–Pero eso no es la vida real.

–Lo era –aseveró, volviéndose a ella irritado pero contenido–, antes de que llegaseis vosotros. –La miraba con crudeza. Elma le contempló entristecida por la ofensa, dolida por su falta de respeto y su intención de lastimarla, y él trató de corregirse–. Quiero decir… Ya sabes…

Ella intentó aprovechar ese instante de debilidad.

–¿Ni siquiera pueden conocer a mis nietos? Son sus primos, niños como ellos. Podríamos traerlos aquí otro día. Sólo a ellos. Lo pasarían todos muy bien y…

–No –volvió a interrumpirle–. No es mi intención molestarte,

Elma, pero tus nietos ya han sido irremediablemente infectados con el carácter humano, sus costumbres, su forma de pensar, su violencia… Esos niños están contaminados y no hay forma de dar marcha atrás. Si permitiese que se encontrasen, aunque sólo fuese por media hora, Jerdren y Sam quedarían marcados para siempre.

–Pero, ¿qué será de ellos cuando salgan de aquí si no tienen la menor idea de cómo son las personas y lo que pueden esperar de ellas? Necesitan esos conocimientos, por duros que sean, para poder defenderse. Considéralo conocer al enemigo. ¿Hasta qué edad piensas mantenerlos aquí? ¿Los veinte? ¿Más?

–Mientras Sam viva. Luego me llevaré a Jerdren conmigo y le enseñaré lo que necesita saber. Para él no significa tiempo la vida que Sam pueda llegar a alcanzar. Seguirá teniendo ante sí una eternidad de inmarcesible juventud.

Elma le observó boquiabierta. Sacudiendo la cabeza, le contestó:

–No puedes estar hablando en serio.

Él le devolvió una mirada en la que no cabía sino una inquebrantable determinación.

–¿Por qué tendría que plantearme otra cosa? –preguntó–. Aquí son completamente felices.

–Porque tienen diez años. Luego empezarán a pensar, a preguntarse cosas, les nacerán otras necesidades. Como de chicas, por ejemplo.

Él le puso una mano sobre la cabeza cariñosamente. Deseaba dar por finalizada la conversación.

–Ya te tienen a ti –le dijo.

Cannat se cambió de ropa, colocó en su dormitorio algunas cosas que había traído para sí, y después bajó a la playa.

Los niños, que jugaban en la orilla, corrieron a sus brazos al verle llegar. Él sonrió al verlos y se agachó para recibirlos con los brazos abiertos. Jerdren llegó primero y se lanzó a ellos. Luego, Sam le rodeó el cuello fuertemente y le besó repetidas veces. Después, sin separarse, con su dulce voz le recriminó:

–Dijiste que vendrías la semana pasada.

–Tuve que arreglar unos asuntos para ahora poder quedarme unos días con vosotros –le contestó.

Jerdren le miró con sus ojos de un azul casi tan profundo y hermoso como el de su padre.

–¿Cuánto tiempo te vas a quedar? –le preguntó entusiasmado.

–¿Cuánto quieres que me quede?

–¡Para siempre!

Cannat lanzó un silbido que acompañó de una divertida mueca.

–Es mucho tiempo. Te ibas a aburrir de mí. Además, ya me tienes aquí siempre que me necesitas, ¿no? ¿No vine en seguida la

vez que te caíste del cocotero y te rompiste la cadera y varias costillas?

Jerdren asintió.

–Y cuando nos caímos de la balsa y yo casi me ahogo –subrayó Sam.

Cannat le contempló. No le gustaba recordar aquel día. Agitada su fantasía por la historia de Robinson Crusoe que Elma les había contado pese a su prohibición, los niños habían fabricado una balsa uniendo troncos y grandes ramas. La balsa se había deshecho, literalmente, cuando estaban a gran distancia de la tierra firme. Sintiendo el miedo de su hijo, Cannat se había visto obligado a aparecer en medio del agua para salvarlos, pero cuando lo hizo, Jerdren, aterrado, le dijo que Sam se había hundido. Cannat experimentó una sensación indeseable que nunca jamás antes había sufrido: pánico ante la mortalidad de un ser. La pérdida para siempre de una frágil criatura cuyo cuerpo físico no estaba constituido de una sustancia eterna, como la de todos aquellos a quienes había amado antes que a ella. Se sumergió en las aguas oscuras y profundas tratando de encontrar el minúsculo cuerpo en su inmensidad. Braceaba a lo loco, tan asustado que no era capaz de concentrarse en localizarle como les era dado a los de su naturaleza. Finalmente, vislumbró su espléndida aura resplandeciendo en el fondo del mar, como un tesoro maravilloso, y le rescató por segunda vez.

Sam le contemplaba sonriendo con sus ojos de cachorro de color avellana. Su cabello castaño oscuro, muy abundante, caía en mechones ondulados sobre la frente y enmarcaba su rostro. Cannat se lo acarició.

–Como Elma va a ir el jueves a la fiesta de cumpleaños de su hijo –les explicó–, le diremos que pase unos días con su familia y yo me quedaré con vosotros. ¿Os parece bien?

Permanecieron en silencio y se miraron durante algunos instantes.

–Papi –pidió Jerdren-, ¿nos llevas a la fiesta del primo?

Cannat hizo una mueca de desagrado.

–Ya ha estado Elma incitándoos a convencerme, ¿verdad?

Los niños volvieron a mirarse el uno al otro.

–Queremos conocer a los hijos del primo –manifestó Sam esta vez–. Son de nuestra edad.

“Esta Elma se cree que tiene inmunidad absoluta –pensó Cannat enojado–, pero como siga haciendo lo que le viene en gana…”

–Los hijos del primo cuando están fuera de casa fingen que no se conocen, y cuando están dentro se insultan y pelean por la posesión de los juguetes, el uso del baño o el mando de la televisión.

¿Quieres que tu hermano te trate a ti así?

Los niños le observaron con las caras llenas de asombro.

–¿Qué significa "insultan"? –inquirió Sam.

–¿Qué es el mando de la tele-vi-sión? –preguntó Jerdren.

–Manifestaciones del egoísmo y la brutalidad humana –explicó su padre.

Se quedaron callados, pensativos.

–Elma dice que tú no les conoces –declaró Jerdren–. Y ella dice que son muy buenos y que nos llevaríamos bien.

–Y yo digo que Elma tiene los días contados en esta casa si persiste en soliviantaros contra mí.

Consiguió que los niños pusieran fin al asedio gracias a la mención de los regalos que les había traído, los cuales estuvieron de acuerdo en ir a ver en seguida, y así la conversación quedó finalizada.

Elma estaba sentada sobre una mecedora en el jardín y vestía uno de los nuevos vestidos con que Cannat la había obsequiado. Les miraba llegar, pero tenía un libro en el regazo.

–¿Qué lees? –la preguntó él–. ¿Alguna novela traída por tu padre de contrabando para inficionar a mis hijos con la locura humana?

Ella sonrió y le mostró la portada. Se trataba de un libro de geografía, lleno de hermosas imágenes del planeta. Era un tipo de libro permitido. Otros libros autorizados eran los de astronomía, anatomía, enciclopedias botánicas y de animales, matemáticas y algunos otros en los cuales se mostraban las realidades no corrompidas por el hombre. Los cuentos infantiles estaban expresamente prohibidos, así como las novelas y los ensayos. Otra prohibición expresa consistía en narrar verbalmente a los niños el contenido de cualquier libro ilícito. Elma había leído mucho a lo largo de su vida, amaba hacerlo, y lamentaba que a los niños les estuviese vedado conocer la envolvente magia de las palabras, por lo que en alguna ocasión no había podido evitar incumplir dicha regla, además de con la historia de Defoe con varios relatos de Jules Verne.

Los niños siguieron adelante, susurrándose algo el uno al otro, y se detuvieron en la entrada de la casa. Seductoramente, Jerdren solicitó:

–Elma, ¿nos haces una tarta de chocolate, por favor?

Ella giró la cabeza para mirarlos y respondió contundentemente:

–¿Qué os tengo dicho? No más de una tarta a la semana. ¿O queréis acabar convertidos en cerditos?

Jerdren bajó la vista e hizo una mueca de descontento. Luego cruzó una mirada con su hermano.

–Elma –dijo Sam candorosamente–, ¿verdad que sería estupendo

disfrutar de un trocito de tarta de chocolate reunidos todos juntos en torno a la chimenea?

Durante varios segundos Elma no reaccionó. Simplemente permaneció inmóvil en la mecedora, con la cabeza girada hacia ellos, mirándoles sin verles con sus grandes ojos pardos abiertos e inexpresivos. Después, de pronto, como si se recuperase de un largo trance de reflexión, su rostro recobró la expresividad y pareció sentirse entusiasmada con la idea.

–Sí. ¡Resultará delicioso! –exclamó, levantándose vigorosamente de su mecedora y encaminándose a la cocina sin pérdida de tiempo–. Iré a hacerla en seguida.

–Eres un genio –aplaudió Jerdren a su hermano, pasándole un brazo sobre el hombro.

–Psss. No tiene gran mérito –respondido aquél jocosamente–. Es pan comido

Entre risas y comentarios desaparecieron tras Elma en el interior de la casa, dispuestos a saborear sendas cucharas impregnadas de la masa antes de ser cocida.

Atónito, Cannat continuó de pie en el exterior bastante tiempo después, mirando todavía hacia la puerta por la que se habían perdido.

Por supuesto que llevaba viéndolos ejercitar esta habilidad desde que eran mucho más pequeños. Había asistido a sus conmovedores primeros intentos cuando el éxito parecía un objetivo inalcanzable, pero, mucho antes de lo que él había supuesto (teniendo en cuenta las escasas necesidades que satisfacer y ocasiones de practicar que los niños tenían), casi habían alcanzado la maestría. Su habilidad era sorprendente. No como la de Cannat, por supuesto, a quien bastaba su propia voluntad para imponerse sin explicaciones, pero superaban sus limitaciones con inteligencia. Sam había aprendido que necesitaba una imagen en la que apoyarse para convencer a Elma, y por ello había recreado una escena bucólica de la que en algún momento ella le habría hablado. Su logro era incluso más notable teniendo en cuenta que ni siquiera existía chimenea en la casa.

Le resultaba interesante –Cannat se negaba a concederle intensidad emocional– vivir su crecimiento. Los humanos asistían babeantes a los ridículos gateos de sus hijos y a su consiguiente caminar como si fuese un hecho sobrenatural y ellos los primeros animales sobre la Tierra favorecidos con el prodigio de tan asombrosa prole. ¡Ya sabe andar! ¡Ya sabe hablar! No parecían percibir que todas sus crías eran idénticas las unas a las otras, comunes y corrientes en su fealdad, egoísmo y crueldad, iguales en sus limitaciones, idénticas en su destino; patéticos seres atravesando

el vía crucis hasta la muerte.

Sus niños sí eran seres únicos, obsequiados con dones que habían sido pensados por el Sumo Creador para ser distribuidos únicamente entre Sus más queridos, los privilegiados, los más cercanos a Él. Como minúsculas gotas de una cascada que saltan fuera del agua alimentando las orillas del lago, preciosas fracciones de estos dones habían fertilizado en la tierra reseca de la materia humana, convirtiéndola en un majestuoso vergel. Resultaba casi inmoral la forma en que la Luz Divina se había dispersado y extendido por cuenta propia tan fuera de sus confines.

Aunque para crear a sus hijos sólo se hubiesen empleado los sobrantes, las pequeñas chispas que caen sobre la mesa al tallar los grandes diamantes, el resultado eran piezas únicas, irrepetibles, en cada una de las cuales alentaba un pequeño soplido del Gran Orfebre. Con cuáles de Sus Dones había sido agraciado Sam y con cuáles Jerdren, era aún un precioso misterio al que asistir.

No podía impedírseles que desarrollasen con naturalidad las partes más importantes de su crecimiento, pero Cannat hubiese preferido que tuviesen alguna otra persona con quien practicar que no aquella cuyos mandatos e imposiciones eran fruto de la atención por su bienestar.

A la mañana siguiente, Cannat se bañaba temprano en la playa cuando vio aparecer a los niños y plantarse, vestidos, muy juntos, sobre la orilla en espera de que saliera.

Se inquietó ligeramente sin saber por qué y salió para ver qué querían.

–¿Qué os pasa? –les preguntó.

Ellos le miraron de arriba a abajo durante tres segundos. Estaba desnudo y chorreante, con un pie elevado sobre un escalón natural de la arena y las manos en las caderas.

–¿Has pensado sobre lo de llevarnos a la fiesta del primo? –le preguntó Jerdren.

Él exhaló pesadamente y recogió la toalla que había dejado unos pasos a la derecha, sobre un tronco seco.

"¡Otra vez con eso!", se dijo. Se secó la cara y el pecho, dándose tiempo para pensar. Le ponían algo nervioso cuando formaban frente común, como en aquel momento. Tan serios, presentando esa cierta actitud guerrillera. A veces le recordaban tanto a Shallem y a él cuando estaban juntos que, de poder llorar, se le habrían saltado las lágrimas.

–Pues sí, Jerdren –le respondió con una voz firme que indicaba que no pensaba retractarse jamás–. Pensé en ello el día en que tú naciste y desde entonces no he cambiado de opinión.

Los niños cruzaron una rápida mirada. Luego los vio cogerse de

las manos. Cannat se irguió inconscientemente, contemplándolos con recelo.

–Pero, papi –dijo Sam con su voz más zalamera–, ¿verdad que sería maravilloso pasar la tarde en compañía de tu hermano?

–Hablar de nosotros con alguien que comprende tus inquietudes y no te considera ridículo por querernos –coronó Jerdren–. ¿Verdad que resultaría liberador compartir confidencias con él?

Durante unos segundos Cannat se sintió tan perplejo que le costó admitir lo que sucedía. ¿Intentaban someterle a él, a ÉL? Su rostro translucía el asombro, cercano al estupor, que sentía, el cual los niños observaban mudos. Le habían hablado esgrimiendo con sus dulces vocecitas, tan convenientemente infantiles aún, armas que habían rebuscado en su interior para poder seducirle. Un interior inexpugnable antes de que ese infinitesimal fragmento de su alma hubiese sido dotado de vida propia. Por lo visto, Jerdren comenzaba a poder curiosear en sus pensamientos, lo que habría de tener en cuenta para evitarlo.

Los niños se miraron el uno al otro confusos ante el silencio y la extraña expresión de su padre, intentando adivinar lo que sucedía.

Cannat abrió la boca y sus hijos, con los ojos clavados en los de él, permanecieron en tensión, atentos a cualquier sonido, deseando conocer el resultado de sus esfuerzos. Pero él no dijo nada, volvió a cerrarla, lentamente, contemplándoles con la misma estupefacta expresión.

Vio sus pequeñas manos unidas, pálidas en extremo, pues las apretaban con tal fuerza que la sangre ya apenas lograba fluir por ellas.

La incógnita era grande para ellos. No esperaban conseguirlo. No sólo porque era la primera vez que lo intentaban con él, sino porque sabían que, de ser posible, lo cual dudaban, sería mucho más difícil que con Elma, tanto que habían acordado unir sus fuerzas para intentarlo.

–Creo… –susurró Cannat, y los niños, con los ojos abiertos como platos y la respiración paralizada, se apretaron las manos aún más–. Creo que es una gran idea. Sí… Tenéis toda la razón.

Sam y Jerdren no pudieron evitar mirarse el uno al otro con las mayores expresiones de asombro y alegría de que nunca habían sido capaces.

–¡Bien! –exclamaron ambos en un susurro imposible de contener, apretando los puños y sus manos unidas.

Él se puso las manos en la cadera y se inclinó sobre ellos, fingiendo más enojo del que sentía.

–No tan bien, pequeños conatos de ángel. No sólo es imposible que vuestros ardides funcionen conmigo, sino que como os atreváis

a volver a intentarlo os enviaré a cada uno a un planeta distinto, en lados opuestos del universo.

Se enrolló la toalla a la cintura y, antes de encaminarse a la casa, observó por unos instantes la decepción que había invadido sus rostros.

–¡Intentaron hacérmelo a mí, Elma! –se quejó, entrando en la cocina, donde ella preparaba una nueva tarta–. Utilizaron contra mí sus habilidades.

–¿Que te hicieron qué? –inquirió ella, secando una manzana en su delantal.

Él le quitó la manzana y le dio un mordisco.

–Lo que te hacen a ti constantemente. Persuadirte para que hagas cosas que ellos desean pero tú te niegas a hacer.

–Nada de eso. Su lavado de cerebro no funciona conmigo. Te lo aseguro. Hace mucho que aprendieron la lección y no volvieron a intentarlo.

Apoyado sobre la encimera, mientras ella amasaba huevos y harina, Cannat dio un nuevo mordisco a su manzana.

–¿Cuántas tartas te parece saludable que coman los niños a la semana? –le preguntó.

–No más de una, por supuesto –contestó ella tajante.

–¿Y por qué preparaste ayer una de chocolate y hoy otra de manzana, cuando aún quedan restos de una reciente de queso en la alhacena y puedo ver casi un tercio de otra de fresa allí mismo, cubierta por un plato?

Elma se detuvo y le miró a los ojos. No podía concentrarse bien en la cuestión, se hacía borrosa, se difuminaba. Era como si una intensa luz blanca cegase sus recuerdos cada vez que lo intentaba, pero vagamente comprendía el significado de su pregunta.

–¿Me han hecho algo a mí? ¿A mí? –preguntó en tal tono de autocompasión que a él casi le dio lástima–. ¿Me han lavado el cerebro? –Él enarcó las cejas como elocuente respuesta–. Pero… Si no podían –aseguró, atorada–. Siempre les pillaba… Y hacía mucho que no lo intentaban.

–No es que no lo intentaran. Es que cuando definitivamente lo lograron dejaste de ser consciente de ello. Francamente, siendo tú lo que eres y habiendo vivido la experiencia de varios hijos como los míos esperaba que fueses más… experta.

–Mis hijos nunca fueron capaces de eso...

Cannat elevó los ojos y suspiró con fuerza.

Aquella noche Cannat la pasó meditando sobre el futuro de los niños. Estaba llegando a conclusiones que odiaba y por varias veces había tomado, para arrepentirse acto seguido, la sorprendente decisión de poner a los niños en contacto con los nietos de Elma.

Los pensamientos le saltaban de una cosa a otra, pues su razón luchaba contra sus deseos.

Le tentaba la idea de permitirles interactuar con otros niños. Idealizaba la situación imaginando que en cuanto advirtiesen la inferioridad del hombre y los horrores del mundo exterior quedarían vacunados para siempre de sus ansias de expandir fronteras. Pero también podía ocurrir que el choque con la realidad, quizá algún acto de crueldad fortuito o deliberado que ocurriese ante sus ojos, les lastimase o les dejase dañados para siempre. Advirtiendo su inocencia tal vez los otros tratasen de aprovecharse, de herirles emocionalmente, o puede que quisieran medir sus fuerzas.

Por otro lado, cabía la aún más estremecedora posibilidad de que las cosas no marchasen mal durante el primer encuentro y pretendieran repetir.

Si los llevaba a la fiesta, tendría ocasión de disfrutar de la admiración de todos cuando descubriesen las joyas que ocultaba en la isla. Tal cosa era un interés egoísta al que no tenía intención de ceder, además de una vanidad que le causaba cierta vergüenza. No le habría importado nada tener la oportunidad de presumir de ellos, de verlos sobresalir como dioses entre los invitados, pero no deseaba arriesgarse a que tal afán arruinase la Belleza que había en ellos. Quería preservarla a toda costa, mantenerlos eternamente en ese estadio de bondad y dulzura. Sin embargo, tras lo que acababa de suceder, empezaba a dudar que fuese capaz de conseguirlo durante mucho más tiempo. ¿Y si insistían e insistían e insistían… en conocer humanos? Cuando ya fuesen mayores le sería imposible retenerlos, al menos por las buenas, lo cual era su intención. Por malos que fuesen los nietos de Elma, siempre serían la opción menos abominable para inmunizarlos frente a futuros deseos de mezclarse con humanos. Y, si por desgracia les gustaba su compañía, más valía que fuese pronto, con tiempo para prepararse contra todo riesgo.

Poco a poco iba afirmándose en la decisión de forma débil y tambaleante, surgiéndole argumentos en contra a cada instante y odiando con todas sus fuerzas la que, pese a todo, parecía ser la mejor opción: Permitiría que, a su regreso, Elma viniese acompañada de algunos de sus nietos. De esta manera sus hijos tendrían un primer contacto en un entorno familiar y controlado, donde los posibles daños serían los mínimos.

Los peores temores de Cannat se habían hecho realidad.

Jules, Astrid y Alfred, tres de los nietos de Elma, habían sido invitados a pasar una tarde en la isla. Cannat se había entrevistado

con ellos primero, puesto que no los había visto jamás. Les había hecho sentar en el salón de la casa, donde habían respondido a su interrogatorio, tímidos y respetuosos.

Era obvio de quién descendían y quién les había dedicado tiempo y afecto. Apenas recordaban a los niños completamente humanos, e incluso a algunos otros nefilims, más que en su aspecto físico. Esto ciertamente le resultaba tranquilizador, pero también podía resultar engañoso a sus hijos. Elma, siguiendo sus instrucciones, ya se había encargado de informar a sus nietos del virginal estado de sus primos y habían sido prevenidos por ella acerca de ciertos temas que no convenía tratar, pero en aquel momento Cannat decidió que sería acertado que niños tan cándidos como aquellos desvelasen a los suyos las violentas intrigas de los humanos, y les instó a hablar de estos tan mal como les fuese posible.

La duración de la visita fue establecida en sesenta minutos, durante los cuales vigiló escondido, y a cuyo término los cinco niños se separaron con grandes ansias de reencontrarse otra vez.

Jerdren y Sam pasaron las siguientes semanas suplicando a su padre que permitiese a sus primos pasar algunos días con ellos. Ya no se conformaban con una visita breve, y el empeño que pusieron en esto no había tenido precedentes.

Finalmente cedió. Permitiría que se consumara lo que ya había empezado. Daría tiempo a los nietos de Elma para mostrar su cara oculta, si la tenían, incluso para poner espadas de madera en las manos de sus hijos e inducirles a matar con sus violentos juegos de piratas o ladrones. Pero si eso ocurría…, se juró que nunca más volverían a encontrarse.

Los primos no llegaron esta vez con tiempo límite. Traían sus maletas bastante aprovisionadas, por lo que pudiera suceder, pues su abuela tenía el convencimiento de que Cannat finalmente les permitiría quedarse durante largo tiempo.

Eran sus vacaciones de verano y los tres invitados no podían soñar un destino mejor. Nada más reencontrarse con sus primos, dejaron sus cosas y corrieron a la playa. Cannat los observó receloso a la par que fascinado. Los cinco se mostraban entusiasmados, como si en lugar de haber pasado tan solo una hora juntos se conocieran de toda la vida. Se lo hizo observar a Elma.

–Es propio de los niños. Además, está en su sangre –le respondió ella–. Se reconocen como iguales.

Cannat pensó que cualquiera de sus hijos era muy superior a los nietos de ella, especialmente Jerdren, que ni siquiera podía compararseles, pero no dijo nada.

Para los visitantes la isla era el lugar más divertido y

emocionante que habían soñado jamás. Sus primos la recorrían con ellos mostrándoles orgullosos sus secretos y bellezas.

Por las mañanas se despertaban pronto, ansiosos por comenzar a divertirse. Desayunaban juntos y luego corrían a la playa, donde jugaban en el agua y se tumbaban en la arena durante horas. Durante los primeros días Sam y Jerdren asistían fascinados a las explicaciones que sus primos les daban acerca del mundo exterior; lo que era un colegio, un ordenador, un televisor, un helado, un teléfono, un videojuego, un asesinato… Ellos escuchaban boquiabiertos sin llegar a creer algunas de las cosas que les contaban y realizando tantas preguntas que los otros no tenían tiempo de contestar. El asombro se fue disipando cuando los primos agotaron lo que parecía un inagotable caudal de maravillas salpicado de tragedias y salpimentado con cruentas muestras de la maldad humana, como su tío les había pedido.

Aunque seguía espiando las conversaciones y los juegos, Cannat se había ido relajando. Cuando, al cabo de una semana, fue a decirles a Sam y a Jerdren que sus primos deberían irse, estos le suplicaron una demora de la condena y él cedió sin demasiada resistencia. Lograron que en total permaneciesen veintiocho días, todo el tiempo que les quedaba de vacaciones. Les vieron irse con la promesa de comunicarse de alguna forma, probablemente enviándose cartas que se harían llegar aún no sabían cómo, y de reencontrarse muy pronto.

Los primos le habían rogado a Cannat que llevase a sus hijos a su casa al menos durante un fin de semana, pero la petición fue drásticamente rechazada, pese a todas las argumentaciones que se oponían a sus razones. Sin embargo, ellos quedaban invitados a volver cuando quisieran, propuesta que sirvió para dejarlos a todos más tranquilos.

Pocos días después, Cannat se llevó a los niños de viaje por primera vez. Pensó que la hora había llegado, que ya eran perfectamente capaces de comprender, juzgar y valorar, y era su obligación y su placer enseñarle las joyas de la creación. Siempre había estado en sus planes hacerlo. Naturalmente, esto no implicaba contacto con humanos. Sin embargo, dadas las circunstancias, decidió introducir también dosis mínimamente tóxicas de este elemento. Planeó una excursión que pudiese dejarles boquiabiertos, sin la menor duda de quién podía ofrecerles mayor diversión en un futuro, si su padre o aquellos visitantes por causa de los cuales éste se había sentido ligeramente ignorado y celoso.

Como primer punto escogió un lugar de hermosas vistas donde la población humana era escasa, las ruinas incas del Templo del Sol, en Ingapirca, Ecuador. Vivieron maravillados la experiencia, atentos

a las explicaciones de su padre sobre el lugar en el que se hallaban, cuál había sido la finalidad del templo y cómo eran los actuales habitantes de la zona. Luego se les permitió echar un vistazo a algunos de ellos, llevándoles a un mercado.

El mercado se hallaba en un campo cercano a la carretera de Cuenca. Era grande y colorido y en él, hombres y mujeres maltratados por el clima y el tiempo, vendían alimentos crudos y cocinados, alfombras, ropas, tapices y toda suerte de cosas. De la mano de su padre los niños lo recorrieron contemplándolo todo con asombro y descaro, y planteándole cuestiones que, por fortuna, los nativos no podían comprender.

Les compró unas porciones de un guiso y unas patatas asadas, disfrutando del entusiasmo que demostraban, y decidió prolongar la visita. Les llevó a dormir a un hotel en Ríobamba con habitaciones provistas de chimenea. El frío era intenso y estaba encendida, para entusiasmo de los niños. Pasaron allí la noche más inolvidable de su vida alumbrados por el fuego que su padre se encargaba de avivar, juntos en una gran cama, comentando las asombrosas experiencias del día hasta verse rendidos por el sueño.

A lo largo del tiempo excursiones como aquella, cada vez más prolongadas, se repetirían habitualmente.

Capítulo 9

La extraña familia

Al pequeño Tomas le habían dado un nuevo hogar, o, más exactamente, había sido obsequiado por la doctora Suances a la familia Arnaiz como herramienta de ayuda en su lucha contra los malignos.

La doctora había descubierto que un mismo niño podía ser poseído repetidas veces sin que ello significase su muerte. Así pues, ¿por qué atormentar a diversos inocentes que quedarían marcados para siempre con el horror de la posesión cuando uno sólo bastaba? Claro está que con seguridad existiría un límite más allá del cual el pequeño cuerpo infantil no fuese capaz de soportar el desgaste, pero, si las cosas se hacían bien, espaciando las posesiones hasta la total recuperación del niño, su utilidad debería poder prolongarse durante largo tiempo. Cuestión aparte sería, lógicamente, su salud mental. Mientras que las víctimas de una única posesión, cuando ésta se producía de forma espontánea y no motivada por una invocación, como era el caso, solían tener la fortuna de recordar poco o nada de lo sucedido, la consciencia parecía acentuarse cuando eran sometidos repetidas veces. Así y todo, tal punto era secundario, pues, mientras estuviese vivo, cuerdo o no el niño serviría igualmente. En toda guerra mueren inocentes, y Tomas, y otros como él, serían sacrificados con el estatus de héroes, de mártires inocentes.

Tomas lloraba continuamente añorando a su auténtica familia, de quien había sido arrancado la mañana de un día cercano al de Navidad. Había ido con su madre a un gran hipermercado donde habían pasado largo tiempo comprando. Había sido muy divertido. Todo estaba lleno de adornos y luces de colores y una multitud de gente iba y venía por los pasillos con los carros atestados de juguetes y manjares para celebrar las fiestas. Había entregado su carta al paje del rey Melchor y encima su madre le había comprado una nueva pelota. Luego regresaron al coche, que estaba aparcado en el exterior, y él entró, porque hacía mucho frío, mientras su madre lo guardaba todo en el maletero. Estaba mirando por la ventanilla hacia una paloma cuando ella abrió la puerta con el rostro blanco de frío y la expresión apurada. Le salían bocanadas de vaho al hablar. Le dijo que se le había olvidado comprar algo que

necesitaba, que iría más rápido si iba sola, que echara el cerrojo y se quedase dentro, y le dio un paquete de galletas. Se puso a comer las galletas pacientemente, pero su madre tardaba, y cuando aparecieron más palomas abrió la puerta para echarles algunas migas, y luego salió para acercarse a ellas. Entonces alguien le cogió por la espalda, le apretó un pañuelo sobre la nariz y la boca y no volvió a ver nunca más a su madre.

Se inundó de esperanza cuando le dijeron que ya no viviría más con la doctora Suances y el resto de personas que le ataban a sillas y le sometían a cosas horribles. Pero la realidad no tardó en aplastarle demoledoramente. El cambio de domicilio no había traído consigo ningún beneficio. Seguía siendo utilizado de formas que no sabía describir y obligado a presenciar crueles asesinatos, generalmente de inocentes niños como él.

No era maltratado fuera de estas sesiones, salvo por el hijo de la familia, David, que solía insultarle y propinarle alguna bofetada cuando le apetecía. El hombre mayor, a quien obligaban a llamar "papá," apenas tenía trato con él fuera de las comidas y las sesiones, de las cuales sufría cuatro o seis anuales. La mujer que era la madre jamás le había defendido en tales ocasiones, por más que le hubiese suplicado ayuda a gritos. Sólo en la niña, Lisbeth, había encontrado calor.

Cuando Lisbeth supo que el pequeño Tomas se quedaría a vivir con ellos sintió cierto contento. Ahora tendría alguien como ella dentro de la casa, otra criatura desafortunada a la cual ofrecer y de la cual recibir amor. No había caído en la cuenta de las razones de la familia para acoger al niño. Lo hizo tres meses después de su llegada, cuando de nuevo fue sometido a una posesión. El adolescente sospechoso era capaz de mover objetos con el poder de su mente y, a su orden, el demonio que había tomado el cuerpo de Tomas escapó de inmediato, dictando con ello una nueva y fulminante sentencia de muerte. Para entonces, Tomas ya era la persona que Lisbeth más quería en el mundo, su único apoyo para soportar la vida.

Por la noche, tras la sesión –así era como la llamaban los adultos–, Lisbeth se deslizó a su habitación y se metió en la cama para abrazar su cuerpo gimiente y tembloroso. No se dijeron nada. Él ardía y sufría pequeñas convulsiones. Lloraba. Lloró durante toda la noche. Lisbeth también.

Con su llegada Lisbeth comenzó a experimentar nuevas emociones. Frustración y un odio brutal no por los daños de que ella era objeto, sino por los que eran infligidos a Tomas.

Pensó que el pequeño moriría y rezó y rezó no sólo para evitarlo, sino para que su suerte cambiase, para que ambos

pudiesen escapar de esa casa, verse de nuevo en sus propios hogares, amados, sin la constante amenaza de la tortura.

Tras cada sesión Tomas pasaba en cama al menos cinco días, sin control de la vejiga, febril y adormilado.

Gritaba y sufría espasmos cuando la puerta se abría dando paso a alguno de los Arnaiz, por lo que Lisbeth se convirtió en la encargada de llevar las bandejas con la comida y de prestarle sus cuidados y las necesarias atenciones.

La primera vez que asistió a este comportamiento, Marta se había asustado, y pensando que el niño moriría en breve, llamó a la doctora Suances. En la experiencia de ésta todo estaba dentro de lo normal, no había de qué preocuparse. Marta trató de cuidar al niño. Las sábanas debían ser cambiadas continuamente y era preciso despertarle y obligarle a ingerir alimento. Sin embargo, pese a su tranquila y silenciosa apatía en la soledad, el niño despertaba y gritaba aterrado en cuanto ella entraba, por lo que, poco a poco, fue distanciándose y delegando definitivamente en Lisbeth esta obligación.

El silencioso y circunspecto niño a Marta le parecía distante y frío. Comprendía esta actitud en cierta medida, y por eso había estado dispuesta a cuidarlo con la diligencia de quien sabe que ha de afinar su instrumento si desea obtener las mejores notas, pero no pensaba ofrecerle más cuando nada obtenía.

Tomas quería a Lisbeth desde la primera vez que sus ojos compasivos le habían mirado.

Odiaba la palidez extrema que invadía su rostro ante el menor sonido cuando estaban juntos olvidados del mundo, susurrándose mutuamente palabras reconfortantes o jugando, fingiendo que de pronto todo hubiera acabado. Y odiaba a David aún más cuando la pegaba a ella que cuando le pegaba a él, la frustrante impotencia de no poder defenderla.

Un día en que lo había intentado, David le había pegado una patada que lo derribó sin esfuerzo al suelo.

–¿Quién te has creído que eres, monstruito asqueroso? –le había dicho–. No eres nadie en esta casa. No eres más que un contenedor de demonios, un instrumento para acabar con toda la basura sobrenatural que habita este mundo. Y cuando te mueras te tiraremos a la basura como a todos ellos y te sustituiremos por otro crío sin volver a acordarnos ni de tu nombre.

Lisbeth había gritado e insultado a David e incluso le había agredido con sus escasas fuerzas. Él se había reído, empujándola al suelo junto a Tomas y burlándose de ambos.

Tomas recordaba a Lisbeth abrazada a él, consolándole y acariciándole el cabello y diciéndole que ella sí le quería, que no

llorase, que un día todo aquello acabaría.

Él deseó con todas sus fuerzas ser capaz de conseguir eso mismo para ella, poder darle la paz y la libertad. Entonces era pequeño, demasiado pequeño para soñar venganzas, demasiado pequeño para planear huir, pero, muchos años después, aquella escena seguiría viva, intacta, en su corazón.

Capítulo 10

La noche en que Wendell fue concebido

Durante más de una hora Tricia había examinado la vieja ropa olvidada en el fondo de su armario; largas faldas y vestidos negros que ni siquiera hubiera debido conservar.

El encontronazo con ellos, allá arrinconados como macabros testigos de su pasado, casi la había sobrecogido con su poder para invocar los miedos que sesteaban en su cerebro.

Había caído en la morbosa tentación de probarse uno. Resultaba asombroso que aún encajase de forma perfecta en su cuerpo menudo, cubriéndolo como una mortaja. Hubo una vez en que se habría encontrado bella, hoy no comprendía el porqué. Sin embargo, de haber acompañado el look con el maquillaje oscuro que antes solía usar, el pentáculo, los pendientes con forma de ataúd y dos o tres sortijas con calaveras y cruces, casi habría podido revivir a la chica que había sido seis años atrás. De no ser por su expresión facial, claro; la de antaño, más juvenil y feliz que la presente incluso bajo una sobredosis de maquillaje, se había ido para no volver. La de ahora era…

Plantada frente al espejo dejó caer sus manos sosteniendo una antigua prenda y trató de describirse con sinceridad.

Ya no necesitaba emplear polvos claros para palidecer su cutis, ni coloretes oscuros para resaltar los pómulos y adelgazar las mejillas, ni rayas y sombras para entenebrecer los ojos. La tétrica lividez mortecina le era ahora natural. Disfrazarse de muerta hubiera resultado redundante.

Cuando lucir aquellas ropas aún tenía sentido para ella estaba apenas recién salida de la adolescencia, feliz y tan falta de preocupaciones verdaderas como para inventarse algunas. Como para perder el tiempo escribiendo poemas amargados y tremendistas y acudiendo al *Heaven* casi cada noche con sus largas ropas negras, sus cadenas al cuello, su lacio cabello rojo y su actitud rebelde.

Ahora veía su pasado de modo muy distinto a como lo hacía entonces.

Cuando se topó de golpe con sus recuerdos estaba comenzando a vivir su primer momento de ilusión y esperanza desde aquella noche. Aquella noche… La NOCHE por antonomasia.

Hoy tenía una cita. La primera en seis años.

Había estado cerca de sentirse casi despreocupada y dichosa mientras soñaba con el momento y escogía en su mente un atuendo alegre. No había nada alegre en su armario, sin embargo. Sólo ropa rancia de persona que no sale a la calle más que para ir a la compra. La ropa de una canguro fea y sin gusto recién llegada de un país pobre. Era lógico. Es lo que llevaba siendo los últimos seis años.

Autocompadecida, se dio la vuelta para apartar su vista del espejo y arrojó la prenda sobre la cama.

Tal vez fuese mejor abandonar la idea, se dijo. No quería que al chico le pasase nada, y, desde luego, no quería darle motivos a él, a ÉL, para regresar enojado.

La cama cedió bajo su peso cuando se dejó caer en ella, pensativa.

ÉL no iba a volver. No iba a volver. ¿Acaso no había llegado a tal conclusión el último millón de veces que había pensado en ello?

Ya iba a hacer cuatro años que no le veía. Había cumplido sus instrucciones. Había vivido para la niña evitando toda presencia extraña en la vida de ambas. Eso era lo que ÉL le había ordenado. Y lo había cumplido. Hasta ahora.

Era joven aún. ¡Muy joven! No quería pasar el resto de su vida sola, recluida entre cuatro paredes, perpetuamente adueñada por la angustia de su regreso. Que ocurriera lo que quisiera, pero ella aquella noche saldría.

Se puso en pie, con su frágil decisión nuevamente adoptada, y se dirigió otra vez al armario.

Extrajo lo que ya sabía: los pantalones vaqueros y un top de flores que le daba un aspecto casi infantil. No era raro: se lo habían regalado con la compra de un vestidito para la niña. El vaquero era de cintura baja y el minúsculo top tan subido que se le veía el ombligo. Fortuitamente, iba a la moda, aunque a la moda de una chica adolescente y no de una madre, aunque fuese una madre de sólo veintitrés años. Aun así, dentro de lo malo, era la mejor opción.

En un cajón del baño guardaba una sombra de ojos de color azul claro que le habían regalado en la peluquería un par de años atrás. Probablemente estaría caducada, aunque aún no la hubiese estrenado, pero le daría una expresión más vivaz, de modo que se la pondría igual. También tenía unas muestras de brillo para los labios de colores rosados, regaladas por su compra en una droguería. Le dio rabia no disponer de mejores cosas, pero tendría que apañarse con esas. Si la cita salía bien se compraría de todo. Empezaba a recuperar las ganas y soñaba con poder hacerlo.

El chico en cuestión era el dueño de un videoclub cercano a su

casa que frecuentaba esporádicamente.

Su nombre era Rubén, y había perseguido una cita con Tricia desde la primera vez que entrara a su tienda. Ella, claro, había tenido que rechazarle, pese a que le encontraba simpático. O precisamente a causa de ello. No quería que le pasara nada malo. Sin embargo, la tarde anterior había decidido acceder. Al fin y al cabo, hacía ya mucho tiempo que ÉL no se le aparecía, y ella debía pensar en su propio futuro. Rubén era agradable y tenía un negocio propio, lo cual no le resultaba secundario dado que ella no tenía ni trabajo, ni profesión, ni carrera, ni demasiados ahorros, pero sí una niña que alimentar y una casa que mantener. El dinero que ÉL le trajo el día en que la niña nació no iba a durarle siempre.

Una vez arreglada, Tricia quedó razonablemente satisfecha con su aspecto. Después de todo, Rubén se había fijado en ella llevando pintas mucho peores.

Una de sus principales preocupaciones al planear su cita había sido al cuidado de quién quedaría la niña, pues ella nunca había contratado a una canguro ni conocía ninguna. Rubén solucionó este problema rápidamente llamando a su sobrina Marian, de dieciséis años, quien tenía experiencia en el cuidado de niños y resultó estar disponible. Esto dio a Tricia gran tranquilidad, pues sabía que no podía dejar a su hija Lilith con cualquier desconocida. ÉL le había hablado con claridad del peligro que la niña corría simplemente por ser su hija, de cómo sus enemigos la buscarían implacablemente para acabar con su vida.

A las ocho y cuarto Marian hizo puntualmente su aparición.

A Tricia la tranquilizó comprobar que la chica era “normal”, no como ella había sido a su edad. Vestía un polo blanco y una minifalda de cuadros. El cabello lo llevaba recogido en una coleta y el flequillo y algunos mechones escapados de la goma caían sobre su rostro. Sonreía ampliamente, resaltando su escaso maquillaje: colorete rosado en los pómulos y un discreto brillo labial.

Tricia la llevó a la cocina para mostrarle unos sándwiches que había preparado para ella y la cena que debía darle a Lilith.

-¡Lilith! –exclamó Marian al escuchar por primera vez el nombre–. La primera esposa de Adán. La rebelde. Nunca había conocido a nadie con ese nombre. Pensaba que la iglesia no permitía bautizar con él. Ya sabes, por haber abandonado a Adán al no acatar sus normas machistas para después emparejarse con Lucifer y convertirse en madre de todos sus hijos, los… lilim, si no recuerdo mal.

–Ignoro si a la iglesia le parece bien o no, pero me da lo mismo. Lilith no está bautizada.

–Ah, ¿no?

–No. Creemos en Dios y en… cosas, pero no en iglesias.

–Tienes toda la razón. La iglesia católica, por ejemplo, lo único que ha hecho desde que existe ha sido eliminar los documentos que no convenían a sus fines y tergiversar el resto. Como lo del bautismo. Todos los pasajes del Nuevo Testamento que hablan del bautismo mencionan que, antes de ser bautizadas, las personas oían el mensaje de salvación, lo entendían y creían en él, y DESPÚES eran bautizadas. Pero a la iglesia le interesa que los fieles figuren en sus filas nada más nacer porque de adultos no se apuntarían ni dos tercios, mientras que borrarse, nadie se molesta en borrarse. Por eso oficialmente hay un número de católicos muy superior al real. Y ellos sacan pasta de eso. Yo pienso apostatar dentro de unos años, pero no quiero que se enteren mis padres. Mi madre es como una de esas antiguas beatas.

–Me sorprende cuánto sabes de religión.

Marian asintió, elevando los hombros, restándole importancia.

–Me gusta leer sobre religiones. Soy adicta a la mitología, la fantasía, el terror... Las religiones tienen un poco de todo eso sazonado con incestos, disputas familiares, envidias, luchas por herencias, dramas pasionales, ángeles crueles, dioses vengativos... Creo que la biblia es el primer gran culebrón de la historia, y sus toques sobrenaturales no son de despreciar.

Las dos estaban frente a frente, Tricia apoyada contra la encimera y Marian junto a la mesa que ocupaba el centro de la cocina. Tricia cruzó los brazos y dijo:

–No eres tan diferente de mí a tu edad. Yo era gótica, ¿lo puedes imaginar? Me hice llamar Lilith por mi círculo de amigos. Y también por el padre de mi hija. –Giró sobre sí misma cuarenta y cinco grados y dejó que su mirada se perdiera en sus pensamientos cuando añadió–: Él solía decirme en broma que cuando naciese la niña le pondríamos ese nombre. Siempre que hablábamos de ella, que planeábamos nuestro futuro juntos, nos referíamos a ella como Lilith. Luego, él murió de repente, y decidí que la llamaría así para mantener vivo el recuerdo de nuestro amor, del tiempo que pasamos juntos, y porque para entonces ya era ése realmente el nombre de mi hija, el nombre con el que la había imaginado mientras crecía en mi vientre.

Marian la miró conmovida.

–Oh… Cuanto lo siento…

Tricia le dirigió la mirada y después la apartó. Sonaba tan dulce lo que le había contado… Qué pena que fuese una absoluta mentira.

Luego comenzó a hacerle algunas rutinarias preguntas, cómo le iba en la escuela, quién vendría a buscarla, pero Marian dio muestras de sentirse ansiosa por conocer a Lilith, de modo que la

llevó al salón, donde la pequeña, sentada sobre la alfombra, se entretenía con unos juguetes.

–Lilith –la llamó su madre. La niña dirigió en seguida su mirada a las dos mujeres–. Ésta es Marian. Ha venido para jugar contigo mientras mamá da un paseo.

Tricia oyó la suave exclamación de Marian a su lado.

–Oh, Dios mío –susurró, contemplando boquiabierta a la pequeña.

Tricia observó su expresión asombrada y sonrió.

–Sí –dijo–. Siempre produce ese efecto.

Unos balbuceos después, Marian enlazó unas exclamaciones coherentes.

–¡Sus ojos son alucinantes! ¡Es preciosa!

Nadie había visto antes unos ojos como los de Lilith. Tricia lo sabía y se asustaba por ello, pero no podía evitar henchirse de orgullo ante las primeras reacciones de la gente frente a su belleza.

La niña observaba a la recién llegada con escrutadora intensidad.

–¿No saludas, Lilith? –preguntó su madre.

Levantando el brazo muy estirado y con el pequeño índice acusador señalando a la joven, su hija sentenció:

–Ella no es buena.

–¡Lilith! –la reprendió Tricia sorprendida.

En verdad la niña apenas tenía trato con desconocidos y Tricia nunca había tenido ocasión de verla comportarse con ellos, a excepción de con su maestra, con quien nunca había observado problemas. Nadie iba jamás a la casa, salvo algún repartidor que permanecía un momento.

Sin embargo, la niña parecía firme en su apreciación. Se puso en pie sujetando fuertemente entre las manos un muñeco articulado.

–¡Se lo voy a decir a mi papá! –gritó.

A Tricia se le escurrió la sangre del rostro a oír esas palabras. ¿Qué significaban? Entre ellas jamás hablaban de su padre. ¿Se trataba sólo de una pataleta infantil al ver que su madre la dejaba con una extraña por primera vez?

Marian la miró sorprendida.

–¿Su papá? –preguntó.

–Oh, es como… –Tricia se concedió un instante para pensar y luego añadió quedamente, a fin de que la niña no pudiese entenderla–: Es como una especie de amigo imaginario. Me ha dicho el psicólogo que no tiene importancia. Los otros niños mencionan a sus padres en el colegio y ella ha reaccionado inventando uno. Sólo es eso.

Últimamente Tricia no estaba acostumbrada a tener que

improvisar mentiras, pero ésta pensó que no le había quedado nada mal.

La joven no parecía muy contenta con la bienvenida.

–Ah –asintió–. Entiendo.

–No te preocupes. Se portará bien.

Tricia se puso algo nerviosa al temer que su cita se viese abortada. La deseaba tanto como para ignorar las horribles posibilidades que podían deducirse de las palabras de la niña.

Marian se mordió los labios mientras observaba a Lilith indecisamente. Por fin, hizo girar sus ojos y se volvió hacia Tricia sonriendo.

–Por supuesto que sí –le dijo–. En seguida nos haremos amigas.

Momentos después sonó nuevamente el timbre de la puerta. Era Rubén para recogerla.

Lilith no le devolvió el beso cuando se fue y Tricia se quedó algo inquieta después de toda la escena. "Maldita sea –pensó–, ¿es que nunca voy a poder vivir un momento de absoluta calma?"

Rubén había querido impresionarla reservando mesa en un restaurante de moda. El ambiente era agradable, la cocina excelente y la compañía ponía todo de su parte por crear una velada inolvidable, pero de lo único que ella no podía olvidarse era de Lilith blandiendo su dedo y amenazando con llamar a su padre.

¿Qué podía saber ella de su padre si su madre nunca le había contado la verdad? Tu padre está de viaje. Ésa era la única explicación que Tricia pensaba darle cuando la niña preguntase por él. Pero, ¿cómo es que nunca lo había hecho aún? Ahora veía la tele, se relacionaba con otros niños y, sin embargo, nunca le hacía preguntas. Pero, de pronto, salía con aquello. ¿Por qué? Tricia no podía quitárselo de la cabeza y se maldecía por ello.

La cita era agradable, o lo tenía todo para conseguir serlo. Rubén no era guapo, aunque resultaba aceptable gracias a sus otras cualidades. Nada tenía que ver con el padre de Lilith, y nada tenía que ver la forma en que se habían conocido con la magia de su primer encuentro con ÉL.

Era de madrugada y Tricia acababa de salir de *Heaven*, la discoteca en la que los góticos de la ciudad se reunían. Encaramada en su pedestal de hastío, Tricia compartía un porro con un par de amigos mientras esperaba a que el resto abandonase el local.

No sobresalía especialmente entre el grupo de esbeltas figuras nocturnas que se había formado en el exterior, aunque hubiese teñido de rojo aquella semana su larga y lacia melena.

Con mirada somnolienta trató de atisbar el escaparate de una tienda al otro lado de la plaza, donde vendían velas y objetos para practicar magia, cartas del Tarot, bisutería celta y ese tipo de cosas

entre las que le gustaba curiosear. Sus amigos tardaban en salir y decidió cruzar las dos estrechas calles que confluían en la plaza para mirar de cerca el escaparate. No había cambiado mucho desde la última vez que lo vio. Tan sólo habían añadido nuevas figuritas de brujas, hadas y dragones que le parecían infantiles y blandas.

Se volvió de espaldas al escaparate y miró a la acera de enfrente. La gente se iba yendo pero sus amigos no acababan de salir. Dejó escapar un bufido. Hacía tanto frío que el largo y estilizado abrigo negro no era suficiente para evitar que sus dientes comenzaran a rechinar, pese a que era de lana y casi le llegaba a los pies. ¿Qué demonios estarían haciendo para tardar tanto? Como si no lo supiera: teniendo sexo en los servicios, seguro.

Sacó las manos de los bolsillos y los cruzó sobre su pecho en un gesto de enfado. ¿Y si cogía el metro ella sola? Estaba cerca y ella se sentía muerta de sueño y de frío. Giró la cabeza hacia la derecha, donde empezaba la calle en la que se hallaba la estación del metro, y entonces le vio por primera vez. Una alta figura oscura alumbrada sólo por la luna detenida en la esquina cercana, observándola sin disimulo.

Cuando sus miradas se encontraron él cruzó la calle que los separaba y se situó junto a ella de tal modo que el mundo entero se redujo a su pecho, su rostro perfecto y el cuello delicioso que lo sostenía. Tricia no había tenido tiempo para pensar ni lo hacía en aquel instante, paralizada su mente ante el aluvión de emociones que de golpe la habían despertado.

El hombre le pareció a la joven que superaba los veinticinco años. Era difícil decirlo, pero la enorme seguridad y autoconfianza que irradiaba su expresión no la había visto nunca entre los de su edad. De hecho, simplemente nunca la había visto. Se sabía irresistible, pensó Tricia, diez o quince años de apuntar con el dedo y llevarse a la escogida a la cama sin duda debían propiciar una sonrisa de seducción como aquella y esa mirada fija que parecía estar anticipando el placer. Apenas había dejado espacio entre ambos y estaba incluso inclinado hacia ella, de forma que ya apenas podía ver nada más que su rostro. Lo normal hubiera sido que Tricia se pusiera en alerta, que casi se asustase, pero estaba demasiado ocupada mirándole embobada.

–¿A dónde te diriges? –preguntó él.

La voz había sonado suave y sensual, estimulando los más íntimos resortes que la conducían a la excitación sexual. Sus labios, carnosos y rojizos, sonreían provocativos, al igual que sus ojos. Todo en él resultaba masculino y sugerente, sin la menor agresividad.

Ella quiso fingirse mujer de mundo e impuso firmeza a su voz e

indiferencia a su gesto cuando le contestó:

–Aún no lo sé.

Él inclinó levemente la cabeza hacia un lado y la sonrió al asegurar:

–Yo puedo cambiar eso –y después de dos segundos, cuando sus labios ya casi se tocaban, pronunció el nombre adoptivo que sonó como un verso en los oídos de Tricia–: Lilith.

Tal vez había oído a sus amigos llamándola así. En aquel momento ella tenía los labios ocupados para preguntarle y más adelante nunca lo hizo. Pero cuando se apareció en su casa el día en que la niña nació y ella le dijo que se llamaría Andrea, él prorrumpió en carcajadas y, como quien expone un antiguo axioma, aseveró:

–Su nombre es Lilith.

Tricia regresó a la realidad del restaurante, maldiciéndose de nuevo por permitir que sus pensamientos divagasen hacia los mismos tortuosos pensamientos de todos los días, en lugar de disfrutar de sus primeras horas de distracción en años.

En la casa, Marian se había mantenido a salvo de Lilith dejándola encerrada en el salón. La pequeña todavía no alcanzaba el picaporte, pero la canguro había obstruido la puerta con el taquillón del recibidor tan pronto Tricia se fue.

Pocos minutos después habían llamado al timbre y se había apresurado a abrir la puerta. Sabía muy bien quiénes eran. Los dos hombres y la mujer a los que esperaba cruzaron la puerta resueltamente y echaron la vista en rededor, tras cerrar la puerta.

–¿Alguna nueva evidencia? –preguntó la mujer.

–Sí –contestó Marian–. Ni la menor duda de que es ella. Supo a lo que venía nada más verme y amenazó con contárselo a su padre. La madre mantiene el cuento de que está muerto. Puta asquerosa. Creo que deberíamos cargárnosla también.

Los hombres dejaron en el suelo sendas bolsas de deportes de las que extrajeron entre otras cosas una pistola con silenciador, una daga y una sábana de amianto.

El hombre que tenía el arma de fuego y parecía el de mayor edad y más experimentado hizo un gesto inquisitivo con su adusta cara aguileña. Tenía los labios finos bajo un grueso bigote gris y el escaso pelo se cruzaba de lado a lado sobre su cabeza.

–¿Dónde está? –preguntó.

–Está ahí –señaló Marian–, en el salón.

El otro hombre retiró el mueble ayudado por la mujer.

Marian observó con su corazón acelerándose por momentos.

–Tened cuidado –les recomendó.

Abrieron cautelosamente la puerta. Lilith no estaba a la vista. Entraron lentamente, oteando por encima de los muebles. No tardaron en encontrar su pequeño cuerpo, convertido en un tembloroso ovillo que trataba de ocultarse entre la pared y el lateral de un sofá.

–Conozco un bar hawaiano que sirve unos cócteles increíbles –aseguró Rubén, luchando por animar el ambiente y reavivar la moribunda velada.

Aunque le resultaba embarazosa su actitud ausente con un chico que no lo merecía, Tricia sabía que alargar más la cita sólo serviría para empeorar las cosas.

–Lo siento mucho, Rubén. Sé que no estoy siendo la mejor compañía pero es la primera vez que dejo sola a mi hija desde que nació y no puedo evitar sentirme inquieta. Creo que será mejor que regrese a casa.

Él le recordó que la niña se hallaba en las manos expertas de su sobrina y trató de quitarle de la cabeza la idea de marcharse tan pronto, pero fue inútil.

–Está bien –accedió él finalmente sin poder disimular completamente su irritación–. Lo entiendo. Pero, tomaremos primero el postre, ¿no?

Ella dirigió la vista hacia sus manos cruzadas sobre la mesa, con un gesto de disgusto. Él pidió la cuenta.

Rubén dijo que había quedado en recoger a su sobrina en casa de Tricia, por lo que la acompañó hasta ella.

Desde el exterior todo tenía un aspecto tranquilo. Las luces del piso de arriba estaban apagadas mientras que del salón emanaba el suave resplandor de una lámpara.

Tricia introdujo la llave, la giró, y, tan pronto la puerta comenzó a abrirse, de un brusco empujón Rubén la lanzó al interior contra el suelo.

Casi todo el peso de su cuerpo se había concentrado en su brazo derecho al caer y un dolor intenso irradió de su codo. Tras ella oyó inmediatamente el golpe del portazo y en seguida vio a Rubén de espaldas ante ella llenando a voces la casa de nombres propios que nunca antes había oído, a excepción del de Marian.

Se incorporó masajeándose el brazo dañado con la mano izquierda, tratando de comprender lo que sucedía.

La puerta del salón estaba abierta y, dos segundos después de que Rubén penetrara, le llegó una exclamación espantada.

–¡Dios mío!

–Tricia acabó de ponerse en pie y corrió al salón, temerosa de que algo malo le hubiese ocurrido a Lilith.

La negra pantalla del televisor estaba salpicada de sangre. Restos humanos descansaban sobre las repisas de la librería.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cuatro cadáveres adultos yacían en distintas zonas. Sobrecogida de espanto, Tricia apenas tuvo tiempo de considerar su horrible estado. Giró sobre sus talones y se precipitó hacia la cocina gritando el nombre de Lilith. No la encontró allí y corrió escaleras arriba suplicando, con el corazón en un puño, que no le hubiese ocurrido nada.

La puerta de la habitación de la niña estaba cerrada y Tricia la abrió de golpe.

–¡Lilith! –exclamó.

Y encendió la luz.

Su respiración quedó paralizada.

En su cama, perfectamente arropada, dormía Lilith. Junto a la cabecera, acomodado en la mecedora, estaba su padre. La miraba fijamente, con las manos cruzadas descansando sobre las piernas y sus pulgares dándose golpecitos el uno contra el otro.

El alivió atravesó el rostro de Tricia como una exhalación, dando paso al terror.

–Derdrell… –susurró.

–Cuatro esquinitas tiene su cama –recitó él en voz queda–, y un angelito todas las guarda.

En los ojos del ángel se intensificó un brillo de reproche que le hizo bajar la mirada.

–¿Dónde estabas, Tricia? ¿Qué era más importante que la vida de mi hija?

Las emociones pudieron con ella y las lágrimas corrieron silenciosas por sus mejillas.

–Creí que estaba a salvo –se disculpó–. Creí que esa chica era fiable, que la cuidaría bien. ¿Cómo iba a pensar que todo fuese una trampa? Sólo quería ser normal por un día.

–¿Normal? –preguntó él llenando de burla su suave voz–. Tú no eres normal, Tricia. Tú has sido escogida por un ángel.

Ella intentó tranquilizarse. Entonces algo le llamó la atención y giró la vista hacia su derecha. En la puerta estaba Rubén.

–Estás ahí, puta –dijo, sin notar la presencia de nadie más, y se abalanzó sobre ella.

Ella logró esquivarle y él dio un traspié que le condujo a trompicones hasta el centro de la habitación. Tan pronto estuvo dentro se percató de que había alguien en la mecedora.

–¿Así que ésta es la miserable piltrafa humana por la que te has dejado engañar? –comentó el ángel con suavidad–. Me siento insultado. ¿Cómo has podido si quiera concederle atención después de haber estado conmigo?

Se levantó de la mecedora y Rubén, al verlo, reaccionó con desesperación lanzándose sobre Tricia, a quien utilizó como escudo cruzando un brazo sobre su pecho mientras con el filo de la daga, que había tomado de uno de los cadáveres, amenazaba con sesgar su cuello.

–¡Oh, Padre! –se lamentó el ángel alzando los ojos al cielo–. ¿En qué estabas pensando cuando los creaste?

Levantó una mano con lentitud, como un Papa bendiciendo a sus fieles, y dejó escapar una suave onomatopeya de entre sus labios:

–Pop.

El ojo derecho de Rubén fue expulsado de su órbita y cayó al suelo, volando a dos metros de distancia de su cuerpo.

Rubén profirió un grito espantoso al tiempo que liberaba a Tricia y se llevó ambas manos a la sangrante cuenca.

–Pop –repitió el ángel, y el ojo izquierdo fue lanzado sobre la cama.

Lilith se despertó. Se incorporó tratando de averiguar lo que sucedía a los pies de su cama y, al hacerlo, el ojo rodó sobre la colcha hasta caer al suelo.

–¿Qué pasa? –preguntó en un hilo de voz.

–Duerme –le ordenó su padre volviéndose ligeramente hacia ella, y la cabeza de la niña cayó de forma instantánea sobre la almohada.

Luego se acercó a Rubén, que continuaba gritando desesperadamente, tocó con una mano su cabeza y de esta forma le lanzó contra la pared.

Inmediatamente cesaron los gritos. Tan sólo se escuchó el suave deslizar del cuerpo contra la pared y el amortiguado golpe del aplastado cráneo al caer sobre la moqueta de la habitación.

–Buff –resolló Derdrell–. Menos mal que no vas a tener que limpiar todo esto.

A la horrorizada expresión de ella se añadió un gesto inquisitivo.

–Te pondré a salvo. Te daré otro hogar. Pero me llevaré a Lilith conmigo.

–¡No! –gritó ella–. Te lo suplico, no me hagas eso. No puedes quitármela.

–No has sabido cuidar de ella. Tenías que hacer la cosa más simple de este mundo: no dejarla sola. Te lo dije. Te lo advertí.

–¡No volverá a ocurrir! ¡Te lo juro!

Él permaneció de pie junto a ella mirándola en silencio. No estaba bromeando ahora.

Tricia observó que su rostro se correspondía exactamente con aquel que recordaba, tan sólo su peinado había cambiado algo. Seguía teniendo el mismo color, un castaño tirando a oscuro con

mechas en luminosos tonos cobrizos, pero su raya estaba más alta, casi centrada, y varios mechones caían sobre sus cejas y pómulos. Comenzó a recordar la vieja sensación del deseo desbocado, la pasión irracional que su belleza inducía. Si pudieran llegar a ser una pareja normal ella le amaría para siempre, le amaría con locura. Lo había pensado mil veces durante los primeros tiempos, ansiando la compañía de él a cada instante, suplicando para que la considerase algo más que un receptáculo procreador.

–Os cuido –susurró él–. Os protejo. Os alimento. Os doy un hogar y os libero de preocupaciones mundanas. Y todo los que os pido a mis mujeres es que cuidéis de mis hijos. –Por supuesto ella sabía que había otras, quién sabía cuántas otras, pero no pudo evitar una desagradable emoción al escucharlo–. De todas ellas, tú, Tricia, guardas la joya de la corona. Y me has decepcionado.

–No volverá a suceder jamás, te lo juro. Llévanos donde quieras, a cualquier lugar despoblado donde nunca puedan encontrarnos, no me importa, pero no me apartes de Lilith.

Mirándola fijamente él cruzó un brazo sobre su pecho y apoyó sobre éste el otro, llevándose a la boca los nudillos y entornando los ojos, como si meditara. Tricia sabía que sólo jugaba. Cualquier cosa que hubiese decidido hacer con ellas, ya estaba sentenciada.

–Soy tan débil contigo –afirmó él con sorna–. A cualquier otra la habría dado una buena lección por desobedecerme, pero lo cierto es que tus hijos salen bien, tienes una buena fábrica ahí dentro. Voy a hacerte una propuesta: fabrica uno más para mí y dejaré que sigas con Lilith. No te lo tomes como una coacción sino como una generosa oportunidad.

Ciertamente él hubiera podido tomar cualquier cosa que hubiese querido, y sin embargo era seguro que jamás lo habría hecho de forma no consensual, así como tampoco había amenazado nunca su vida.

La carga de un nuevo hijo que añadiese nuevas imposiciones a su existencia era algo que Tricia no deseaba, ni trasladarse a algún lugar recóndito donde cualquier posibilidad de vida social fuese pura fantasía. Pero no podría soportar que Lilith desapareciese para siempre de su vida.

–¿Tendremos lo necesario? Me empezaba a faltar el dinero y no sabía dónde encontrarte. Debería poder hacerlo siendo el padre de mis hijos.

–Lilith sabe hacerlo –aseguró él con firmeza–. Te lo dije una vez, Tricia: nunca seré un marido para ti, ni un novio, ni siquiera un esporádico amante. Pero te protegeré y te conseguiré todos los bienes materiales que puedas necesitar. O desear.

Ella le miró a los ojos y declaró mortecinamente:

–Acepto.

Capítulo 11

Familia feliz

Los años habían transcurrido y, a pesar del sufrimiento que había constituido su existencia, Tomas había logrado alcanzar la edad adulta.

Dada su delicada misión en el universo, nunca se le había permitido asistir a un colegio ni mezclarse en forma alguna con personas ajenas a la familia o la organización, pero, junto con Lisbeth, había recibido educación privada en el domicilio de los Arnaiz que, con su gran inteligencia, había aprovechado eficazmente.

Su profesora, que lo había visto crecer aquejado de frecuentes rachas de tristeza y reiteradas recaídas en su enigmática enfermedad, había insistido numerosas veces en el desaprovechamiento de su talento que supondría la falta de una educación superior, tal vez no con tanto interés en que continuase formándose, como en verle alejarse de una familia en la que parecía vivir infeliz y asfixiado. Sin embargo, no fue gracias a los consejos de ella, ni mucho menos, que la familia había ido otorgándole algo de libertad, sino como resultado de las constantes demostraciones de Tomas de su total entrega a la causa.

El instinto de supervivencia había hecho de él un colaborador activo en la lucha contra los malignos.

Unos años atrás, ya bien entrado en la adolescencia, habiéndose juzgado que su sacrificio por la humanidad había superado lo exigible, y dado que ya destacaba como un magnífico investigador, la organización había decidido poner término a su utilización como recipiente demoniaco para aprovechar su talento en ese campo e iniciarle como cazador, puesto en el que su aspecto físico sugería que resultaría muy útil. Sin embargo, para admiración de todos, Tomas había insistido en seguir siendo objeto de posesiones. Arguyó la demostrada fortaleza de su cuerpo, reforzada tras tantas posesiones, su experiencia para enfrentarse a imprevistos durante las sesiones, la familiaridad con el acto, la disminución del pánico y dominio de sus emociones que con el tiempo había adquirido. Tenía todo eso a su favor, y si aún era capaz de someterse durante algunos años más, estaría salvando a quienes de otra forma serían usados en su lugar.

Con tan altruista decisión se había granjeado no sólo la confianza de la familia en su fidelidad a la causa, sino también una cierta leyenda en torno a él, el único de los muchachos que no había perecido víctima de las sucesivas posesiones. El chico que albergaba demonios en su cuerpo como pura rutina.

Era, ante todo, un joven oscuro y hermético que invertía cada minuto de su tiempo en la obsesiva búsqueda de los nefilims. Se sentaba durante horas frente al ordenador perdido entre sitios web y periódicos digitales olvidando comidas y cenas, estudiando concienzudamente cada informe de posible hallazgo que le hacían llegar colaboradores de todas partes del mundo. Nada que pudiese encerrar una pista escapaba a su examen.

Carecía de amigos y sus relaciones, que se reducían a miembros de la organización WahreMenschlichkeit, eran meramente cordiales, pese a los esfuerzos de algunos de ellos por crear lazos más íntimos. Dentro de la familia, las manifestaciones emotivas se reducían a menos de lo imprescindible, exceptuando a Lisbeth.

Su carácter frío y distante era considerado un rasgo inherente a su gran inteligencia y a la fortaleza de su personalidad, y en el hogar hacía muchos años que no se esperaban de él besos o abrazos fuera de unas pocas ocasiones obligatorias. Marta, quien muy orgullosamente se hacía llamar su madre y no perdía ocasión de hablar públicamente de sus hazañas, apenas se acercaba a él en la intimidad. Se sentía turbada por su carácter y su mirada insondable, y sólo ante sí misma podía admitir que existieran ocasiones en que había padecido cierto temor al hallarse solos.

El único esparcimiento de Tomas consistía en el entrenamiento físico, y aun esto formaba parte de sus deberes para con la causa. Practicaba regularmente natación, ejercicios con aparatos y boxeo. La organización WahreMenschlichkeit, que había insistido en la necesidad de fortalecerle para maximizar su utilidad, especialmente cuando ejerciese como cazador activo, financiaba los gastos derivados de ello.

Por esta razón, y porque hacía tiempo que su estatura superaba la propia, David había dejado de atormentarle. Sin embargo, al odio y desprecio que ancestralmente sintiera, se sumaba ahora una enraizada envidia. Nunca hubiera imaginado que el estúpido niño lograse sobrevivir hasta la edad adulta. Cada mes más en la casa había constituido una ingrata sorpresa para él, que había deseado su muerte desde su adopción. Ahora el endemoniado había comenzado a ser tenido en cuenta mucho más que él mismo, pese a sus años de esfuerzos. Admitido primero y requerido después a reuniones de cada vez mayor importancia, recibía llamadas y correspondencia diaria de colaboradores e incluso de líderes de la

organización. Lo veía encerrado durante horas en su habitación, probablemente intercambiando información que guardaba secreta para poder emplearla en un futuro a su mayor gloria, creando lazos Dios sabía con quién y con qué oscuro fin. Porque él era oscuro, sí. Más oscuro que los demonios a los que albergaba. Digno recipiente del mal.

Tomas intuía lo que David pensaba de él, mas no daba muestras de preocuparle en tanto se mantuviese alejado de él y de Lisbeth. Casi siempre lo hacía. Pero no siempre.

El desprecio que David sentía por Lisbeth era menos salvaje y de distinta naturaleza pero, no habiéndola considerado jamás una hermana, en ocasiones se manifestaba en formas groseras.

No le avergonzaba espiarla en la intimidad, y en los últimos tiempos había comenzado a lanzarle insinuaciones sexuales. Lisbeth se sentía molesta y abochornada, a veces algo asustada, pero no pensaba que verdaderamente significase un peligro.

Nunca se lo había mencionado a nadie más en la casa. Especialmente evitaría decírselo a Tomas, el único que la habría escuchado y creído, pues temía que un enfrentamiento físico con David le perjudicase, e incluso temía, conociendo la hondura del odio, que pudiese llegar a matarle.

Sin embargo, finalmente tal enfrentamiento no se pudo evitar.

Caía la tarde y Tomas se hallaba a puerta cerrada, concentrado en sus trabajos de investigación.

Del otro lado, Lisbeth se daba una ducha. No sabía lo que hacía David; ver la televisión, probablemente, o cualquier otro entretenimiento para seres de su escaso cociente intelectual. Sí sabía que en la casa no había nadie más, pues Albert y Marta se habían desplazado a otra ciudad, tras la pista de un posible nefilim.

Pero no, David no estaba viendo la televisión, sino aprovechando un descuido de Lisbeth para espiarla en el baño. El cerrojo había quedado mal echado y le fue sencillo abrir silenciosamente la puerta y agazaparse en un rincón mientras el agua caliente caía ruidosamente y empañaba los cristales de la mampara.

Él estaba a su espalda y Lisbeth no pudo verle cuando salió. Tomó una toalla y se secó con ella, y después cogió un bote de leche corporal con la que empezó a untarse. Cuando extendió su pierna sobre un taburete para alcanzar algunas zonas, David, que estaba acuclillado, se inclinó para verla mejor y perdió el equilibrio, produciendo suficiente ruido para ser descubierto.

Lisbeth lanzó un grito de pánico y después una sarta de nerviosos insultos mientras se ponía su albornoz y se disponía a escapar por la puerta. David se levantó tras ella y la detuvo.

–¡Cállate, histérica! –la ordenó, apretando su brazo con fuerza.

Ella se debatió, aún más asustada, y entonces vio a Tomas, que había abierto la puerta.

Exclamó su nombre y David se volvió para mirar a su espalda, liberándola al reparar en la presencia de inescrutable expresión.

–¿Por qué no vas a vestirte, Lisbeth? –dijo Tomas.

Ella le observó durante unos instantes sin decidirse a moverse, temerosa de que se iniciase una pelea.

–Luego ven a verme a mi habitación –añadió él calmadamente, para ayudarla a decidirse–. Necesito tu opinión sobre unos temas.

Ella se fue, pero dejó la puerta de su habitación entreabierta para escuchar lo que sucedía fuera mientras se vestía rápidamente, por si había de intervenir en una pelea.

David permaneció en el baño frente a Tomas y aguantó su mirada cada vez más nervioso, hasta que estalló:

–¡Oh, el caballero negro cree que ha salvado a la doncella! Sólo jugaba con ella, idiota. ¡Le gastaba una broma! Un término que no cabe en tu cerebro de monstruito amargado.

Tomas lanzó una risa sardónica.

–Una broma –dijo, llevándose la mano a la frente–. ¡Claro! Soy tan poco bromista... Pero no puedes negar que soy inteligente. Todos los dicen. Déjame practicar y conseguiré superar la tuya. –Y tornando la fingida diversión en su usual seriedad, añadió–. Voy a gastarte una broma que no vas a olvidar.

Le sonrió ampliamente otra vez, una sonrisa bella de apariencia sincera de la que no podía esperarse la menor amenaza, y se dio la vuelta regresando a su habitación.

David se quedó plantado en el pasillo preguntándose qué tontería podía planear el monstruo. No se atrevería a nada que debiese preocuparle seriamente, pero, de todas formas, estaría alerta los próximos días.

Diez minutos después se abrió la puerta de la habitación de Tomas dando paso a Lisbeth. Él estaba sentado frente a su ordenador. Se volvió hacia ella, poniendo la mano sobre el respaldo de la silla que le había preparado a su lado. Ella se sentó.

–¿Era la primera vez? –le preguntó él.

Ella permaneció en silencio durante unos segundos. Luego respondió:

–Nunca había llegado tan lejos.

Él volvió la vista hacia el ordenador portátil, pensativo.

–Tomas –suplicó ella en voz baja poniendo una mano sobre su brazo–, tenemos que irnos de aquí. Acabará ocurriendo algo horrible si no lo hacemos. ¡Por favor!

–Lisbeth, ya lo hemos hablado.

–Pero nunca has pensado en ello verdaderamente. Nunca has atendido a razones. –Tomas puso la mano sobre el ratón del ordenador e hizo ademán de concentrarse en la pantalla–. No puedes poner la búsqueda por encima de nuestras vidas –insistió ella con ansiedad–. Sabes que estamos en peligro mientras permanezcamos aquí. Quiero paz. Quiero saber lo que es despertar cada mañana sabiendo que no rondan la casa el terror y la muerte, ni demonios, ni almas malditas. Ellos dejarán de perseguirnos al cabo de un tiempo, cuando vean que no somos un peligro, que no les hemos denunciado. Nada nos retiene aquí. Si es lo que quieres, podemos continuar la búsqueda desde cualquier parte.

–No se trata sólo de eso –dijo él evitando su mirada–. Ya lo sabes. Es preciso conocer cada intersección de la red, averiguar su extensión, los escondites de la gran araña y quiénes son cada uno de sus generales. Aún estoy lejos de ello, pero cuando lo logré tendré en mis manos la única verdadera forma de acabar para siempre nuestra pesadilla.

–Es una locura. Una misión demasiado grande para un ser humano.

Él se giró brevemente hacia ella.

–Por eso estoy trabajando para no estar solo. Y presiento que estoy cerca. Muy cerca.

Lisbeth le miró con tristeza. Su obstinación era firme, inquebrantable. Moriría antes que renunciar a su objetivo. Decidió dejar de insistir por el momento.

–No temas –dijo él de pronto–. David jamás volverá a molestarte.

–¿Cómo puedes garantizarlo? –protestó Lisbeth.

Él, girándose completamente, se inclinó hacia ella y, clavándole su intensa mirada negra dulcificada, le aseguró en un susurro:

–Puedo. Y si alguien más vuelve a molestarte no esperes a que esté a punto de violarte o asesinarte para decírmelo. No intentes protegerme. No lo necesito. ¿De acuerdo?

Lisbeth asintió.

–¿Qué tienes ahí? –le preguntó al cabo de un momento, señalando la pantalla del ordenador.

Él corrigió su postura, situándose frente al portátil, y explicó:

–Alguien ha creado un blog que no te vas a creer. Lee.

Giró el aparato hacia ella para facilitarle la lectura.

El blog, con dirección en un popular sitio gratuito, tenía un diseño básico y constaba de una única página en la cual se leía:

"Créenos. No es una broma. Están aquí, entre nosotros. Los

herederos del Mal. Los hijos de los caídos. Los líderes del apocalipsis. Emboscados tras la inocencia de su apariencia humana. Multiplicándose sin restricciones en esta época de decadencia y libertinaje.

"*Y viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran bellas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas".*
(Genesis 6:1-4)

El Señor lo consintió, y en Su tolerancia está la llave del Armagedón.

Los ángeles traidores a su Señor siguieron entre nosotros, inoculando su semilla durante milenios, creando un mestizaje planificado de forma maestra cuyo fin es el exterminio de nuestra especie.

Calculamos que la descendencia de los caídos se cuenta por cientos de miles. De ellos, al menos diez mil son descendientes en primer grado. Seres de apariencia humana de todas las edades, estratos sociales y razas. Peones de una inmensa red que cubre nuestro planeta esperando a ser despertados para cumplir su misión.

Sólo el Señor puede decidir el destino de sus ángeles. Nada podemos contra ellos. Pero sí contra su descendencia. No nos quedaremos de brazos cruzados mientras ellos planifican nuestro final. Somos muchos más. Entre todos podemos descubrirlos. Entre todos podemos eliminarlos, o cuando menos, limitar la expansión de su poder.

Necesitamos tus ojos. Necesitamos que estés atento/a, que nos comuniques tus sospechas, que evites, si eres mujer, mantener relaciones con cualquiera que no goce de tu absoluta confianza. Si es demasiado guapo, si es demasiado inteligente, si te parece excepcional, si es lo que siempre soñaste, ¡desconfía! Si eres hombre, protege a las mujeres con discreción. Tus hermanas, tus amigas, incluso tu madre, tu novia o tu esposa, podrían convertirse en incubadoras para los líderes del Armagedón.

Mujer: Te necesitan para procrear. Ayúdanos a evitar su expansión. No te acuestes con extraños. No te expongas a concebir en tu seno una abominación. Aléjate a la menor sospecha. Te tentarán con su belleza, pero también por ella podrás reconocerlos.

Éstas son las señales que deben alertaros:

–El poseer una inteligencia por encima de la humana, que habitualmente intentarán ocultar.

–El poseer una fortaleza física superior a la humana. Una estatura llamativamente elevada. A menudo destacan como atletas. Rara vez caen enfermos.

–El que destaquen en su profesión, y en cualquier empresa que se propongan, sin que ello les suponga un esfuerzo.

–El mostrarse asociales, individualistas, o, por el contrario, el estar dotados de excepcionales habilidades sociales.

Y, por encima de todo:

–El demostrar percepción mediante sentidos ajenos a los comunes –(videncia, sueños proféticos, premoniciones, telepatía) o sobrenatural dominio de la materia o las leyes físicas (telequinesis, alteraciones de la energía –bombillas que estallan, maquinas que se estropean, metales que se doblan, cambios súbitos de temperatura–, levitación, ubicuidad) ofrecen prueba fehaciente de su descendencia de un ángel caído. Cuanto mayores son sus poderes, más cercano es su grado de consanguineidad. La descendencia directa, los hijos de los caídos, los llamados nefilims por el Antiguo Testamento, son los más peligrosos. ¡No te enfrentes a ellos! ¡Aléjate sin dudarlo! Repórtanos su existencia. Entre todos podemos acabar con ellos. Ayúdanos a evitar el apocalipsis que vendrá de su mano.

Recuerda:

Son como cualquiera de nosotros. Uno de ellos podría ser tu hermano, podría ser tu amiga, podría ser tu maestro, podría ser tu jefe. Incluso podrías ser tú.

Pueden ignorar quién es su padre, comportarse como cualquier humano, fundar una familia, parecer miembros loables de la sociedad, pueden incluso llegar a morir sin conocer su origen. No tengas compasión. Son peones. Forman parte de un plan maestro superior que los hará despertar y arrasarnos cuando sus padres decidan que la red tejida por ellos es lo bastante grande, que ha llegado su momento. Hemos de actuar antes. Atajar el mal en el estadio en que puede ser erradicado.

No permitamos que monopolicen los puestos de poder de nuestros gobiernos, que accedan a los altos mandos militares, que controlen nuestra economía. Sólo hay una forma de evitarlo. Exterminarlos cuando aún son niños. No tengas piedad. ¡Contáctanos!”

–Creía que estaba prohibido difundir estos mensajes abiertamente –comentó Lisbeth.

–Y lo está. Pero, ¿y si quien lo haya puesto ha descubierto la verdad por su cuenta? ¿Y si no tiene nada que ver con nuestra organización y ni siquiera sabe que existe?

–Eso no es conveniente.

–En absoluto. No queremos nuevos embriones desperdigados que dispersen nuestra atención, sino un cuerpo grande y rechoncho al que poder apretujar entre nuestros brazos. ¿Puedes encargarte de contactarles y averiguar lo más posible? Resultas más dulce y sincera que yo hasta cuando no se te ve la cara.

Ella se rió y tomó nota de la dirección que aparecía en la pantalla.

Más tarde, justo cuando dieron las doce y los tres habitantes se habían acostado, le llegó a Tomas el brutal y persistente estruendo proveniente de una habitación cercana. Sonrió al deducir su causa: una de las camas había comenzado a ser brutalmente sacudida.

Él no había estado durmiendo. Había esperado, tranquilamente tumbado pero vestido, el momento que acababa de llegar.

Sonrió más y se deleitó con los gritos. Por una vez, no era a él a quien visitaba un demonio.

No esperó demasiado, pese a lo mucho que disfrutaba, pues no quería que Lisbeth se le adelantase y entrara en la habitación. Hizo bien. Ella ya estaba junto a la puerta de David, con horrorizada expresión, cuando él salió de su habitación.

Corrió a su lado.

–Lis, Lis, yo me encargo –le aseguró, empujándola suavemente hasta su dormitorio–. Vuelve a la cama, cariño. Se pasará en un rato. Te lo prometo.

Cerró la puerta, dejándola de pie tras ella, y entró en el cuarto de David.

Las sacudidas de la cama continuaban y David, aplastado en ella como por una losa invisible, pedía auxilio con la expresión aterrada.

Tomas cerró la puerta y se apostó junto a los pies de la cama con los brazos cruzados y una sonrisa.

–¿Estás disfrutando la broma, David? ¡Es mucho más emocionante que un toro mecánico, más que todo un parque de atracciones! –Las súplicas entrecortadas se dejaron oír bajo los terribles golpes producidos cada vez que la cama impactaba contra el suelo–. Bien, bien. Estoy satisfecho. No está mal para ser mi primera broma. Pero estoy contigo en que resulta demasiado ruidosa. Llevémosla a un nuevo plano.

La cama se quedó quieta y la calma inundó la habitación como oxígeno puro para la descompuesta víctima. Pero duró apenas cinco segundos. Súbitamente su pecho se elevó en el aire y luego cayó para volver a elevarse y de nuevo caer una y otra vez, presa de

convulsiones. Luego el tronco permaneció inanimado mientras su cabeza vibraba enloquecida de un lado a otro, de arriba a abajo.

Tomas fingió que temblaba al tiempo que hacía brotar un curioso sonido fantasmagórico.

–¡Da miedo verlo! ¿Cómo has podido pasar tantos años viéndomelo padecer a mí sin inmutarte? ¿Eh? Dime.

David no estaba en condiciones ni siquiera de oírle.

Cuando el movimiento cesó, su cuerpo quedó tendido desmadejado. No pidió ayuda, ni tan siquiera movió la cabeza, que caía tronchada hacia su lado derecho. Sin embargo, Tomas observó que aún estaba consciente.

Pero no fue esa conciencia la que hizo que su tronco se incorporase en la cama para que los ojos mortecinos mirasen a Tomas, sino el demonio que desde el interior de su cuerpo invadido inquirió:

–¿Es suficiente?

Tomas hizo un gesto de extrañeza.

–¿Qué ocurre contigo, amigo **Hamgaz**? ¿Tienes prisa? Quédate un poquito más con mi hermano David y muéstrale algo más contundente que esos truquillos de demonio recién nacido.

–Está a punto de morir –respondió el demonio–. ¿Quieres que lo acabe?

Tomas vio la sangre que burbujeaba por entre sus labios con cada palabra, y los hilillos que, brotando de los oídos, recorrían el cuello.

Se sintió decepcionado. David apenas había aguantado.

–No –le contestó–. Es suficiente. Gracias por ayudarme.

–Tú me ayudaste decenas de veces antes –dijo el demonio, distendiendo en una sonrisa los sanguinolentos labios. Y desapareció, provocando una explosión en el cuerpo de David, un abombamiento de su pecho que lo hizo gritar y luego caer sobre la cama entre babas de sangre, luchando por respirar.

Durante varios minutos Tomas permaneció en pie frente a él, aguardando a que recuperase la suficiente conciencia. Pero el tiempo transcurría sin que David diese señales de vida. Empezaba a creer que no lo había resistido, que iba a morir. No obstante, cuando advirtió que sus ojos intentaban centrarse y que reaparecían los signos del pánico que demostraban el regreso de la conciencia, se aproximó por fin a la cabecera, e inclinándose sobre el rostro empapado de sangre y sudor, dijo:

–Si vuelves a molestar a Lisbeth o le dices a alguien lo que acaba de ocurrir, mi amigo te arrancará los ojos y te sajará vivo antes de llevarte con él al infierno. ¿Tu cerebro está lo bastante vivo para entenderlo?

Un gorgoteo brotó de la garganta de David, pero fue el terror en su rostro lo que le dio la respuesta a Tomas.

Preguntándose si el cerebro del chico alguna vez lograría recuperarse, Tomas salió de la habitación.

Más tarde aquella noche, cuando Lisbeth se atrevió a entrar en el dormitorio de David en contra de los deseos de Tomas, lo encontró exánime en el lecho, carente de cualquier tipo de animación excepto la agónica respiración que producía un lento sube y baja en su pecho y estertores al atravesar su garganta. No reaccionó cuando ella entró, ni pareció percatarse de ello. Sus ojos estaban abiertos, fijos en ninguna parte.

–Está catatónico y parecer agonizar –percibió Lisbeth–. No podemos no hacer nada. Llamaré a una ambulancia.

Tomas estuvo de acuerdo y ambos acompañaron a David hasta dejarle ingresado en la unidad de cuidados intensivos.

Luego, de nuevo en casa los dos, Lisbeth le preguntó a Tomas:

–¿Qué le ha ocurrido?

–Qué sé yo –le contestó él–. Ya has oído a los médicos. Quizá algún virus le atacara al cerebro. Habrá que esperar hasta que acaben de hacerle pruebas.

–¿Crees que soy idiota, Tomas? Oí los ruidos en la habitación, sus gritos, las sacudidas de la cama. ¡Había un demonio ahí dentro!

Tomas dejó escapar un suspiro.

–De acuerdo. Tienes razón. Un demonio le poseyó y me ocupé de expulsarlo. No sabemos la razón exacta, pero ¿acaso no lleva toda su vida jugando con fuego? Tal vez había pronunciado algún conjuro que se volvió contra él. Lo que intento decir, Lis –dijo, acercándose a ella y tomándole las manos–, es que tú estás a salvo.

Ella le miró intensamente, intentado penetrar en sus pensamientos.

–Dijiste exactamente eso hace unas horas.

Él se encogió de hombros y apuntó:

–Y el destino nos ha favorecido, por una vez.

De un tirón, ella se soltó las manos y le miró fríamente.

–¿Has invocado a un demonio, Tomas? –le preguntó. Él giró la cabeza, cruzó los brazos sobre su pecho y suspiró nuevamente–. No. Escúchame –continuó ella–. Lo único que deseo es que no sufras daño. Que no hagas nada que pueda empeorar…

–Y no lo haré. Te lo prometo. Estaré bien. Deja de preocuparte. Cuidaré de mí y cuidaré de ti. ¿De acuerdo? –prometió besando su frente–. Siempre.

Capítulo 12

El comienzo de su aventura

Sam y Jerdren lo habían conseguido. Tras meses y meses de insistencia, Cannat había accedido a permitirles pasar unos días solos, mezclados con los humanos.

Para ambas partes, se habían establecido unas reglas: Los lugares a los que los chicos podían ir estaban limitados, bajo ningún concepto debían llamar la atención y al mínimo peligro debían avisarle. Por su parte, Cannat se había comprometido a no interferir, salvo en caso de necesidad, y a no vigilarles.

Sam y Jerdren ya eran mayores, y, como el pasado ya había hecho suponer, sus ansias de libertad habían crecido convirtiendo en imposibles las ilusiones de su padre de mantenerlos protegidos y alejados de todo peligro. Sin embargo, lo único que verdaderamente le había movido a aceptar su viaje, era la seguridad de que, tras unos días padeciendo los espantos de la sociedad humana, a sus hijos se les pasarían las ganas de volver con ellos por mucho, mucho tiempo.

Las casitas a imitación de un poblado nabateo que constituían el hotel se distribuían sobre la elevada orilla jordana del Mar Muerto, a decenas de metros sobre el lago. El poblado, cuyas viviendas simulaban haber sido construidas de adobe, se hallaba salpicado de fuentes rodeadas de flores y plazas adornadas con olivos milenarios.

Descendiendo las escalinatas, como jardines colgantes, azules piscinas de agua dulce enfrentaban su insignificancia a las aguas del lago, siendo apetecidas sólo por los menores que tenían prohibido el uso de la playa y por algunas mujeres jordanas que nadaban vestidas de la cabeza a los pies.

Desde la playa artificial, elevada a unos pocos metros del agua, se divisaba Israel en la orilla vecina. Turistas en tumbonas respiraban la pureza de un aire único con la vista perdida en la lejanía. Otros se embadurnaban con el lodo recién extraído del fondo del lago y muchos flotaban sobre sus aguas como insectos perezosos. Los dos hijos del ángel, con los rostros iluminados de dicha, figuraban entre estos.

–Hey, Sam –Jerdren, tumbado boca arriba con los brazos en cruz, giró la cabeza para dirigirse a su hermano, que flotaba a su

lado–. Apuesto a que si lo intento puedo andar sobre el agua.

La densidad de las aguas más ricas en sal de todo el planeta les permitía flotar como sobre una balsa de aceite, pero nadie hubiera conseguido caminar sobre ellas a menos que fuese extraordinariamente especial.

–Y yo apuesto a que si papá se entera te recluirá en la isla durante cien años –le contestó Sam–. Ten cuidado con lo que haces; no estamos solos.

Los chicos se habían alejado de la orilla, dejando atrás a una veintena de turistas que flotaban sin causar el menor movimiento del agua. Nadar era difícil debido a la densidad, y había que evitar el riesgo de que el agua penetrase en los ojos, lo cual causaba un terrible escozor.

Sobre el minúsculo muelle, otros clientes introducían las manos en enormes latas llenas de barro recién extraído del fondo del lago y se untaban con él la cara y el cuerpo hasta quedar irreconocibles.

Todo era quietud.

–Me encanta este sitio –afirmó Sam–. El cielo es inmaculado, el aire contiene más oxigeno que en ninguna otra parte y la gente parece que no hubiera hecho otra cosa en su vida que tomar el sol, el barro y las aguas.

–Sí. Parecen lagartos inofensivos. Deben de resultar entrañables para quien no puede verlos como son en realidad.

–Bueno, hay alguno que no es tan horrible.

–¿Cuál? –inquirió Jerdren con desafiante incredulidad.

–El socorrista, por ejemplo. Se rompió una pierna el año pasado tratando de salvar a una mujer que se ahogaba. Siguió nadando hacia ella con la pierna rota y la piel desgarrada, manando sangre y escociéndole de un modo insoportable.

Jerdren miró hacia el joven socorrista jordano. En aquella zona la orilla del lago estaba llena de piedras de todos los tamaños e introducirse en el agua requería lentitud y extremo cuidado. El peligro desaparecía sólo al alcanzarse profundidad suficiente para poder flotar. En aquel momento el chico guiaba de la mano a una turista ayudándola a entrar en el agua, conduciéndola con suma precaución.

Jerdren miró a Sam con sus azules ojos entornados por el sol.

–¿Te es fácil ver eso? –le preguntó.

–Mucho. Está aterrado ante la idea de que le ocurra otra vez, pero no puede permitirse dejar el trabajo porque tiene una madre y tres hermanos pequeños que dependen de él. Y los quiere de verdad.

–Guau –exclamó su hermano. Aún no estaba convencido de que Sam no le estuviese tomando el pelo–. Es tan triste… Voy a llorar –

Sam se rió–. ¿Te lo has inventado?

–¡No! Me asombra que no puedas verlo tú. ¡Si lo está gritando!

Jerdren miró fijamente al socorrista durante unos segundos.

–Sé otra cosa sobre él–declaró luego.

–¿Sí? ¿Qué?

–Ha visto la cruz que lleva al cuello la mujer a la que está ayudando y le ha molestado porque él no puede llevar una. Es cristiano, pero siente temor a las represalias de los musulmanes si le ven luciendo un símbolo cristiano. La ha envidiado porque piensa que ella es libre, y entonces la ha insultado mentalmente a causa de su pequeño biquini. No era tan bueno –sentenció finalmente contemplando a Sam con aire de triunfo.

–Hmm. Ni un solo hombre justo… Entonces tal vez deberíamos plantearnos arrasar Jordania –bromeó Sam.

Jerdren hizo un gesto aprobatorio.

–Estoy de acuerdo –convino–, pero no antes de visitar Monte Nebo.

–¿Tienes prisa por si te está esperando el abuelo con más tablas de mandamientos para que se las entregues a sus mortales? –Esto hizo reír a Jerdren sonoramente–. Saldremos mañana temprano, o de madrugada, para poder visitarlo antes de que lo abran al público. No soporto las oleadas de humanos.

Cuidadosamente, Sam recogió un poco de agua en las cuencas formadas con sus manos y se la aplicó en la frente y las mejillas. Jerdren le imitó.

–¿Y tú para qué haces eso? –le cuestionó Sam–. Tu piel no envejece y jamás te ha salido un grano.

–Acabo de cumplir dieciocho, aún no he acabado de crecer. Cuando ocurra, quiero tener una piel perfecta porque me tendré que ver con ella toda la eternidad.

Sam se rió.

–Me dan ganas de salpicarte a los ojos –dijo.

Aunque Jerdren había bromeado, se arrepintió de sus palabras y rogó que su hermano no pensara más en ellas. El envejecimiento de Sam sería más lento que el de los demás mortales, pero progresivo e imparable. Su juventud se marchitaría pronto. Su padre pensaba que al menos viviría ciento veinte años. Pero ¿qué era eso? Nada. Jerdren no podía pensar en el momento en que las diferencias entre ambos comenzasen a tornarse visibles. Cuando Sam empezara a mostrar los signos de la decadencia mientras él permanecía joven e inmarcesible.

–Me fijé en cómo te miraba papá la última vez que le vimos –comentó Jerdren, ansioso de conducir la mente de su hermano hacia otros pensamientos–. Vuelve a estar molesto con tu estatura.

–Lo sé. Otra vez mido un par de centímetros más que él. Apuesto a que la próxima vez que le veamos se habrá vuelto a hacer varios centímetros más alto que yo. Mido uno noventa y dos, imagino que ya no creceré mucho más.

De repente, dos brutales explosiones consecutivas retumbaron sobre el lago. En la zona fronteriza entre Israel y Jordania, unos treinta kilómetros a su izquierda, se elevaban densas columnas de humo. Las cabezas de todos los turistas se habían vuelto hacia allá.

Los chicos nadaron hacia la orilla procurando no alborotar el agua y salieron lo más rápido que pudieron, lastimándose con las piedras.

–¿Qué fue eso? –inquirió Jerdren al socorrista, quien conducía despacio hacia la orilla a un hombre de edad, tomado de la mano.

–Bombas –respondió–. Hay un campo israelí de prácticas militares junto a la frontera.

–Un recordatorio y una advertencia –aclaró el hombre mayor con un guiño cómplice–. Para dejar claro lo que ocurriría si a sus enemigos se les ocurriera intentar algo...

Los chicos se miraron el uno al otro.

–No os preocupéis –añadió el turista ante sus expresiones de horror–. Es cotidiano. No hay peligro.

Se alejaron de allí y tomaron el camino hacia la escarpada escalera que ascendía al poblado.

Sam miró a su hermano con sus grandes y dulces ojos llenos de ingenua inocencia.

–Ya lo sé, tío –le contestó Jerdren–. Están enfermos.

Continuaron el camino en reflexivo silencio, y se sentaron en la terraza de un bar situado en una de las plazas del poblado, donde pidieron refrescos y algo de comer.

–Papá tiene razón –concluyó Sam–. No se puede soportar la existencia a su lado.

Su mirada baja paseaba entre los guijarros que conformaban el suelo de la plaza. Se leía la desilusión en su rostro.

–No estamos con ellos –replicó Jerdren–. Estamos disfrutando de nuestro planeta. Tenemos derecho. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Permanecer en la isla para siempre?

Sam se encogió de hombros.

–Tal vez podríamos crear un espacio para nosotros. Limpiar de humanos una parte del mundo y vivir allí sólo nosotros, sin permitirles pasar. Un sitio en el que cupiéramos unos miles, unos cientos…

–Sam –conminó Jerdren a su hermano volviéndose hacia él nerviosamente–, despierta de tu embeleso onírico. Nosotros somos incapaces de realizar una empresa así y los ángeles ya tienen sus

propios espacios limpios. No van a preocuparse de limpiar nada más para nosotros. Pero ¡si ni tan siquiera nos permiten pisar su suelo! No pasamos de ser mascotas, ocasionalmente molestas, ocasionalmente admisibles. Somos mestizos: poca cosa para los unos y objeto de exterminio para los otros.

–Quizá no los necesitemos. Podemos encontrar un lugar aislado, en eso papá sí nos ayudaría, y reunir allí a otros como nosotros. Ha de haber zonas deshabitadas en alguna parte.

–Ninguna en la que no corramos el riesgo de ser descubiertos. Hay cientos de satélites explorando, tomando fotos, haciendo mapas…

–Un lugar en otra dimensión, fuera y dentro del planeta.

–¿Cómo nuestra isla? Todos los lugares como ése están ocupados por los ángeles.

–Tal vez nos prestasen uno. Papá podría hablarlo con ellos.

–Seguro. El más grande y hermoso. Todo sea porque sus medio monos vivan felices.

–Deja de ser sarcástico, ¿quieres? ¿Tu solución es disimular para siempre quiénes somos, malgastar la existencia en el juego del escondite? Somos superiores a ellos. No tenemos porqué…

Sam se interrumpió. El camarero llegaba con dos grandes limonadas con menta y dos ensaladas que dejó sobre la mesa. Jerdren le firmó la cuenta.

Era raro ver a Sam enfadado y Jerdren no quiso continuar una conversación que no conducía a nada. Él no tenía ninguna intención de esconderse en un gueto, y sabía que Sam tampoco. Irían aprendiendo la forma de tener su espacio propio sin ser molestados, lo mismo que su padre y otros habían hecho.

Se estaba bien allí, y permanecieron en la plaza durante largo rato degustando sus ensaladas, viendo pasar a los turistas y observando las enormes pipas de tabaco que los camareros llevaban a otras mesas.

–¿Y si saliésemos ya hacia Monte Nebo? –propuso Sam de súbito.

–¿Ahora? Llegaríamos de madrugada, sin luz. No veríamos nada.

–Entonces salgamos sobre las tres a lo sumo. Llegaremos poco después del amanecer, antes de que lo hagan los turistas.

Jerdren asintió. A Sam le habían entrado las prisas por largarse de allí y era aconsejable acceder a sus deseos. Leía en su mirada melancólica la decepción, y quizá eso le había llevado a echar de menos el seguro y confortable hogar donde aguardaba su padre protector, a quien tanto quería. No era para felicitarse el que apenas hubiesen aguantado cuatro días de viaje, después de tantos años suplicando a su padre la oportunidad de conocer el mundo por sí

solos. El planeta se hallaba invadido por aquellos violentos seres cuya historia, versionada por su padre, ellos habían considerado exagerada ficción para asustar a los niños, un Coco para pequeños nefilims que había excitado su curiosidad pero al que nunca habían dado un crédito real. Sin embargo, ya no había dudas, se hallaban inmersos en la horrenda realidad. Su padre no había exagerado un ápice. Ahora hallaban pleno sentido a su celo por mantenerlos a salvo, su especial preocupación por la fragilidad de Sam.

Jerdren le miró de reojo. Sam se había relajado y, mientras sorbía la limonada a través de la pajita, sus ojos castaños, entornados por el sol, observaban curiosos a una madre que ayudaba a comer a su pequeño hijo, sirviéndole minúsculos trocitos de comida pacientemente. ¡Qué maldición que Sam pudiese morir!, pensó Jerdren. Era tan bello por dentro y por fuera, se querían tanto…

Cuando Sam y él estaban preparando alegremente las maletas, papá le había conducido a solas para exigirle amenazadoramente que cuidase de su hermano.

–A pesar de las muchas veces que te lo he pedido, haciéndote ver los peligros, no me has ayudado a disuadirle de vivir vuestra aventura, sino todo lo contrario –le había dicho–: Has insistido en exponerle a ellos. Ahora te digo que serás responsable de su vida cada segundo que paséis fuera. Y, por tu propio bien, más vale que no le ocurra nada.

Le odió cuando le habló así.

–¡No necesitas amenazarme! –le había gritado con una rabia que nunca antes había sentido.

–No era una amenaza –le respondió Cannat con aire de asombro ante la explosión de ira. Pero él no le escuchó.

–Sam no necesita que me lo ordenes para que yo le proteja –masculló Jerdren rojo de furia–, aunque no supiera que sólo me trajiste al mundo para eso. –Cannat le miró paralizado por el asombro, incapaz de responder nada–. ¿Creías que no sabía que tu amor por él fue la fuerza que me dio la vida, que no me creaste ni me quisiste más que para conseguirle a él? Ese pedacito de tu alma que se escindió para animarme lo hizo cargado de tus sentimientos, de tus dudas…

Jerdren notó que Sam observaba boquiabierto desde la puerta e interrumpió su invectiva. Tardó un segundo en dirigirse hacia él y cogerle por el brazo para sacarle de la habitación.

–Vámonos de aquí, Sam –le había dicho, obligándole a ello. Pero Sam se había soltado de un tirón. Jerdren le miró un instante, como traicionado, y abandonó la estancia. Sam se acercó a Cannat.

–Tienes que aclarar esto –le había dicho–. No puedes dejarle

marchar con ese convencimiento.

Su padre no parecía capaz de salir de su asombro y reaccionar.

–Haz algo –insistió Sam–. Se siente herido porque cree que no le quieres.

–No tiene motivos. ¿Alguna vez desde que existe he dado alguna muestra de no quererle?

–Pues claro que no. Está equivocado, pero es porque te adora y está celoso. Tú sabes lo que es pensar que tu padre te hace a un lado por otros, ¿verdad?

Cannat le había mirado fríamente y le había dado la orden de callar.

–Recuerda lo que os he dicho: no llaméis nunca la atención –añadió, dictaminando el fin de la conversación, y entonces tomó su rostro entre sus manos y le besó, desapareciendo luego de entre sus brazos como cálido e invisible humo, dejándole con la huella de sus manos en las mejillas y una perturbadora frustración en su ánimo.

Jerdren trató de deshacerse de esos pensamientos que tanto le dolían para regresar a la quietud del falso poblado nabateo. Chasqueó la lengua molesto consigo mismo. ¡Otra vez había vuelto a pensar en ello! La diversión lejos de casa no estaba resultando tan perfecta como esperaba.

Al oír el chasquido y observar su expresión, Sam supo al instante lo que sucedía.

–Estoy seguro de que está deseando volver a verte para convencerte de lo equivocado que estás –le consoló–. Aunque tiene derecho a sentirse ofendido por la forma en que le hablaste, después de que no ha hecho otra cosa que demostrarte amor desde que has nacido.

–¿Y qué iba a hacer cuando ya había nacido? ¿Tirarme a la basura?

–O algo peor. Los humanos lo hacen. No quería tener un hijo, pero quiere a los hijos que tuvo. No entiendo ni que se te pase por la cabeza lo contrario.

–Puede que algo me quiera, sólo que un billón de billones menos que a ti.

–¡Oh, vamos, Jerdren! Si yo quisiera autolamentarme y montar un número como tú le diría que en realidad jamás me ha querido a mí, que soy una mera reliquia ambulante que trajo a su lado para sentirse más cerca de Shallem y que sólo le importo en tanto sirva para recordarle a él. ¿Crees que no lo he pensado nunca? Sin embargo, cuando me mira a los ojos estoy tan seguro de que eso ya no es así como de que sí lo fue hace dieciocho años. Y lo mismo ocurre contigo. Pudo cruzarse de brazos cuando tu madre murió y nunca hubieses nacido, o pudo destruirte en cualquier momento

hasta hoy. Pero escogió tenerte, cuidarte y soportarte. Y puedo asegurarte que no siempre lo tiene fácil para esto último.

Aunque no hubiese argumento en el mundo capaz de convencerle de que hubiese sobre la tierra nadie más importante que Sam para Cannat, Jerdren se sintió confortado por estas palabras.

Le habría avergonzado confesar en voz alta cuánto le hería que, siendo él carne y alma de Cannat, teniéndolo todo para que éste se sintiese orgulloso de él, quisiese más a su hijo adoptivo. Sam era tan rebelde y desobediente como él, menos inteligente y carecía de muchas de sus habilidades. Físicamente era muy fuerte, más que él, muy posiblemente, y, desde luego, mirarle constituía un verdadero placer. Desprendía dulzura y resultaba sedante su mera contemplación, y además era mucho más cariñoso que él. Notando la preferencia de Cannat por Sam, las manifestaciones de afecto de Jerdren hacia su padre se habían espaciado y perdido espontaneidad en los últimos años. Sam, en cambio, seguía lanzándose a sus brazos como cuando era un crío, y era notoriamente visible que a Cannat le encantaba. ¿Pero eso era suficiente razón para que su padre le quisiera más?

Sam le miraba con una sonrisa y Jerdren se la devolvió.

Los dos sabían que si Jerdren no le quisiera tanto le habría matado mucho tiempo atrás.

Capítulo 13

El chico que susurraba a los demonios

Una vez más, consultó con impaciencia su reloj de muñeca. Al fin era la hora. Resueltamente, Tomas se puso en pie al tiempo que cerraba el libro. Encapuchó el bolígrafo y guardó los apuntes en su mochila. Luego se dirigió al armario y abrió la fina lámina de pino que conformaba la puerta para extraer el pasamontañas que había guardado en uno de sus cajones, su largo abrigo negro y una bufanda. Se puso la ropa, introdujo el pasamontañas en la mochila, echó un último vistazo en derredor y abandonó la pequeña habitación del humilde hotel.

La ciudad estaba fría y desierta en la madrugada y se sentía, en el pequeño y renqueante coche alquilado, como en una lata de conservas helada. Se recolocó la bufanda, procurando subirla lo más posible. La calefacción no parecía ser capaz de conseguir calentarlo.

Pese a que hubiese recorrido mil kilómetros animado por las referencias y el entusiasmo de Daniel, se prohibía sentir una especial emoción. Más valía concienciarse de que iba a tratarse tan sólo de otro falso nefilim más. No valía la pena ilusionarse con un pensamiento contrario para caer luego en la desesperanza que con tanta frecuencia comenzaba a hacer mella en su ánimo.

Cincuenta kilómetros al sur de la ciudad se encontraba la casa donde el joven se hallaba secuestrado bajo redobladas medidas de seguridad. Los informes hablaban de todo género de sucesos extraños relacionados con él. Parecía capaz de manipular la mente de los demás, de causar enfermedades y pérdidas de memoria en quienes le molestaban, de salir indemne de las múltiples infracciones del orden de las que se le había acusado y de los cinco accidentes mortales en los que había estado involucrado.

¿Y qué?, se dijo Tomas. Simplemente otro adolescente perverso y propenso a gastar bromas.

El lugar de la cita era particularmente lúgubre y desagradable. Ni siquiera se trataba de una casa habitable, sino de una construcción abandonada, similar a un refugio de pastores. Como todos los que se utilizaban para tales fines, se hallaba a enorme distancia de cualquier núcleo urbano. Carecía de electricidad y Tomas no lo hubiese encontrado de no ser por la suave luz que escapaba por las destrozadas ventanas, poco más intensa que la de

una linterna desde la lejanía, emitida por el generador que habían llevado hasta la única habitación que componía el refugio.

En el exterior de la casucha se hallaban aparcados dos coches que reconocía y Tomas estacionó junto ellos.

La puerta se había abierto y Daniel, armado de un lanzallamas de pequeño tamaño, le esperaba en el umbral. Sonrió ampliamente y le abrazó con el brazo libre.

–Gracias por venir –le dijo, palmoteando su espalda.

Tomas penetró en la habitación ansioso por ver al sospechoso.

Tres hombres y dos mujeres a quienes conocía de anteriores sesiones le saludaron al entrar. Escuetamente, él les devolvió el saludo.

En el suelo, rodeado de cascotes y suciedad, envuelto en mantas de amianto de la cabeza a los pies, un cuerpo se retorcía. No era posible atisbar ni una fracción de quien yacía dentro, cuyas amortiguadas quejas llegaban, sordas y cavernosas, al exterior.

Tomas miró a Daniel expresivamente.

–Te lo he dicho: es muy peligroso –le respondió éste–. Te esperábamos para poder iniciar la sesión antes de destaparle.

Tomas volvió su vista al bulto. Llevaba años oyendo lo mismo de cada víctima que se le presentaba: Sin duda era un nefilim. Aún más peligroso que el anterior. El más peligroso que hubiesen cazado nunca. Un grave peligro para la humanidad. Las pruebas eran irrefutables. Él podría verificarlo.

Se deshizo de su pesado abrigo de lana y buscó alrededor un lugar limpio donde dejarlo. No lo encontró, y lo depositó sobre algunas de las bolsas que los otros habían dejado en un rincón. De su mochila sacó el pasamontañas mientras ordenaba:

–Cubríos las caras. Vamos a comenzar.

Daniel se agachó sobre las bolsas que había en el suelo y extrajo un instrumento de hierro formado por algo parecido a dos pares de esposas o grilletes separados por una barra de cincuenta centímetros de largo. Se aproximó con él a Tomas, quien le esperaba sentado en el suelo. Daniel se arrodilló a su lado y le ayudó a introducir los tobillos y las muñecas en los grilletes, los cuales cerró después.

Tomas quedó inmovilizado, con las rodillas juntas y flexionadas a escasos centímetros de la barbilla, los pies apoyados en el suelo y la espalda encorvada hacia delante. La rígida barra de hierro, destinada a impedirle ponerse en pie o realizar cualquier desplazamiento o acto de violencia, le ayudaba a mantener el equilibrio.

Daniel lo miró desde arriba.

–¿Podemos empezar?

Tomas asintió.

Daniel cubrió su cabeza con el pasamontañas y lo ajustó con cuidado de dejar bien destapados y libres de movimiento la boca y los ojos. Comprobó que todos tuviesen los rostros ocultos, que estuviesen armados y dispuestos, e hizo un gesto que significaba que la coreografía tantas veces escenificada había de comenzar.

Las armas apuntaron al unísono al bulto y Daniel, acuclillándose en la parte posterior de la cabeza, procedió a desatar la cuerda que apretaba su frente. Luego separó la manta de la cara empujándola hacia el cuello, y se retiró con rapidez, recogiendo el lanzallamas del suelo y apuntándole con él desde un metro de distancia.

El chico que emergió del capullo respiró con avidez reparando en cada uno de los hombres y mujeres que le apuntaban con sus distintas armas, ocultos los rostros y tensos los cuerpos.

–Mi madre no tiene mucho dinero –gritó el chico–. ¡Se lo juro!

Sin perderle de vista ni responder, Daniel se alejó de él para acercarse a Tomas.

–¿Preparado? –inquirió.

–Adelante.

Por los labios de Daniel comenzó a desgranarse el conjuro invocador de demonios recitado con voz firme y experta.

Conocía exactamente en qué punto los signos de la posesión comenzarían a manifestarse, cuáles serían los primeros y sutiles gestos en la expresión de Tomas. No tardarían demasiado. Nunca lo hacían.

El muchacho había alzado penosamente la cabeza del suelo para clavar en Tomas su mirada asombrada, y observaba el instrumento de tortura que lo mantenía voluntariamente sujeto y su sometimiento a un ritual cuyo significado probablemente no le era sencillo adivinar. Tenía los ojos de un verde oscuro, intensos, adornados por finas cejas de color castaño suavemente arqueadas. Pese a la tenue luz, a Tomas le era posible observar sus facciones levemente angulosas contraídas por el temor y la sorpresa, los labios entreabiertos, el fruncido entrecejo.

La letanía continuaba sin que Tomas, extrañamente fascinado por el muchacho, atendiese a ella ni se hiciesen sentir sus efectos. En su campo visual percibió la mirada extrañada de Daniel, que llamó a su propia extrañeza. ¿Por qué el juego no comenzaba? ¿Por qué nadie le visitaba?

El chico tampoco apartaba sus ojos de los de Tomas. Éste percibió un intento de comunicación, un mensaje que le era enviado e intentaba abrirse paso hasta su entendimiento.

De repente, Tomas sintió la llegada. Una sacudida de fuego quemó su interior obligándole a cerrar los ojos con fuerza al tiempo

que lanzaba su cabeza hacia atrás. Una explosión en el pecho y dos espasmos sacudieron su cuerpo. Y luego nada. El vacío.

Quien quiera que hubiese sido su fugaz invitado, había decidido no permanecer allí por más de unos pocos segundos.

No había sido más que un instante pero su cuerpo había quedado ya maltrecho, sufriendo los terribles efectos. El corazón bombeaba con fuerza dolorosa y respiraba aceleradamente. ¿Por qué su huésped se había ido?, se preguntaba. Ni siquiera había tenido tiempo de reconocerle.

Un segundo golpe fue asestado contra su pecho, un fuego aún más intensó le abrasó, una sacudida eléctrica le obligó a proferir un grito. Y de nuevo una explosión que pareció vaciarle incluso de su propia alma. Otra deserción más de su cuerpo pese a la insistente invitación que aumentaba de volumen en la boca de Daniel.

Una vez, tan sólo una vez en el pasado había vivido la misma experiencia.

En aquella ocasión se había hallado ante una niña.

Él aún era bastante pequeño y recordaba sólo vagamente su aspecto, tímido y asustadizo como el de muchas otras. Sin embargo, ella había sido el único verdadero nefilim frente al que había estado nunca. No lo supo en el acto. Había pasado meses preguntándose la razón por la cual el ritual no había funcionado, porqué, por primera vez, su cuerpo había sido despreciado. Sólo cuando se le ofreció la siguiente ocasión de verse poseído había logrado averiguar la razón. El demonio entonces le había hecho partícipe de su juego y convertido para siempre en su cómplice: ni un solo nefilim había muerto jamás como consecuencia de las posesiones a las que él y otras víctimas habían sido forzadas a someterse, sino sólo niños corrientes, vulgares hijos de humanos sin ninguna ascendencia divina. Lograr que su sangre fuese derramada a manos del hombre era el juego favorito de los demonios invocados. Bastaba con fingir que los niños tenían el poder de expulsarlos para disfrutar de un frío y absurdo infanticidio, de una nueva demostración de la maldad y estupidez humana.

Los auténticos descendientes divinos, ya fuese por temor, por respeto, o por incrementar la burla, eran los únicos que estaban a salvo.

Tomas se había acostumbrado a este conocimiento mucho tiempo atrás. A los susurros y las risas de los demonios que sólo él podía oír, a ser el guardián del secreto. De una brutal manera se había convertido en cómplice y en sirviente. Pero había algo más. Tras años de ser poseído por los mismos demonios lazos oscuros habían nacido entre ellos y se habían fortificado para hacer frente a un enemigo común. Tomas ya no actuaba bajo amenazas

demoniacas.

Miró al adolescente cuyo nombre, recordaba haber leído en su informe, era Wendell.

Su vida estaba en sus manos.

Si ningún demonio acudía y esto impedía a Daniel obligarle a intentar expulsarlo para verificar su inocencia, sería muerto al considerar que debido a su poder ningún demonio osaba presentarse ante él, al igual que le había sucedido a la niña.

Daniel comenzaba a mostrar signos de impaciencia. Wendell continuaba observando a Tomas con fijeza y en sus ojos brillaba más intensamente el temor, como si ya hubiese acertado a comprender la misión y el dilema del joven encadenado.

Mas el dilema en realidad no existía, pues había sido resuelto largo tiempo atrás.

Tomas había soñado una y otra vez con encontrar al fin a uno de ellos, y tenía bien estudiado lo que debía hacer para preservar su vida.

Cerró los ojos con fuerza al tiempo que dejaba escapar un profundo grito y su cuerpo se agitaba con falsas espasmódicas convulsiones. De entre sus dientes brotaron iracundas frases pronunciadas en alguna lengua olvidada. Sus ojos húmedos ardían de furia mientras con ellas amenazaba a Daniel y a los demás presentes.

Daniel dejó de pronunciar la invocación, corrió hacia el chico y encendiendo sobre él el lanzallamas le ordenó:

–¡Expulsa al demonio!

El calor de las llamas quemaba su rostro y Wendell, apartándose cuanto podía, suplicó:

–Por favor, ¡apártalo de mí! ¡Por favor, me estás abrasando!

Pese al evidente enrojecimiento de la faz del chico Daniel no se movió.

–Pronuncia estas palabras: “Demonio, te ordeno que abandones el cuerpo de Tomas”. ¡Repítelas o te quemaré los ojos!

Wendell había ladeado la cabeza y cerrado los ojos con tanta fuerza como podía, intentando escapar al fuego. Daniel separó el lanzallamas unos centímetros.

–¡Mírale y repite la orden! –le exhortó.

Cuando notó que el calor se hacía menos intenso, Wendell abrió lentamente los ojos y, dirigiéndose a Tomas, gritó:

–¡Demonio, te ordeno que abandones el cuerpo de Tomas!

Nada sucedió, salvo una estentórea carcajada surgiendo de las profundidades de Tomas seguida de una nueva cascada de furiosas imprecaciones.

Daniel asistió a ellas con ligero asombro. Era la primera vez que

la orden había de ser repetida.

–Repite –ordenó a Wendell de nuevo–: "En el nombre de mi poder divino, yo te expulso".

–¡En el nombre de mi poder divino, yo te expulso! –gritó el muchacho.

Una nueva carcajada brotó de Tomas y un aluvión de comprensibles insultos.

–Daniel… –susurró una de las mujeres.

–No podemos habernos equivocado –contestó él–. Vuelve a repetirlo, chico. ¡Hazlo de nuevo!

Ante la renovada amenaza del lanzallamas, Wendell volvió a gritar:

–¡Demonio, yo te exhorto por mi poder divino, abandona ese cuerpo!

Fue inútil una vez más. El presunto demonio persistía en la posesión inmune a los mandatos del joven.

El asombro de Daniel desfiguraba su rostro oculto por el pasamontañas. Todas las señales estaban presentes en el muchacho. Con muchas menos razones había detectado nefilims que habían resultado auténticos. ¿Cómo asimilar que tenía ante sí tan sólo a un adolescente vandálico? Una única orden bastaba siempre para expulsar a los demonios, pero aunque el muchacho había colaborado, aunque había gritado el mandato a fondo y con convicción, esta vez nada había ocurrido.

Daniel apagó el lanzallamas, se acuclilló junto a la cabeza del chico, la envolvió de nuevo en la manta y volvió a atarla con la cuerda. Luego se puso en pie y se arrancó el pasamontañas, dejando ver su expresión molesta y decepcionada.

–No es uno de ellos –declaró–. Adelante. Hemos de liberar a Tomas.

Todos se deshicieron de los pasamontañas. Una de las mujeres tendió a Daniel prestamente un pequeño libro y extrajo de una bolsa una botella de agua bendita. Mientras ella le arrojaba a Tomas gotas de agua que provocaban sus gritos, Daniel comenzó el exorcismo.

"*Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino qui fertis super caelum caeli ad Orientem Ecce dabit voci Suae vocem virtutis, tribuite virtutem Deo."*

–¡No! ¡Noooo! –gritó el presunto demonio.

"*Exorcizamus te, omnis immundus spiritus omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica. Ergo draco maledicte et omnis legio diabolica adjuramus te cessa decipere humanas creaturas, eisque aeternae Perditionis venenum propinare.*"

Tomas cayó al suelo retorciéndose entre gritos de supuesto dolor.

Puesto que sus demonios abandonaban siempre su cuerpo a la primera orden, no había asistido nunca a un exorcismo e ignoraba cuanto tiempo debería continuar la interpretación.

Aulló y se debatió simulando intentar liberarse de sus grilletes.

"*Vade, Satana, inventor et magister omnis fallaciae, hostis humanae salutis. Humiliare sub potente manu dei, contremisce et effuge, invocato a nobis sancto et terribili nomine, quem inferi tremunt. Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine. Ut Ecclesiam tuam secura tibi facias libertate servire, te rogamus, audi nos. Ut inimicos sanctae Ecclesiae humiliare digneris, te rogamus, audi nos*."

Era agotador fingirse poseído, aún más que estarlo realmente, pero valía la pena pues estaba salvándole la vida a un verdadero nefilim.

"*Ut inimicos sanctae Ecclesiae te rogamus, audi nos. Terribilis Deus de sanctuario suo. Deus Israhel ipse truderit virtutem et fortitudinem plebi Suae. Benedictus Deus. Gloria Patri*."

El muchacho que yacía envuelto iba a deberle algo más que un favor, y esperaba que supiese compensarle.

Capítulo 14

Revelaciones en Monte Nebo

Cerca de las dos y media de la mañana, Jerdren, que dormía muchas menos horas que su hermano, despertó a Sam, quien descansaba vestido sobre la cama. Se levantó perezosamente, rezongando arrepentido de los planes nocturnos y lamentándose de la escasez de horas dormidas.

Recogieron el equipaje que ya habían dejado preparado y atravesaron las calles del poblado hasta el edificio principal del hotel, a cuya salida les esperaba el coche de alquiler que habían contratado.

La autovía contaba con dos carriles para cada sentido e iba tranquila a aquellas horas, pero carecía totalmente de farolas que la alumbrasen. Los primeros resplandores del alba se agradecieron y sacaron a los chicos del tedio y el letargo del oscuro trayecto.

Sam conducía en aquella ocasión y Jerdren trataba de encontrar en la radio una emisora con música.

–O rezos o noticias –protestó.

Sam llevaba totalmente abierta su ventanilla y apoyaba sobre ella el brazo. El aire fresco le desperezaba batiendo contra su rostro y agitando los largos mechones de su cabello.

–Es igual –contestó–, la música de aquí es horrible.

–¿Cómo? –preguntó Jerdren, mirándole con una simulada atónita sorpresa–. ¿Insinúas que no te gustan los grandes éxitos jordanos?

Y comenzó a cantar la canción más popular del momento, que habían escuchado ya decenas de veces durante su estancia, al tiempo que se contoneaba imitando a la bella bailarina que la interpretaba.

Sam le acompañó en la canción, que ambos sabían ya de memoria, y rieron alegremente. Luego Jerdren continuó su búsqueda con el dial, hasta desistir finalmente y apagar la radio.

–Fíjate –indicó a su hermano al cabo de un rato–, parece que ha habido un accidente.

En los carriles de sentido contrario se habían detenido un camión y varios coches, y alrededor de unas diez personas se hallaban en la zona, moviéndose de aquí para allá o hablando a través de sus teléfonos móviles.

–Espero que no haya heridos –murmuró Sam, pasando lentamente para apercibirse de la magnitud del accidente.

–No parece –opinó Jerdren, que iba lo más incorporado que podía para atisbar lo sucedido.

Sam profirió un susurro de horror entrecortado. Sobre la mediana había descubierto el cuerpo inerte de un hombre. Tenía los ojos cerrados y de una brecha en la cabeza había brotado sangre suficiente como para teñir de rojo la mitad de su rostro. Cuatro hombres estaban de pie junto a él sin dispensarle consuelo ni ayuda; quizá porque ya fuese demasiado tarde.

Sam detuvo el coche y observó horrorizado a la víctima.

–Sam, ¿qué haces? Arranca y continuemos.

Su hermano no le atendió. Sus ojos no podían apartarse del hombre allí tumbado. Se liberó a ciegas del cinturón de seguridad que Jerdren le obligaba siempre a ponerse y descendió del coche compulsivamente, corriendo la poca distancia que le separaba del hombre, para arrodillarse junto a él y coger su mano.

–Es inútil –le explicó uno de los presentes–: está muerto.

Sam no le oyó. No oyó tampoco las súplicas de Jerdren, que había corrido tras él e intentaba apartarle del cuerpo. Repetía para sí un ruego del que no podía esperar demasiado, pero lo repetía con fiera ansiedad: "No dejes que se muera. No dejes que se muera…" No fue consciente de que había cerrado los ojos y repetía esas palabras una y otra vez en el lenguaje que hablaba con su padre y su hermano y a ningún humano le era dado conocer. Persistió en su letanía, ajeno al mundo, hasta que un ligero espasmo de la mano que sostenía entre las suyas le hizo saber que su deseo había sido cumplido.

Abrió los ojos y contemplo la cara del hombre. Los ojos de éste se entreabrían lentamente y sus músculos y cerebro reaccionaban, tornando su expresión vacía de momentos antes en confusión y miedo. Sam le apretó más fuerte la mano y, despacio, el hombre giró la cabeza para mirarle.

Alrededor de ellos se estaban congregando todos los demás conductores y el personal de ayuda, atraídos por las exclamaciones de quienes habían presenciado el milagro. La cámara de un teléfono móvil enfocaba a Sam. Viendo lo que se les echaba encima, Jerdren hizo uso de toda la fuerza necesaria para obligarlo a levantarse y sacarlo de allí.

Enloquecido ante el suceso, el agitado grupo de personas les siguió hasta el coche, formulando a gritos preguntas y peticiones y tratando de retener a Sam, o al menos tocar su cuerpo. Él estaba atontado, no del todo consciente de la causa de la reacción de la gente a la que Jerdren se veía obligado a apartar con violencia.

Lograron entrar ambos en el coche y Jerdren arrancó con cuidado, evitando atropellar a quienes se habían puesto delante para impedir su fuga. Aceleró progresivamente hasta conseguir que se apartasen; entonces pisó a fondo el pedal. Les siguieron aun después, durante cientos de metros.

–¡Estás contento? –gritó Jerdren–. Te han hecho fotos, tal vez video, ¿cuánto crees que van a tardar en recorrer el planeta a través de las redes informáticas? ¡Nunca jamás volveremos a estar a salvo en ninguna parte, por no hablar de lo que nos hará papá!

Sam suspiró cabizbajo.

–No pude evitarlo –murmuró–. El horror me sobrecogió al ver su cuerpo allí tirado como una vaina vacía, como si su existencia no hubiese sido real o no hubiese tenido la menor importancia. Un accidente, algo tan estúpido, tan injusto… Estaba ahí, tan capaz de pensar y sentir como siempre, consciente de que nunca más vería a su familia, lamentándose de lo mucho que estos sufrirían, preocupándose por las angustias económicas que destrozarían sus vidas… –Sam se silenció un momento. Luego tragó saliva, intentando contener la emoción, para añadir–: No debía morir. Actué por instinto: sentí y obré. Y aunque sé los problemas que esto puede traernos no puedo arrepentirme de algo sobre lo que no tuve control.

–¿Significa eso que de ahora en adelante piensas ir resucitando a todos los muertos que se crucen en tu camino?

–¡No! ¡Claro que no! Sucedió porque desconocía que pudiese hacerlo y no tuve control. Como cuando uno entra en una habitación oscura y se encienden las luces antes incluso de haber pensado en pulsar la llave.

–Obviando el hecho de que yo jamás me habría tomado la molestia de arrojarme al suelo para devolverle la vida a ninguno de esos, dudo mucho que fuese capaz de hacerlo aunque pusiera empeño. No creo que sea un don común entre nosotros; ni siquiera estoy seguro de que todos los ángeles puedan…

–Quizá no lo tenga. Otro oyó mi petición y la atendió…

–¿El abuelito? –dijo Jerdren jocoso–. ¿Por qué estaría ahí, atento, y actuó presto, cuando hace caso omiso de millones y millones de peticiones diarias más fáciles de satisfacer?

–¿Estás comparando mi voz con la de un humano?

–En tu modestia olvidas que se supone que Él les ama –contestó vivamente–, y ya conoces nuestra historia familiar… Lo que me lleva a añadir que no somos fruto, precisamente, de alguien a quien se sienta inclinado a dar preferencia, según se ha podido comprobar.

Sam se encogió de hombros.

–Quizá hubiese alguien más escuchando. No sé.

Sam se veía abatido y Jerdren, no queriendo ahondar más en la herida, trató de moderar su voz al preguntarle:

–¿Qué viste o sentiste?

–Calor, únicamente.

Jerdren se quedó callado un rato y luego agregó:

–Yo sí vi algo.

–¿Sí? –Sam volvió su cuerpo hacia él, en espera de una explicación.

–Vi su alma entrar –agitó la cabeza impresionado al recordar–. Fue impresionante. Un fogonazo caído del cielo como un meteorito que impactó contra su pecho con tal fuerza y velocidad que me asombra que tal cosa pueda dar la vida en lugar de arrancarla. Le dolió.

–Tienes razón. Su primer síntoma de vida fue un espasmo que pudo ser debido al dolor producido por el impacto. –Tras unos momentos, preguntó–: ¿Qué… haremos ahora?

–Estamos a punto de llegar al monte. Lo veremos y luego, desgraciadamente, lo más sensato es contarle a papá lo ocurrido.

–No, por favor. Mientras no haya absoluta necesidad podemos arreglarlo de otra manera.

Jerdren chasqueó la lengua.

–Claro que podíamos haberlo solucionado de otra manera: eliminando a todos esos, incluyendo a tu resucitado –golpeó el volante con el puño–. Maldito imbécil. No supe reaccionar y ahora es demasiado tarde. ¡Si incluso me preocupaba atropellarles! Si papá lo supiera…

–¿Lo ves? Lo mejor es no decirle nada de momento.

–Lo iremos viendo, según los acontecimientos…

Aún era muy temprano cuando consiguieron llegar a Monte Nebo. Aparcaron el coche en la explanada a tal efecto y continuaron a pie hasta la cima.

Por el camino examinaron las ruinas de una antigua iglesia, junto a la cual cierto Papa había plantado un joven olivo. Un poco más adelante, se accedía al mirador, una terraza a setecientos diez metros de altura desde la cual podían contemplarse las impresionantes vistas. Era un espectáculo hermoso admirar el sol saliendo desde lo alto del monte, como si fuesen los únicos habitantes del mundo, rodeados de un silencio absoluto. Ni tan siquiera se escuchaba el trinar de algún pájaro.

–Una inmensa llanura desértica hasta donde alcanza la vista –comentó Jerdren. Y agregó con sorna–: Menuda tierra prometida.

Desde la falda del monte se extendían kilómetros y kilómetros de inhóspita llanura deshabitada. Jerdren recorrió el paisaje con la

mirada, intentando imaginarse al pueblo hebreo allí acampado mientras Moisés aguardaba un mensaje divino en el mismo punto que él pisaba ahora. Se giró hacia su hermano para comentarle:

–Pensaba que esto sería distinto…

El volumen de la última palabra había disminuido hasta perderse ante la sorpresa de descubrir a un hombre que los miraba a la entrada del mirador.

El hombre, de edad avanzada, conservaba un tupido cabello rubio ceniza que sobresalía por los bordes de un sombrero de paja, y llevaba barba bien recortada en su rostro amable. Vestía una camisa de color crema con mangas cortas, adornada por alforzas verticales y por bolsillos en la pechera y en los faldones, elegante y cómoda, que es de uso común en algunos países sudamericanos y se conoce como guayabera. Los pantalones eran de un color piedra y estaban fabricados con tela liviana. De su hombro colgaba una bolsa de piel oscura. Parecía encajar a la perfección con el ambiente, como si fuese un arqueólogo o un elegante turista de principios del siglo XX cuyos criados aparecerían a su espalda para abrir una mesita plegable en la que se sentaría a tomar el té.

Con sus ojos grandes y sinceros les contemplaba como quien acabase de hallar un tesoro. Los dos hermanos se habían vuelto para observarle.

–Mira, hermano –susurró Jerdren–, Moisés ha venido a traernos las tablas.

Sam se rió entre dientes y comentó:

–Suerte que no deben de ser tantas como la otra vez, si le caben en esa pequeña bolsa.

Se sorprendieron al ver que, en el silencio de la cima del monte, el hombre se encaminaba hacia ellos con pasos lentos.

Jerdren se irguió ante la posible amenaza. Un viejo encantador, con un aura preciosa como aquella, bien podía ser un ángel camuflado.

Cuando llegó a su lado sus ojos quedaron fijos en Sam.

–Sam –murmuró. La voz surgió débil de su boca, como si no pudiera dar crédito al estar pronunciando esa sílaba–. ¡Sam, eres tú! –repitió con mayor vigor–. ¡Sin duda eres tú!

Sam le miró inquisitivamente.

–Puede… –admitió con cautela–. Pero, ¿usted quién es? –le preguntó.

El hombre no respondió, sino que se lanzó sobre él para abrazarle.

Sin saber cómo reaccionar, Sam miró a su hermano asombrado y confuso.

–¡Dios mío! ¡Cómo has crecido! ¡Qué alto y fuerte eres! –

exclamaba el hombre apretándole con fuerza. Se mantuvo así durante largo tiempo y luego, sin apartar de él sus brazos, se separó para poder mirarle–. Déjame verte bien. Es la expresión inteligente y emprendedora de tu madre. Sí, lo es. Junto a sus ojos inocentes y tiernos. –Se rió, lleno de satisfacción, y añadió–. ¡Sólo que tú tienes la fuerza y la apostura de un dios griego!

–¿Usted conoce a mi madre? –preguntó Sam trémulamente.

–Sí. Sí, Sam –afirmó, con la expresión ensombrecida, golpeando suavemente su brazo en un gesto de afecto–. Yo te tuve en mis brazos cuando eras muy pequeñito. Te sacamos de Wewelsburg, Laima y yo –al pronunciar este nombre se volvió hacia Jerdren, cuyo asombro se reflejó en su rostro–, y te cuidamos lo mejor que pudimos hasta comprender que no estarías a salvo a menos que te entregásemos a alguien mucho más poderoso que nosotros.

–¿Cómo…, cómo se llama usted? –le interrumpió Jerdren.

–Me llamó Eldwin, Eldwin Ahrends –sonrió al agregar–: Tuteadme los dos. En este siglo todo el mundo se tutea.

–Bien, Eldwin. ¿Cuál es tu relación con la madre de Sam?

–Éramos como familia. Nos protegíamos, nos cuidábamos, nos dábamos cariño y compañía. Yo había sido su profesor en la universidad de Berlín, en los años previos a la guerra. El primer día de clase me di cuenta de que ella tenía una fortísima ascendencia divina, mucho más fuerte de lo que yo hubiera visto nunca. Yo puedo ver el aura, ella no. La hice quedarse después de clase y le dije que yo era como ella. Le hablé del grupo que algunos más como nosotros estábamos formando con el fin de acabar con el poder de Hitler, y le pedí que se nos uniera. La asalté de esa forma, ¿entendéis? Sin ambages, y, como se dice ahora, ella pasó olímpicamente y me pidió que la dejara en paz, que bastante tenía con las heroicidades de su madre, la cual era una destacada periodista muy conocida por atacar ferozmente al nacionalsocialismo, que las iba a acabar conduciendo a las dos a prisión. Se equivocó sólo en parte. Un día, al regresar de la facultad se enteró por los vecinos de que las SS habían ido a buscar a su madre. Ésta se había opuesto a ser apresada y la descerrajaron tres tiros allí mismo, en el rellano de su propia casa. Entonces Amber acudió a mí, y desde entonces fue como…, como mi propia hija. O más.

Los chicos le habían escuchado con la boca abierta. Se miraron el uno al otro, con una muda interrogación.

–¿Amber? –inquirió Sam–, ¿ése es el nombre de mi madre?

–¡Oh, claro! Ni siquiera eso sabías. Sí, Sam, ése es el precioso nombre de tu madre: Amber.

–A ver, vimos un documental sobre ese Hitler una vez –recordó

Sam, pues tal género de documentales, tan aleccionadores sobre la eterna e inmutable maldad humana, les habían sido permitidos por su padre–, y ¿no estamos hablando de hace setenta u ochenta años?

–Sí –afirmó Eldwin, y, viendo las expresiones de los chicos, abrió la bolsa que llevaba al hombro y extrajo de ella un conjunto de hojas sueltas que conformaban un legajo que le extendió a Sam–: Son las anotaciones de tu madre desde poco antes de tu concepción. Una especie de diario. Escribía siempre en nuestra lengua, para que, si alguien se lo robaba, no pudiesen acusarla de opositora al régimen. ¿Podrás entenderlo?

–Claro que sí –contestó Sam casi ofendido. Abrió la cubierta que contenía las hojas amarillentas y de bordes desgastados. Una escritura que para el ojo profano se confundiría con la rúnica o la cuneiforme recorría la página. Cannat, personalmente, les había enseñado a hablar, leer y escribir en su lengua. Sam estaba orgulloso de que así hubiera sido. Jerdren se echó sobre él para mirar a su vez. Sam, con voz entrecortada, inquirió–: ¿De verdad esto lo escribió mi madre?

–Sí, Sam. Claro que sí. Debes leerlo todo. Ahí encontrarás las explicaciones que, probablemente, hayas buscado alguna vez. Y sabrás también por qué te buscan unos para matarte y otros para idolatrarte.

–¿Y de mi madre no tienes nada? –le interrumpió Jerdren con ansia contenida.

–¡Esto es para los dos, Jerdren! Amber y tu madre fueron grandes amigas. Amber habla de ella en estas páginas; descubrirás lo increíble que era. Aunque supongo que eso ya lo sabrás por tu padre –la expresión de Jerdren le sugirió que no sabía demasiado de ella–. Es gracias a ella que estoy aquí. Hace muchos años, Laima me hizo saber que vosotros dos, en este día y a esta hora, estaríais en Monte Nebo. Era mi única oportunidad de volver a verte, y de poder entregarte el manuscrito, como tu madre me pidió que hiciera. –Eldwin, advirtiendo la confusión de los jóvenes, agitando las manos nervioso, trató de disculparse–. ¡Llevaba tantos años pensando cómo transcurriría esta conversación, la sosegada y perfecta forma en que os expondría quién soy y todo lo demás, y, vengo aquí, construyo la casa desde el tejado y os sumo en el desconcierto!

–Pero, ¿mi madre está viva? –le interpeló Sam, alzando la voz nervioso.

–¿Qué pregunta es ésa para el hijo de un ángel, Sam? No vino conmigo, no está en este siglo, pero está viva, claro que sí, allá en 1940.

–¡Entonces está muerta! –protestó Sam airado.

–¡No! ¡No en 1940!

Sam iba a responderle con menor mesura cuando su hermano interceptó sus palabras tomándole por el brazo intentando calmarle.

–Sam. Sam. Déjalo. Hablaremos de eso con papá. Escucha, Edwin...

–Eldwin –le corrigió éste–. Es un nombre alemán. Yo soy alemán.

–De acuerdo, Eldwin. Tú no lo sabes, pero hace unas horas hemos tenido una no muy buena experiencia no lejos de aquí. Sam y yo tenemos que largarnos de este país cuanto antes. Los guardas de este lugar no tardarán en llegar para abrir la entrada antes de que lleguen los turistas, así que propongo que nos vayamos ya. Iremos directos al aeropuerto y tomaremos un vuelo a alguno de nuestros refugios para poder leer con tranquilidad y seguridad el diario de Amber. ¿De acuerdo, Sam? –El aludido afirmó con la cabeza–. Has venido en coche, supongo, ¿verdad, Eldwin?

–Sí. Lo alquilé en el aeropuerto.

–Perfecto. Entonces iremos todos en el tuyo. Es posible que estén buscando el nuestro.

Capítulo 15

Milagro en el Mar Muerto

Mientras su anterior hallazgo en Internet había resultado intrascendente, aquella tarde Tomas y Lisbeth hicieron un descubrimiento que cambiaría sus vidas. Se trataba de un sorprendente video grabado con la escasa calidad ofrecida por la cámara de un teléfono móvil. Su título era "*Miracle in the Dead Sea*", Milagro en el Mar Muerto. Quien lo había subido –al parecer era su primer video en Youtube– se había puesto por sobrenombre *Djin*, y explicaba en el comentario adjunto al documento la fecha, hora y lugar exacto –incluso las coordenadas– en que había sido tomado, asegurando que la víctima llevaba muerta más de diez minutos cuando el chico milagroso se arrodilló a su lado, según todos los presentes podían atestiguar, incluyendo un médico y dos sanitarios.

Lisbeth y Tomas vieron el video repetidas veces con asombro y atención, intentando extraer alguna conclusión.

–¿Oyes lo que dice el rubio? –preguntó Tomas volviéndose hacia ella–. ¿Te suena a algún idioma conocido?

Con los ojos clavados en la pantalla, Lisbeth negó con la cabeza.

La mirada de Tomas regresó a la imagen.

–Son guapos, ¿eh? –señaló–. Tan guapos como para sospechar que sean algo más que humanos.

Lisbeth no contestó. Detuvo el video justo en el instante en el que el rostro del joven rubio se apreciaba frontalmente y lo contempló ensimismada. Pese a la pobre resolución de la película, el intenso azul de sus ojos parecía traspasar la pantalla.

Tomas la miró, advirtiendo en su expresión algo inquietante, algo que trascendía el mero deleite ante la belleza del joven.

–¿Qué ocurre? –le preguntó lleno de extrañeza.

Ella se tomó unos instantes antes de responder en un tono muy bajo y con un gesto de incertidumbre:

–No lo sé.

Durante un rato estuvieron haciendo comentarios y barajando las distintas posibilidades acerca de lo que habían visto, y luego, mientras Tomas buscaba más referencias sobre aquello en Internet, Lisbeth bajó a la cocina para preparar unos bocadillos.

No podía quitarse de la cabeza el rostro del rubio. Ojalá la imagen tuviese mayor calidad. Le sugería algo, le despertaba algo…

Algo que pugnaba por salir de su cerebro y temía no llegase a conseguirlo. Había sentido una punzada en el corazón al verle. No era capaz de aclarar la causa.

Sacó varios envoltorios de la nevera. Contenían jamón ibérico, queso manchego y salmón ahumado, todo ello de primera calidad. Los alimentos jamás se habían escatimado en la casa y los chicos siempre habían tenido libre acceso a ellos, pudiendo consumir y comprar lo que se les antojara a cuenta del presupuesto familiar. Era lo único no malo que podía decirse sobre los monstruosos padres adoptivos.

El "padre" entró en la cocina. En los últimos años había perdido cabello y ganado canas, flacidez y arrugas, pero seguía robusto y en buena forma.

Pasó por detrás de ella y sacó un vaso del armario que llenó de agua del grifo. Lisbeth se tensó, y cada célula de su cuerpo entró en alerta.

Siempre esperaba de él algún tipo de violencia física. Recordaba que en la infancia la había pegado en alguna ocasión, aunque no con la fiereza y asiduidad que había reservado para los chicos, con quienes solía usar el cinturón, pero la había aterrorizado con amenazas innumerables veces. Sin embargo, nada le había asustado y dolido tanto como el sufrimiento causado a Tomas, y ésta era la razón por la que más le odiaba.

–¿Preparando la merienda? –la preguntó, vuelto hacia ella con el vaso de agua a medio beber en su mano.

–Sí, papá –contestó ella–. El término "papá" nunca fluía de forma natural por sus labios, lo escogía siempre de manera forzada y consciente en lugar del "señor" que hubiera brotado espontáneamente.

–¿Tomas está arriba?

–Sí, trabajando en el ordenador.

Él asintió con un gesto de satisfacción y orgullo que ella no pudo ver, pues continuaba dándole la espalda mientras preparaba los bocadillos.

–Es tan trabajador… –afirmó él.

La tranquilidad de los últimos años parecía haberle hecho olvidar (y suponer que los "hijos" también habían olvidado) la verdadera relación entre los miembros de la disfuncional familia. Por su parte, ese ser cuasi irracional al que se veían obligados a llamar madre, jamás parecía haber sido consciente del horror al que sus "hijos" se veían sometidos. Ninguno de los "padres" hubiera sido capaz de medir acertadamente la magnitud de su odio.

–Papá –dijo ella volviéndose para mirarle, haciendo frente a la palabra que se le estrangulaba en la garganta–, he estado pensando

que tal vez podría apuntarme a alguna carrera en la universidad. Si hiciese Biblioteconomía y Documentación podría llegar a ser útil a la organización… –Se interrumpió. Él llevaba negando con la cabeza desde que pronunciara la palabra "apuntarme".

–No es un buen momento –explicó– ahora que tu madre está destrozada por lo sucedido a David. Tendrías que dejar la casa y ambos te echaríamos de menos demasiado –le dedicó una sonrisa melancólica al apuntar esto–. Más adelante. Cuando David salga del hospital.

Aquello era como decir "nunca".

Siempre había una excusa. Si David no hubiera estado en el hospital se habría inventado otra. Era su forma de dar una terminante negativa edulcorada de tal forma que el equilibrio familiar no se viese alterado.

–Tienes razón –convino ella, mirándole a los ojos impasible–. Es preferible esperar a que David se recupere.

Él asintió sonriente.

–¿Habéis encontrado algo nuevo últimamente? –inquirió–. Hace dos o tres días que Tomas no me comenta nada.

A Lisbeth no se le había requerido nunca participación alguna en los cometidos de la organización. Según ésta opinaba, de su cuerpo frágil y menudo y su naturaleza tímida y asustadiza no podían esperarse aptitudes para la caza, mientras que de su cerebro poco notable y su personalidad apática era inútil esperar una entrega a la causa de algún valor. Para Albert y Marta el carácter tranquilo y sumiso de Lisbeth constituía suficiente encanto.

Había sido la linda muñeca a la que Marta se había divertido comprando bonitos vestidos, trenzando el cabello, paseando por el parque y luciendo ante sus amigos como a un dulce y obediente cachorro. Ahora era una muñeca crecida que parecía conservar la inocencia de sus seis años, y de su papel en la familia no se esperaba nada más que antaño. Sin embargo, era sabido que, por mero entretenimiento, solía ayudar a Tomas y estaba al tanto de sus asuntos.

Lisbeth miró el cuchillo que acababa de depositar sobre la mesa después de abrir el pan con su hoja de veinte centímetros. Fantaseó que lo cogía y girándose a la velocidad del rayo, empuñándolo entre ambas manos, lo clavaba con toda su alma en el corazón de aquel hombre. Era una fantasía recurrente, un simple deseo que carecía de valor, energía e iniciativa suficiente para cumplir.

–Nada con posibilidades de ser un caso –mintió, colocando los bocadillos y latas de refrescos sobre una bandeja–. Sólo ha habido falsas alarmas últimamente.

Regresó a la habitación y dejó la bandeja sobre una zona libre

del escritorio. Tomas estaba tan absorto en su nueva entusiasta búsqueda que no pareció percatarse ni de su presencia. Ella le observó de pie, con la mente suspendida en las nubes. Adoraba a Tomas, y era ese cariño lo que la mantenía esclavizada en aquella mazmorra. El temor a ser capturada y asesinada tras la fuga, sin embargo, ya no era capaz de retenerla; prefería morir a continuar indefinidamente entre aquella gente.

Se hallaba en el límite. No era capaz de comprender las razones que impulsaban a Tomas a extender su penitencia. No podía entenderlas porque él, deliberadamente, se las ocultaba. Todo lo que ella sabía era que había alcanzado los veinte años de edad encerrada en una celda del infierno, que no había disfrutado una sola de las alegrías del mundo, y que, al precio que fuese, quería iniciar una nueva vida. Una vida real.

Por las noches Lisbeth solía padecer pesadillas. Se trataba siempre de sueños grises, oscuros, en los que nada parecía ocurrir, pero de los que se despertaba angustiada y envuelta en un sudor frío.

Esta noche tuvo un sueño muy distinto, un sueño a todo color, especialmente de color azul. El azul de un cielo luminoso, inmaculado, y el azul de unos ojos mucho más intensos y brillantes que éste, llenos de fuerza y determinación. Había un cabello rubio, resplandeciente como el propio sol, agitándose nervioso a causa de un peligro que inquietaba a su dueño. Al principio sólo era su faz inundando la onírica escena, después surgieron voces, exclamaciones, movimientos de sombras que no podía identificar. Luego tales sonidos se transformaron en gritos angustiados, súplicas, llantos, gemidos infantiles. El chico rubio la miraba ahora fijamente con sus ojos penetrantes. Lo hizo durante largo rato hasta que, de repente, se evaporó en medio de un estallido de luz. Una luz tan intensa en un sueño tan vívido que Lisbeth se despertó de golpe incorporándose en la cama con los ojos doloridos.

Sin saber porqué, casi de inmediato se le vino a la mente un rostro. El de aquella mujer que la había tratado con ternura y protegido en su infancia; un hecho que jamás consentiría que se perdiese en su memoria, como tampoco su nombre: Laima.

Con el transcurso de los años la recordaba cada vez más difusamente, más de tarde en tarde, pero la recordaba, porque Laima era, al fin y al cabo, uno de los pocos recuerdos gratos de su vida, y en él se había refugiado tan frecuentemente como para lograr mantenerlo vivo. La recordaba como a un hada buena, como alguna clase de ser fabuloso que la había salvado de un ogro cruel e intentado enmendar su destino. La recordaba susurrándole ternuras

al oído, arropándola en la cama, y prometiéndole cuidar de ella. Pero luego el incendio…

En aquel momento sus facciones se le aparecían con tanta claridad como si esa misma noche se hubiese inclinado sobre ella para besarla y desearle las buenas noches.

Qué diferente hubiera sido su vida si ella no hubiese muerto… De repente, por primera vez en tantos años se le vino a la mente la razón de su muerte: Laima había sido asesinada por ellos, por WahreMenschlichkeit. De alguna manera habían entrado en la casa y provocado el incendio, tal era la razón de que se hubiesen apoderado de ella casi a la puerta misma. Recordaba el dolor al lanzarse por la ventana, recordaba haber corrido aterrorizada mientras las llamas devoraban la casa hasta que los brazos de un extraño la auparon en el aire. Tal vez porque sospechaban que ella podía ser hija de Laima, a quien sin duda habían considerado un nefilim. ¿Lo sería? Cerró los ojos haciendo un magno esfuerzo por arrancar a su cerebro toda brizna de información. Cada vez con mayor nitidez comenzaron a llegarle emociones unidas a breves escenas. Laima arrodillada a su lado consolándola con su voz suave y compasiva.

–No debes tener miedo –le decía–. No te hará daño. Es un ángel. ¿Comprendes lo que es un ángel?

Los ojos de Lisbeth se abrieron de hito en hito clavados en la oscuridad. ¿Acaso Laima era hija del ángel? ¡Todo iba encajando! ¡Todo era verdad, no una fantasía! ¡Él existía!

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de Tomas, cuya puerta abrió procurando hacer el mínimo ruido. Así y todo, él se despertó de inmediato.

–No es nada –le tranquilizó ella–. Sólo quiero revisar unas cosas. Por favor, vuelve a dormirte.

Cogió la carpeta con el reciente informe y desapareció sigilosamente.

Tomas consultó el reloj luminoso: eran las tres y media. ¡Qué extraño en Lisbeth tanto interés por un caso!

Lisbeth encendió la luz de su habitación y se sentó frente al escritorio, donde extendió el contenido de la carpeta. Varias eran las fotos que Tomas había sacado del video. En unas cuantas el chico rubio traspasaba de nuevo el espacio ante ella con sus focos azules. Durante más de una hora contempló las diversas imágenes una y otra vez. La belleza de los chicos se intuía asombrosa, pese a la mediocre calidad de la película, pero no era la razón de su insomnio. Algo ante ella la había devuelto a la infancia, pero era incapaz de atar todos los cabos.

Recogió las fotos y las anotaciones de Tomas regresándolas a la

carpeta. Todo, excepto una imagen del joven rubio. Se metió en la cama con ella. Apagó la luz general y encendió la de la mesilla para poder contemplarla una vez más. Un instante antes de aquel fotograma, el chico había agitado la cabeza bruscamente por lo que dorados mechones atravesaban su rostro en distintas direcciones. Transido de enojo y preocupación, sostenía con ambas manos al otro chico, cuyo cabello moreno aparecía parcialmente a su lado. El rubio había intentado evitar la resurrección, y ahora intentaba arrastrar a su artífice fuera protectoramente, comprendiendo lo que se les venía encima.

Si la resurrección no hubiese sido real, ¿por qué el rubio se iba a haber comportado de tal modo, tratando de apartarle de la víctima desde que la grabación había comenzado?

Tumbada sobre su lado izquierdo, Lisbeth elevó ligeramente la foto para contemplarla mejor antes de apagar la luz. Algo en el chico la infundía recelo, pero, como la polilla alrededor de la llama, algo mucho más fuerte la atraía poderosamente.

Apagó la luz, habiendo pasado las cinco de la madrugada, pero no dejó la foto sobre la mesilla. Durmió con ella bajo la almohada.

Capítulo 16

Tomas realiza una visita

–Lil…, Lil… ¡Lilith!

La aludida levantó la mirada de la novela que se hallaba leyendo para observar a su hermano, quien, con la cortina de blanco encaje estrujada entre sus manos, se abría una discreta rendija desde la que observaba excitado por la ventana.

–¿Ya está ahí? –inquirió ella sin la misma emoción.

–Tal como te dije –respondió Wendell.

Lilith se puso en pie, haciendo tintinear sus pendientes de nácar, y depositó el lector electrónico sobre la mesa de centro, frente al sofá, para acercarse a su hermano y atisbar también ella por la ventana.

Ella descorrió ampliamente el visillo y observó sin disimulo al visitante, que en aquel momento recorría el sendero de pizarra del pequeño ajardinamiento entre la calle y la puerta de su casa. Se trataba de un chico algo mayor que Wendell y un poco menor que ella, de brillante cabello negro peinado de rancia forma y dominado por algún producto capilar del que, a todas luces, no evitaba abusar. Sin embargo, algunos bravos mechones habían logrado escapar y caían sobre su rostro suavizando las adustas facciones angulosas. En su mano derecha portaba un maletín de tipo ejecutivo. Mediría alrededor de un metro ochenta y vestía su robusto cuerpo de manera más cuidada y formal que los jóvenes de su edad. No obstante, y sin que nada en su aspecto pudiese reprochársele, ofrecía la impresión de alguien que se arregla escrupulosamente como un puro trámite y mediante fórmulas aprendidas, y no con la espontaneidad del placer.

Se detuvo en seco unos pasos antes de alcanzar la puerta y miró directamente hacia la ventana desde la que era observado. Pese a su juventud, en su moreno rostro comenzaban a marcarse las líneas de expresión causadas por un ceño y una seriedad sempiternas. Los labios bellamente dibujados rompían el triste efecto gracias al trazo ascendente de sus comisuras, mientras sus negros ojos intentaban expresar temple y seguridad, brillando con valiente determinación. Pero Lilith supo ver que irradiaban la impasible melancolía de quien ha sufrido tanto que ya poco ha de temer, el desdén ante el destino y el desprecio por la vida misma. Sintió una emoción

desagradable.

Detenido en el sendero, Tomas observaba a Wendell y a la impactante joven que, junto a él, le contemplaba con desprecio y desafío. En el informe sobre Wendell no figuraba que tuviese hermanos. Su presencia le puso aún más nervioso. Sin duda aquel era el momento más emocionante de su vida. Al fin había llegado el día en que entablaría relación –de colaboración y tal vez de amistad, en ello confiaba– con un auténtico nefilim –¡tal vez con dos, según descubría ahora!–. Si las cosas salían como deseaba, una nueva era se iniciaría, y con ella la paz para Lisbeth y para él. Le asustaba pensar que Wendell se mostrase suspicaz, que considerase una simple treta con segundas intenciones su logro de dejarle ir con vida. También podía ser injusto o malvado y no dar aprecio a su riesgo al haber mentido para salvarle. Cualquier cosa era posible puesto que no le conocía en absoluto. Lo que no parecía, a juzgar por los rostros interesados pero no sorprendidos de los dos jóvenes, era que su visita le pillase a Wendell de improviso.

Tomas había temido que la familia hubiese abandonado la residencia tras el secuestro. Aunque no había sido así, cuando menos imaginaba un aumento de las medidas de seguridad cuya magnitud sin duda escaparía a su humana imaginación.

Hacía tres días que Wendell había sido liberado; el tiempo que Tomas había necesitado para reunir la máxima información posible que ofrecer a su nuevo –esperaba– aliado. La mayor parte de lo que iba a decirle lo había recreado en su mente decenas de veces.

Recorrió los pocos metros que le separaban de la puerta principal y se detuvo junto a ella. Tragó saliva, intentando hacer acopio de fuerzas. Era consciente de que existía la posibilidad de no salir con vida de aquella casa; de que quizá ÉL, el ÉL con mayúsculas que había engendrado a Wendell, le aguardase para someterle a algún bíblico suplicio. Cerró los ojos, expulsando con fuerza el aire contenido. El botón negro del timbre se hallaba a su derecha, rodeado de una brillante aureola dorada. Levantó hacia él la mano, y, cuando aún no lo había pulsado, la puerta se abrió. Wendell apareció ante él, erguido, silencioso, con los verdes ojos de mirada intensa fijos en los suyos.

Tomas le devolvió la mirada sin acusar temor. Estaba acostumbrado a crecerse ante el espanto.

–He venido a ofrecerte mi ayuda para que otros de los tuyos también puedan salvarse –dijo Tomas–. Al igual que tú, muchos otros están en el punto de mira de la misma organización que te secuestró, pero uno de ellos corre inminente peligro. Te diré quién es para que puedas ponerle sobre aviso.

Wendell despegó sus ojos de él para mirar a su espalda y

alrededores. Tomas pensó que controlaba las ventanas vecinas, asegurándose de que nadie los viese, lo cual no era muy buen augurio para su supervivencia.

–Estás invitado a entrar –afirmó Wendell–, pero debes saber que lo harás solo. Tus amigos demonios se quedarán fuera. No permitimos espías, quiero decir, espíritus, en nuestra casa.

Los labios de Tomas se separaron ligeramente por la sorpresa, pero reaccionó casi inmediatamente, asintiendo:

–No es un problema.

Wendell lo observó por un instante. Todo en él le resultaba intrigante. Su valor y resolución eran dignos de aprecio, y no menos el hecho de que le hubiese salvado la vida. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Y qué haría alguien como él mezclado con los asesinos? Se apartó ligeramente del umbral, abriendo sólo el hueco suficiente para que el chico entrara. Al hacerlo, Tomas tropezó con su cuerpo, pero avanzó hasta plantarse en el recibidor aparentando la menor timidez posible. De inmediato oyó cerrarse tras él la puerta de la calle.

–¿Qué liga a esos demonios a ti? –le preguntó con voz fuerte Wendell.

Tomas se giró para mirarle.

–El afecto –respondió con sencillez–. Son los mejores amigos con los que cuento. Al principio, cuando, siendo muy pequeño, fui secuestrado por la misma organización que intentó matarte con el fin de convertirme en un detector de nefilims, los demonios simplemente me utilizaban para burlarse de ellos conduciéndoles a asesinar niños humanos. Pero me han tenido en sus manos desde una edad tan temprana, cuando estaba tan indefenso, que han llegado a mostrarme mayor piedad y a suponer mayor consuelo para mí que ningún ser humano. Conformé crecí fui comprendiendo que nuestras metas confluían y comencé a ayudarles de forma consciente. Ahora el único objetivo de mi vida es aniquilar hasta al último miembro de la organización WahreMenschlichkeit, y sé que ellos me ayudarán en lo que puedan. No les pedí que me siguieran hasta tu casa, lo hicieron para protegerme.

Wendell se había cruzado de brazos frente a él y le miraba con una sonrisa de asombro.

–Así que eres el Mowgli de los seres sobrenaturales –afirmó. Tomas le miró sin comprender–. Los demonios te adoptaron –añadió él como aclaración.

–Lo siento –se disculpó Tomas–, no suelo ver la televisión.

De repente, una alta efigie surgió de la habitación contigua para dirigirse a él interrogativa:

–¿Tampoco lees?

Tomas la miró, y al hacerlo no pudo evitar dirigir su mirada de arriba a abajo para regresar a su hermoso rostro. Era tan, tan increíblemente bella…

–Ésta es mi hermana Lilith –le informó Wendell–. He de advertirte de que circulan rumores sobre chicos humanos que acabaron convertidos en piedra tras posar sus ojos en ella durante más de un minuto. Su imagen sólo debería ser contemplada reflejada en un escudo.

Ella sonrió a su hermano, y Tomas pensó que sería una muerte dichosa perecer con tal belleza impresa para siempre en la retina.

Lilith le contemplaba a dos metros de distancia con el porte y la altivez de una diosa y los ojos clavados en los suyos. En ellos fue en lo primero que reparó Tomas con asombro, pues no le cabía duda de que llevaba puestas lentillas de color azul, que de seguro estropeaban su belleza natural. Su pelo era oscuro y brillante, con irisaciones de color caoba. Mediría alrededor de un metro setenta y cinco, apenas unos centímetros menos que él. La cubría un vestidito suelto de un largo bastante por encima de las esbeltas rodillas, negro con dibujos geométricos multicolores. Se maquillaba: sombra de ojos y suave brillo de labios, que Tomas pudiese percibir. Su piel era perfecta y no parecía alterada por ningún cosmético. Se veía lisa y suave, y poseía un tono hermoso, claro, pero no pálido. Las cejas se elevaban notoriamente formando un suave ángulo en su zona media que le daba un aspecto glamuroso, como el de las estrellas de Hollywood. De su cuello pendía un trozo de cuarzo blanco, de forma hexagonal y unos siete centímetros de largo; de las orejas, unos pendientes de nácar formados por varias hojas que colgaban a distintas alturas.

–¿No me piensas responder? –preguntó ella–. *El libro de la selva* es un clásico universal, ¿es que no lo has leído?

–No me permitieron ir al colegio. Suponía demasiado riesgo –contestó con su voz siempre exenta de emoción–. Teníamos una preceptora en casa pero no venía las suficientes horas. Un día empezó a hacer preguntas, llevaba tiempo notando todas las cosas raras que ocurrían en la casa, y se deshicieron de ella. Puede que la asesinaran, nunca lo supe… Cuando sea libre acabaré mis estudios, incluso iré a la universidad.

–¿A quién más te referías cuando has dicho “teníamos”?

Tomas enrojeció. Llevaba dos minutos de conversación y ya había metido la pata. Se había propuesto ocultar la existencia de Lisbeth hasta que pudiese confiar en ellos.

–A otro niño. No pudo sobrevivir y murió siendo aún pequeño –respondió, impertérrito de nuevo.

–Es mentira –señaló al punto Lilith.

Wendell la miró un instante y luego, cruzándose otra vez de brazos, se dirigió a él.

–No intentes engañar a Lilith –le aconsejó–, lo sabrá siempre y el buen carácter no es su punto fuerte.

Durante unos segundos Tomas les miró alternativamente imperceptiblemente alarmado.

–Hay una chica –reconoció entonces–, Lisbeth. Es una víctima más de WahreMenschlichkeit. Al igual que yo, fue secuestrada siendo muy pequeña, y por ese motivo crecimos como hermanos. Intento cuidar de ella, y pretendo mantenerla al margen hasta que todo termine. Ella tampoco está en vuestra contra. Nunca ha hecho daño a nadie. Sólo quiere vivir en paz.

Wendell dirigió a Lilith una mirada interrogativa.

–Dice la verdad –sentenció ésta.

–¿Para qué la utilizaron a ella? –inquirió Wendell.

–No estamos seguros. Lisbeth tiene vagos recuerdos, pero era demasiado pequeña y a veces teme estar mezclando la realidad con la fantasía. Hasta hace unos años tenía la convicción de haber sido salvada de las llamas por un ángel, pero con el transcurrir del tiempo sus recuerdos se han hecho más borrosos y se le figuran menos verosímiles.

Wendell y su hermana cruzaron una mirada fugaz.

–¿Un ángel la salvó para luego abandonarla a la peor de las suertes? –dijo el chico–. Suena extraño. Tu hermana puede haber creado falsos recuerdos influenciada por el ambiente en el que ha crecido, ¿no crees?

Tomas asintió.

–Sí, eso es lo que pensamos –Tomas miró a Wendell fijamente. Había descruzado los brazos e introducido los pulgares en los bolsillos de su pantalón, relajadamente–. ¿Puedo haceros una pregunta? –los hermanos elevaron los hombros al unísono, y él prosiguió–. Vuestro padre es, supongo… ¿un ángel? –ambos asintieron–. ¿Tenéis un contacto estrecho con él?

La mirada de Wendell se dirigió al suelo y su gesto divertido se transformó en disgusto. Lilith le miró en silencio y luego a Tomas, con expresión adusta.

–Por supuesto no tenéis porqué contestar –se apresuró a señalar Tomas–. WahreMenschlichkeit redactó un informe según el cual Wendell vivía con su madre y ambos se mudaban constantemente. Nunca supieron nada de ti, Lilith.

–Visitaba a otros miembros de la familia –declaró ella fríamente.

Tomas rehuyó su mirada y se volvió a su hermano, en busca de mayor afabilidad.

–Como te decía, puedo daros ahora mismo todos los datos que la

organización posee acerca de su último objetivo. Su descubrimiento ha provocado una auténtica conmoción. Unos lo buscan por ser un santo al que hay que proteger y otros para adorarlo como al anticristo. La organización pretende estudiarlo antes de decantarse por ninguna opción, pero el secuestro preventivo no se descarta, ni, por supuesto, asesinar a quien se ponga por delante. Quizá ya sepáis de quién se trata porque los testigos del acontecimiento subieron a Youtube y a otros sitios el video del prodigio, e incluso se difundió por algunas cadenas de televisión.

Lilith se cruzó de brazos y mirándole fijamente con un gesto de desprecio, preguntó:

–¿De verdad crees que desperdiciamos nuestro tiempo con entretenimientos dirigidos a los más estúpidos de entre los humanos?

Tomas se sintió enrojecer. Pero los juegos de aquella vampiresa adolescente no iban a desviarle de su objetivo. Venciendo la incomodidad que sentía dijo sin afectación:

–Disculpa si te he ofendido. Desconozco vuestras costumbres, y al haber visto sobre el tejado de la casa una antena parabólica he supuesto que le daríais uso. En cualquier caso no tiene importancia, traigo conmigo el video y un pequeño ordenador para verlo. Si os parece bien, os lo mostraré ahora.

Los hermanos se miraron brevemente.

–Pasa al salón –le ordenó Lilith, precediéndolos.

Tomas cumplió su orden y Wendell le siguió, contemplando la blancura del puño que sostenía su maletín, de la fuerza con que lo asía. Quién sabía cuán nervioso estaba, pensó el chico, pero lo disimulaba admirablemente. Casi ningún humano era capaz de sostenerle a Lilith la mirada, aunque llevase lentillas, y menos cuando la esgrimía como una cuchilla de afeitar sin estrenar, pese a que sólo estuviese estudiando las reacciones de Tomas y divirtiéndose con él.

La estancia no era muy grande, pero sí luminosa, y resultaba acogedora. Estaba amueblada de forma moderna, sin estridencias vanguardistas. Había un par de sofás de chenilla de color hueso dispuestos en torno a una mesa de centro con el sobre de cristal. Dos librerías a juego enmarcaban una pequeña chimenea eléctrica. Tomas descubrió un gran cuenco de madera oscura sobre una consola, que estaba lleno hasta arriba de lo que creyó ser bolas de cuarzo de tamaño doble que el de una canica. La presencia de una gran televisión encastrada en la pared llamaba la atención. Tomas dirigió a Lilith una fugaz mirada elocuente al advertirla y ella le devolvió un amago de burlona sonrisa.

Le hicieron sentar en el centro del mayor de los sofás,

flanqueado por los dos hermanos. El sofá era de tres plazas, pero se habían sentado pegados a él, expectantes, atentos a lo que pudieran descubrir gracias al pequeño ordenador portátil que extraía del maletín. Mientras lo encendía y colocaba en un cojín sobre sus piernas veía las rodillas desnudas de Lilith y el nacimiento de sus senos, del cual emanaba un cálido perfume. El cursor bailoteaba por la pantalla dirigido con torpeza por su dedo índice, que en vano trataba de deslizarse con suavidad sobre la alfombrilla. Los tres permanecían en silencio, con los ojos clavados en la pantalla, viendo cómo el cursor avanzaba a trompicones hasta su destino. Se esforzó en aquietar sus nervios y concentrarse en la operación. Una tras otra fueron abriéndose las distintas carpetas hasta que el video etiquetado con el nombre *DS190608* se agrandó hasta ocupar las doce pulgadas de la pantalla, atrayendo por completo su atención.

La imagen y el sonido (al principio, tan sólo voces procedentes de cierta distancia) comenzaron de inmediato. La frondosa cabellera morena de un chico se inclinaba sobre un cuerpo inmóvil al que tomaba la mano, una cabeza rubia ocultaba el rostro del anterior y se agitaba a su lado. El chico rubio tenía las rodillas flexionadas y una mano sobre el brazo del moreno, y parecía instarle a levantarse. La cabeza morena ejecutaba un ligero movimiento repetitivo, concentrada. Aún no se veían sus rostros.

–Escuchad atentamente –pidió Tomas, aumentando al máximo el volumen.

Con ello se incrementó el ruido de fondo, pero hizo posible distinguir la voz alarmada del rubio y el mantra susurrado por el moreno.

De repente, una fuerte exclamación llamó la atención de todos los que permanecían por los alrededores. Quien sostenía la cámara la agitó convulsamente durante unos instantes y luego se acercó más al rostro del hombre yacente ¡que había comenzado a dar signos de vida! Las exclamaciones de asombro se multiplicaron, las piernas de otras personas se incorporaron a la escena. Y entonces el hombre que sostenía la cámara alargó su mano libre hacia el rostro del chico moreno, rozando su mejilla mientras le decía algo, éste alzó la mirada hacia quien había llamado así su atención, y de esta forma un primer plano desveló su rostro. Durante sólo unos instantes sus facciones se apreciaron con nitidez. Luego su cuerpo se irguió, obligado por el otro chico, la cámara subió y se alejó y el rostro del rubio se dejó ver por primera vez, irritado y nervioso. En apenas cinco segundos se habían dado la vuelta, ya sólo podían verse sus espaldas mientras corrían hacia el refugio de su coche. El hombre de la cámara los persiguió, pero fue incapaz de volver a captar su imagen, ocultos como se hallaban tras las personas que

intentaban detener su fuga.

Tomas observó a Wendell y a Lilith segundos antes de que la grabación finalizara. Ambos permanecían absortos en el visionado. Entonces, sin apartar la mirada de la pantalla, Lilith pronunció unas palabras que Tomas no pudo entender. Iba a rogarle que las repitiera cuando Wendell, en evidente respuesta a su hermana, emitió una también incomprensible parrafada. Se enzarzaron los dos en una conversación tan excitada como ininteligible. Tomas trató de buscarle a aquella lengua desconocida para él alguna conexión con lo poco que era posible discernir en el video. Hubiera debido recurrir a la ayuda de un equipo sofisticado a fin de intentar conseguir la transcripción de la película, pero no había querido, pues hubiera supuesto llamar la atención sobre su interés en el caso así como tener que rendir cuentas de sus avances. Prefería fingir que lo creía una farsa. Por supuesto, la transcripción ya habría sido solicitada por otros, pero esperaba adelantarse a sus acciones.

Tras aguardar pacientemente hasta el final de la conversación privada, preguntó:

–¿Acaso les conocéis?

–No –respondió Lilith al punto–, pero te aseguró que les vamos a conocer.

"Así pues, ellos creen que son nefilims", se dijo Tomas. "¡Dos nefilims casi seguro de gran poder!"

–Fantástico –dijo, esforzándose en disimular la excitación que le poseía–. He traído varias fotos por si necesitáis enseñárselas a alguien –añadió, introduciendo la mano en el maletín, de donde extrajo un sobre de considerable tamaño. Iba a entregárselas a Lilith cuando, observando que ésta ya había extendido hacia él una mano ansiosa, dijo con socarronería encubierta de inocencia–. Espero no ofenderte ofreciéndote mis rústicos medios humanos; ignoro de qué procedimientos sobrenaturales podéis valeros vosotros.

Ella le arrancó el sobre y le contestó:

–Cualesquiera que sean, mirar a estos chicos no me dañará la vista. ¿Puedes prestarnos el ordenador también? Hay alguien a quien quiero enseñarle ese video.

Él consintió en dejárselo.

–Ahora me gustaría explicaros más exactamente cuál es la situación de estos chicos –dijo–. No tardarán en cercarlos y aunque probablemente WahreMenschlichkeit sea la primera en llegar hasta ellos, existe otra agrupación llamada Götterborn que según rumores les busca con una finalidad distinta. No tengo suficiente información, pero al parecer creen que uno de ellos puede ser una especie de mesías. WahreMenschlichkeit tiene espías infiltrados incluso en…

–Tomas –le interrumpió Wendell–, de verdad que apreciamos tu ayuda y tu preocupación, pero nada de lo que estás mencionando es comparable a –dibujó unas comillas en el aire– nuestra organización. Encontraremos a esos chicos, a los dos. Los encontraremos ayer, si es necesario. Y después, entre los cuatro, pensaremos lo que ha de hacerse contra la amenaza.

–Debéis acabar con ellos en su totalidad –respondió con cierto fervor– porque es lo que ellos pretenden hacer con vosotros.

–¿Cuántos miembros tiene esa organización?

–Decenas de miles repartidos por todo el planeta, puede que más, y gracias a la difusión de sus mentiras por medios nuevos como Internet crece cada día a pasos agigantados. Sé que suena a misión imposible, pero lo he estudiado durante mucho tiempo y he localizado los más importantes…

–Alto, alto, alto –le interrumpió Wendell–. La máxima prioridad es encontrar a esos chicos, ¿no es cierto? Después ya veremos.

Tomas se resignó a dejar de insistir por el momento.

–¿Tenéis teléfono? –inquirió–. Os llamaré, si no os importa.

–Pues claro que tenemos teléfono, bobo –le contestó Lilith–. Danos el tuyo. Te llamaremos cuando tengamos algo que decirte.

De este modo finalizó la entrevista.

Cuando Tomas se fue, los hermanos quedaron en silencio contemplándose frente a frente.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Wendell observando a su hermana mayor con expectación.

–¿Qué crees que podemos hacer, idiota? –contestó ella–. ¿Balancear un péndulo sobre un mapa del mundo y esperar a ver dónde se detiene? Hay que llamar a papá inmediatamente.

Wendell palideció.

–Espera a que yo me vaya –pidió, comenzando un movimiento de escape en dirección a la puerta.

–No seas memo, no va a comerte, Wendell. Si no te mostraras tan patético con él, te valoraría más.

–Ten la bondad de descender de tu pedestal de divina superioridad, Lilith, al menos cuando no haya humanos a la vista. Nunca me hubiera mostrado patético si él no me hubiera despreciado desde que recuerdo. Y en cuanto a lo de que no vaya a comerme, probablemente tú seas la única razón de que no lo haya hecho ya. Es absurdo que me hables así cuando sabes cómo se comporta conmigo.

Lilith permaneció en silencio, considerando las palabras de Wendell. Él tenía razón, desde luego. Ambos sabían que el instinto paternal de su padre se limitaba estrictamente a la producción de

seres sobresalientes que en ocasiones exponía con orgullo de coleccionista, otras utilizaba de espantosas maneras, y casi siempre desechaba al instante sin asomo de compasión cuando no alcanzaban sus altas exigencias. Ella había tenido suerte, pero la suerte era sólo casualidad, nada más que eso. Podía haber salido como Wendell, casi confundible con un humano corriente, y entonces, como mínimo, la familia habría sido abandonada sin miramientos. Sólo gracias a sus notorias cualidades tenían garantizado su auxilio cuando era necesario. Como ahora.

Lilith consideraba que Derdrell para ella siempre había sido un buen padre. La había cuidado, protegido, alimentado y procurado un buen hogar con una madre disponible las veinticuatro horas. Con Wendell había sido otro cantar. Él carecía de cualidades notables, y, para colmo, había tenido la mala suerte de nacer en medio de una explosión de natalidad. Sin nada que lo diferenciase de sus hermanastros, al menos positivamente, su padre había tardado poco en ignorar su existencia.

De cuando en cuando habían conocido a alguno de sus muchos hermanastros y hermanastras. El corazón de Lilith se había destrozado a una edad tierna al revelársele que no era la favorita de papá. Sin embargo, al mismo tiempo había descubierto que no estaba a la cola, ni mucho menos, del aprecio paterno. No era la número uno, pero figuraba en los primeros puestos. También había descubierto a temprana edad que la posición ocupada no tenía demasiada importancia, pues, con los constantes nacimientos, el ranking de los más queridos variaba semanalmente.

No obstante estas realidades, Lilith seguía teniendo fe ciega en su padre. Sentía que podía contar con él cualquiera que fuese el trance, y que ella ocupaba un lugar verdaderamente único y especial en su corazón. Su imagen se le venía instintivamente a la mente cuando tenía un problema, como en aquella ocasión, y, aunque lo sentía por Wendell, los desaires que le hiciera su padre no eran razón suficiente para renunciar a los privilegios que éste le ofrecía.

–Muy bien –le dijo–. Pues si quieres perder la oportunidad de que papá descubra lo valiente que eres, al verte mostrando arrojo suficiente para rescatar a esos chicos pese a conocer de primera mano la crueldad de quienes les amenazan, puedes ir yéndote.

Estas palabras mantuvieron a Wendell en el sitio apenas dos segundos antes de escoger dar media vuelta en dirección a la salida.

–¡Cobarde! –gritó Lilith.

Sin girarse a mirarla, él le dedicó un gesto obsceno llevando hacia atrás una mano con su dedo medio elevado.

–¡Recuerda quitarte las lentillas antes de que venga si no quieres

llevarte una bronca! –gritó él.

Aún no había alcanzado la puerta de la calle cuando oyó una llave que hurgaba en la cerradura para en seguida abrirla. Era su madre, cargadas ambas manos con bolsas del supermercado.

–Mejor vámonos, mamá –le advirtió Wendell al verla–. Él está a punto de llegar.

A Tricia le dio un sobresalto.

–¡Él? ¿Por qué?

–Deja las bolsas en la cocina y larguémonos, te lo explicaré fuera.

–Sí, marchaos, cobardes –rezongó Lilith para sí misma mientras salían–. Ni que fuera el demonio, ¡por el amor de Dios!

Se acercó decididamente al profundo bol lleno de piedrecitas de cuarzo que exponía sobre el aparador del salón, y, sin pensarlo, como quien se zambulle en el agua, introdujo las manos en él hasta lo más hondo, de modo que quedaron enterrados hasta unos cinco centímetros del codo. Cerró los ojos y se concentró. El bol, de madera oscura tallada, le había sido regalado por su padre, lleno hasta arriba de piedras de cuarzo que él había cargado con su propia energía, como si de baterías se tratase. Había muchos usos que podían darles a tales piedras, incluyendo el de pequeñas bombas, pero en aquel momento le servían para multiplicar por miles su propia energía, mezclándose con la de su padre y haciendo llegar su mensaje más fácilmente hasta él. El cuarzo se iluminó con un color ambarino, progresivamente cambiante hacia un rojo fuego, y Lilith notó el calor que la fundía con él, sumiéndola en un estado casi de pérdida de la consciencia, similar a un éxtasis.

Estaba a punto de caer al suelo cuando su padre se hizo presente a su lado y la apartó del bol.

Lilith trató de concentrarse en él, dándose unos segundos para recobrarse. Estaba sonriendo, como salida de un sueño delicioso.

–Qué colocón –dijo, riéndose–. Cuesta trabajo volver.

Su padre la estaba sonriendo también, pero acababa de cruzar los brazos sobre su pecho, en señal de enfado.

–¿Qué demonios llevas tapando tus ojos? –preguntó secamente.

¡Vaya!, se dijo Lilith, ¡Había olvidado quitarse las lentillas!

–Es que los humanos se me quedan mirando, papá –respondió ella, todavía bajo los efectos de la energía.

–Y a nosotros nos tiene que importar eso ¿por?

Lilith suspiró resignadamente y, sabiendo que aquello no conduciría a nada, se quitó como pudo las lentillas, pese a que se lastimaba al no ser firme aún su pulso, por estar saliendo todavía del trance. Las dejó sobre la mesa y se volvió hacia su padre, fijando en él sus ojos descubiertos.

Derdrell sonrió de placer, como si los viese por primera vez. Puso sus manos sobre los hombros de ella y le dijo:

–Tú, de entre todas las criaturas, eres la única que ha heredado los ojos de mi madre. La madre de todos nosotros. Deberías estar orgullosa.

–Lo estoy –murmuró ella.

Él la estrechó contra sí durante unos segundos y luego le preguntó:

–¿Por qué me has llamado?

–Verás: Hace unos días Wendell fue secuestrado por una organización que se dedica a asesinar nefilims, pero un chico rarísimo, que estaba encargado de dictaminar si él era o no un nefilim, le salvó la vida. Parece que ese chico se opone a la organización, que también le secuestro a él siendo niño, y ahora ha decidido salvar a todos los que pueda. Por eso, estuvo aquí hace unas horas y nos trajo información sobre dos chicos que ya están en el punto de mira. –Derdrell puso cara de importarle poco el destino de los muchachos–. ¡Papá, no pongas esa cara, espera a saberlo todo! Hay otro grupo, se hacen llamar Götterborn, y al parecer estos le buscan también, pero porque le consideran un mesías. –Al escuchar la palabra "Götterborn" la expresión de Derdrell se había constreñido de sorpresa, como si un recuerdo olvidado y amargo regresara de súbito. Lilith pasó esto por alto de momento, concentrándose en exponer todos los hechos, ahora que parecía haber captado su interés–. Tengo un video, papá, son una pareja increíble. Mira –sacó las fotos de entre las cartulinas que las protegían y se las entregó deprisa–. Éste –señaló–, el moreno, en este momento estaba resucitando a ese hombre, que había muerto en un accidente de tráfico. Los rodeaba un montón de gente que se volvió loca cuando el hombre recuperó la vida. Te pondré el video, será un segundo.

Lilith se apresuró a pulsar los botones del ordenador portátil que Tomas les había prestado. En el segundo plano de su mente, un pensamiento extraño se formaba: ¿Por qué ese súbito silencio? ¿Por qué tanta atención?

Derdrell se sentó y por tres veces le hizo a Lilith repetir el video.

–Es él –susurró.

–¿Es él? –repitió Lilith–. Entonces, ¿le conoces? ¿Por qué? ¿De qué? ¿Es mi hermano, papá?

La miró con la expresión ausente, lejana.

–Iré a buscarle –dijo.

–De acuerdo, vamos –respondió en seguida Lilith, tratando de aprehender su brazo, pero éste se deshizo en aire antes de poder conseguirlo.

Lilith se quedó allí, lanzando imprecaciones, tan frustrada, impotente y sorprendida por la reacción de su padre que quería llorar. Pero no lo hizo. Se repuso al cabo de pocos instantes, se levantó furiosa, cogió su teléfono móvil, buscó el contacto de Tomas, y apretó fuertemente las teclas para marcar su número. El sonido de la llamada comenzó a repetirse en el pequeño aparato.

Tomas ni siquiera había tenido tiempo de regresar a la casa. En aquel momento se hallaba en una librería, en busca de novedades sobre esoterismo y teosofía. Cuando sacó el teléfono de su bolsillo y leyó el número en su pantalla, no supo quién era. Cabían muchas posibilidades, puesto que a menudo recibía llamadas de miembros a los que no conocía, pero ni por un momento se imaginó que era Lilith quien le llamaba. Respondió al aparato desganadamente, dejando traslucir la molestia que conllevaba, pero espabiló al instante cuando le llegó la vehemente respuesta:

–¡Tomas! Tienes que descubrir dónde están. Haz lo que sea necesario, ¿me oyes?

Asombrado por la exaltada irrupción, el chico cubrió su boca y parte del teléfono con sus manos para apagar sus voces.

–Voy a hacerlo –murmuró–. Pero, ¿qué ha pasado?

–¡Mi padre sabe algo y no quiso decírmelo! –respondió exaltada–. ¡Pero creo que el moreno podría ser mi hermano! ¡Fue a por ellos, pero no quiso llevarme! Escucha: concéntrate en Götterborn; al escuchar ese nombre a mi padre le cambió la cara.

–Estate tranquila, Lilith. ¿Wendell está contigo?

–Ese cobarde huyó junto a la inútil de nuestra madre para no ver a mi padre –plañó furiosa–. Tengo que encontrar a esos chicos, Tomas. Presiento que hay algo muy extraño en torno al moreno y no sé cuáles son las intenciones de mi padre. Por favor, ayúdame. El idiota de Wendell no sirve para nada, y mi madre daría los ojos con tal de mantenerse apartada de todo lo divino.

Lilith se comportaba de forma tan diferente que Tomas no podía creerlo.

–Voy a casa ahora mismo. Tan pronto tenga alguna noticia te llamaré –le dijo, con el tono más calmado que pudo, intentando infundirle ánimos.

Salió de la librería y tomó un taxi hacia la casa. Entró en ella llamando a voces a Lisbeth, quien acudió a su encuentro, alarmada, unos minutos después.

–¿Están estos? –preguntó, continuando el camino hacia su habitación a grandes zancadas.

Lisbeth le siguió casi a la carrera.

–No, ninguno. ¿Qué ocurre?

–Tenemos trabajo –le explicó él, desprendiéndose de la ropa

superflua ya en su dormitorio, al tiempo que conectaba el ordenador–. Hay que hacer llamadas, poner emails, buscar en Internet... Necesitamos encontrar a ese chico antes de que unos u otros, o su padre, le asesinen.

–¿Qué chico? –preguntó Lisbeth, asistiendo, confusa, a la agitación de él.

–Al chico moreno, el resucitador. He conocido a sus hermanos, Lis, o a los que podrían serlo, al menos: Wendell y Lilith. Debes tener cuidado en no mencionar esos nombres. Wendell ya estuvo bajo sospecha, saben dónde vive y se lo cargarían sin pestañear. Y a mí también, por haberle dejado escapar.

–¿Le dejaste escapar?

Tomas se giró hacia ella y trató de serenarse un instante.

–Escucha, Lis: He tratado de dejarte al margen de algunas cosas, pensando que de esa forma protegía tu vida. Pero continuar de esa forma es un error. Pongo en peligro tu vida si no te hago saber lo que está sucediendo. Sé que si no fuera por mí ya habrías huido, y también que has llegado a tal límite que empiezas a plantearte escapar sin mí. No debes hacerlo. Estamos muy cerca de conseguir algo que cambiará nuestras vidas, y tú debes colaborar en ello. A partir de hoy, codo con codo, tú y yo seremos los líderes en la conquista de nuestra libertad. Vengaremos la sangre de los inocentes que murieron, en parte, por mi causa, y salvaremos a los que ya están sentenciados. Y con la ayuda de estos acabaremos, uno por uno, con todos los que destrozaron nuestras vidas y las de otros. Seremos libres pronto. Nos iremos de aquí, como tú quieres, pero no para seguir viviendo bajo el temor, sino para ser libres de verdad, viendo destruidos a nuestros enemigos. Ayúdame a conseguirlo. ¡Por favor!

Lisbeth quedó largo rato en silencio, intentando construir en su mente el puzle completo. Como hipnotizada, clavó su mirada en la brillante pantalla del ordenador. El escritorio aparecía ya en ella, quieto, esperando, paciente, instrucciones.

–Son hermanos del moreno –repitió, como recapitulando–. ¿Y del rubio no saben nada?

–No. Probablemente sea un amigo. Eso sí, los hermanos me han confirmado que en el video hablaban en su lenguaje, de modo que sí sabemos que los dos son nefilims.

–Muy bien. Veamos. Si se han sentido acosados –comenzó a deducir Lisbeth–, lo más probable es que hayan querido salir del país. Casi seguro, el coche era alquilado, así que, no teniendo motivos para continuar con él y después de una experiencia amarga que en cualquier momento podría repetirse multiplicada,... yo cogería un avión. Hay que estudiar los vuelos que salieron del

aeropuerto más cercano en las veinticuatro horas siguientes, y empezar por llamar a los contactos de las ciudades a las que estos vuelos llegasen. Aparta –ordenó, propinándole un empellón, mientras ponía ya las manos sobre el teclado–. Empezaré por ahí.

Capítulo 17

Luna de miel

–¡Out! –gritó Amelia Suances, deteniendo su carrera tras la pequeña pelota blanca. Se aproximó a la red, echándose a reír–. ¡He ganado! –proclamó, agitando en el aire la raqueta.

–¡Siempre lo haces! –exclamó su oponente sonriendo a su vez.

Se besaron ambos separados por la red.

–He de mantenerme en forma para mi joven amante –declaró la doctora Suances.

Daniel hizo un gesto mohíno.

–No tan joven –puntualizó–. Pero no me preocupa la edad de ninguno de los dos.

–Ni a mí, mientras yo sea la más vieja.

Se rieron y salieron de la pista de tenis cogidos de la mano, encaminándose hacia el porche de la casa.

La doctora Suances vivía una segunda juventud, o, más correctamente, la juventud que no había disfrutado antes. El mundo se había teñido de rosa desde que Daniel y ella eran amantes. Amelia –ahora tenía a alguien que deseaba la llamase por su nombre de pila en lugar de por el frío título– admiraba su energía y temperamento, su sangre fría cuando hacía falta. El amor y la entrega a la causa que ambos compartían los había unido estrechamente. Pero, paradójicamente, desde que la llama se había encendido se habían apartado más de la cuenta de sus deberes para con la humanidad.

Sobre la mesa del porche había una jarra de limonada cuyo hielo ya se había derretido.

–Voy a añadirle hielo. Vuelvo enseguida –dijo ella, tomándola, y se perdió en el interior de la casa.

Fue hasta la cocina y dejó la jarra sobre la encimera mientras sacaba una bolsa de cubitos de hielo del congelador. Estaba echándolos en la limonada cuando la melodía de su teléfono móvil reclamó su atención desde el recibidor. Chasqueó la lengua, tanto por la inoportunidad del momento como porque, gracias al tono de llamada asignado, sabía ya quién era: el quejoso y remilgado Carl.

Se lo tomó con calma. Acabó de llenar la jarra de cubitos de hielo, devolvió los sobrantes al congelador y luego se desplazó hasta el aparador donde reposaba el aparato, al cual respondió con una

de las voces más animadas que Carl la conociera.

–Intuyo que tu idilio va viento en popa –comentó él.

–La vida es bella, Carl. ¿Vas a mejorarla con alguna noticia?

–En realidad esperaba que me la dieses tú. Estoy de vacaciones y si hay algún caso en el que pueda colaborar me vendrá bien para entretenerme.

Ella permaneció en silencio durante unos segundos. Hacía bastante tiempo que no contaba con Carl. Se había convertido en una molestia cada vez mayor con sus constantes aprensiones, recelos y monsergas acerca de los críos de los que se encargaban.

–¿Por qué no hablas con Tomas? –respondió, con la evidente intención de quitárselo de encima–. Tal vez él pueda encomendarte algo. Nuestra zona parece tranquila últimamente.

–Antes solía viajar por el mundo entero en busca de criaturas, doctora Suances, ¿y ahora resulta que se limita a una zona? ¿Dónde está la intrépida y fría cazadora? No la reconozco en usted.

–Menos cachondeo, Carl –respondió ella. Por su tono de voz se notaba que sonreía–. Merezco unos pocos días de vacaciones. Eso me convertirá en un miembro más rentable y productivo. Te aseguro que si nos llegara algún aviso prometedor, algo que se saliera de lo ordinario, tanto Daniel como yo correríamos en su busca. Pero no pienso interrumpir mi idilio por un nefilim de quinta generación del que cualquier otro puede ocuparse. Es el privilegio de mi cargo poder escoger.

–Si no recuerdo mal, antes recelabas de Tomas, ¿y ahora delegas en él?

–Hablas de cuando era un adolescente –contestó, molesta. Le había cobrado afecto a Tomas, y le era demasiado útil como para plantearse siquiera prescindir de él, por otro lado, no le gustaba que cuestionaran sus decisiones, y menos alguien a quien no estimaba–. Desde entonces ha demostrado mil veces su valía y entrega. Escucha, Carl, estaba haciendo algo importante. Ponte en contacto con Tomas, y avísame si aparece algo significativo.

Los interlocutores colgaron los teléfonos.

Carl meditó un momento con la mano sujetando firmemente el auricular.

–¿Qué? –interpeló a su espalda una voz ansiosa.

Carl se volvió hacia una joven rubia y menuda de amable aspecto.

–No sabe nada.

–¿Estás seguro? ¿No estará intentando ocultártelo?

Sacudió la cabeza en señal de negación.

–No, Laura. Daniel y ella están ocupados con su luna de miel. Sin embargo, no tardará en recibir noticias.

–Es casi imposible que otros altos cargos no lo sepan ya, Carl –aseguró ella con la preocupación reflejada en su rostro–. Sin duda alguna a estas horas se están tejiendo decenas de redes que intentarán caer sobre ese chico. Unos por unas razones, otros por otras…

Los pequeños y chispeantes ojos verdes de Laura miraron a su amigo con inquietud.

–Muy bien –le respondió Carl–. No perdamos más tiempo. Hemos de dar la voz de alarma. Hemos de contactar con Alemania cuanto antes. Hay que encontrar al chico antes de que otros lo hagan. ¡No podemos permitir que le dañen!

Capítulo 18

El diario de Amber

El pueblo de Yaiza se encuentra en la isla española de Lanzarote, en el borde del área sepultada por las erupciones del volcán Timanfaya entre 1730 y 1736. Conocerlo supone una experiencia única y sorprendente, donde el asombrado visitante tiene la sensación de haberse trasladado lejos de su planeta natal para adentrarse en otro conformado únicamente por un desierto de pequeñas piedras de lava. La vista se pierde en el yermo horizonte al pie de los volcanes dormidos, sin que pueda parecer posible que exista vida en el planeta entero. Aquí, cercado por más de veinticinco volcanes, Cannat se había hecho construir un oasis en medio del río de lava azul y negra petrificada, integrado y parcialmente confundido con ella.

Partiendo de Amán y pasando por Madrid, Eldwin había volado hasta allí con los dos hermanos, y se sentía maravillado ante cuanto veía como, tras las muchas experiencias de su vida, ya no creía posible. La casa, exteriormente de un blanco inmaculado, rodeada de un muro lo bastante alto como para aislarla del exterior y lo bastante bajo para integrarla en él, había sido construida por un arquitecto que posteriormente había llegado a ser prominente, en un estilo único, original, extraordinariamente sorprendente, muy alejado de nada de lo que Eldwin hubiese tenido referencias antes. Más que fundirse con el entorno, la construcción permitía que éste entrase al interior del hogar, y así, el magma parecía haber penetrado a través de una de sus ventanas, abierta en torno a un bloque de lava, quedándose allí solidificado, y el techo del comedor, así como la bancada que lo recorría, aprovechaba también la lava petrificada.

En el pequeño jardín artificial que rodeaba la casa había una agradable piscina sobre la que se reflejaba un cielo de un azul puro y perfecto, rodeada de plantas y tumbonas. Jerdren y Eldwin descansaban en ellas en aquel momento.

–¡Chico! –exclamó Eldwin estirándose con placer–. No había estado tan a gusto en décadas.

Jerdren le miró a través de sus gafas de sol y sorbió por la pajita el zumo de frutas que había preparado para ambos.

–Me alegro, Eldwin. Nos encanta que estés con nosotros –le

contestó.

–Tu hermano debería estar aquí. Podría seguir leyendo perfectamente las notas de su madre cómodo sobre una tumbona.

–No quiere. Tiene miedo de que se le moje o estropee de otra forma alguna hoja. Además, está de muy mal humor porque le cuesta mucho esfuerzo leer. Avanza más despacio de lo que le gustaría. Ten en cuenta que aunque papá nos enseñó, apenas hemos tenido nada que leer en nuestras vidas.

Sentado en el comedor, bajo el techo de lava, Sam había dispuesto el legajo heredado de su madre sobre la mesa ovalada. La mayoría de las hojas, de tamaño, textura y color variable, que lo conformaban, se encontraba agrupada y cubierta tal como le había sido entregada, en el centro de la mesa. Delante de él se hallaba una pequeña porción extraída del total, que luchaba por entender. A la izquierda estaban las escasas hojas que ya había logrado descifrar, y a su derecha, un cuaderno en el que iba apuntando algunas palabras cuyo significado no comprendía, y otras cuestiones que pensaba formular a Eldwin.

Las anotaciones de su madre habían comenzado en el momento en el que había decidido su entrega a un objetivo (por lo poco que Eldwin le había anticipado, Sam suponía que político, pero desconocía su índole). Al principio consistían en un mero diario de campo: dónde estamos, por qué y para qué, y punto. Según las páginas avanzaban los sentimientos hacían aparición, las descripciones de las situaciones se hacían más complejas y descriptivas, y la narración se convertía más en un diario de su vida que tan sólo en aquello que en la primera página había manifestado ser: “Anotaciones de mis pasos para que otro pueda tomar una desviación más correcta hacia el objetivo si algo me sucediese”.

En la página que en aquel momento leía, Eldwin y Amber se hallaban juntos en Venezuela, participando en una excavación arqueológica cuyo objeto Sam creía entender que su madre encontraba ridículo. La razón última y verdadera de encontrarse allí era conocer a cierta mujer, una actriz y directora de cine que hacía documentales propagandísticos para los Nazis y que se encontraba en el yacimiento con el fin de filmar los hallazgos.

Sam estaba cada vez más absorto en la lectura pero, cuanto más interesante se ponía, más palabras raras encontraba y más deducciones tenía que hacer sobre cosas que su madre había dado por entendidas. Se tropezó con una palabra, “Ahnenerbe”, que procedió a apuntar en su cuaderno. Tratando de comprender el contexto mejor, releyó, ahora con mayor agilidad, algunos de los últimos párrafos:

“Retiré la cubierta de lona verde y asomé medio cuerpo al exterior de la tienda.

»Allí estaba ella.

»La observé a través de mis ojos entornados, heridos por el sol abrasador que se reflejaba sobre las aguas del lago. Mi piel, que es muy blanca, lucía oscura, casi quemada, víctima de las duras horas de excavación. Bajo mis cortas uñas residía de forma permanente polvo que ya no luchaba por intentar quitar. El cabello, que cada dos semanas teñía de rubio oscuro para mimetizarme un poco mejor entre los miembros de la raza aria, estropajoso y descolorido, se hallaba recogido descuidadamente mediante una goma vulgar. Mi cuerpo, ligero y de estatura media, vestía pantalones cortos de color caqui y una arrugada camisa de explorador, donde podía distinguirse, sobre uno de los bolsillos del pecho, un pequeño jirón.

»Y en el centro del campamento, para mi vergüenza, erguida, elegante, perfecta, dando órdenes a diestro y siniestro cámara en mano, se hallaba Leni Riefenstahl, con su modelito parisino y su gracioso gorrito, toda ella burlando las leyes de la naturaleza en lo que a cansancio, sudor y suciedad se refiere.

»A mí, el calor y los nervios me habían impedido dormir, e incluso descansar. En su lugar, había empleado el tiempo en añadir unas notas a este legajo en el que doy cuenta de mis trabajos. (Tú, que si los estás leyendo es porque yo fracasé, hazlo atentamente, de forma que puedas proceder con mayor tino.) Total, mi aspecto era aún peor que el cotidiano desde que me hallaba enterrada, quiero decir, entregada a la búsqueda de la Atlántida en tierras hoy venezolanas. Pero todo sea por el esplendor del Tercer Reich.

»Abandoné por completo el refugio y desde fuera, extendiendo una mano sobre mis ojos a modo de visera, eché un vistazo a la situación.

»La veintena de trabajadores continuaba concentrada en una misma área, como les había sido ordenado tras los hallazgos de dos días antes. Poco a poco, los frágiles restos de un pueblo olvidado, protegidos bajo medio metro de tierra, iban siendo limpiados con mimo por los suaves pinceles de los arqueólogos y extraídos con sumo cuidado a la luz del sol.

»Las voces dominantes de Leni Riefenstahl me obligaron a dirigir la mirada hacia ella de nuevo. Sin duda era una cineasta muy capaz, no era extraño que el Führer le hubiese confiado tantos encargos. Su cámara y sus dos ayudantes disponían lo necesario para la filmación, siguiendo sus instrucciones.

»Esbelta y risueña, se movía por el campamento impecablemente ataviada con una larga falta recta, chaqueta a juego y el pequeño sombrero, como si las inclemencias del tiempo y los elementos

adversos no tuviesen poder sobre ella. No lucía símbolo alguno que indicase simpatía por el nacionalsocialismo.

»La observé, sintiéndome como una pordiosera. Hubiera querido permanecer quietecita en mi tienda, a salvo de todo aquel maquillaje impoluto y rizos perfectos que los treinta y cinco grados a la sombra no eran capaces de disolver, pero tuve que exponerme a la lluvia íntima de comparaciones en la que saldría perdiendo. Al fin y al cabo, Leni Riefenstahl era mi llave al círculo íntimo del Führer, y, conocerla, la única razón de que formase parte de la absurda expedición.

»Ella me vio mientras aún permanecía a la entrada de mi tienda y, alegre y animosamente, me hizo señas para que me acercara. Hemos tomado cierta confianza y, a decir verdad, ella no me es antipática. Es demasiado encantadora. A veces lamento tener que utilizarla, me siento algo hipócrita... Pero otras veces pienso que, aunque para ella sea un simple trabajo y no comulgue con sus creencias, alguien capaz de colaborar en la maquinaria propagandística de Hitler no merece mis remordimientos.

»Los mechones rubios y ondulados se le escapaban graciosamente bajo el sombrerito, los brillantes ojos azules me sonreían. Permití que me acercase el micrófono hasta la boca. Junto a nosotras había una mesa plegable de color azul sobre la que destacaban dos enormes cráneos humanos colocados sobre algo parecido a una gamuza.

»Fuera de cámara, Leni me explicó la finalidad de la grabación, luego comenzaron a rodar y, mirando a la cámara en posición erguida y actitud severa, con uno de los robustos cráneos entre mis manos, comencé a decir:

»–El propósito de nuestra excavación es el estudio geológico y paleontológico de los depósitos formados en el lago de Valencia, Venezuela, en los cuales vienen hallándose numerosos e interesantes descubrimientos arqueológicos y antropológicos desde las primeras excavaciones, realizadas en 1877, que han venido reuniéndose en diversas colecciones, siendo la más importante la formada por el doctor Rafael Requena, publicada, hace pocos años, con el nombre de "*Vestigios de la Atlántida*".

»Estos dos nuevos cráneos fueron hallados ayer –Hice un silencio, señalando el que reposaba en la mesa y volteando luego ante la cámara el que tenía en la mano–. Después de un estudio comparativo preliminar entre los más de cincuenta cráneos hallados en este yacimiento y un amplio espectro de representantes arios, hemos llegado al convencimiento de que podríamos encontrarnos ante el más antiguo ancestro conocido de la raza aria. Por otro lado, la localización geográfica del lugar así como los hallazgos

submarinos, que incluyen una muralla de tal longitud que se hace imposible concretarla por el momento, nos llevan a pensar que es posible que los esfuerzos de la Ahnenerbe hayan dado fruto finalmente y que, tras muchas expediciones en busca del continente perdido, por fin nos hallemos junto a la Atlántida y los últimos vestigios de sus habitantes.

»Acabé esta perorata y miré a Leni, quien me observaba fijamente con expresión sorprendida. Se sobrepuso en seguida a su inacción y, con su hermosa y amable sonrisa, procedió a explicarme:

»–Verás, Amber, amiga: yo había pensado que realizases una explicación algo menos gélida, capaz de causar mayor expectación e interés, y hasta intriga. Has precipitado el discurso de tal manera que en menos de un minuto has puesto un fin desapasionado a uno de los mayores misterios de la humanidad. Así –chasqueó los dedos–, sin concederle mayor importancia. –Inclinándose hacia mí, pues me supera en estatura, exclamó con voz emocionada pero sólo levemente alzada–: ¡Estamos hablando de la Atlántida! ¡Estamos hablando de los orígenes de la raza aria! ¡Estamos hablando de que la raza aria tuvo su origen en una antiquísima y admirada sociedad altamente civilizada y poblada por seres míticos que han dado origen a todo tipo de leyendas! –Me contempló durante unos instantes, dejando que sus palabras ejerciesen su efecto, para luego, con voz casi susurrante, añadir–: Y estamos aquí para hacer sabedor al pueblo ario de la grandeza de sus orígenes y transmitirle, mediante imágenes y palabras, lo que ello significa… –Dio un paso hacia atrás, separándose de mí y, apuntándome con ambas manos extendidas, señaló–: No te preocupes, no es tu obligación saber cómo hacerlo: es la mía. Me había figurado que el entusiasmo de una joven arqueóloga sería suficiente para realizar unas cuantas tomas perfectas, pero el nerviosismo ha podido más que el entusiasmo y parecía que estuvieses soltando una estudiada arenga política en lugar de emoción ante el hallazgo.

»–¿Tanto importa? –inquirí molesta. Bastante era que tuviese que fingir sentirme involucrada en aquella mentira y ceder mi imagen para difundirla para encima aparentar sentirme entusiasmada. Moderé el tono de mi voz al ver la expresión de Leni–. Quiero decir que en los documentales únicamente se oye la voz del narrador.

»–¡Exacto! Por eso es tan importante lo que transmitas con tu expresión facial y corporal. Haremos algo mucho más ilustrativo y ameno que te dará oportunidad de mostrarte relajada: tomarás las medidas del cráneo haciendo uso de vuestros aparatos al tiempo que explicas lo que estás haciendo y lo que vas descubriendo para

luego ponerlo en relación con las medidas y forma craneal aria. Sé que estás atenazada, las cámaras impresionan, pero trata de mostrarte relajada y, ante todo, emocionada, o por lo menos visiblemente satisfecha por las asombrosas revelaciones.

»La escena fue repetida de la forma descrita hasta que Leni quedó satisfecha. Luego me felicitó por haber vencido mi rigidez inicial, transformando la fría apatía en contagioso entusiasmo. Debo decir que en ese momento me pareció insoportable.

»Quiero suponer que ella es consciente del gran absurdo que ha grabado y que va a compartir con el mundo. Intuyo que su pasión como cineasta se antepone a la exigencia de un rigor científico que no le ha sido encomendado lograr y que resulta inconveniente para la Ahnenerbe. Creo que Leni es feliz mientras pueda ejercer su pasión, aunque ésta la lleve a documentar las pruebas de la superioridad de la raza aria.

»Es improbable que los cráneos que estamos extrayendo tengan más de mil quinientos años de antigüedad, pero esto no saldrá nunca a la luz pública. Toda expedición organizada por la Ahnenerbe debe obtener un grado suficiente de éxito, y, por supuesto, servir como demostración de sus asertos".

¡La Ahnenerbe otra vez!, se dijo Sam, irritado ante su escasa capacidad de comprensión. ¿Y qué demonios es la Ahnenerbe?

Se levantó de golpe, causando gran estruendo al echar la silla hacia atrás, y se dirigió a la blanca escalera de caracol que ascendía a la primera planta. Subiendo de dos en dos los escalones, alcanzó ésta en seguida. No tardó en oír las voces que provenían de la piscina y se encaminó hacia allá a grandes pasos.

–¡Eldwin! –exclamó, interrumpiendo la conversación sin miramientos–. ¿Qué demonios es la Ahnenerbe?

Eldwin se incorporó y sacó los pies fuera de la tumbona.

–¿La Ahnenerbe? –repitió, pareciendo desenterrar viejos recuerdos–. Para que lo entiendas pronto, la palabra significa en alemán algo parecido a *Oficina para el Estudio de la Herencia Ancestral.* Puedes pensar en ella como un ministerio con múltiples departamentos, todos ellos dedicados a demostrar científicamente las teorías de la superioridad racial defendidas desde 1910 por la Sociedad Thule. ¿Ya sabes lo que es la Sociedad Thule? –Vio a Sam negar con la cabeza, amargado por su falta de conocimientos–. Digamos que es el nido en que Hitler creció políticamente, de donde extrajo gran parte de sus ideas. Pero era, ante todo, una sociedad esotérica dedicada a la magia y a lo paranormal, y esto no hay que olvidarlo. Pero, no te líes más, volvamos a la Ahnenerbe. Sus objetivos eran investigar el alcance territorial y el espíritu de la raza

germánica, rescatar y restituir las tradiciones alemanas, y difundir la cultura tradicional alemana entre la población. Tras el alzamiento de Hitler contaba con decenas de departamentos dedicados a toda clase de variopintas actividades. Algunas tan inocentes como danzas populares y canciones tradicionales, estilos regionales, folklore, leyendas, lenguas indoeuropeas, botánica, astronomía, geofísica, biología, entomología, yoga…, y otras muchas más sugerentes, como geografía sagrada, ciencias paranormales, doctrinas esotéricas e influencias mágicas sobre el comportamiento humano... El departamento de esoterismo disponía de un gran presupuesto que empleaba en estudios sobre los templarios, búsqueda de reliquias como el Santo Grial y las Calaveras de Cristal, viajes al Tibet en pos de los orígenes de la raza aria, comprobaciones sobre las teorías acerca de la posible existencia de vida en el interior de la Tierra, y, por supuesto, era el departamento que organizaba las excavaciones en posibles emplazamientos de la Atlántida. En resumen, la Ahnenerbe fue quien nos envió a tu madre y a mí en el equipo encargado de estudiar los vestigios presuntamente atlantes del lago Valencia.

»La Ahnenerbe tenía su centro espiritual y doctrinario en el castillo de Wewelsburg. Wewelsburg era el lugar de juegos prohibidos de Himmler, Hielscher y otros fanáticos del ocultismo, la mayoría, altos mandos de las SS. Y era a donde tu madre deseaba ser invitada, si has llegado a ese punto.

–Sé que necesitaba la ayuda de esa Leni para llegar a alguna parte que tiene que ver con la cúpula del Tercer Reich. Y ella podía facilitárselo al ser amiga de Hitler.

–Exacto. Verás, nos habíamos enterado de que Leni acudiría a documentar la excavación, y ésta fue la razón de que, valiéndome de mis amistades, lograse que Amber y yo fuésemos invitados a participar en ella. Fuimos enviados como supervisores de la expedición en nombre del Instituto Arqueológico Alemán. Nuestro único fin era que tu madre pudiese trabar amistad con Leni y convencerla de que la invitase a Wewelsburg.

–¿Por qué? ¿Qué tenía que hacer en Wewelsburg? –interrogó Sam imperioso.

Eldwin le señaló con el dedo diciendo:

–Amiguito, tendrás que seguir leyendo para averiguarlo. –Sam bajó la mirada, tenía un aspecto derrotado. Eldwin se compadeció–. Por supuesto, si deseas que yo lea para ti, sólo tienes que decirlo.

–No, ni hablar –le respondió de inmediato Sam–. Te lo agradezco, por supuesto, pero la lectura es un acto íntimo. Sobre todo en estas circunstancias. Siento como la voy conociendo lentamente, extraigo sus sentimientos con esfuerzo, y eso me gusta.

Eldwin le contempló con ternura y admiración.

–¿Me dejas ir leyendo algo a mí ya? –le preguntó su hermano.

–¿Aquí? ¿Bromeas? –le respondió, al tiempo que se encaminaba de vuelta a la lectura–. No quiero ver las hojas flotando sobre la piscina.

Le siguieron con la mirada hasta que se desvaneció en el interior de la casa.

–Es admirable… –dijo Eldwin.

Jerdren le observó. Aún miraba al lugar por el que Sam había desaparecido, con los ojos brillantes. El sol comenzaba a hacer mella en su piel pálida, y empezaba a asemejarse a un cangrejo. Un cangrejo encantador, eso sí. O un simpático Papá Noel.

"Me gusta este hombre –pensó Jerdren–. Qué pena que sea tan viejo y halla de morir". Por un instante, la imagen de su hermano atravesó su mente. "¡Qué asco de mortalidad!", se gritó interiormente.

"Acabada la grabación –continuaba el relato de Amber–, le pedí a Leni sin ambages que me presentara al Führer, aludiendo a su carisma, magnetismo y atractivo sexual (!).

»–Sólo le he visto de lejos –le dije–, pero creo que es el hombre más seductor que he visto nunca. ¡Conocerle sería mi sueño!

»Leni se rió de forma cómplice, carente de asombro, como si lo hubiese oído mil veces y no hubiese forma de rebatirlo.

»–Realmente es un hombre imponente, fuera de lo común –me confirmó en voz confidencial, acercándose más a mí–: Cuando te clava esos claros ojos azules parece que estuviera penetrando en tu cerebro… Me ha costado resistirme a sus…, proposiciones…, ya me entiendes. Te aseguro que es un hombre muy afectuoso con las pocas personas a las que ama. Pero no estoy interesada en convertirme en su amante. Temo que mi carrera profesional pudiese verse afectada. Además…, no lo comentes, pero él ya tiene algo más que una amante pasajera, aunque no quiere que llegue a saberse. Se cree un actor de Hollywood y piensa que perdería admiradoras femeninas. –Ambas nos reímos–. Cuenta con mi ayuda. Encontraremos alguna ocasión en la que puedas acompañarme para conocerle. Recuerda llevarte sales. ¡Podrías desmayarte!

»Pero Leni no prevé que pueda reunirme con mi ídolo hasta pasados demasiados meses. Ella tendrá que viajar de un punto a otro continuando con su documental durante uno o dos meses, montarlo, y después solicitar algo del valioso tiempo del Führer para presentárselo antes del estreno. Contando con que él acceda, pues no es seguro dada la poca enjundia del material, eso le ofrecería una excusa para llevar a su presencia a una de sus

protagonistas. Pero no sería antes de cuatro o cinco meses… Y en cinco meses en la meteórica trayectoria de Hitler pueden suceder demasiadas cosas.

»Esto me tiene descorazonada y comenzando a dudar que el camino escogido para lograr el acercamiento sea el correcto. Menos mal que tengo a Eldwin conmigo.

»Tiempo después.

»Como siempre que me encuentro disgustada, acudí a la tienda de Eldwin para hablar con él. Allí me aguardaba una inesperada sorpresa: Josef, mi querido, adorado, amado novio, ¡había venido a visitarme!

»Me lancé a sus brazos con el rostro iluminado por la alegría.

»–¿Cómo es posible que estés aquí? –le pregunté, separándome unos centímetros para mirarle.

»–No tenía nada mejor que hacer –respondió él–, y decidí venir para celebrar con mi novia nuestro aniversario –Le contemplé con inquisitiva sorpresa–. ¡Tres meses! –exclamó él–. ¿No lo recuerdas? ¡Hoy cumplimos tres meses como novios!

»–¡Oh, cariño, eres tan dulce! –exclamé yo, lanzándome de nuevo a abrazar su cuello.

»Olía maravillosamente, como si acabase de aplicarse el fresco perfume tan sólo un segundo antes. Expele siempre una sensacional fragancia que, me confesó un día, hace elaborar a un perfumero francés exclusivamente para él. Es muy alto, yo apenas sobrepaso unos centímetros su hombro. Tiene el cabello corto, pero abundante y suave, entre moreno y caoba, con un peinado siempre pulido. Su perfil es similar a los de los dioses de las esculturas griegas, sus labios, una línea feliz en su rostro alegre, sus ojos dos polos magnéticos. Fuerte pero cálido, dulce pero poderoso, y con su tierna voz es capaz de transportarme a otro mundo.

»–Con todo este lío no me había acordado –confesé yo mirándole con sonrojo. Tres meses no era tanto tiempo como para celebrar un aniversario (si es que me hubiese acordado), pero si él había tenido el detalle de cruzar el Atlántico… ¡Es tan adorable!

»–¡Oh, es natural, cariño! –me disculpó, acariciándome los brazos con calidez–. No tiene importancia. Simplemente estaba aburrido y decidí traerte algunas delicatesen de la madre patria.

»De la madre patria. Mi sonrojo se acentuó haciéndose furtiva mi mirada. Josef no sabe que yo, en realidad, no soy alemana. No es que a él vaya a importarle, ¡no es de los que piden a sus novias acreditaciones de sus antepasados desde dos siglos atrás para asegurarse el pedigrí ario de su descendencia! Simplemente, existen muchas cosas que yo aún no le he contado. Concretamente, todas

las cosas. Tres meses no son tanto tiempo como para hacer cierto tipo de confesiones; especialmente, cuando no me conciernen sólo a mí, cuando hubieran podido poner en peligro a otras personas y sus cometidos. Sé que va llegando el momento de ofrecerle a mi novio pequeñas dosis de información y esperar su reacción. Al fin y al cabo, ¿acaso él no es cristalino, siendo ésta, de entre tantas, la virtud que más adoro en él? Un hombre sin dobleces, sin manías de grandeza, carente de egoísmo y desconocedor de la envidia. El remanso de paz en el que me refugio de los horrores que pronto azotarán el mundo, del horror mismo de ser una de quienes van a intentar evitarlos.

»Por detrás de Josef, Eldwin nos observaba desaprobatoriamente. Eldwin no tiene a Josef en buen concepto y no se cansa de repetírmelo.

»–¿Qué profesión tiene? ¿A qué se dedica? ¿De qué le está sirviendo su existencia al mundo? No es más que un vago, peor, un hedonista incapaz de pensar en algo que no sea su propio placer.

»–No es cierto, Eldwin, es marchante de arte, lo sabes muy bien –le defiendo siempre, y luego me salgo por peteneras para rebajar el calor de la discusión–. Y aunque no hiciese nada, su existencia está bien empleada si me hace feliz a mí, que soy la encargada de salvar al mundo. ¿O las novias de los héroes pueden limitarse a ser jóvenes y hermosas pero los novios de las heroínas deben seguir ganando el sustento para los dos? Qué machista te has vuelto, Eldwin.

»La faz de él, muy blanca de ordinario, rubicunda ahora, rodeada de su barba y su cabello pajizo, se descompone de enojo.

»–Necesitas alguien capaz de acompañarte en tu objetivo, alguien a tu altura, alguien…

»Yo suelo interrumpir su discurso en este punto, ya irritada.

»–¡Necesito un ángel que me lleve en su regazo a Westfalia y allí fulmine al Führer con su mirada junto a la mitad de los miembros de las SS! ¿Puedes conseguirme alguno?

»Él me observa irritado a su vez.

»–Lo estamos intentando.

»–No le importamos a nadie –asevero yo, agitando la cabeza vigorosamente–. Lo sabes de sobra. Y cuando, probablemente, muera en el intento, tal vez después de haber sido torturada durante días, quiero poder dedicar mi último pensamiento a un hombre bueno que se mantuvo al margen de la violencia cuando ninguno más fue capaz de hacerlo. Y mientras siga viva, tan solo quiero reposarme en el pecho de alguien que no hable de aniquilación y exterminio. Y me da igual si es porque es idiota, nihilista o porque vive al margen de la realidad en su mundo

hedonista; lo único que deseo es que me arrastre consigo a su mundo de fantasía. No quiero un soldado con el que planear batallas, ni, ¡por el amor de Dios!, ¡un superhombre! Quiero a Josef: un hombre corriente, hijo de un padre y una madre mortales.

»Eldwin tiene siempre la última palabra.

»–¿Cómo es posible que puedas conformarte TÚ con alguien que hace ojos ciegos a la situación? ¡Alguien que no mueve un dedo por ayudar a sus semejantes tiroteados en las calles, desaparecidos a miles camino a la muerte! ¡Es un mísero cobarde, un incapaz, una vergüenza para la humanidad!

»Llegados aquí, siempre desisto, diciéndome que yo tengo razón, pero que también la tiene él.

»Y, volviendo a lo que estaba contando. Hace unas horas estaba yo diciendo:

»–¿Has oído, Eldwin? ¡Josef nos trae delicatesen de casa! No tienes ni idea de lo bien que nos va a sentar, cariño. Aquí se come fatal.

»–Me parece, Amber, querida –señaló Eldwin con intención–, que la idea es que seáis la feliz pareja quienes disfrutéis vuestro aniversario con esas delicias.

»Inmediatamente, Josef se volvió hacia él.

–¡Oh, no, no! Por supuesto que usted está invitado, Herr Ahrends. ¡No debería hacer falta ni mencionarlo! ¡Si usted es prácticamente familia de Amber, casi como mi suegro, algún día!

»Eldwin le miró en silencio. Seguro que pensaba: "Siendo justos es imposible negar que el joven no tenga encanto, dulzura y sinceridad en cada una de sus acciones y gestos". Eldwin es capaz de despotricar contra él cuando no está delante, pero cuando sí está… ¿Cómo oponerse a él cuando se le tiene delante, si su sola presencia le hace a una sentirse relajada y segura?

»–Como siempre, es usted muy amable y generoso, Herr Malaikat –dijo Eldwin más sosegado.

»–¿No podría llamarme por mi nombre de pila, Herr Ahrends? Me sentiría más cómodo.

»Eldwin le miró pensativamente. Lo que le pedía implicaría una donación de su confianza, cosa que Josef aún no se había ganado. Decidió no contestarle.

»–Por cierto –preguntó, en cambio–, Malaikat no es un apellido germano, ¿de dónde procede?

»–Procede de Indonesia, Herr Ahrends. Espero que no le importe, teniendo en cuenta que Amber y yo…

»Eldwin le atajó con prontitud:

–Por supuesto que no –y, apuntándole con el dedo, señaló–: la mezcla de razas genera ejemplares más fuertes. Así ocurre con los

perros, y, si se hace un estudio, estoy seguro de que también se probará que sucede con los seres humanos. Pero, si por Herr Hitler fuera, nos casaríamos todos con nuestros parientes, como hicieron sus propios padres, ¡y él habría hecho de no haberse suicidado su pobre sobrina!

»–¡Eldwin, por Dios, ya cállate! ¡Podrían oírte!

»–Josef es de total confianza, ¿no es cierto? –miró al hermoso joven moreno, que le sonreía, y luego a mí.

»–Pero ni los guardias ni el personal de ahí fuera lo son, y estabas casi gritando cosas que ni siquiera puedes asegurar que sean verdad.

»–Está bien, está bien. Me callo. Debe de ser lo que pasa cuando empiezas a perder oído: que ya no gradúas el volumen de tu propia voz. Pero escuchadme ambos, porque tengo una noticia que daros. Mañana vamos a recibir aquí a una personalidad de la mayor importancia. No estará muchas horas, lo justo para sacarse unas fotos con los hallazgos, de modo que hay que preparar cada minuto de su estancia a fin de sacarle el mayor partido. Gracias a esto nuestras tareas, las que más tiempo llevan postergadas, Amber, ya sabes a cuáles me estoy refiriendo, podrían dispararse hacia el éxito con el impulso de un cohete. Sé que con la llegada de Herr Malaikat estarás más ocupada, pero, por favor, recuerda que mañana a primera hora hemos de reunirnos tú y yo para planear el recibimiento a nuestro ilustre invitado.

»–No dude que yo no ocuparé un solo instante de su tiempo de trabajo –se apresuró a señalar Josef.

»Eldwin se lo agradeció con un gesto.

»–Por supuesto, Eldwin –le aseguré yo–. Empezaremos a trabajar en ello al amanecer, si es preciso. Pero, ¿de quién estamos hablando?

»Eldwin clavó en mí su mirada, pues sabía que yo tendría una horrible reacción.

»–Ni más ni menos que del propio Friederich Hielscher. –En deferencia a Josef, a quien considera un ignorante absoluto en todo excepto en añadas, telas para trajes de caballero y restaurantes caros, añadió–: Herr Hielscher preside el departamento de esoterismo de la Ahnenerbe, que es quien organiza todo esto. Tenerle contento es de la mayor importancia ya que podría beneficiar a nuestros futuros proyectos.

»Josef asintió, pensativo.

»–Creía que el Instituto para el que usted trabaja –chasqueó los dedos mientras recordaba su nombre–, el Instituto Arqueológico Alemán, era independiente, con ideas propias, presupuesto propio y esas cosas…

»–Eso era antes de que en Alemania se estableciese un régimen totalitario, joven –contestó Eldwin no pudiendo evitar irritarse cada vez más por su presencia. Sin duda deseaba que él no estuviese allí, haber podido darme la noticia a solas y planear juntos el siguiente paso. Aquello era poco menos que un milagro. Una noticia excelente, providencial. Es decir, allí había una oportunidad para que yo accediese a Wewelsburg de la mano de Hielscher, si sabíamos cómo lograrlo.

»–Pero Amber me había dicho que la misión de ustedes era disentir, si hacía falta, con las conclusiones de los arqueólogos de la Ahnenerbe –insistió Josef.

»–Amber tiene un idealismo que murió con la Alemania libre.

»Aunque no muy convencido, por fin Josef se calló.

»–¿Por qué no saca las viandas, Herr… Josef? –no supo exactamente por qué se corregía, por entibiar el ambiente, probablemente, en un momento de desesperación–. Aquí escondo bastantes cervezas, y puede que logre encontrar algo de hielo.

»Josef salió en busca de las cajas que contenían sus regalos, y esto ofreció algo de tiempo para que Eldwin y yo pudiésemos hablar.

»–¿Qué haré? –le pregunté desesperada–. ¿Cómo llamaré su atención y conseguiré interesarle hasta el punto de que me invite…?

»Eldwin había puesto sus manos sobre mis brazos, intentando transmitirme su seguridad y su fuerza.

»–Aún no lo sé, Amber. Pero sí sé que de algún modo lo conseguirás.

»–No puedo dar palos de ciego. Si le defraudo en algún momento me matará.

»–Muy bien. Tranquilízate. No me cabe duda de que todo sucederá de forma natural; así ocurren las cosas cuando HAN de suceder. Y, si no fuese así, no forzaremos nada. Esperaremos una mejor oportunidad.

»–Ésta es la oportunidad –le respondí yo, pues sabía también como él que tal situación sería irrepetible–. Una providencial oportunidad.

»Yo estaba, (¡y estoy!), asustada. Una cosa es introducirme en el mundo del Tercer Reich de forma lenta y tranquila, como había imaginado que sucedería de la mano de Leni, y otra tener que hacerle la pelota a esos desgraciados cuyo uniforme me pone francamente nerviosa.

»–Cierto –observó Eldwin–. Pero, aun así, no forzaremos nada. Si estás nerviosa e insegura lo único que conseguiremos será…, irritar a Herr Hielscher.

»–Muy bien –convine yo, intentando decirme a mí misma algo tranquilizador–. Me sentiré relajada porque sé que no tendré que hacer nada si no me veo capaz.

»–Exacto –afirmo él con rotundidad–. Y ahora, ¡a disfrutar de cerveza y salchichas!

»Pasamos una velada muy agradable. Josef estaba allí y yo fui capaz de olvidarme de todo gracias a su mera presencia. Me miraba con pícara complicidad, me sonreía como si se hallase ante el ser más agraciado del mundo…, y eso me basta para olvidarme de todo.

»Después, Josef y yo vinimos a mi tienda. El camastro es pequeño para dos, y eso me ha encantado. Ni un solo centímetro de separación entre nuestros cuerpos. Tras hacer el amor él se ha dormido como un bebé, rodeándome con sus brazos. Yo he padecido un sueño muy inquieto. Luego me he despertado nerviosa, pensando en lo que ocurrirá mañana, y por ello me he levantado y me he puesto a escribir estas notas.

»No mucho después, Josef, echando en falta mi calidez, se despertó. En seguida le llamó la atención la tenue luz. Miró hacia ella y me descubrió absorta en la escritura.

»Envuelto en una sábana de cintura para abajo, Josef se aproximó a mí y me preguntó, juguetón, besándome con ternura en la sien:

»–¿Qué estás haciendo, amor? ¡Oh, Dios! –exclamó al advertir esta grafía tan extraña para él–. Déjame ver. –Cogió algunas de las hojas entre sus manos, examinándolas con asombro–. ¿Qué es esto? ¿Escritura rúnica? ¿Cuneiforme?

»–Algo así –respondí, francamente sorprendida de que él tuviese noción de tales caligrafías–. Es una escritura antigua, poco conocida. La uso para poder apuntar mis ideas de forma sincera. Ya sabes. Por si acaso cae en manos de alguien a quien pudiera no gustarle el contenido.

»–Esto es realmente emocionante –dijo él, pasando a una nueva página. Luego, mirándola de reojo y mordiéndose los labios, como siempre hace cuando bromea, añadió con voz jocosa–: Mi novia la espía.

»Me reí y extendí las manos para recuperar las hojas. Él las mantuvo alejadas, regocijándose en el juego.

»–Como las rompas ya verás –susurré yo poniéndome en pie. Él elevó su brazo derecho, poniéndolas fuera de mi alcance.

»–Un lenguaje así debería usarse con fines más elevados –bromeó él en tono de regaño.

»–¿Ah, sí? ¿Cómo para qué? –Seguía poniéndome en puntillas, pese a que no lograría alcanzar las hojas.

»El torso de él estaba desnudo y brillaba bajo la suave luz. Su piel es más morena que la mía. No es tan pálido como los alemanes lo son en general. Debe de ser por eso de que alguno de sus ancestros procede del Indostán. Pese a que por su porte hubiera podido protagonizar un cartel de propaganda Nazi como el perfecto ario, sus ojos no son azules, sino pardos con un toque verdoso, ni su mandíbula ancha y cuadrada.

»–Podría usarse para enviar mensajes secretos. Mensajes militares, mensajes de hermandades secretas. –Bruscamente bajó su brazo y me entregó las hojas, arrimando su cara a la mía–. ¿Perteneces a una sociedad secreta, mi amor? –preguntó en un susurró. Le miré fijamente. Sólo jugaba, no tenía ni idea de quién soy yo. Estaba a sólo unos centímetros de mi rostro y salvó la breve distancia para besarme.

»Días después.

»Estoy sola. Asustada. Arrepentida de haberme creído una súper mujer capaz de infiltrarse en el mundo de estos dementes y salir con bien. Las cosas no eran como nosotros habíamos pensado, Eldwin, si un día leyeses esto. Ellas, las secuestradas, están aquí, eso es cierto, sólo que no están secuestradas.

»No quiero divagar. Continuaré donde lo había dejado.

»A las tres de la tarde del día siguiente a la llegada de Josef, cuando Hielscher era esperado, los rugidos de varios motores anunciaron la llegada del ilustre invitado y su séquito. Varios hombres serios y erguidos se bajaron de los coches. Dos de ellos fueron recibidos con especial deferencia. Desde la lejanía, observé su porte imponente y hierático mientras eran saludados por los jefes de la excavación.

»Como parte de su impoluto uniforme exhibían los símbolos esotéricos usados por los miembros de la organización Ahnenerbe: En el brazo la insignia con la runa Algiz, para su protección, y, en el dedo un anillo con la runa Sowelu doblemente inscrita, garantizándoles la fuerza necesaria para alcanzar el éxito en cualquier empresa.

»–Ay, Dios. Dios mío… –murmuró Eldwin a mi lado.

»–¿Qué pasa? –pregunté yo, con el corazón aún más constreñido de lo que ya estaba.

»–El hombre junto a Hielscher –respondió perturbado–. Lo está tapando el cámara, ¿puedes verlo?

»Por delante de los recién llegados se habían levantado varias pequeñas murallas. La primera, formada por Leni y su equipo de rodaje junto a la comitiva de recepción, otras, más alejadas, por los miembros de la excavación, soldados y guardaespaldas. Sosteniendo

su sombrero de paja con una mano, Eldwin tomó una de las mías con la suya libre y me llevó a un punto desde el que tuviera posibilidad de distinguirle. Tras unos instantes, lo conseguí.

»Las gafas redondas, los ojos pequeños, la permanente sonrisa afilada, el estrecho bigotillo, que apenas superaba el ancho de la nariz.

»Mi sangre había dejado de recorrer las venas.

»–No puede ser él –murmuré inaudiblemente–. Él no. Me pone enferma.

»–Amber –musitó Eldwin imperativo, clavando en mí sus glaucos ojos llenos de un pánico que intentaba disimular pero yo podía ver, y reprimiendo las ganas de cogerme en sus brazos–, no intentes nada. ¿Me oyes? No estás preparada para enfrentarte a él. Ésta no es la oportunidad. No lo es. ¿Me entiendes?

»–Es la oportunidad –murmuré yo–, enviada por la providencia. Por el amor de Dios, ¡si el propio Himmler está aquí, con las llaves de su castillo en la mano, ¿cómo podría yo no hacer nada?!

»Respiraba con agitación y, por su expresión, Eldwin casi temía que me echase a llorar. Himmler, el odioso Himmler, el demoniaco Himmler, amo y señor de las SS, cuyos esbirros habían asesinado a mi madre, estaba allí con su cara de sonrisa bobina y su cuerpo de tendencia encorvada.

»–Regresa a la tienda –me ordenó Eldwin. Ambos necesitábamos tiempo para reconsiderar la situación. Habíamos esbozado un plan durante las primeras horas de la mañana, pero con la llegada de Himmler no servía de nada–. Josef está allí, ¡ve con él! Vamos, ¡ahora!

»Le obedecí. Me giré lentamente, intentando abstraerme de los atronadores *Heil, Hitler!* proferidos o recibidos por los visitantes. Caminé con la respiración contenida hacia el refugio donde Josef aguardaba hasta que la visita acabase.

»No pude alcanzarlo.

»Los guardaespaldas habían dispersado a la multitud y mi rubia y femenina figura quedó al descubierto, saltando inmediatamente a la vista de quienes miraban al frente.

»Una orden resonó en el escenario mientras quien la exhalaba extendía su brazo señalando a la mujer solitaria que caminaba. El silencio cayó de súbito mientras las cabezas se giraban hacia el objetivo: yo.

»–¡Traigan a esa mujer! –bramó de nuevo.

»Continué andando con lentitud, como si la cosa no fuese conmigo, pese a que no había ninguna otra mujer a la que el rugido pudiese estar reclamando.

»Apenas cinco segundos después, las garras de dos soldados de

las SS se aferraron a mis brazos desnudos.

»–¿Cómo se atreven? ¿Qué quieren? –protesté yo, revolviéndose débilmente. Mi primer instinto fue defenderme en la drástica forma en que me es dado hacerlo, pero Eldwin y yo habíamos hablado largo y tendido sobre la conveniencia de disimular al máximo mis poderes, y estaba entrenada para aguantar la afrenta.

»Hicieron que me diese la vuelta, rudamente, y vi, perpleja, cómo Himmler en persona se dirigía hacia mí, caminando todo lo erguido que le era posible a su cuerpo, con las manos a la espalda, la sonrisa en los finos labios, la gorra con la calavera y los distintivos de las SS.

»El comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, se plantó frente a mí, los ojillos miopes brillando animosos tras las lentes redondas.

»–Amber Kleist –dijo, al cabo de un instante de silencio.

»Mi estupor fue visible al escuchar mi nombre de sus labios. ¿Cómo era posible que lo conociera?

»Tras un gesto ligero de la mano de Himmler, los soldados me liberaron como perros bien entrenados. Yo no me moví.

»El hombre ante mí, a quien sólo había visto y odiado desde pancartas y fotografías, no disfrutaba la apostura natural de Hitler. Su arrogancia era impostada, falsa, falta de carisma y credibilidad. Carente de rasgos viriles, su fisonomía reflejaba antepasados orientales y diversos complejos de inferioridad que su poder actual no era capaz de borrar. Tenía ante mí a un pobre hombre ansioso del reconocimiento de aquél al que idolatraba, tan sumiso y fiel a él como cruel con el resto de la humanidad.

»Y la mirada de este hombre en aquel momento era puro éxtasis. Acompañando sus palabras con una sonrisa de gozo y satisfacción que parecía propia de un santo, dijo con voz templada:

»–Fräulein Kleist, pocas veces viajo personalmente en busca de reliquias, hallazgos científicos, mundos perdidos o tesoros míticos. El valor de lo que anhelo ha de ser incalculable para obligarme a abandonar el hogar. Como ve, el valor de lo que perseguía esta vez me ha llevado a ir más lejos de lo que nunca lo había hecho. Pero aquí estoy ya, frente a usted.

»Su voz se había quebrado en algún momento, como víctima de una gran emoción. Sin dar crédito a lo que escuchaba, dibujé una sonrisa convulsa y aseguré:

»–Sin duda hay un error, Exce…

»La mano alzada de él me interrumpió

»–No hay error, Fräulein Kleist. ¿Quiere, por favor, acompañarme al coche para partir de regreso a Alemania?

»Estaba paralizada. Mi cerebro intentaba encontrar la causa de

aquella situación. Debió ocurrírseme de inmediato, claro, sabiendo lo que sabía sobre las otras chicas que se habían llevado. Pero, ¿llegar hasta mí? ¿Cómo? No podía ser que supiesen nada de nuestras intenciones, pues no estaría mirándome así ni tratándome con deferencia. Ni siquiera habría venido personalmente. Sus soldados nos estarían torturando a ambos, a Eldwin y a mí, o nos habrían ejecutado ya. Pero ignoraban a Eldwin, y era imposible llegar hasta mí sin haber pasado antes por él. No, no era eso lo que sabía. Tampoco era posible que nadie conociera nada acerca de mi ascendencia. Los pocos que lo sabían jamás me hubiesen delatado, y eran también de similar linaje. ¿Quizá habían sospechado a causa de algo que mi madre hubiese hecho, tal vez cuando fueron a buscarla?

»Busqué a Eldwin con la mirada. Permanecía a distancia, observando la escena con la faz transida de angustia. Él nada podía hacer, y, por más que el terror ante la inesperada situación me impidiese aceptar la oportunidad con alegría, poco tiempo atrás habría pagado por tener una ocasión semejante.

»Era inútil e innecesario preguntar sus razones a Himmler. No iba a contestar, probablemente se irritaría y, de cualquier forma, si se había molestado en cruzar el Atlántico en mi busca, no iba a dejarme escapar porque se lo pidiese.

»–Debo informar a mi jefe y despedirme de él –dije yo, en resignado tono de ruego–. Como sabrá, tengo un compromiso con el Instituto Arqueológico, y no quisiera romperlo sin siquiera dar explicaciones.

»Himmler inclinó la cabeza.

–Puede hacerlo de camino hacia el coche –aceptó, haciéndome una indicación para que comenzase a andar.

»Vigilada de cerca, me acerqué a Eldwin y le expliqué:

»–Herr Ahrends, al parecer me requieren en Alemania por asuntos de los que, supongo, me informarán allí. Lamento tener que abandonarle en mitad del trabajo.

»Él no pudo evitar tomarme ambas manos entre las suyas mirándome con los ojos húmedos, llenos de compasión y de amor.

»–El servicio a nuestra nación es lo primero –dijo en voz alta–. No has de preocuparte. La excavación casi está terminando. –Luego, incapaz de no hacerlo, se fundió conmigo en un abrazo y, susurrante, añadió–: Recuerda quiénes son tus ancestros. Tú no tienes que reescribir la historia para inventar razas de fantasía ni superhombres inexistentes. No necesitas runas, reliquias ni símbolos de poder. Cree en ti. No temas no saber cómo conseguirás tu objetivo. Igual que este momento, que aún no entendemos, ha llegado para servirte de puente, surgirá todo lo demás. –Fuerte y

repetidamente, besó mi mejilla, y pego a ésta luego la suya propia. Entonces, recordando al joven a quien tan poco apreciaba, musitó a mi oído–: Josef…

»–No quiero que descubran que existe –susurré yo–. Inventa algo para justificar mi marcha, pero que no me busque. Mantenle a salvo.

»–Así lo haré. Te lo prometo.

»–Eldwin –no pude impedir añadir, ahogando un sollozo–, pase lo que pase, cuando un día volvamos a encontrarnos, fuera de estas envolturas, ambos estaremos orgullosos de nuestro paso por este planeta.

»Él me estrechó con fuerza.

»–Parece que se profesan un afecto que excede lo profesional –nos estorbó la voz de Himmler.

»Nos esforzamos por separarnos. Parpadeando, disimulamos las lágrimas.

»–Herr Ahrends es mi mentor, Excelencia –expliqué yo, evitando cualquier tono de insolencia que pudiera poner en peligro a mi amigo–. Hace mucho tiempo que nos conocemos. ¿Nos vamos? –le rogué, deseando alejar la atención que el líder de las SS empezaba a depositar sobre Eldwin.

»Echamos a andar, yo delante, Himmler y sus soldados detrás.

»Eldwin Ahrends me vio alejarme, las lágrimas perdiéndose entre su vello pajizo.

»Y así, casi de repente, como en un sueño, me encontré aquí: en el castillo de Wewelsburg, situado en la región de Westfalia, Alemania.

»Erigido sobre antiguas construcciones que en el siglo IX sirvieron de refugio contra los invasores hunos, elevado según la arquitectura renacentista pero reconstruido numerosas veces, lugar de tortura y ejecución de miles de mujeres acusadas de brujería en el siglo XVII, prisión militar en el XVIII, y ahora consagrado al uso de las SS, y en particular al de su Reichsführer, Heinrich Himmler, el castillo triangular de Wewelsburg se alza en el valle del río Alme, rodeado por un bosque frondoso que sigue esa misma forma, como si de una muralla paralela se tratara.

»Era medianoche cuando lo vi por primera vez. Con su forma de punta de lanza, la fachada destacaba sobria, geométrica, con ventanas y miradores enmarcados con madera clara. Al llegar, no me ofreció ninguna sensación siniestra, pese a encontrarse envuelto en la oscuridad. Sin embargo, a sólo unos seiscientos metros de distancia, un campo de concentración proveía de mano de obra esclava para la ampliación que convertiría el edificio en *el centro del mundo*, o, en otras palabras, en el núcleo del Tercer Imperio, el

ónfalos de lo que llegaría a ser el nuevo mapa germánico.

»Me instalaron en una habitación de la planta más alta del castillo, un dormitorio abuhardillado de unos veinte metros cuadrados sobriamente amueblado. Heinrich Himmler, cuya callada presencia me había acompañado cada segundo del largo viaje, me había dejado en ella unas horas antes, deseándome felices sueños.

»Cada habitación de importancia estaba consagrada a un tema que la mente de Himmler, obsesionada con el ocultismo, encontraba de relevancia mística o ritual. La temática de mi dormitorio eran las valquirias, y por ello, diferentes objetos de arte representaban a las míticas guerreras en su interior. Un pequeño conjunto escultórico sobre un pedestal parecía una copia (¿u original?) de Stephan Sinding; en las paredes se veía una popular ilustración de Arthur Rackham para la ópera *Las Valquirias,* de Richard Wagner, así como un par de cuadros y antiguos textos enmarcados.

»Además de eso, en el interior de un armario descubrí algunas piezas de ropa austera que podían ser de una talla semejante a la mía, y, sobre la sencilla cama, una bata y un camisón que arrojé sobre el escritorio.

»Contiguo al dormitorio había un baño donde pude lavarme y desvestirme. Luego, exhausta, me introduje en la cama, repasando los hechos de las últimas horas.

»Durante todo el viaje había estado continuamente escoltada por soldados que, a juzgar por su actitud, tenían la misión de no perderme de vista y no dejarse engañar por mi aspecto indefenso. En todo momento, tanto en tierra como en el avión con que habíamos cruzado el Atlántico, había permanecido a la vista de Himmler, y numerosas veces le había sorprendido observándome, pero, cuando, muy brevemente, se había acercado a mí, tan sólo me había dedicado unas palabras interesándose por mi comodidad. El resto del tiempo lo había empleado en consultar documentos, hacer anotaciones y conversar con sus acompañantes, casi siempre de temas tan banales y vulgares que me habían sorprendido. Por lo tanto, en todo momento se había disimulado al máximo mi estatus de prisionera, aunque en aquel instante dos soldados armados custodiaran mi puerta.

»De lejos, de muy lejos, me pareció que llegaba música de Wagner. Era la escena segunda de la segunda ópera del ciclo de *El anillo de los nibelungos*: *La cabalgata de las valquirias*. Me sentía extremadamente cansada, física y mentalmente, pero también demasiado emocionada y nerviosa para conciliar el sueño. Por el camino había venido pensando en cómo adaptaría mi estrategia a las nuevas circunstancias. En mi plan anterior, alzada al mundo ario de la alegre mano de Leni Riefenstahl, había esperado ser una

invitada de paso en la que nadie repararía. Habría podido centrarme en el cumplimiento de la misión sin otras preocupaciones. Ahora era el centro de atención del segundo líder más importante del Tercer Reich, y el proteger mi propia vida inevitablemente pasaba a ser el objetivo principal.

»Le seguiría el juego al Reichsführer, cualquiera que éste fuese, intentando obtener su confianza. Si esto era posible tendría tranquilidad para poder ocuparme de mi asunto pendiente, si no lo era… Habría que esperar para decidir el siguiente paso…

»El largo trayecto hasta el castillo me había dado ocasión de desmitificar y humanizar al comandante en jefe de las SS. Ya no era el envarado militar del cartel propagandístico, sino el padre que comentaba con los compañeros las estrategias que utilizaba para conseguir que su hija sacara mejores notas.

»Me hallaba nerviosa y asustada, y, enfada por estas emociones, me dije: "Recuerda las palabras de Eldwin, Amber, recuerda quién eres. ¿Ustedes son arios? ¿Creen que eso es pertenecer a una raza superior? ¡Me río de su vanidad! Por mis venas corre la sangre de Dios. Pequeños pedacitos de Su propio Ser conforman el mío. Desciendo de sus Hijos. De sus Hijos primigenios, no de esos hijos mortales que según la Biblia fueron formados de barro, sino de los que fueron creados de fuego. Pura energía divina, pura esencia del Omnipotente. Eso soy yo. El resultado de generaciones de mujeres concibiendo hijos de ángeles o de quienes fueron concebidos por ángeles. Hay quien nos llama nefilims. También hay quien tiene una falsa imagen de nosotros, y otros no tienen ninguna porque desconocen nuestra existencia o creen que acabó en los tiempos remotos de los que habla la Biblia. Algunos fueron héroes, famosos muy de antiguo, según ésta reza. Supongo que por eso estoy yo aquí, intentando emular sus pasos, aunque probablemente perezca en el intento. La cuestión que me perturba ahora, incluso más que el saber qué sabes y qué deseas de mí, es: ¿quién te dijo que yo era quién soy? ¿Quién me traicionó? ¿Quién puso esa mirada de respeto y admiración en tu mirada, Himmler?"

»Tardé mucho en dormirme, y, cuando lo logré, obtuve un sueño sobresaltado de despertares frecuentes, sin embargo, me hallaba profundamente dormida cuando, poco después del amanecer, me desperté al sentir una molestia repentina, un peso sobre mi colchón.

»Traté de abrir los ojos, perezosamente. La claridad penetraba a través de la ventana del techo y resultaba hiriente, lo que me obligó a parpadear numerosas veces. Me sorprendí de que una luz tan intensa no me hubiera despertado antes, pero lo cierto era que, tras una noche de escaso y agitado descanso, aún estaba falta de sueño. Entonces, cuando conseguí dejar de parpadear y logré enfocar con

nitidez el bulto que me había molestado, me incorporé sobrecogida. Heinrich Himmler, sentado sobre la cama a la altura de mi estómago, me contemplaba con una sonrisa.

»Ni siquiera me había puesto el camisón al acostarme, no tengo costumbre de ello, por lo que me tuve que cubrir con la sábana al incorporarme para mirarle.

»Himmler vestía ya su inmaculado uniforme, a excepción de la gorra de plato; un vacío que dejaba ver su fino y oscuro cabello, poco abundante, bastante corto y sembrado con algunas canas.

»Desde la puerta, mirando atentamente hacia el interior, vigilaban dos jóvenes soldados armados.

»–Buenos días, Amber. ¿Ha disfrutado de una buena noche? –me preguntó él, como si su irrupción en el dormitorio de una mujer fuese algo común en su código de conducta.

»Me percaté de que ya no era Fräulein Kleist, sino Amber. Hubiera preferido que no se arrogase la confianza de utilizar mi nombre. Por lo demás, no me sorprendí al escuchar su pregunta y, con tranquilidad, respondí, sin concederle importancia a su presencia sobre mi cama:

»–Algo fría, Excelencia.

»–Lo lamento. Me ocuparé de que no se repita. Hoy puedo dedicarle gran parte del día. Levántese en seguida y baje a desayunar. Me reuniré con usted dentro de dos horas.

»Sin más, se levantó de la cama, dio media vuelta y desapareció de la habitación seguido de sus soldados, quienes en ningún momento me dieron la espalda.

»Yo también me levanté en cuanto desaparecieron, y corrí desnuda hacia el baño contiguo, temerosa de que alguien volviese a entrar. Al igual que la puerta del dormitorio, también la de este pequeño cuarto carecía de pestillo, por lo que puse tras ella lo único de que disponía: un taburete con mis ropas encima. Una barrera inútil, naturalmente.

La luz solar penetraba a raudales y el diminuto lugar estaba caliente. No era elegante, pero al igual que casi todo lo que había visto de noche de camino a la habitación, estaba muy nuevo y cuidado. Además, se hallaba bien provisto de toallas, jabones e incluso productos de belleza e higiene femenina. Indudablemente las SS disponían de un “departamento de atención a las secuestradas” altamente eficiente.

»Tomé una ducha, me peiné, y salí del baño en busca de la ropa limpia que había en el armario. Era ropa de calle normal: un par de faldas con chaquetas a juego y tres blusas, todo de colores sobrios y líneas sencillas. Escogí tres piezas y me observé con ellas en el espejo del baño. No solía vestir con faldas tan estrechas, pero no

estaba nada mal con ellas.

»Había llegado el momento de abandonar el aparente refugio de la habitación y respiré hondo. Haciendo acopio de valor, abrí la puerta que daba al corredor. Erguidos al otro lado estaban no sólo dos soldados armados sino también una mujer uniformada, grande como un armario, que me causó impacto y sorpresa.

»–Buenos días –me saludó, clavando en mí los ojos extraordinariamente claros de una persona albina–. El Reichsführer me ha encomendado su cuidado. Mi nombre es Irma Ebert. La acompañaré al comedor.

»Eché a andar junto a Irma, una mujer de unos cincuenta años, de expresión nada confortante, gruesa, con los cabellos rubios muy claros enroscados en un moño. Los soldados, serios, silenciosos, nos seguían de cerca con las manos sobre sus armas, listas para pulsar el gatillo.

»En el corredor había algunas fotografías de dirigentes y también adornos escultóricos sobre taquillones o peanas. Me detuve a admirar una hermosa estatuilla.

»–Thor a punto de lanzar su martillo con su símbolo, la esvástica, grabado sobre él. ¿Oro? –pregunté dirigiéndome a Irma, quien asintió con la cabeza–. Precioso. ¿Sabía que la esvástica ya aparece en antiquísimas vasijas mesopotámicas? –pregunté retóricamente, sin mirar a mi celadora ni esperar respuesta–. La palabra esvástica deriva del sánscrito y significa suerte, éxito, aquello que conduce al bienestar. Debe de haber muchos tesoros y reliquias aquí, ¿verdad?

»Como imaginaba, Irma respondió secamente:

»–Sigamos, por favor.

»Me disponía a hacerlo cuando, a través de una ventana cercana, divisé a un grupo de unas diez chicas atravesando el patio. Parecían venir de practicar algún deporte en el bosque acompañadas por su instructora, y algunas de ellas aún hacían estiramientos antes de entrar en el edificio perezosamente. ¿Serán ellas?, me dije. ¡Deben de serlo! Pero oía sus voces animadas; voces de jóvenes alegres que bromean, y no de víctimas de un secuestro. La puerta de acceso era estrecha y la cruzaban lenta y desganadamente. De repente, la última chica de la fila alzó la vista exactamente al punto desde el que yo miraba, como si siempre hubiera sabido que me encontraba allí, y me contempló despectivamente. Y entonces, súbitamente, las contraventanas se cerraron de golpe.

»No pude evitar dar un respingo, asombrada.

»Sí. Al menos aquella chica, era una de las mías, no cabía duda. No parecía muy cordial, pero cambiaría cuando nos conociésemos. Sonreí por dentro. ¡Qué fácil había sido encontrarlas! Por supuesto,

ahora quedaba lo arriesgado: ayudarlas a escapar.

»Miré a Irma, quien me estaba observando.

»–¿Quiénes son? –la pregunté.

»–El Reichsführer le informará de lo que necesite saber –contestó fríamente.

»Continuamos por el corredor hasta una escalera majestuosa, con una barandilla de hierro forjado y decorada con motivos rúnicos. Descendimos por ella hasta el vestíbulo, de cuyas paredes colgaban inmensos tapices que representaban escenas germánicas folklóricas y rurales. Toda la carpintería era de roble, y por todas partes había estatuas de mármol de Heinrich I, Friedrich von Hohenstaufen y otros héroes alemanes.

»A unos veinte metros de distancia se hallaba el comedor. Irma se despidió en la puerta, informándome de que regresaría a por mí una hora más tarde para llevarme a presencia del comandante. Yo entré a la sala, inexorablemente seguida por mis silenciosos guardianes.

»Una mesa de doce comensales estaba preparada en el centro de la habitación. Del techo, exactamente a su mitad, pendía una lámpara de hierro que tenía la forma de un sol formado por doce truenos representados por la runa Sig, el símbolo más característico de las SS. Junto a la puerta que atravesé podía verse una armadura medieval con una lanza en una de sus manos. Sobre ella, un enorme tapiz en el que habían sido tejidos diferentes símbolos nazis mezclados con escenas mitológicas.

»Mientras tomaba asiento en una de las cabeceras de la mesa, se presentó una doncella que me dio los buenos días de forma rutinaria y me preguntó qué desearía tomar. Le pedí huevos y tomates fritos. Sobre la mesa había café, pan, mantequilla, mermeladas y algunos fiambres que me serví mientras llegaba el resto, admirando las escenas de la mitología germana que colgaban de las paredes, Wotan, las valquirias, Sigfrid…

»Entre tanto, a mi espalda, a los dos rígidos soldados ni siquiera se les oía la respiración.

»Estaba untando una nueva rebanada con mantequilla cuando, de repente, la puerta se abrió con estruendo dejando paso a una chica que se paró en seco al descubrirme. La reconocí en seguida. Era la misma a quien había visto en el patio, la que había hecho elocuente uso de sus dotes.

»La chica no mostraba ahora mayor simpatía que cuando me había lanzado su mirada de desprecio, pero, pese a ello, decidí entablar conversación.

»–Hola, me llamo Amber –me presenté–. Creo que pasaré algún tiempo por aquí. Quiero decir, Su Excelencia me ha invitado, pero

aún no sé cuál es la razón así que… Te he visto abajo con las otras chicas. Y, esa ráfaga de viento que cerró las contraventanas me ha hecho pensar que eres una persona interesante

»–No estoy aquí para hacer amigas –soltó la chica abruptamente. Luego tomó asiento lejos de mí, exactamente en la cabecera opuesta.

»Me fijé en ella más detenidamente. Era muy joven, unos diecisiete años. Cabello castaño, ojos azules de un bonito tono, facciones delicadas, piel rosada y saludable salpicada de pecas. Había cogido fiambres y estaba abriendo un trozo de pan para prepararse un bocadillo con ellos.

»Hice caso omiso de su rudeza y le pregunté:

»–¿Ni siquiera con alguien a quien no le sorprenden las ráfagas de viento?

»–De ésas hay decenas por aquí –contestó la chica desdeñosamente sin siquiera mirarme–. Y no hace falta que hables en clave; estos están al tanto de todo.

»Dicho esto, extendió la mano sobre la mesa y al instante el recipiente de la mantequilla se deslizo sobre ella hasta alcanzarla. Me miró con un gesto de desafiante superioridad.

»–Deberías guardar tus cartas para poder sorprender a los adversarios –le advertí yo con suavidad.

»–¿De modo que tú eres mi adversaria? –espetó con soberbia.

»–Por supuesto que no me refería a mí.

»–Eso espero por tu bien –respondió arrogante–. Podría doblegar a quien me diera la gana en este castillo. Y naturalmente, a ti también.

»–Aha –musité, indiferente a la provocación–. Entonces estás en el castillo por tu propia voluntad.

»La chica me contempló con expresión de extrañeza, como si no cupiera en su cabeza la locura de que alguien pudiese hacerle obrar contra sus deseos.

»–¿Es que podrían retenerme por la fuerza? Soy primera generación. Seguro que tú sabes lo que eso significa porque adivino, por las molestias que se han tomado contigo, que tú también. –El tono de su voz delataba indisimulada animadversión–. ¿Por qué fue Himmler personalmente a buscarte? ¿Qué tienes tan especial?

»–Nada que deba preocuparte a ti –le aseguré, comenzando a asombrarme del cariz tomado por la conversación.

»–¿Quién es tu padre?

»–Seguro que no es el mismo que el tuyo. ¿Qué te importa? Es a mí a quien tienes delante, no a mi padre. Para mí lo importante es que una de las mías está aquí y quiero saber lo que puedo esperar. Dices que no estás a la fuerza, entonces, ¿qué estás buscando o

cuáles son tus intenciones?

»–¿Una de las tuyas? –repitió ella casi con repugnancia–. Supongo que no puede negarse que pertenecemos a una misma y especial familia, pero eso no nos convierte en amigas o en aliadas. Lo que me lleva a preguntarte de nuevo, ¿qué tienes tan especial que te hace superior a mí? Porque, francamente –sacudió la cabeza con desprecio–, no pareces sino lo contrario.

»–¿Y de dónde has sacado la idea de que soy superior a ti o a cualquiera, si, como tú tan simpáticamente señalas, cuido mucho el no parecerlo? –Silencio, miradas incendiarias–. Deduzco que tú, al contrario que yo, no has tenido el honor de ser invitada cordial y personalmente por nuestro amado Reichsführer. Cruzó el Atlántico para solicitar el honor de mi compañía. ¿Qué segundón fue el que te invitó a ti?

»Yo, que estaba arriesgando mi vida en el castillo por salvarla a ella y a otras como ella, me encontraba de pronto perdiendo el tiempo en bobas batallas dialécticas con una adolescente engreída. Me estaba irritando de lo lindo y me dejé llevar.

»La chica resopló con ironía.

»–¿Amado, ese ratón con gafas? Es el hombre más cobarde que he conocido jamás; un patán supersticioso lleno de prejuicios y con un complejo de inferioridad mayor que este castillo. Manipularle es tan fácil que ya casi no me divierte.

»–Por lo que veo tampoco tienes el honor de contar con tu propia guardia personal. ¿Tu índice de peligrosidad no se considera suficiente?

»La chica me dirigió una mueca que significaba “qué graciosa eres”.

»–A mí no hay guardia que pudiese retenerme. Y además, no es necesaria, estoy justo donde deseo –declaró.

»Numerosos pasos indicaron la llegada de varias personas y al cabo de unos instantes un grupo de chicas entró al comedor. Se habían cambiado de ropa, pero eran las mismas a quienes había visto en el patio junto a la adolescente engreída. Algunas de ellas me saludaron al entrar, la mayoría me observó con curiosidad mientras tomaba asiento. “¡Bien!, me dije, ¡Son ellas, las jóvenes secuestradas por las SS! Sólo falta que no sean como ésta otra.” Su edad oscilaba aproximadamente entre los diecisiete y los veintiocho años. Vestían de forma similar a la mía, sin distintivos que las relacionase con el partido. Tras ellas, que, incluyendo a la primera, eran diez, entraron seis soldados que se distribuyeron por el comedor.

»–Me llamo Amber –consideré adecuado decir, elevando la voz ligeramente por encima de los comentarios de algunas muchachas

que ya no me habían prestado más atención, o que, por el contrario, cuchicheaban acerca de mí–, Amber Kleist.

»–Lo sabemos –manifestó con indiferencia la que se hallaba más cerca de mí, mientras se servía azúcar en el café–. Laima dijo que llegarías hoy. De modo que ya estamos las doce. ¡La fiesta puede empezar! Yo soy Ingrid.

»–No sé quién es Laima –confesé–, ni a qué tipo de fiesta te refieres.

»–Laima es vidente –declaró una chica.

»–No seas simple, Olga, Laima no es vidente –la corrigió otra–. Es una profetisa, que es muy distinto. Goza de una privilegiada línea directa con Dios, y prácticamente no hay nada en este mundo que no sepa. Mantiene en secreto su ascendencia; al parecer es muy poco común.

»–Creo que posiblemente la de Amber no es más común –comentó con retintín la adolescente altanera–, porque también rehúsa hablarnos de ella.

»–Probablemente no se lo hayas preguntado de buenas maneras, Leyna –opinó Ingrid, haciéndome así saber cuál era el nombre de la chica que me consideraba un peligro para su ego–, o puede que simplemente no sea tan presuntuosa como tú y no quiera alardear en su primer minuto de presencia en el castillo.

»Se dedicaron mutuamente una mueca burlona.

»–Va a ser mejor que le des a otra tus clases de buenos modales, Ingrid –advirtió Leyna en tono amenazante.

»–¿Todas vosotras sois…? –pregunté yo, tratando de ser discreta, indicándoles con una mirada la presencia de los guardias y la camarera, quien en aquel momento depositaba ante mí el plato de mi desayuno.

»–No te preocupes por estos –señaló Ingrid despectiva–. Ya saben quiénes somos. Todo el mundo en el castillo lo sabe. ¿Por qué crees si no que nos han traído aquí?

»–En realidad no tengo ni idea –confesé yo.

»–¿Te creías tan especial como para ser la única, guapa? –soltó Leyna con una risa burlona–. Lamentamos decepcionarte.

»–Creo que deberíamos estar unidas, ahora que por fin estamos todas, en lugar de perder el tiempo lanzándonos puyas bobas, Leyna. Laima dijo que la llegada de Amber sería el principio del fin.

»–¿El fin de qué? –inquirí yo.

»–El fin de la oscuridad, ¿de qué va a ser? –dijo una.

» “Tiemblo al pensar de cuántas formas puede ser interpretado eso dentro de este castillo”, pensé.

»–Leyna me dijo que está aquí voluntariamente, ¿el resto de vosotras también? –les pregunté. Tenía que ir con pies de plomo

hasta asegurarme de que aquéllas eran las chicas a las que pretendía ayudar.

»La pregunta pareció perturbarles, y, con su silencio y sus miradas huidizas, las chicas dieron claras muestras de encontrar incómoda la cuestión.

»–¿Estáis siendo amenazadas? ¿Vuestras familias están en peligro? –insistí. El silencio persistió y, en un susurro, añadí–: ¿O buscasteis venir aquí con algún objetivo…?

»Éramos once en la mesa, más esa tal Laima. Doce mujeres, que, si era cierto que algunas de ellas eran de primera generación, juntas hubieran podido hacer estallar los cerebros de todos los miembros de las SS al unísono, y éste hubiera sido un ejercicio sencillo. Así pues, ¿por qué seguían allí?

»Poco a poco, algunas de las chicas levantaron hacia mí unas desagradables miradas.

»–Coacción, heroísmo… –dijo Ingrid por fin–. Cualquiera que fuesen las razones o las intenciones que teníamos cuando llegamos aquí, se desvanecieron en el tiempo. Como a ti también te ocurrirá.

»–¿Eso crees? –la interpelé asombrada–. ¿Por qué?

»–Porque cuando conozcas la verdad, la auténtica misión que guía al Führer, se esfumarán tus malas intenciones –aseguró otra chica–. Porque su objetivo es desenterrar la verdad oculta bajo toneladas de mentiras, y eso nos afecta a nosotras muy personalmente.

»–¿Mis malas intenciones? No sabéis cuáles son mis intenciones –observé.

»–Laima ha dejado caer lo suficiente –intervino otra–. Yo fui la primera en llegar aquí. No era una heroína. Estaba calladita y cumplía con lo que se requería de mí: pruebas parapsicológicas y de inteligencia, preguntas sobre mí, mi familia, mis creencias, mis conocimientos… Obedecía a todo dando lo máximo que podía. Mi única preocupación era que mi madre y mis hermanos no sufriesen las consecuencias si fallaba o si intentaba escapar. Luego, cuando vi que llegaban las otras, se me ocurrió la posibilidad de unir fuerzas con ellas. Pero el riesgo era mucho mayor que las fuerzas conjuntas y no nos atrevimos a hacer nada. Pero después llegó la instrucción, llegaron las explicaciones. Esto lo cambió todo. Por primera vez en nuestras vidas alguien nos dijo quiénes éramos, quiénes eran nuestros ancestros. No lo obvio, lo que ya sabíamos, sino la verdad que se remonta a cientos de miles de años atrás. Quiero que ellos sigan trabajando para descubrir los auténticos orígenes de la humanidad. Se trata de escarbar bajo una montaña de mentiras en busca de una verdad que se nos ha ocultado ex profeso durante siglos. Y quiero formar parte activa en el logro de un futuro mejor,

de una humanidad superior.

»–Me parece estar oyendo hablar a una simple humana –la cuestioné, tras reponerme con esfuerzo de los absurdos que había escuchado–. Sé que los padres de muchos de nosotras no representan gran fuente de información, que nos tratan como si no estuviésemos capacitadas para entender sus misterios, ignoran nuestras preguntas y a veces ni siquiera están presentes en nuestras vidas, pero aun así, ¿no es más fácil y lógico recurrir a ellos, insistirles cuanto haga falta, buscarles donde se oculten, puesto que pueden darte conocimientos fiables y completos, antes que entregar la fe a quienes ellos llamarían simples simios supersticiosos?

»–Trae a uno de ellos aquí si lo ves tan sencillo –me retó otra.

»–Puedo hacerlo –faroleé.

»Las miradas se clavaron en mí, recelosas, incrédulas.

»–No lo entiendes –dijo una–. Buscamos nuestra propia identidad. No queremos depender de alguien que nos desprecia cuando hemos encontrado, o hemos sido encontradas, por otros que nos consideran más que una raza superior, semidiosas. Tú crees tenerlo muy claro: Eres una nefilim, una heroína del Antiguo Testamento. Has llegado hasta aquí con una misión monumental. Y eso es todo. Pero, ¿qué es un nefilim? ¿Qué es un ángel? Sólo son ideas robadas por los judíos a religiones preexistentes miles de años antes que la cristiana. Si tu padre te habló alguna vez de Dios, ¿te dijo que era el único dios? ¿Te dijo que era el creador del universo?

»–No somos diosas, pero sí estamos por encima de la humanidad –declaró otra–. Y ahora nos ofrecen un puesto desde el cual nosotras y nuestros hijos podremos beneficiarla. Dirigiéndola, guiándola. Apartándola de sus bajezas y perversiones.

»–Es una intención loable, pero ningún bien puede alcanzarse tomando el mal como medio, y el asesinato de inocentes, aunque sean inferiores, no puede considerarse un camino lícito –objeté.

»–Al contrario –intervino una voz ruda–, es necesario.

»–Ya estás viendo cuál es nuestra posición, pero aún no nos has dicho a qué has venido tú –dijo Ingrid–. ¿A salvar a alguien? ¿A salvar al mundo? Puedo ver que aún no tienes una noción real de lo que está sucediendo aquí. Has visto lo que ocurre fuera: opositores en prisión, periódicos cerrados, libertades abolidas, eliminación de todo grupo o asociación que no comulgue al cien por cien con el nacionalsocialismo… Y desde tu posición privilegiada conoces también lo que se oculta cuidadosamente a los ojos del mundo. Que los judíos no están siendo simplemente expulsados. Que cualquiera que supone un coste para el estado sin aportar algún beneficio es piadosamente eliminado por muy ario que sea: los homosexuales, que no contribuirán con savia nueva al crecimiento del Reich por

medio de sus hijos ni darán su vida en el ejército; los enfermos mentales, disminuidos, niños con taras y hasta minusválidos. Probablemente tienes amigos –os llamaréis logia, orden o algo similar–, que te señalaron como la más capaz de entre todos ellos para llevar a cabo la más importante misión realizada desde los trabajos de Hércules: Infiltrarte en el centro de poder de Hitler y descubrir de dónde extrae su fuerza, su carisma, su magia. Qué le permite hipnotizar a millones de benditos hasta convencerles de que denuncien a sus propios amigos, a sabiendas de que destrozarán para siempre su vida y la de sus familias. Pero ¡a lo mejor no se emplea hipnotismo, magia ni poder alguno! Son sólo millones de personas unidas en una lucha común: la conservación de la propia raza.

»–Y entiendo que vosotras estáis unidas en la lucha por el dominio del mundo –dije–. Se os ha prometido ocupar por fin el puesto que os corresponde, alzándoos como diosas sobre los humanos. Sobre los pocos que queden, claro, una vez se termine de extinguir a los indeseables. Apuesto a que cualquiera de vosotras haría un papel extraordinario como dirigente, asesora del Führer Supremo de Toda La Tierra, o lo que quiera que os propongáis ser, y no estoy siendo irónica. Lo que ocurre es que antes de alcanzar la meta se habrá producido un baño de sangre de dimensiones apocalípticas. Si queréis dirigir o adoctrinar a algún humano, ¿por qué no empezar por los que más lo necesitan en lugar de permitirles que os hagan un lavado de cerebro? Sois superiores, estoy de acuerdo. Entonces, ¿por qué os mezcláis con los ínfimos entre los inferiores?

»Dos de los soldados de la fila se miraron el uno al otro con los labios contraídos de furia. Los observé, comprendiendo que mi lista de enemigos crecía exponencialmente.

»–Dejadla, chicas –las aconsejó Ingrid–. Cuando Himmler se haya encargado de hacerle eso que ella llama “lavado de cerebro” no seguirá oponiéndose a su destino. Sólo un aviso, Amber Kleist, no trates de estropearnos el plan; no se te ocurra atentar contra Himmler o contra Hitler. Dices que son inferiores y que por tanto no deberíamos obedecerles. No lo hacemos. Pero de la simbiosis mutua nacerá un mundo nuevo. Los necesitamos para eso. Algunas generaciones en el futuro el daño causado se habrá olvidado, pero los objetivos conseguidos permanecerán. Objetivos que alzarán a la humanidad muy por encima de su triste potencial actual, al desprenderla de los elementos que extienden sobre ella sus limitaciones.

»–Y un consejo, Amber –expuso Leyna–. No te molestes en buscar varitas mágicas. Acepta la maldad humana. Resulta

consolador pensar en las fuerzas sobrenaturales como motor de toda maldad, ¿verdad? ¿Cómo va a haber setenta millones de asesinos en Alemania? No. Hay dos, únicamente, y entre ambos, gracias al poder del Santo Grial, de la lanza de Longinos y del martillo de Thor, logran que todas esas pobres criaturas inocentes, débiles y maleables que conforman Alemania no tengan opción a la hora de ejecutar por miles a niños, mujeres y hombres inocentes, y que no sean capaces de mover un dedo para evitar que sus propios hijos se alisten a un ejército cuyo fin no es la protección de sus fronteras, sino la invasión y aniquilación de naciones. Si lo que quieres son reliquias que destruir, aquí encontrarás unas cuantas que Himmler te mostrará con orgullo. Puede que él las use para sus rituales, pero tú sabes lo que es la magia: tan sólo un mecanismo para enfocar el propio poder. Por tanto, el poder de Hitler no radica en ellas ni le puede ser arrebatado, del mismo modo que nadie puede arrebatarte el tuyo.

»–Lo que has dicho es muy cierto –concedí, ya aburrida de la conversación–. Ninguna persona de bien a quien se le contaran los actos que estos hombres están cometiendo en los últimos años los consideraría verosímiles. Sin embargo, te contradices de una forma que da pena y me incita a creer que tanto ardor tiene como único propósito desviarme de la verdad. Dices que no hay fuerzas sobrenaturales apoyando al Führer, cuando estoy sentada a la mesa con diez de ellas, algunas de las cuales parecen sentirse princesas destronadas tras mi llegada, y otras defenderle y adorarle como a un dios. Además, niegas el poder mágico de las reliquias, pero admites en Hitler un poder inalienable.

»"No pienso intentar cambiar vuestras convicciones, aunque, siento decepcionaros, no hay jabón en este mundo para dejar mi cerebro tan limpio como el vuestro. Yo iré por mi camino y vosotras por el vuestro. Pero tampoco pienso tolerar amenazas, y voy a dejaros clara una cosa: A cualquiera que se oponga a mí, que intervenga en mis asuntos tratando de interferir en mis planes, causándome desavenencias con Himmler u ocasionándome la menor molestia…

»No quería dejarme llevar por el malhumor y decidí cortar la ya elocuente frase a medio acabar. Ya había resultado un encuentro suficientemente inesperado y desagradable. Me levanté de la silla, muy digna, arrojando la servilleta a la mesa, y las miré. Era obvio por sus irritantes expresiones de burla y provocación que no sólo no las había cohibido, sino que habían formado un frente común en mi contra.

»–No se te ocurra amenazarnos, bonita –me advirtió Ingrid, que al parecer era la portavoz–. No sólo te pondremos las cosas difíciles

si te atreves a obrar en contra de nuestros intereses, sino que es posible que decidamos aplicarte la "solución final".

»La "solución final" propuesta por Hitler en el libro de cabecera Nazi "*Mi Lucha*" para acabar con la raíz de los problemas germánicos, había conducido al exterminio de miles de personas, por lo que el grupo de nefilims nazis estalló en carcajadas ante el ingenio de su compañera.

»Sentí ganas de aplicarles a ellas una solución bien radical también, pero la reeducación de unas malcriadas fáciles de manipular no era de mi interés. Era tarde para salvarlas. Eran adultas, no podía obligarlas a salir de allí si no colaboraban para ayudarme a lograrlo. Naturalmente, me sentí terriblemente decepcionada, pero, ¿qué podía hacer para cambiar lo evidente? Nada.

»Las noticias que Eldwin y yo teníamos hablaban de cinco chicas, cuyas fotografías yo había visto. Aunque no puedo garantizarlo, pues me parecieron bastante cambiadas, creo que tres de ellas se encontraban allí. Ninguna de las que yo buscaba era de primera generación (es decir, hija de un ángel), como esa Leyna decía ser (y yo dudaba, lo que había mostrado podía hacerlo una tataranieta). Sólo eran colegialas. Chicas de inteligencia superior o con habilidades paranormales sencillas: telepatía, telequinesis, premoniciones… Se suponía que esperaban con ansia la llegada de un salvador. O la mía, en su defecto. Pero las tres chicas a las que yo identificaba parecían felices de formar parte de la misma orgullosa piña nacionalsocialista.

»Tenía el otro objetivo por cumplir. Mucho más importante que salvar a las chicas, aunque el contar con el apoyo de éstas había formado parte importante del plan. Trataría de acometerlo por mis propios medios, manteniéndome al margen de ellas.

»Me alejé de la mesa con gravedad, encaminándome hacia la puerta y, cuando la abría para salir, la armadura medieval que había junto a mí estiró un brazo, pegándome con él en el rostro con tremenda fuerza. No me había repuesto de la sorpresa cuando, un segundo después, el tapiz que había sobre ella se desprendió de la pared yendo a caer sobre mi cabeza y envolviéndome toda como en una pesadísima trampa. La enorme capa me sumió en la oscuridad, impidiéndome casi todo movimiento. Luché por desprenderme de ella, intentando encontrar sus lejanos bordes, mientras oía de fondo las risas de las muchachas. Acuclillándome, fui recogiendo la tela hasta que pude ver de nuevo la luz y deshacerme de la gruesa tela.

»Cuando me puse en pie, las muchachas seguían riéndose, mientras algunos de los guardias sonreían con escaso disimulo.

»–¿Qué vas a hacer ahora, fanfarrona estúpida? –me preguntó

una.

»Yo echaba chispas.

»Permanecí de pie donde estaba examinando a las chicas y también a los soldados. Ellas reían, más como una burla que por sincera diversión; ellos me observaban a la defensiva desde prudente distancia. Todos esperaban que reaccionase de alguna forma.

»Pensé que aquel grupo de nazis sobrenaturales era un grave peligro. Diez armas brutales dispuestas a erradicar a dos tercios del planeta, y, lo que era peor, probablemente capaces de conseguirlo. Y los soldados… Tan dispuestos a matarme como a matar por ser como yo.

»Salí del comedor seguida por la mirada de todos, dejando un sentimiento de decepción generalizado.

»Envalentonadas y sin resignarse a que la confrontación acabase sin más, algunas elevaron la voz lanzando burlas y provocaciones. Habían deseado un enfrentamiento que dejase las cosas bien claras a la recién llegada al tiempo que ésta les mostraba cuáles y cuántas eran sus fuerzas. Las miré un momento desde el umbral de la puerta. Decidí que lo iban a averiguar.

»Mis guardianes me siguieron de inmediato, pero no alcanzaron la puerta antes de que yo pudiera cerrarla. Me aposté un instante tras ella. Sólo hasta que el estallido llegó a mis oídos, produciendo un temblor en todo el castillo. A continuación me llegaron los gritos de dolor y pánico; los ruidos de personas tropezando con otras y cayéndose al suelo en medio de las llamaradas y el humo. Entonces, sonriendo levemente, susurré para Leyma:

»–Ahora ya sabéis lo que tengo de especial.

»Y crucé el corredor hacia la escalera, antes de que el auxilio llegase.

»Tras de sí quedaban mis ilusiones muertas acerca de unas chicas que, lejos de ser aliadas, ahora eran mis enemigas. Bueno, si sobrevivían.

»Bien: Eldwin, ojalá tú nunca te enteres de esto, y, a cualquier otro que lo esté leyendo, y que tal vez se haya decepcionado por mi conducta, le digo lo que mi padre dijo una vez a mi madre: “Nadie con una gota de sangre humana debería poseer el poder que ella tendrá”. Él nunca debió decir esto, o yo ahora lucharía y vencería esa clase de instintos. Pero, si tú crees que está en mi perversa naturaleza, si me consideras tan inferior, si careces de fe en tu propia creación, querido padre, ¿cómo podría yo oponerme al sabio juicio de un ángel? Cada vez que haga algo malo, te lo dedicaré, al igual que le dedico a mi madre todos mis triunfos.

»Procuro gobernarme, pero tengo un genio incontrolable, al

estilo Jekyll y Hyde.

»Volviendo a ellas, las habían lavado el cerebro. El Reich era especialista en ello. Las habían convertido en arpías atentas sólo a sus propios fines".

Sam levantó la cabeza y perdió su mirada en el vacío. "¡Vaya! –se dijo–, ¡mi madre era increíble!" Se encontraba anquilosado y con el cuello en tensión. Antes de proseguir, se levantó de la silla y dio unas vueltas por el comedor mientras recapitulaba sobre lo que había leído.

Capítulo 19

Génesis

Retomando el diario de su madre, Sam continuó leyendo.

"Me palpitaba el corazón. Disfrutaba de un ataque de euforia. Me sentía viva y más poderosa que nunca. Son los efectos propios de las grandes manipulaciones de energía.

»En el estado en el que estaba, sintiéndome poderosa, exigente y desafiante como una diosa, enfrentarme a Himmler me resultaba apetecible. Me di prisa, porque la ayuda acudiría rápida al olor del tufillo de carne quemada que escapaba tras las rendijas de la puerta.

»Subí la escalera, que se hallaba a los pocos pasos del comedor. Un piso más arriba encontré a un guardia que también ascendía. Le detuve con una potente interjección.

»–¡Eh! Su Excelencia me está esperando. Llévame a su presencia –le ordené con voz grave e imperativa. Después, algo más suavemente al ver sus reticencias, añadí–: Por favor.

»El chico, muy joven, con el cabello casi rapado y los ojos de un gris muy claro, miró sorprendido en rededor, preguntándose por qué ningún guardia estaba conmigo. De no muy lejos comenzaban a llegar gritos histéricos de personas que demandaban ayuda.

»–Ha explotado una vieja lámpara de gas que alguien trajo –le expliqué–. No te preocupes.

»El joven soldado estaba asustándose de la magnitud de los gritos y del trasiego de gente que se oía abajo.

»–¿Quieres que le tenga que decir al Reichsführer que me he retrasado por tu incompetencia, haciéndole perder su impagable tiempo?

»El chico miró a la enfadada mujer. Probablemente pensando que podía llevarla arriba y bajar corriendo a fisgar lo sucedido, se avino:

»–La acompañaré a su despacho. Sígame, por favor.

»Lo hizo. Subimos dos pisos, recorrimos un largo pasillo, doblamos por otro y continuamos hasta llegar al punto de la torre norte donde Himmler había enclavado una da las habitaciones para su uso privado.

»A unos metros de distancia de la puerta donde el Reichsführer despachaba sus asuntos, había una mesa con material de trabajo pulcramente dispuesto y un hombre a su frente. Le di mi nombre cuando me interrogó y luego él se dirigió a la puerta de doble hoja, custodiada por dos guardias, que atravesó tras golpear vigorosamente con sus nudillos. Desapareció de mi vista al perderse unos metros en el interior, pero oí, un poco nerviosa, cómo informaba a Himmler de mi presencia. El hombre se asomó a la puerta, que mantuvo abierta, mientras yo entraba tras su indicación.

»Por el camino había perdido parte de mi arrojo. A Himmler no debía quitarle la vida ni enfrentarme a él, salvo que fuese imprescindible como defensa. Le necesitaba para desentrañar multitud de misterios y, tal vez, para acercarme al Führer.

»De pie junto a su mesa de trabajo, el Reichsführer colgó el auricular del teléfono cuando entré y se quedó mirándome sonriente desde donde estaba.

»Poco después, se encaminó hacia mí, sin perder aquélla enigmática expresión, y se detuvo a mi lado.

»Con las manos a la espalda, dijo:

»–Al parecer ha tenido un desencuentro con mis chicas.

»Parecía inflamado de orgullo; tanto que la voz se le había quebrado al hablar. Sorprendida, le clavé la mirada estudiándole. La redondeada faz de rasgos levemente asiáticos mostraba una expresión serena y amable a la par que emocionada. Se leía en sus ojos la satisfacción. Si es que alguna vez había dudado que yo valiese las molestias que se había tomado, ahora podía quedarse tranquilo.

»Todo esto me sorprendió, pues no había reparado en las consecuencias de lo sucedido en el comedor.

»Me mordí los labios mostrando una impostada sonrisa que podía expresar a un tiempo sorpresa por haber sido pillada y admiración ante la eficacia del sistema de vigilancia ario.

»–Las noticias vuelan –dije.

»–Descubrirá que la búsqueda de la información es la meta a la que se consagra el Reich.

»–Eso me han dicho –le respondí yo, con ironía seca pero comedida–. Temo que habré dejado fuera de combate a algunas de sus valquirias por algún tiempo.

»Él se rió con espontaneidad.

»Observé el espacio dónde nos encontrábamos. Los cuarenta metros cuadrados me acogían más con la calidez de un refugio que con la frialdad de un despacho oficial. En un extremo de la rectangular sala, presidiéndola como un altar, se situaba la ordenada mesa, en cuya parte frontal estaba inscrita una gran esvástica. En el extremo opuesto ardían altas llamas en la chimenea. Cerca de ella se situaban tres grandes sofás entorno a una mesa de centro. Exactamente en el centro de la pared de mayor longitud, entre dos ventanas, pendía un retrato al óleo de Hitler, de bastantes años atrás. Como hipnotizada ante este hallazgo, me encaminé hacia el cuadro y me detuve ante él.

»Un Hitler pleno del vigor de los treinta y cinco años clavó en mí la penetrante mirada de unos claros ojos azules que parecían perderse en la observación de una realidad diferente. Un largo mechón de negro y lacio cabello atravesaba su frente, dejando al lado derecho una raya muy baja perfectamente marcada. Un pequeño bigote sombreaba la línea recta y delgada de unos labios firmemente apretados. Su expresión severa transmitía la fuerza y el poder de un líder mesiánico invulnerable y dotado de una inquebrantable voluntad.

»En el ángulo inferior derecho del lienzo se leía en elegante grafía negra el nombre del autor del cuadro: *A. Hitler*.

»–Tuvo que renunciar a su sueño de convertirse en pintor profesional –dijo Himmler, contemplando el cuadro junto a mí–, pero nunca ha dejado de pintar. He de confesar, no obstante, que fue necesario otro artista para terminar esta obra. Su falta de tiempo me ofreció la excusa para proponérselo y él no tuvo más opción que acceder, lo cual, admitámoslo, benefició a su imagen. Sus retratos tienen algo de caricaturesco. Sin embargo es un buen paisajista. Observe aquella pared. Tres hermosos paisajes de su propio pincel. –Me di la vuelta y me acerqué a la pared vecina para contemplar las obras a las que se refería. Dos eran paisajes boscosos, el tercero, sin duda el de mayor mérito, mostraba un palacio vienés rodeado por sus jardines. El dibujo arquitectónico parecía ser su fuerte. Coloqué cuidadosamente la yema de mis dedos sobre la parte baja de uno de estos lienzos. En él, la blanca espuma de una gran cascada caía sobre un lago. En primer plano, la

tierra agreste, erosionada por su furia, trataba de mantenerse firme con la ayuda de cinco delgados árboles que intentaban sobrevivir en ella. Un tronco muerto estaba a punto de caer al agua. Una gran piedra solitaria ocupaba el centro del lago. En la parte inferior izquierda se veía la firma del autor de la obra; tan sólo dos iniciales hermosas, elegantes, artística y amorosamente trazadas en negro con la satisfacción ante la obra recién concluida, las de un joven pintor lleno de ilusión por su arte: *A. H.*–. ¿Qué más puede pedirse a un pintor autodidacta? –habló Himmler, de nuevo a mi lado, sin perder de vista la mano suavemente posada en el lienzo–. Por dos veces le negaron la plaza en la Escuela de Artes de Viena para dejar lugar a esos modernistas que pisotean el verdadero arte con obras que ahora hacemos arder en la pira de lo depravado. Pero, pese a su rechazo, él perseveró en su perfeccionamiento, y, entre dibujos, óleos y acuarelas deben existir más de dos mil obras suyas, la mayoría repartidas por los hogares de quienes las adquirieron cuando era poco más que un mendigo. ¿Lo sabía? Eso fue él: un hombre sencillo, surgido del pueblo, escogido por el pueblo.

»Yo me hallaba concentrada en mis percepciones y los ardientes comentarios de Himmler no obtuvieron contestación.

»Súbitamente, la mano de él se posó sobre la mía apartándola del lienzo en un acto brusco e irreflexivo, como si de pronto un resorte inconsciente le hubiese hecho comprender que tan nimia acción podía suponer un peligro.

»–¿Qué hacía? –me preguntó con la expresión más severa que le había conocido hasta entonces.

»Levantando ligeramente los hombros y con un movimiento de cabeza que indicaba la insignificancia de mi acto y la sorpresa ante la rudeza de él, le contesté:

»–Palpaba la calidad de la pintura. Es una obra temprana. Está fechada en 1916, cuando el autor, según él mismo ha declarado, se veía obligado a satisfacer su hambre en comedores de caridad, y, sin embargo, la calidad de la pintura y del lienzo no acusan esos sinsabores, ni técnica ni materialmente. El arte estaba por encima de sus propias necesidades físicas, las cuales sacrificaba a fin de que su obra no desmereciera ni decepcionara a quien la adquiriese. Ya por entonces era notable su entrega a sus propósitos, ¿no cree?

»Himmler me contempló con escepticismo. Desvió la vista al cuadro por instante y de nuevo volvió a mirarme.

»–¿Hay… alguna otra deducción que haya podido hacer? –preguntó.

»Simulé que meditaba la respuesta durante unos instantes.

»–No –contesté.

»Himmler se llevó las manos a la espalda y me miró fijamente.

En sus ojos, sin embargo, no había reto, ni tan siquiera enojo. Entonces me reveló:

»–Me dijo que tú no cooperarías. Al principio.

»Sonreí y le respondí con voz cansina:

»–Ahora se espera de mí que pregunte: ¿quién se lo dijo? Así que: ¿Quién se lo dijo?

»Él me sonrió.

»–Ése es mi secreto, por ahora –Le devolví la sonrisa recordando a la profetisa de quien habían hablado las nefilims nazis, la tal Laima. ¿Quién demonios sería y qué podía saber de mí? Himmler no parecía predispuesto a alterarse. Era paciente conmigo, lo que no debía ser usual. Continuó explicándome–: También me dijo que estabas interesada en nuestros tesoros; en especial en las reliquias legendarias envueltas en leyendas místicas. Eso es algo que tenemos en común. Como prueba de nuestra buena voluntad, confianza y admiración, del Führer y mía quiero decir, he hecho traer de Núremberg un tesoro particularmente querido por él. Te sorprenderá descubrir de lo que se trata. Por favor, acompáñame.

»Me condujo a través del largo corredor hasta las escaleras principales cuyos escalones descendimos piso tras piso hasta llegar a un sótano. Llegado a él, anduvimos por un austero pasillo donde se hallaba una puerta discreta de la que partía una nueva escalera. Al contrario que la principal, esta nueva escalera era estrecha, de escalones altos, y descendía considerablemente empinada, dibujando una forma de caracol.

»Había perdido la noción de los metros descendidos cuando llegamos a su fin, donde una sólida puerta de hierro fue abierta por el guardia que encabezaba la fila. Al atravesarla, me encontré en el ambiente hostil, frío y oscuro de la planta subterránea. Las paredes de piedra no habían sido revestidas con ningún material y arañaron mi mano cuando las rocé a causa de la estrechez. Al no existir ventanas, el aire se hallaba enrarecido y la iluminación era débil y enteramente artificial.

»A lo largo del recorrido se abrían pequeñas habitaciones que indudablemente habían servido como mazmorras y lugares de tortura. Mi corazón dio un vuelco, pensando si no estaría siendo guiada hacia algún espantoso encierro motivado por razones que aún no podía entender.

»Pero no era así. Al doblar un recodo de pronto nos encontramos ante una puerta guardada por dos soldados que saludaron marcialmente a su visitante para franquearle la puerta inmediatamente después. De la habitación surgió una tenue luz fría, fluorescente, y una ligera bocanada de un aire menos frío y húmedo que el del exterior.

»Tras un gesto de Himmler, me decidí a penetrar la primera en aquella sala.

»Una poderosa sensación me sobrecogió.

»El techo era bajo y, como él, las paredes estaban cubiertas de material negro que la oscuridad general me impedía identificar con exactitud. Sin embargo, de las vitrinas situadas de arriba a abajo por toda la habitación, como acuarios sobrepuestos en una tienda, emergía una suave luz azulada suficiente para envolver sus majestuosos tesoros con una iluminación mágica que los individualizaba y a la vez destacaba uno a uno.

»La habitación no era fría ni cálida, ni húmeda ni seca. Descubrí tubos que atravesaban verticalmente el techo y percibí el rumor de pequeñas maquinas en los oscuros rincones. Sin duda la sala estaba situada bajo la torre norte y había sido trazada a semejanza de ésta, pues sus dos largas paredes confluían en un semicírculo, la punta de la lanza.

»Olvidando dónde y con quien estaba, me acerqué a las vitrinas de la pared izquierda y me detuve frente a ellas, ensimismada.

»–La historia de la humanidad desde el alba de los tiempos –me explicó Himmler, orgulloso del expolio al que había sometido museos y colecciones privadas–. Como ves, aquí no hay coronas de diamantes ni máscaras de oro. La mayoría de nuestros tesoros son humildes piedras, tablas de arcilla o pergaminos que revelan fragmentos de la verdadera historia de la Tierra, de la humanidad y de la raza aria. Pero, antes de darte tiempo para que los observes con detenimiento deja que te muestre lo que hice traer para ti.

»Me puso la mano sobre el hombro para atraer mi atención, pues tenía la vista clavada en una de las vitrinas. Me giré y vi su rostro excitado bajo la tenue luz fría. Me indicaba un punto al fondo de la sala donde podía verse una baja mesa rectangular sobre la que reposaba una caja.

»Al acercarme, vi que la caja, semejante a un arcón de pequeñas dimensiones, estaba hecha de madera con delicadas incrustaciones de nácar.

»–Vamos, sube la tapa –dijo, al verme paralizada junto al arcón.

»Lentamente, levanté la cerradura y después, con ambas manos, alcé la cubierta.

»Nos hallábamos en la zona semicircular de la habitación, favorecidos por la luz que emanaban las vitrinas tanto de detrás de la mesa como de ambos lados, y enseguida pude observar que allí, sobre un lecho de terciopelo rojo, descansaban los restos de una antiquísima lanza.

»–Puedes cogerla –me apremió, con las manos gesticulantes–. Vamos, ¡cógela!

»El agitado tono de su voz hizo que me volviese a él, buscando, instintivamente, señales de peligro en su emocionado rostro. Aunque las leves luces se reflejaban en los cristales de sus gruesas gafas impidiéndome ver sus ojos con claridad, no parecía haberlas. A la vista no llevaba ningún arma, y sus soldados habían quedado a pocos pasos de la entrada, lo que era una gran distancia.

»Me volví de nuevo a la frágil pieza y la tomé con exquisita delicadeza.

»Medía treinta centímetros de longitud y terminaba en una punta delgada, en forma de hoja. En algún momento de su azarosa historia, el filo había sido ahuecado para admitir un clavo que ahora estaba sujeto con un hilo de oro. La lanza se había partido y las dos partes estaban unidas por una vaina de plata. Dos cruces de oro habían sido incrustadas en la base, cerca del puño.

»–La lanza de Longinos –susurró Himmler–. La lanza del Destino. Según las tradiciones germánicas fue llevada como talismán por Carlomagno durante cuarenta y siete campañas victoriosas, hasta que, en el curso de la número cuarenta y ocho, la lanza se le cayó y se alejó de su alcance. Murió poco tiempo después. La lanza pasó a manos de Heinrich I el Cazador, quien fundó la casa real de Sajonia y empujó a los polacos hacia el este. Después de pasar por las manos de cinco monarcas sajones, llegó a las de los Hohenstauffen de Suabia, que les sucedieron. Teniéndola en su poder, Federico Barbarroja conquistó Italia y obligó al Papa a exiliarse. Pero, al igual que Carlomagno, Barbarroja dejó caer la lanza mientras vadeaba un arroyo en Sicilia y murió pocos minutos después. Esta lanza tiene una importancia especial para mí por razones que te contaré más tarde, pero no es menos significativa para nuestro Führer.

»"Cuando, durante sus años de necesidad, Adolf Hitler recorría una y otra vez el museo de Viena, a veces con el único fin de no morir congelado, y se detenía frente a la lanza, lentamente iba apercibiéndose de la poderosa presencia que la rodeaba, la misma impresionante presencia que había experimentado interiormente en esas ocasiones de su vida en que había sentido que un gran destino le aguardaba, como ante una ventana en el futuro que se abría, a través de la cual veía, en un relámpago de iluminación, un hecho futuro en función del cual sabía, más allá de toda contradicción, que la sangre de sus venas se transformaría algún día en el vehículo del espíritu de su pueblo. Muchos años después, el 14 de marzo de 1938, cuando parte de este glorioso destino se había cumplido, el Führer entró victorioso en Viena anunciando la anexión de Austria al nuevo Imperio alemán, y de inmediato dio la orden de trasladar los tesoros de los Habsburgo a Núremberg, hogar espiritual de

nuestro movimiento. El 13 de octubre la lanza y otros objetos fueron cargados en un tren blindado provisto de una guardia de las SS y cruzaron la frontera alemana. Fueron instalados en el vestíbulo de la iglesia de Santa Catalina, desde donde la lanza ha viajado para que tú puedas verla.

»–Me siento privilegiada por su deferencia, Excelencia –contesté yo, y deposité la pieza cuidadosamente sobre el terciopelo rojo–. Realmente me tiene desconcertada. Sabe que hay centenares, miles de iniciados opuestos al Reich que conocen el poder de la lanza y darían su vida por destruirla, salvando de esta forma la de millones de personas. Sabe que yo soy una de ellas y que podría destrozarla sin darle tiempo a pestañear, y, sin embargo, acaba de poner uno de sus más preciados tesoros en mis ígneas manos.

»–Te lo dije. Es la forma con la que queremos demostrarte nuestra voluntad de cooperación.

»–Yo no lo creo –le informé, seca y tajante, pensando que intentaba tomarme el pelo–. Es de conocimiento público que Su Excelencia tiene la seguridad de haber sido, en una vida pasada, uno de los anteriores propietarios de la lanza, Heinrich I, fundador de la casa real de Sajonia y, consecuentemente, del Estado alemán. De modo que, independientemente de que ésta sea o no la auténtica lanza que atravesó el cuerpo de Cristo, sí es cierto que es significativa para usted. También es conocida, al menos para algunos, su pasión por el ocultismo: astrología, magia, paganismo… Colecciona cualquier cosa susceptible de cambiar a su gusto las fuerzas de la naturaleza. Y la lanza de Longinos posee un poder sin parangón, según se cree. Obviando el hecho incomprensible de que tamaña fuente de extraordinario poder no esté continuamente cercana a Hitler o a usted, sino expuesta y desprotegida en el vestíbulo de una iglesia, debo decir que no me encaja con su personalidad que la arriesgue de esta manera, teniendo en cuenta que, y esto no me cabe duda gracias a mi breve charla con sus valquirias, usted cree que me he dejado traer hasta aquí con el fin de destruirla. Por lo tanto, estoy segura de que Su Excelencia sabe que ésta lanza no tiene un solo miligramo de la sangre de Cristo, por lo que tampoco se extrañará de saber que con la energía que irradia no sería posible elevar ni una mota de polvo.

»"Excelencia, usted sabe, o debería saber, que el poder de su venerado Führer no puede provenir de un objeto inerte. Pero está en lo cierto. Vine aquí con la intención de descubrir la fuente de poder de Hitler, la misma que probablemente le protege a usted también, y puede que a otros. Pero sé que no ha sido creada de oro, hierro, madera, cristal o barro, sino de fuego.

»Las frías luces creaban un efecto de blanca calavera sobre el

rostro rígido y empalidecido de Himmler.

»–¿No es auténtica? –me preguntó desmayadamente.

»Me sorprendí. Yo había pensado que me estaba poniendo a prueba, cuando el pobre hombre ciertamente creía estar honrándome con su mayor tesoro.

»–Bueno… –traté de rectificar, algo conmovida por su expresión de derrota–. En cierto modo sí, puesto que es la que Su Excelencia poseyó en su anterior reencarnación. –Él tenía la vista clavada en el trozo de chatarra que un minuto antes consideraba una reliquia sagrada poseedora de mágicos poderes. Traté de sacarle de su abstracción–. Muy bien. Pues ahora que tenemos más claros algunos conceptos, ¿por qué no me ilumina sobre lo que todavía no entiendo? ¿Qué pretende de mí?

»–Te lo explicaré todo –me aseguró él con la voz debilitada por el trauma–. Ésa es mi intención. Te daré las razones por las que tú estás aquí, pero además, porque están íntimamente ligadas, te explicaré los motivos por los que yo estoy aquí, y, mucho más importante, los motivos por los que el nazismo está aquí.

»Rezongué, viendo que el lavado de cerebro comenzaba y que iba a recibir una charla insoportable sobre las virtudes del régimen nacionalsocialista.

»Trataré de transcribir con la fidelidad que me sea posible parte de lo que me explicó, dado que no ha sido divulgado más que entre los líderes del movimiento pese a que constituye la base ideológica espiritual sobre la que se asienta el nazismo.

»–Eres arqueóloga –continuó él–, has tenido contactos con miembros de la Ahnenerbe y además eres extraordinariamente inteligente. Con seguridad no vas a escuchar demasiado que no sepas ya, tal vez nada, pero para que comprendas la evolución de nuestro pensamiento tengo que basar mis argumentos en datos que se asientan en las fuentes más lejanas del conocimiento humano. Empezaremos precisamente hablando de ese lugar que estaba siendo el foco de tus estudios cuando con tanta gentileza decidiste acompañarme de regreso a Alemania: la Atlántida.

»"Solón, el legislador griego, supo de la existencia de la Atlántida gracias a los sacerdotes egipcios, quienes eran herederos de la tradición atlante y habían transmitido su conocimiento a algunos viajeros griegos que visitaban con frecuencia su país. Se conocía como un reino de dioses regido por la Belleza, la justicia... Un sistema perfecto.

»"Los atlantes dominaban técnicas superiores a las de nuestra ciencia actual, disponían de armas de vanguardia, vehículos motorizados, cohetes e incluso ingenios espaciales y máquinas que permitían desplazarse en el tiempo, tanto hacia el pasado como

hacia el futuro. En lugar de tener sus mentes sometidas a la dialéctica y a un sin fin de sensaciones caóticas, pensaban en imágenes. Controlaban la fuerza de la vida y podían, por ejemplo, extraerla de un montón de semillas y utilizarla para impulsar sus naves aéreas. Poseían una memoria extraordinaria y los más desarrollados se dedicaban a un proceso de purificación espiritual que les permitía la comprensión de los poderes divinos. Pero llegó un día en que algunos de ellos comenzaron a despreciar su mundo interior, proyectando sus sentidos únicamente hacia la naturaleza exterior, perdiendo contacto consigo mismo y con la divinidad. El absoluto control que poseían sobre las fuerzas de la naturaleza al transformarse en "fuerza negra", es decir, al ser utilizado de forma maligna, les habría arrastrado a un cataclismo inconcebible.

»"Platón nos da la clave de esta decadencia en su *"Critias"*, donde dice algo parecido a esto: "Durante muchas generaciones, mientras su naturaleza divina era suficientemente fuerte, poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido. Excepto la virtud, despreciaban todo lo demás. No se embriagaban con la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza. Mas, cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron; y al que los podía observar les parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso. Pero ellos creían que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y poder."

»"De aquí deducimos los siguientes puntos: De una parte, que en su existencia temprana la Atlántida estuvo poblada por dioses, o por lo que una humanidad aún más primitiva que la actual podía considerar como tales, es decir, miembros de una raza extraordinariamente superior espiritual, intelectual y técnicamente. De otra parte, que estos dioses se unieron a los mortales, seres muy inferiores a ellos, dando lugar a una raza que, aunque aún fue durante un tiempo muy superior a las existentes en otros lugares del planeta, a causa del continuo mestizaje degeneró hasta conducir a la muerte de esa asombrosa civilización.

»"A la vista está la lección que se puede extraer. Las organizaciones patrióticas alemanas, interpretando los escritos de Platón llegaron a la conclusión de que el fin de la Atlántida se debió a una mezcla racial, esto es, a la corrupción de la sangre ocurrida al mezclarse la raza pura de los atlantes blancos con las razas inferiores.

»Me miró como esperando mi refrendo a esta conclusión. Yo le miré y asentí breve y rápidamente. Estaba interesada en dejarle

hablar cuanto quisiera mientras yo recorría despacio la sala, asombrada por los objetos que descubría, muchos de los cuales aún se tenían por objetos míticos, leyendas o desaparecidos para siempre en el transcurso de la historia.

»–Otra de nuestras líneas de investigación es Hiperbórea –continuó él–, una tierra aún más evolucionada que la Atlántida. La tradición de Grecia y Roma nos habla de la existencia de Hiperbórea y de su capital Thule, en las obras de Herodoto, de Plinio el Viejo, de Diodoro de Sicilia y de Virgilio. Por ellos sabemos que la edad de sus gentes se contaba por miles de años y que disfrutaban la felicidad perfecta. Era aquélla una tierra habitada por seres superiores que participaban de la divinidad. Dioses que mediante su virtud y su poder dominaron la tierra, transformándola y levantando hermosos imperios con realizaciones increíblemente audaces. La belleza interna y externa y la justicia, en tanto que reflejo ésta de la claridad de discernimiento, gobernaban el mundo. La salud y la armonía de formas de mente y cuerpo les confería a estos seres superiores nobleza, haciéndoles su vida en este mundo algo digno de ser vivido con alegría y firmeza, en el conocimiento de la verdadera naturaleza de las cosas. Aquello que eran ellos mismos en esencia y en su naturaleza física, era lo que obraban en el mundo, como un reflejo.

»"Hecateo de Abdera recopiló todas las historias acerca de los hiperbóreos en el siglo IV antes de Cristo y publicó un extenso tratado sobre ellos, perdido para nosotros, pero reseñado por Diodoro Sículo.

»"No te extrañará ahora que fueran dos miembros de la hoy disuelta Sociedad Thule, nombre de la capital de Hiperbórea, quienes fundaran el Partido Alemán de los Trabajadores al que Hitler se unió en 1919, que fue refundado como 'Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores' en 1920.

»"Parcialmente en la misma época en que la Atlántida e Hiperbórea aún estaban habitadas, el imperio sumerio estaba en su esplendor. Las historias que sus habitantes nos han legado nos hablan de las constantes visitas de seres superiores, de sus enseñanzas y de la transmisión de una sensibilidad extraordinaria.

»"En el antiguo Sumer toda la vida giraba en torno a sus dioses. Estos tenían cuerpo físico y a ojos de los sumerios eran los Anunnaki, literalmente "aquellos que vinieron del Cielo a la Tierra". Estos dioses instruyeron al pueblo en la construcción de templos en lugares escogidos.

»"El padre de los Anunnaki se llamaba An, vivía en el cielo y visitaba la Tierra y otros lugares de nuestro sistema solar muy de vez en cuando, acompañado de su esposa Antu. Su templo en la

ciudad de Ur recibía el nombre de EAnna, “La casa de An”. Los sumerios la denominaban también como “La Casa para Descender del Cielo”. An tuvo dos hijos que vinieron a nuestro planeta: Enki, el primogénito, y Enlil.

»"En un principio Enki tomó el mando en la Tierra, aunque pronto, por orden de su padre, fue sustituido por Enlil. Entre ellos tenían diferencias referentes a las reglas de sucesión de los dioses, determinadas éstas por la pureza genética.

»"Enki tuvo un papel decisivo en la creación del hombre.

»"Los textos sumerios hablan de la necesidad de crear trabajadores en la Tierra para los yacimientos de oro “dándoles la imagen de los dioses” y suficiente inteligencia para utilizar herramientas. Enki y su medio hermana Ninhursag hicieron diversos experimentos genéticos. Tras varios intentos fracasados, consiguieron dar con un espécimen apto para el trabajo de las minas. Lo llamaron LuLu, o “uno que ha sido mezclado”. Era el primer “humano”. Esto explica el conocido enigma del eslabón perdido: El hombre tal como lo conocemos, con la capacidad craneal mucho mayor que la de los fósiles hallados y el aspecto físico tan diferente a ellos, habría surgido de forma súbita, no exclusivamente como producto de la evolución.

»"De tal forma habrían nacido los “terrestres”, los esclavos de la Atlántida.

»"La mezcla entre divinos y “humanos” ya había dado lugar a la “humanidad”. Una humanidad en la que hallamos razas mixtas, mezcladas, más o menos puras.

»"Esta cuestión, tratada por las tablillas sumerias, podría ser una explicación de la radical diferencia existente entre las diferentes razas humanas.

»"Se comprende el interés del Poder Mundial por ocultar todo este “misterio” a sus peones dormidos. Es el mismo Poder maligno que domina el mundo y que ya hace siglos incendió la Biblioteca de Alejandría, donde se hallaba guardado el conocimiento del hombre y la historia y prehistoria de la humanidad. Lo mismo sucedió con los Códices Mayas que nos hablaban de la historia del mundo, y con tantos y tantos casos.

»"El Poder Mundial se esfuerza por distraer a sus esclavos con mil malabarismos, alentando la degeneración y la pérdida de los valores con el afán de mantener un mundo insustancial donde el hombre viva perfectamente ignorante de la historia, de su auténtica naturaleza y de sí mismo. Para ello es importante destruir el conocimiento de la verdadera historia del mundo, no sea que el hombre, al conocer su origen, despierte del sueño de milenios.

»"Porque en lo más profundo de nosotros mismos alumbra el

fuego antiguo de la raza de los dioses. Recuperar este fuego nos permitirá vivir y sentir como un dios: ser un dios. –Se interrumpió en este punto contemplándome con la mirada llena de ardor y codicia. Yo callé, observándole impasible hasta que continuó con su explicación–: Acércate aquí. Contempla estas tablillas. Te contaré algo más de lo narrado en ellas.

»"Enki, líder de todos los dioses, vive una existencia feliz junto a su esposa Ninhursag, a la que ama profundamente, pero sus constantes infidelidades y excesos acaban por despertar la ira de la paciente Reina de la Creación. Cuando consume ávidamente los frutos de ocho plantas protegidas por la diosa madre, ésta, viendo que no hay forma de que muestre respeto ni contención, lanza una maldición sobre él: "Aprenderás de forma amarga lo que no fuiste capaz de aprender siendo feliz. Que el daño que infligiste retorne a ti tres veces multiplicado." Inmediatamente la salud de Enki comienza a fallar. Una extraña enfermedad le invade apoderándose de todo su cuerpo. Ocho órganos caen enfermos progresivamente. Los demás Anunnaki estaban desconsolados por su sufrimiento y por todos los medios intentaban sanarle, pero cuanto probaban resultaba vano. Enlil, el poderoso dios del cielo, logra calmar con su discurso la ira de Ninhursag. La diosa madre se apiada y vuelve al lado de Enki. "Sé que tu cuerpo te duele, querido mío, pero pronto estarás bien, porque voy a recibir en mi vientre de la Abundancia, el nido de la creación, las semillas que devoraste con avidez y que ahora te devoran." De este modo, por cada fruto prohibido Ninhursag dio a luz a un dios sanador. Fueron en total, ocho dioses, uno por cada uno de los padecimientos de su esposo. De la semilla extraída de la costilla de Enki nació Ninti, cuyo nombre significa Señora de la Vida, madre de todo lo viviente. Ninhursag dio a luz también a Abu, Nintul, Ninsutu, Ninkasi, Dazimua, Enshagag, Ninti y… Nazi.

»"Nazi, diosa consagrada a la justicia social, rectora del destino, protectora de las fronteras, cuyas sacerdotisas eran dotadas con el don de la profecía. ¿Lo imaginabas? Nazi es algo más que una sencilla abreviatura de Nacional Socialismo escogida de forma arbitraria. También ahora te será fácil ver porqué la esvástica, símbolo sumerio adquirido por muchos pueblos indoeuropeos posteriormente, fue escogido como el nuestro.

»Himmler hizo una pausa dramática. He de admitir que ignoraba que su nombre escogido derivase del de la diosa, a la cual, no voy a negarlo, tampoco recordaba. No pude evitar mirarle con cierta atención, lo que no dejó de animarle, dada mi indiferencia durante casi toda su narración.

»Con el tiempo, se desarrollaron diversos enfrentamientos

bélicos entre los dioses –prosiguió él–. Nuestros científicos han encontrado evidencias de una confrontación nuclear en la región del Mar Muerto en torno al 2040 antes de Cristo. En esta región se conservan aún anomalías radioactivas y partículas nucleares. La onda nuclear originó un ciclón radioactivo que acabó con la civilización sumeria. Tal vez estos términos te resulten extraños, pero básicamente significa que, cuatro mil años antes de que nosotros hayamos sido capaces de explotar con éxito ese tipo de energía, alguien la hizo estallar sobre la tierra. Cuando he sabido lo que has hecho hace un rato…, me he preguntado… –Acabó la frase con una mirada, pero yo, inexpresiva, no dije nada. Había en la vitrina una hoja de papel corriente sostenido por papel celo que Himmler cogió y leyó–: *"En la tierra cayó una calamidad, una desconocida para el hombre, una que no se había visto nunca antes... una gran tormenta del cielo... una tormenta que aniquiló toda la tierra... un viento diabólico como un torrente enfurecido... acompañado de un calor abrasador... durante el día robó a la tierra su sol reluciente, por la noche las estrellas no brillaban... La gente, aterrorizada, no podía apenas respirar... Las bocas se llenaron de sangre... hizo que las casas se abandonaran... los ríos de Sumeria afluían con aguas amargas... los pastos crecían con hierba marchita... Los dioses evacuaron Uruk, se escondieron en las montañas, escaparon más allá de las lejanas llanuras..."*.

»"Las narraciones sumerias sobre "aquellos que llegaron del cielo" se interrumpen en este punto. Tras la confrontación nuclear los dioses abandonaron Uruk y los supervivientes al Armagedón de los Anunnaki sufrieron un retroceso enorme, sumiéndose en el caos y la confusión.

»"Gracias al esfuerzo de los elementos más conscientes de la humanidad, el conocimiento de los dioses sobrevivió en el mundo por vía de varias formas de esoterismo y sociedades secretas, como las Escuelas de Misterio de Egipto y la escuela de Pitágoras. Pero sobre el mundo se cernía la sombra de la contra iniciación...

»"La biblia judía está escrita sobre conocimientos históricos e iniciáticos del pasado. Acabamos de verlo: los frutos protegidos por Ninhursag de los que Enki se alimenta provocan el castigo de éste, como Adán y Eva fueron castigados al comer del árbol prohibido. La creación de Eva de la costilla de Adán es un reflejo del nacimiento de Ninti de la costilla de Enki. Nada les costó reinventar a los Anunnaki, cuyo término se traduce como "los que descendieron", como ángeles. Y los ángeles, como los Anunnaki, también buscaron pareja entre los humanos. Pero en el libro judío la prosa lírica de las tablillas se transforma en una narración burda encaminada a una adulteración de la verdad que conduzca al

olvido. Así como el verdadero sentido de las fiestas paganas se hizo olvidar implantando sobre ellas nuevas celebraciones, como es el caso de la falsa fecha del nacimiento del Gran Nazareno, así se pervirtieron los conocimientos antiguos en el libro judío, con el fin de que la verdadera gnosis cayese en el olvido.

»"En libros posteriores de la biblia judía vemos cómo extrae y adultera también conocimientos de los antiguos egipcios, que a su vez los habían conseguido de culturas más antiguas: Babilonia y Sumeria. Los diez mandamientos de la biblia judía son una réplica calcada de un pasaje del Libro Egipcio de los Muertos.

»"En definitiva, el descubrimiento arqueológico del mundo antiguo y la traducción de sus tablillas, textos y demás registros nos mostró que la biblia judía (el Antiguo Testamento) es un mero calco de historias mucho más antiguas. Fue un duro golpe contra el Pentateuco (los cinco primeros libros de la biblia judía, dudo que tú hayas perdido el tiempo con su lectura), que se confirmó cuando en 1880 nuestro investigador Julius Welhausen publicó *Prolegómenos de la historia de Israel*. En él recogía evidencias de que Moisés no pudo escribir esos textos capitales. Welhausen defendió incluso la hipótesis de que estos relatos que hablan de los Elohim o Seres Brillantes equivalentes a los Anunnaki, procedían de fuentes más antiguas, más tarde identificadas con Sumer. Elohim, como sabrás, es el término usual para referirse a Dios en la biblia hebrea.

»"En 1882, Ignatius Donnelly escribió su obra maestra: *Atlantis, el mundo antediluviano*. En él habla de la necesaria recuperación de la "Religión Ur" aria, el culto prehistórico que concede una experiencia directa con la divinidad a través de las prácticas y los ritos iniciáticos.

»"En estos años fue cuando empezó a vislumbrarse en el horizonte de Alemania el renacer del hombre ario. Las naciones arias estaban listas y tan sólo aguardaban al Enviado que había de conducirles al reinado de los dioses de la antigüedad y, sobre todo, al conocimiento que convierte a uno mismo en dios.

»"La otra reliquia que todos los idiotas ahí fuera piensan que deseamos es la copa con la que Jesucristo celebró su última cena. Ése es el Santo Grial que creen que buscaba durante mi visita al monasterio de Montserrat.

»"El Santo Grial germánico fue descrito en 1933 por el coronel Rhan en su libro *"Cruzada contra el Grial"*. Según él, los cátaros fueron custodios del Grial cuando en el siglo XIII se desencadenó la "cruzada católica" contra ellos. Es cierto que el Grial sería determinante al referirnos a las claves mágicas que en verdad mueven el mundo... Un tesoro proveniente de Hiperbórea o Atlántida en el que está escrito, posiblemente en lenguaje rúnico

arcaico, el secreto y el conocimiento de los hombres dioses de los que nos hablan los relatos antiguos.

»"Los cátaros eran guardianes de este tesoro de la humanidad aria, y de él recibían luz y conocimiento, aunque nunca llegarían a descifrar el significado del mensaje inscrito en él.

»"Según el poeta Wolfram von Eschenbach, el Gral, ésta es su forma germánica, es una piedra caída de la Corona de Lucifer donde se halla grabada la Ley de los Primeros Divinos Hiperbóreos. Por supuesto éste Lucifer no tiene similitud con el montón de basuras escupidas por la biblia judía con el fin de mantener su reinado de terror sobre las mentes débiles. Lucifer significa luz, y los Anunnaki a veces eran referidos como seres de luz o seres brillantes.

»"Este objeto, llamado "piedra caída del Paraíso", es el recuerdo que despierta e invoca la "memoria de la sangre". El Grial es el espíritu que acompaña a la humanidad aria a lo largo de su marcha por el mundo, siempre llamándonos hacia la superación heroica de nosotros mismos. Pero, además de este espíritu que se transfiere a quienes le son leales, el Gral, es un objeto vínculo entre los dos mundos, este mundo material y el mundo de los dioses.

»–¿Han encontrado ya esa piedra? –pregunté yo.

»–No. Aún no, pero lo haremos.

»Exhalé aire profundamente.

»–Muy bien, Excelencia –dije–. Ha colocado correctamente las piezas del puzle desechando las sobrantes con inteligencia y arduo esfuerzo. Los conocimientos sobre los dioses venidos del espacio están presentes en prácticamente todas las culturas del planeta y se extendieron principalmente a través del foco sumerio. Partiendo de allí, la gnosis verdadera fue corrompiéndose cada vez más conforme pasaba de unas bocas a otras, unas veces sin mala intención y otras intencionadamente. Así pues, sin temor a equivocarnos podemos afirmar que nuestro origen no tiene mucho que ver con ese señor con barba tumbado en una nube con que nos han querido embaucar en la Capilla Sixtina.

»–Comprendo tu aburrimiento y tu ironía –habló Himmler con un tono de pesadumbre en su voz–. Nuestra búsqueda y nuestros esfuerzos deben de parecerte… penosamente infantiles. Tú, que desciendes de un linaje de dioses, recibiendo explicaciones de alguien que tiene que remover el mundo para alcanzar a ver tan sólo un mínimo fragmento de la verdad. Sin embargo, confío en que adviertas un mérito en quienes emplean todas sus fuerzas en su búsqueda, sin hacer caso de las limitaciones que impiden actuar a la masa. Somos pequeñas hormigas, insignificantes a primera vista, pero cuyo esfuerzo conjunto nos permite la realización de cualquier proyecto.

»De pronto, Himmler se llevó las manos al estómago con expresión de dolor, doblándose sobre sí mismo.

»–¿Qué le ocurre? –le pregunté.

»El rostro de él continuaba desfigurado, constreñido, y sus manos abrazando su estómago.

»–Es mi úlcera –susurró en un quejido.

»Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo un pequeño botecito de píldoras y se introdujo en la boca una de ellas con avidez.

»Aguardé con paciencia mientras él se esforzaba por enderezar su dolorido cuerpo. Lo consiguió a duras penas y me miró lívido en extremo. Incluso su rostro redondeado parecía haberse hundido víctima del dolor.

»–Lamento este espectáculo –se disculpó, falto aún de fuerzas–. ¿No puedes ayudarme?

»–¿A qué se refiere?

»–A mi dolencia. He hecho traer a muchos pero sólo han resultado charlatanes. Kersten, mi masajista, logra aliviarme pasajeramente, pero no eliminar la raíz del mal.

»Sorprendida, le contesté:

»–No tengo ese don –y añadí para mí misma: "Y dudo que lo usara con usted si lo tuviese."

»–¿Pero conoces a alguien que lo tenga? No te lo pido a cambio de nada. Estaría dispuesto a negociar un alto precio. La liberación de un cierto número de presos, por ejemplo, al igual que hago con Kersten. A no ser que prefieras otra cosa.

»Esto me pilló completamente desprevenida. Por supuesto, si podía salvar vidas a cambio de curarle, habría que meditarlo.

»–Es una oferta que consideraría aceptar –le informé–, pero tendré que esperar a estar en libertad para trasladarle la oferta a alguien que pueda aceptarla o rechazarla sin ninguna coacción.

»–Usa el teléfono. Envíale un mensajero. Te daré todos los medios y garantías que solicites.

»Yo pensaba en Eldwin, claro. ¡Si Himmler supiera que ese hombre de cuya sensibilidad casi se había mofado era, como él lo llamaría, un semidios capaz de devolverle la salud!

»Tal vez Eldwin aceptase curarle. De todas formas, esa úlcera no iba a acabar con la vida del Reichsführer ni alcanzaba a ser el castigo que merecía. Pero cualquier medio que utilizase para ponerme en contacto con él sería espiado por el comandante, y a partir de ese momento la vida de Eldwin estaría en sus manos.

»–Pensaré en ello –concedí.

»Viendo que no había negado conocer a alguien capaz de acabar con su condena, Himmler optó por intentar convencerme con una oferta concreta.

»–Cien prisioneros. Cien prisioneros a cambio de librarme de este dolor para siempre –insistió ansioso–. Te ofreceré todas las garantías. Podrás escogerlos uno a uno si así lo quieres. Podrás verlos a salvo a bordo de un avión con destino a donde tú ordenes.

»–¿Cien? ¿Se burla? ¿El sufrimiento del Reichsführer de las SS se cifra en cien subhumanos judíos? ¿Su salud no es más valiosa que el destino de cien despojos homosexuales? ¿Cien gitanos, la mayor escoria crecida sobre la tierra, es en lo que valora presenciar la marcha de los ejércitos del Reich en pie junto a su Führer bajo la Puerta de Brandemburgo, en lugar de yacer en cama presa de convulsiones? Le transmitiré la oferta de la otra parte cuando logre comunicarme con ella sin riesgo para su vida, pero tendrá que hacerse a la idea de que nadie estará dispuesto a cerrar el trato por tan escasa remuneración.

»–Si algo tiene un miembro de las SS, Amber, es lealtad y honor, y yo te doy mi palabra de que esa persona no sufrirá daño alguno, bajo ninguna circunstancia. Y ahora, subamos arriba. Debo descansar”.

Capítulo 20

En la boca del lobo

–¡Que si vas a querer ensalada!

Sam levantó la vista y vio a Jerdren de pie a su derecha, con un bol de ensalada que estaba dejando sobre la mesa. Además, al parecer había colocado platos, vasos y cubiertos, sin que él se diera ni cuenta.

–Quiero acabar esto –murmuró, bajando de nuevo la mirada.

–No. Ni hablar de eso –se impuso Jerdren–. Tienes una cara espantosa. Llevas horas aquí abajo sentado con la cabeza sumergida en ese esfuerzo, ¿y ahora no quieres comer? Te lo advierto, Sam, tomaré medidas drásticas si no amontonas esos papeles y los retiras de la mesa.

–No quiero –contestó Sam, con la mirada perdiéndose de nuevo en la lectura–. Es ahora cuando empiezo a ir más rápido y a comprender lo que pasa.

–¡No! –exclamó Jerdren, dando un puñetazo en la mesa–. Es ahora cuando empiezas a convertirte en un zombi intratable y malhumorado.

Sam iba a darle una respuesta ruda cuando Eldwin, que traía servilletas y un cestillo de pan en las manos, hizo una oportuna intervención.

–Tu hermano tiene toda la razón, Sam. Cuando a alguien se le agria el carácter y le salen ojeras como las que tú tienes, es hora de descansar. Tu madre no va a moverse del sitio. Tomate un descanso y come esta rica ensalada. Ya verás como eso te hace sentir mejor.

Sam miró a Eldwin, recordando las muchas referencias que su madre hacía de él. Su presencia era agradable, serena. Ciertamente, era alguien que se hacía querer.

Con ellos dos ahí iba a serle imposible concentrarse, y, a decir verdad, con la visión de la comida descubrió que ésta le resultaba apetecible. Amontonó las hojas leídas por un lado y el resto por otro, dejó ambos montones sobre la bancada que recorría el comedor, y se sentó a la mesa, tratando de apartar su mirada interior del mundo horrible en el que su madre había vivido.

–Has leído el diario, ¿verdad, Eldwin? –le preguntó Sam.

–Un millón de veces, Sam. Es lo único que conservo de ella, de mi… –miró hacia arriba mientras blandía el trozo de pan que tenía

en la mano, tratando de encontrar la expresión adecuada–, de mis raíces en esta dimensión y planeta.

–Parecía preocupada por lo que pudieras pensar de su arranque de mal genio, ya sabes, con las chicas…

Jerdren se rió.

–¿Tu madre tenía ataques de mal genio? Bueno, eso explica muchas cosas –bromeó.

Sam le dedicó una mueca.

–Oh, ja, ja –la faz de Eldwin se mostró risueña–. Amber hizo bien en mantener a raya a aquellas perversas que estaban dispuestas a hacer tanto daño a la humanidad. Ya no podía hacer nada por ellas, pero aún debía tratar de descubrir cuál era la fuente de poder de Hitler. Sabíamos, sin ninguna duda, que había alguien detrás de él. Ese alguien estaba señalando con su dedo a nefilims muy poderosos para ser reclutados por las SS. Amber y yo pretendíamos minimizar los daños. Es decir, sabíamos que no podríamos detenerle, pero tal vez sí conseguiríamos convencerle o pactar con él, o, si su maldad iba lo bastante lejos, invocar a aquel que tiene el poder y el deber de contenerle.

–¿Cuál fue la relación de mi madre con su padre? –preguntó Sam–. Parece que sentía cierto resquemor hacia él.

Eldwin movió la cabeza con expresión de disgusto.

–Vosotros dos habéis tenido una suerte que casi nadie más goza –les aseguró–. Como Laima predijo, Cannat ha demostrado ser un padre excepcional. Sin embargo, la mayoría de las veces el contacto entre los ángeles y sus hijos es muy escaso, y a veces desafortunado. A pesar, o a causa precisamente de lo extraordinario del padre de Amber, ella apenas le vio un par de veces en toda su vida. Y siendo demasiado pequeña. Sin embargo, fueron muchas las ocasiones que tuvo para echarle de menos, muchos los sufrimientos que él hubiera podido evitar o paliar. Pero nunca estuvo allí cuando ella, y esto lo sé aunque Amber nunca me lo dijera, cuando ella rezó y le invocó para que apareciera.

–Cerdo –susurró Sam–. La trajo aquí para abandonarla.

–No debemos juzgarle, Sam –dijo Eldwin–. Ignoramos demasiadas cosas.

–¿Tú tuviste contacto con tu padre, Eldwin? –le preguntó Jerdren.

–Yo sí. Fui bastante afortunado. Pero hace mucho que desapareció de mi alcance. Ignoro dónde estará. En otro planeta, otra dimensión, otro tiempo, otro universo… o todo ello a la vez… Quién sabe.

–No puedo imaginar que mi padre hiciese algo así –dijo Sam, con una expresión que denotaba su temor ante semejante

posibilidad–. Me consta que ahora que somos mayores está harto de nosotros la mitad del tiempo. Somos impertinentes, mandones, exigentes, rebeldes, nos enfrentamos a él por todo y a cada instante. No sé lo que supondrá él que significa el que hayamos querido volar por nuestra cuenta, por así decirlo. Pero espero que no se aficione al tipo de vida que esté llevando estos días, pensando que ya no nos hace falta o que no le hacemos falta a él, porque, si él nos abandonara, me moriría.

Jerdren se rió.

–Te estarás comiendo esas palabras en pocos días –le aseguró.

–Le echo de menos –continuó Sam–. Y le quiero más cuanto más conozco del mundo y más descubro sobre sus hermanos. Casi ninguno de ellos se molesta en cuidar de los suyos, y sin embargo él me salvó la vida y me cuidó como a su propio hijo.

–Eres su sobrino de todas formas, no lo olvides –dijo Jerdren con aire serio.

–No tenía ninguna obligación de cuidarme, y menos aún de quererme. No puedo creer que él esté aquí, prisionero en el infierno, en lugar de haber sido perdonado como lo fue su hermano.

Jerdren le contempló por un instante y después retiró su mirada sin decir nada.

–¿Qué? –inquirió Sam.

Jerdren se encogió de hombros.

–Nada.

–No, vamos, ¿qué has pensado?

–Quizá no quieras recordarlo, Sam, con esta nueva visión mitificada que tienes de papá, pero tú le has visto ventilarse personas como quien arranca una hoja marchita.

–Bah, se lo merecían. No estoy hablando de su trato con los seres humanos. Todo lo que él siempre nos ha dicho acerca de ellos es cierto. Son escoria que jamás debió existir.

–¡Sam! –exclamó Eldwin sin abandonar su tono templado–. No hables así. ¿A cuántos humanos conoces de forma directa para expresar una opinión como esa? Millones de ellos luchan cada día por mejorar este mundo. Merecen un respeto.

–Porque su sangre está mezclada con la de los dioses. El resto es sólo basura desechable. Himmler tenía razón.

–¡Sam! –exclamó Eldwin ahora alarmado, enrojeciéndose su rostro–. Himmler era abominable, y no hay nada que tu madre no hubiera hecho por acabar con lo que él y Hitler representaban.

Viendo que Eldwin se alteraba en serio, Sam decidió no ahondar más en el asunto.

–Dime, cuando mi madre escribió este diario, ¿yo ya había nacido?

–No. Llegarás a eso en pocas páginas.

–Entonces, ¿está ahí escrito el nombre de quien me engendró?

Eldwin asintió.

Sam bajó la mirada hacia sus manos, que jugueteaban entre ellas nerviosamente. Al cabo de unos momentos, dijo:

–No estoy seguro de querer saberlo.

Jerdren y Eldwin intercambiaron una mirada. Jerdren esperaba que él dijese algo alentador a Sam, algo agradable sobre su padre, tal vez, pero permaneció en silencio.

Jerdren se levantó y tomó la ensaladera y su plato.

–Recojamos la mesa –dijo, dirigiéndose hacia la escalera.

Cuando la mesa estuvo limpia, Eldwin subió a descansar a su dormitorio y Sam regresó inmediatamente a la lectura, mientras su hermano terminaba de poner en orden la cocina.

Al cabo de unos minutos, ya enfrascado en la lectura, Sam sintió una mano sobre su cabello.

–¿Qué haces?

Jerdren acercó una silla a su lado.

–Ha llegado el momento de que leamos juntos –declaró Jerdren, mirándole a los ojos–. Sam, conocer a quién perteneció la semilla no cambiará nada. Absolutamente nada. Quien eres, lo eres ya, de forma inmutable. Ya tienes un padre, ya tienes un hermano, ya tienes una personalidad en parte forjada por tus vivencias con ellos, y cualquier otro dato es sólo una anécdota que nada puede alterar.

–Tu madre ocultó a papá el nombre de este ángel –murmuró Sam–. Debió existir una razón.

–Muy bien –dijo Jerdren, adueñándose del montón de papeles con decisión–. Entonces enfrentémonos a ella, batámosla, y sigamos con nuestras vidas. ¿Por dónde vas? ¿Por aquí? De acuerdo, yo empezaré a leer.

Antes de que Sam pudiera emitir la menor protesta, Jerdren comenzó la lectura:

“En mi habitación, tumbada sobre la cama mientras aguardaba a que Himmler enviase a buscarme para comer con él, como había prometido, yo añoraba a Josef. ¿Qué le habría dicho Eldwin acerca de mi intempestiva desaparición? ¡Qué triste, frustrado e impotente se sentiría! Me lamentaba de no haberle contado toda la verdad a tiempo. ¡A él, que era tan tierno y sincero, tan transparente como el mismo aire! Al menos, podía estar tranquila de que se hallaba a salvo. Himmler no conocía su existencia. Aunque, si buscaban algún ser querido a quien usar para coaccionarme, no tardarían en dar con él.

»Medité una posible forma de comunicarle a Eldwin la propuesta

de Himmler sin ponerle en peligro. Me esforcé en ello y varias opciones fueron cruzando por mi cerebro, pero ninguna que no tuviese que descartar. En todas ellas quedaban cabos sueltos, y, francamente, ningún número de vidas por salvar es lo bastante alto como para incitarme a arriesgar la de Eldwin. En ello estaba cuando, de repente, un ruido llamó mi atención.

»Permanecí quieta y atenta, con la respiración contenida. Sí, eran unos golpes rítmicos, pausados y repetitivos. Parecía el código morse que yo conocía tan sólo por las películas. ¿De dónde provenía? Me levanté de la cama en su busca y lo identifiqué en seguida. ¡De detrás del armario! Corrí a investigar entre los resquicios de la parte trasera de éste. Estaba oscuro y no era capaz de ver lo que se ocultaba, pero, persistente, la llamada continuaba, y sin duda provenía del otro lado de la pared. El armario era enorme y muy pesado pero logré deslizarlo con lentitud, cuidando de que al arañar el suelo de madera no hiciese demasiado ruido.

»El sonido se había acallado cuando quedó ante mi vista la puerta comunicante que se escondía tras el gran mueble. Permanecí en silencio junto a ella, indecisa, hasta que, al otro lado, para mi sorpresa, una mujer emitió el sonido de mi propio nombre.

»–¿Amber? ¡Amber!

»Con asombro, pregunté en voz baja:

»–¿Quién eres?

»–Laima. Mi nombre es Laima. ¡Abre la puerta!”

Jerdren alzó la cabeza y clavó la mirada en la de su hermano.

–¡Es mi madre!

–Vamos, vamos. Sigue leyendo –le apuró Sam. Le había cogido gusto al escucharle, pues Jerdren leía más rápido que él.

“Maniobré sobre el picaporte sin conseguir que éste se moviese un ápice.

»–No tengo la llave –susurré a la rendija de la puerta.

»–¡Rompe la cerradura! –me exhortó la voz.

»Me alejé de la puerta para pensar. ¿Tenía interés en ver a aquella Laima, otra tarada como las demás? No demasiado, aunque por su tono me parecía más amistosa que ellas. Finalmente me venció la curiosidad por conocerla.

»Me concentré en la cerradura. Tan sólo era metal liviano. Se ablandó al instante. Tomé de nuevo el picaporte y esta vez cedió bajo una mínima presión de mi mano. Empujé con precaución la puerta que, al abrirse, descubrió a una joven de grandes y dulces ojos oscuros que me observaban regocijados.

»El aspecto de la chica no me infundió los reparos que esperaba,

sino más bien lo contrario.

»–¿Tú hiciste que me trajeran aquí? –la interrogé hoscamente, al cabo de unos momentos de examen.

»–¡No! Pero sabía que vendrías.

»–Sí, lo sé –admití irónica–. Soy la duodécima.

»–Exacto, lo eres. Una de las chicas ha muerto en el comedor y cinco necesitarán semanas para restablecerse, pero lo tienen todo previsto y no supondrá demora para la ceremonia. Traerán suplentes a quienes han estado adoctrinando en otra parte. Un líder inteligente nunca pone todos los huevos en la misma cesta.

»–¿Una de las chicas ha muerto? –repetí yo.

»Ella debió ver el disgusto dibujado en mi rostro porque se apresuró a responder con impasible firmeza:

»–Miles de inocentes salvarán su vida gracias a ello. Todas ellas son extremadamente peligrosas ahora que Himmler las ha captado para su… –agitó las manos tratando de encontrar un término adecuado. Hablaba con desesperación–. … para su misión. ¿Te ha explicado Himmler todo?

»–No. Le interrumpió su úlcera cuando supongo que llegábamos a lo más interesante.

»–¿Llegó a hablarte de Lebensborn?

»–No, pero, ¿te refieres a los hogares de ayuda para madres solteras o en apuros económicos?

»–Por desgracia, ésa es una definición muy pobre. La organización Lebensborn es parte de la Agencia Central de Raza y Colonización y fue fundada por el propio Himmler para servir a los líderes SS en la selección y adopción de niños calificados. Calificados, por supuesto, significa arios; a ser posible, con un pedigrí que pueda demostrarse que se remonta a varias generaciones atrás.

»"Entre otros cometidos tendentes a que ningún niño ario sea desperdiciado, ofrece ayuda y alojamiento a las madres capaces de transmitir una herencia racialmente valiosa, y a sus hijos cuando estos nacen. Entre ellas abundan mujeres de los países ocupados embarazadas de soldados alemanes.

»"Entre los miembros de Lebensborn hay unos tres mil quinientos líderes de las SS con membresía obligatoria, y, cuando no han logrado tener por sus propios medios los cuatro hijos con que todo integrante de las SS debe obsequiar al Reich, pueden recurrir a la adopción. Todo esto es público y conocido. Pero hay algo más. El embarazo de muchas de estas mujeres no es fruto de la pasión sino de la planificación. Para poder colonizar las naciones europeas y sembrarlas de la raza escogida, son precisos colonos arios en abundancia que se dispersen por todas ellas. Para ayudar a

fabricarlos en las cantidades requeridas, los más puros de entre los purísimos representantes de la raza aria que integran las SS son invitados a participar en este especial programa. Se les empareja con una mujer aria a su altura que libremente ha escogido ayudar al conjunto de la raza aria mediante la creación de un nuevo miembro ario, y a los nueve meses el perfecto recién nacido puede permanecer con la madre, a quien se ofrecerá todo tipo de ayudas y facilidades, con el padre, o ser entregado en adopción. En cuanto a la pareja, pueden volver a verse o no verse jamás; no tiene por qué importarles. Unos dos mil niños han nacido ya como producto de este programa.

»"Ahora bien, cuando se ha encontrado un grupo de mujeres tan racialmente valiosas que no tienen parangón entre las arias, no se puede perder la oportunidad de purificar la sangre de forma drástica y meteórica uniéndose a ellas. Pero, lamentablemente para el Reich, escasean. Sólo han podido encontrarse doce de tales hembras, ¿a qué sementales ofrecer semejante oportunidad y privilegio sino a los doce más altos líderes del Tercer Reich?

»"El próximo 31 de octubre vendrán a Wewelsburg con el fin de realizar un ritual mágico con nosotras doce. Al menos ésta era su intención antes de que calcinaras el comedor esta mañana. Pero, cualquiera que sea la fecha, ¿entiendes cómo terminará ese ritual?

»–¿Con… los pantalones bajados?

»–Muy, muy bajados. ¿Y a que no adivinas de quién se ha encontrado digno tu útero?

»–De… Himmler, supongo.

»–No me quieras quitar el novio, amiga. Ése es el mío, y aunque no está mal haber sido encontrada apta para el señor del castillo, no tiene comparación con ser la elegida para el grandioso Führer.

»–¿Hitler? ¿Hitler? –no podía dejar de repetir incrédula y atónita–. ¿Me estás diciendo que alguien ha concebido la idea de que Hitler venga aquí a acostarse conmigo, una desconocida de la que no sabe nada, y que él ha aceptado?

»–Me pasmas –dijo Laima, con una expresión que lo confirmaba–. ¿Esos son tus únicos peros? ¿Qué quieres? ¿Que te corteje primero? Me temo que sería una pérdida de tiempo innecesaria. Cuanto antes empecemos a parir, más hijos podrán tener y antes alcanzarán estos la edad necesaria para reproducirse a su vez. Y para gobernar el mundo. En materia ocultista Hitler siempre hace lo que Himmler le dice que haga. Ya sea porque le divierta, le relaje o no le cueste nada probar por si acaso funciona. Siempre ha sido así, incluso aunque le pareciesen tonterías, locuras o supersticiones. Además, recuerda que Hitler aún no tiene ni un solo hijo. Al saber de tu existencia posiblemente habrá tenido uno

de sus ensueños místicos según el cual tú eres la diosa predestinada a él, la única merecedora de su extraordinaria semilla.

»–Himmler sabe que no puede obligarme –me opuse–. Aunque acabe con un tiro en el pecho, me llevaré por delante a quien lo intente.

»–Claro que lo sabe –Laima me cogió de la mano con vehemencia y me llevó hasta un ángulo de la habitación. Allí, en el techo, había una pequeña rejilla que me señaló con el dedo. Luego me dirigió hasta la habitación contigua, mi propio dormitorio, donde, exactamente en el mismo punto, me hizo notar la existencia de una rejilla idéntica–. Gas, Amber. Una entrada de gas. No tenemos por qué estar despiertas. Y, si por alguna razón nos negamos a estar en la habitación, pueden ponernos alguna sustancia en la bebida o en la comida. O dispararnos un somnífero inyectable si tratamos de huir.

»Por primera vez experimenté una sensación de auténtico miedo. Escapar de la boca del lobo cada vez me parecía más difícil de lo que había supuesto. Me puse muy nerviosa. Comencé a padecer los síntomas de un ataque de ansiedad, o pánico, tal vez. Mis manos y mis pies se congelaron, mi frente se humedeció de sudor frío.

»–No puedo… No puedo pensar –murmuré, vacilante.

»Laima me tomó ambas manos y me obligó a mirarla.

»–Amber. Amber, no te desmorones. Esto no es nada para ti. Recuerda quién es tu padre.

»Al oír esto, yo, con esfuerzo, elevé la mirada hasta sus ojos y musité:

»–Tú no lo sabes.

»Laima me contestó:

»–Sí, sí lo sé.

»Y acercándose a mi oído susurró el nombre de mi padre.

»Con estupefacción, la interpelé:

»–¿Cómo puedes saberlo? Nadie en la Tierra lo sabe. Al menos nadie mortal.

»–Yo no soy de la Tierra –susurró Laima.

»–¿Eres un ángel?

»–No. Mi madre lo es. Pero no podemos perder el tiempo hablando de mí. Como no me dejan salir, vienen cada dos por tres a asegurarse de que sigo aquí.

»–¿Y por dónde ibas a escapar?

»–No sería la primera que se desvanece sin dejar huella. No a todas las que han traído las han logrado convencer para convertirse en madres de la nueva raza de superhombres. A algunas de las imposibles de alistar en sus filas terminaron por asesinarlas. Pero sé al menos de una a la que alguien vino a rescatar. Cuando abrieron

la puerta por la mañana, la habitación estaba vacía. Ella me advirtió que ocurriría y me dijo que no se iría sin mí, pero no era mi momento de abandonar el castillo, y así se lo hice saber.

»–Me dijeron que eras profetisa.

»–Puede ser una forma de llamarlo. Himmler piensa que soy la perfecta sacerdotisa de la diosa Nazi. Me requiere para todo tipo de ceremonias absurdas, pero mi relación privada con él en ocasiones me permite desviarle hacia caminos menos peligrosos para la humanidad que los que tomaría por su propia cuenta.

»–¿Es por eso que no quisiste marcharte?

»Laima bajó la cabeza y miró hacia el suelo dubitativa. Luego elevó la vista hacia mí, contemplándome con un gesto de compasión.

»–Hay otra razón –señaló–. Estoy aquí para ayudar a salvarle la vida a un niño. Tu… hijo, Amber.

»La miré atónita, con desprecio, pues profiriendo semejante mentira acababa de perder toda credibilidad ante mis ojos.

»–Intentas engañarme –dije–, estás con ellos.

»–¡No, Amber! –se defendió ella con angustiada premura. Probablemente temía que la fuese a hacer estallar en llamas, por la forma en que yo la miraba–. No te digo esto para asustarte. Sólo pretendo que, cuando llegue el momento, no temas por su vida. Yo le salvaré. No quiero decir que intentaré salvarlo, sino que lo haré. Le sacaré de Wewelsburg. Le llevaré tan lejos que la guerra será sólo un mal recuerdo en la memoria de Europa. Crecerá hasta hacerse tan fuerte y poderoso como ni siquiera podemos imaginar. Amber…

»Agitando la cabeza en un gesto de negación, yo repetía incesantemente:

»–No puede ser verdad. No puede ser verdad.

»–Amber. Amber. –Laima repitió mi nombre, apercibiéndose de lo que estaba comenzando a ocurrir: un temblor recorría el castillo de Wewelsburg–. ¡Amber! ¡No! –La vibración continuaba en aumento y, aunque vagamente yo comprendía que era la causante y que debía frenarla, no era capaz de lograrlo–. ¡Tienes que parar!

»Nunca antes me había sucedido algo así, y el comprender que carecía de control sobre ello me asustaba aún más que las palabras que le había oído pronunciar a Laima. Me esforcé por tranquilizarme, pues sabía que la causa del temblor era la explosión de miedo e impotencia que estaba sufriendo. Sentía un suave campo de energía alrededor de mi cuerpo que me erizaba el cabello, una tibia caricia sobre mi piel que se expandía y multiplicaba al entrar en contacto con cada emisión de energía que nos rodeaba: la de Laima, las de las bombillas, las de los objetos…, como charquitos de

mercurio que al encontrarse se unifican en un único ser.

»Quería detenerlo, pero, por el contrario, la fuerza a mi alrededor aumentaba, la caricia se iba convirtiendo en un campo poderoso, protector, difícilmente quebrantable.

»Entonces sentí el calor de las manos de Laima sobre mis brazos. Lentamente, éste se proyectó por mi cuerpo, extendiéndose por todo él con un efecto tranquilizante. Poco a poco iba disminuyendo el gélido temor que me recorría. Noté cómo el campo de fuerza se disolvía con lentitud mientras mi temperatura aumentaba y el agarrotamiento de mis miembros se suavizaba con el cálido fluir de la sangre. Y así, al cabo de unos minutos, pude recuperar el control sobre mis pensamientos.

»Me di cuenta de que Wewelsburg había dejado de temblar y de que fuera, en los corredores, se oían gritos y voces asustadas. Entonces, Laima retiró sus manos de mis brazos y se cayó al suelo, desmoronada.

»Me acuclillé inmediatamente a su lado.

»–Estoy bien –murmuró–. Estoy bien, no te preocupes.

»Pero tenía la cabeza gacha, casi sujeta por sus manos, como si sufriese un grave mareo.

»–Lo siento –le dije, no sabiendo cómo ayudarla–. Nunca me había ocurrido algo así.

»Permaneció de esa forma, tratando de recuperarse, durante un par de minutos. Pero entonces se hizo obvio, por los ruidos en el exterior, que alguien estaba a punto de echar abajo la puerta, y, con mi ayuda, Laima se obligó a levantarse.

»Acababa de hacerlo cuando la puerta de mi habitación se abrió con estrépito, mientras simultáneamente sucedía lo mismo en el cuarto contiguo.

»Un grupo de soldados armados penetró en ella, apuntándonos con sus armas. Fuera se oía la voz acongojada de Himmler pidiendo informes sobre la situación en el interior.

»–Camino seguro, señor –aseguró un soldado.

»Himmler asomó la cabeza lentamente y luego el resto del cuerpo. Nos vio a las dos de pie en el centro, junto a la cama, mirándole atentamente, sin mostrar señales de hostilidad. Nos observó alternativamente y fijó finalmente la vista en mí. Muy despacio, se aventuró al interior.

»–Parece que ha habido un conato de terremoto, Excelencia –comenté con tranquilidad. El comandante en jefe no dijo una sola palabra. Estaba ojeroso y amarillento. Probablemente había saltado de la cama alarmado, pues ni siquiera llevaba sus habituales gafas, lo que le confería un aspecto extraño. Tras unos instantes, la expresión de miedo que había en su rostro casi se disipó, dejando

en su lugar un aire de contenido enfado–. No se preocupe, Excelencia –decidí agregar–. Laima y yo intercambiábamos una demostración de habilidades. Sin darme cuenta me he pasado un poco, lo lamento.

»Él temblaba ligeramente y en su frente brillaban minúsculas gotitas de sudor. Tal vez tuviera fiebre o fuese producto de sus dolores, o quizá del pánico ante la idea de perder su fortaleza o incluso su vida.

»–¿Quieres acompañarme? –me solicitó secamente–. Es casi la hora de la comida.

»Salí de la habitación junto a ellos, tras dirigirle a Laima una última mirada.

»El Reichsführer no se hallaba de muy buen humor mientras recorríamos juntos los largos corredores. Caminábamos en silencio, y esa situación me recordaba a las muchas ocasiones de mi infancia en que había tenido que acompañar a algún profesor hasta el despacho del director para ser castigada.

»Habíamos regresado a la parte alta de la torre norte, y Himmler me hizo entrar en una de las habitaciones que forman parte de sus dependencias privadas. Los aposentos de Himmler en la fortaleza son especialmente suntuosos. Lindan con una cámara acorazada de oro y plata, una sala donde alberga su amplia colección de armas medievales, una biblioteca con más de doce mil volúmenes, y una cámara imponente con aspecto de tribunal.

»El salón en el que nos encontrábamos, cálido y agradable, estaba destinado a lugar de descanso íntimo y pequeño comedor privado. En un rincón junto a la chimenea había sido dispuesta una mesa para dos personas. Sobre ella se encontraba una jarra de vino tinto y otra de agua.

»–Qué íntimo –ironicé.

»Él no dijo nada. Seriamente, me indicó que tomase asiento e hizo lo mismo. Luego, cuando ambos estuvimos acomodados, cogió una campanilla dorada que había sobre la mesa y la agitó hasta que una de las puertas contiguas se abrió y aparecieron dos hombres portando sendos platos que depositaron ante nosotros. Después, sirvieron vino y agua en mis copas, y sólo agua en la de él.

»–Ensalada templada con huevos de perdiz –apuntó Himmler–. El Führer es vegetariano, ¿lo sabías? “De los animales como únicamente lo que dan por su propia voluntad”, indica siempre. Sólo huevos y verduras, en eso se basa su dieta. Hay que ser respetuoso con los animales.

»Le miré con los ojos muy abiertos mientras él partía un trozo de pan. Sí. Estaba claro que, dejando a un lado ese defectillo suyo de borrar del mapa sin remordimientos a todos los que le molestaban,

Hitler era perfecto. Enumeré sus virtudes:

»–Ama a los niños, adora a los perros, promulga leyes a favor de los derechos de los animales, sabe pintar, escribe libros de éxito, inventa coches para Volkswagen, es valeroso, persistente y tiene dotes de liderazgo, está en buena posición económica y encima es vegetariano. Es el sueño de toda mujer. ¿Cuándo me lo va a presentar?

»Conseguí que él se riera, aunque no era mi propósito.

»–Precisamente de eso iba a hablarte. Temó que tu inesperada reunión con Laima ha alterado el orden en que planeaba explicarte los puntos –se lamentó él.

»–No voy a ocultarle que he tenido un pequeño avance de la historia. Sin embargo, es tan extraordinaria que no pienso resignarme a creerla hasta que no la oiga de sus propios labios, Reichsführer.

»–Ésa es una sabia forma de actuar –dijo él, alzando uno de sus dedos en el aire–. No debes confiar en alguien a quien no conoces, ¿verdad? Ni en casi nadie a quien conozcas. La noche del próximo 31 de octubre, fecha del solsticio de invierno, cuya significación esotérica no ignoras, se celebrará en el castillo un ritual en el que esperamos contar con tu presencia. Una ceremonia íntima y sencilla en la que honraremos a uno de nuestros miembros, recientemente fallecido. Como sabes, la misión de las doce valquirias era elegir a los más heroicos de entre los caídos en combate y llevarlos al Valhalla, el paraíso, donde se convertirían en guerreros de Odín para luchar a su lado en la batalla del fin del mundo, el Ragnarök. Nosotros tenemos nuestro pequeño y simbólico Valhalla abajo, en la cripta, y la ceremonia que efectuaremos podría equipararse a un funeral de despedida a un guerrero ario, engrandecido con la presencia de doce mujeres que tan excelentemente pueden realizar el papel de las doce valquirias.

»–Suena a ópera bufa –me burlé, mirándole con fijeza. Él bajo la vista, visiblemente enrojecido, y continuó comiendo. Yo, que no había creído su explicación, seguí contemplándole mientras masticaba nervioso, aguardando a que la enmendase. Pero él no lo hizo, de modo que precisé añadir–: ¿Ha recorrido el planeta buscando doce mujeres dotadas de lo que ustedes conocen como poderes sobrenaturales sólo para que formen un corro alrededor de un difunto mientras ustedes le lloran?

»Himmler dejó el tenedor ruidosamente sobre su plato y me miró a los ojos.

»–Está bien –dijo–. Como sabes, y es de dominio público, creo en la reencarnación. La ceremonia no se encamina al llanto, sino a asegurarnos de que el guerrero, nuestro amigo, sea elegido para

renacer. No bajo el mando de Odín, claro, sino de nuevo entre nosotros. Para ello hemos escogido a una mujer que dará a luz, si es preciso mediante cesárea, la noche del 31, en el apogeo del ritual.

»Atónita, asentí y comenté:

»–Eso ya es más propio de usted, Excelencia. Una idea exótica, pero bonita, no lo voy a negar. ¿De dónde ha sacado el ritual?

»–Del Tíbet. Nuestras expediciones allí no se limitan a la medición de cráneos, puedes creerme. Siendo indoeuropeo el origen de nuestra raza aria, no son pocas las enseñanzas olvidadas que debemos rescatar de allí.

»Ingerí un pequeño huevo, pensativa. A mi izquierda chisporroteaban los leños en la chimenea. Sobre ella había un hermoso cuadro que parecía obra de un pintor holandés. En la pared vecina se agolpaba una docena de hermosas pinturas provenientes del expolio de diversos países del mundo.

»–¿No cree que espera demasiado de nosotras? –inquirí.

»–En absoluto –contestó él sin vacilación, mirándome a los ojos–. Mi fe en vosotras, especialmente en Laima y en ti, es absoluta. –Bebió un sorbo de agua sin apartar la mirada de mí y después me preguntó–: ¿Has leído a Madame Blavatsky?

»Sonreí a medias.

»–"*Isis sin velo*", "*La doctrina secreta*" –mencioné–. Blavatsky es uno de los focos que iluminan la senda de la raza aria. Hojeé sus libros en la biblioteca de la universidad. Aunque ya sé que ahora son de lectura obligada para los miembros de las SS. Algo así como una biblia, ¿verdad? También he curioseado los otros dos libros imprescindibles para la comprensión del pensamiento Nazi: "*Mi lucha*" y "*Los protocolos de los sabios de Sión*". –Con burlona afectación, agregué–: Soy una mujer culta.

»Hacía caso omiso de cualquiera de mis ironías, y prosiguió, impasible:

»–¿Qué opinas de "*La doctrina secreta*"?

»–Que confunde y tergiversa con su verborrea enrevesada y oscura lo que se presenta a los ojos de todos de forma espontánea, natural y cristalina. La mitad de lo que expone se explica hoy en los colegios a los niños de siete años en menos de una hora. En el fondo son simples matemáticas con un buen toque de astronomía.

»Himmler había recuperado su expresión condescendiente y volvió a sonreírme, pero añadiendo a su gesto un rictus de amargura.

»–A tus ojos, quieres decir.

»Me encogí de hombros y le dije, sin interés en la conversación:

»–Está ahí para ser comprendido por todos los hijos de la creación.

»–¡Qué sencillo! –exclamó él, sonriendo amargamente–. Los simples humanos somos como criaturas abandonadas en la soledad de un desierto nada más nacer. ¿Crees que al llegar a la edad adulta se nos haría visible por sí mismo que fuimos gestados en un seno materno? Y, si encontrásemos una inscripción en una piedra que lográsemos descifrar y nos explicase este sencillo hecho, ¿tienes idea de las dificultades con las que nuestro elemental cerebro se enfrentaría para comprender, asimilar y creer algo así, cuando ni siquiera habríamos visto nunca a otro miembro de nuestra especie? –Nos miramos en silencio. Yo no estaba interesada en ahondar en aquel tema. Sólo quería conocer el resto de los planes para el día del ritual y así encontrar la forma de escapar a ellos–. ¿Qué tendría que ofrecerte para que aceptases iluminarme? –preguntó él de pronto–. ¿Cómo podría lograr que te convirtieras en mi Maestra?

»Le contemple anonadada. En sus ojos se leía una pasión gélida, un ansia fría de posesión de conocimientos que no estaba preparado para adquirir ni entender, pero que anhelaba explotar.

»–Quid pro quo –le ofrecí yo tras unos instantes–. Información por información. ¿Está dispuesto a un intercambio?

»Él me miró inmóvil. Sus pequeños ojos se abrieron tras las gafas llenos de sorpresa. Dudaba, pero al mismo tiempo no quería dejar escapar la ocasión.

»–Naturalmente, dependerá del tipo de información –observó–. Tanto de la que solicites como de la que estés dispuesta a ofrecer.

»–Ha hablado de iluminación. Puedo iluminarle tanto que haré estallar las órbitas de sus ojos. Pero si sólo busca la iluminación como camino hacia el dominio de las fuerzas de la naturaleza…, sea sincero y dígamelo, porque en tal caso le hare tomar un atajo: Me dará dos científicos y en dos semanas estarán manejando la Fuerza Vril de tal forma que los motores de combustión quedarán obsoletos para el hombre ario en cuestión de meses.

»Himmler se inflamó de gozo ante mis ojos. Pareció crecer y henchirse como si le hubiese sido insuflado aire. La sangre inundaba su rostro, engrosándolo y enrojeciéndolo.

»–Eres una continua fuente de sorpresas y satisfacciones –murmuró entrecortadamente–. Dime, ¿qué quieres saber?

»–Es imposible que una persona humana haya sido capaz de encontrar a doce mujeres como las reunidas en este castillo. ¿Quién es el causante de que yo esté aquí? ¿Quién me señaló con el dedo?

»Himmler exhaló aire con fuerza. Su expresión dejaba ver que la pregunta escogida no era tan sencilla como hubiese anhelado. Dejó su servilleta sobre el mantel y se levantó despacio. Meditativo, anduvo unos pasos hacia el centro de la habitación, donde se detuvo con las manos cruzadas a la espalda. Lo seguí con la mirada.

Permaneció así durante casi un minuto, mirando a la pared vecina, antes de volverse para responder:

»–Fue siguiendo las indicaciones del propio Führer que os encontré a todas. De algunas conocía sólo el nombre, de otras, menos aún: pistas dejadas aquí y allá, una estela de hechos sobrenaturales. Sólo de una se me dio una descripción precisa, nombre y apellido, y el lugar exacto donde la hallaría: de ti, Amber.

»Me puse en pie y me acerqué hasta él.

»–Creía que usted era el, ¿cómo decirlo?, el mandamás en asuntos de ocultismo. ¿Por qué una información tan privilegiada llega a Hitler antes que a usted? ¿Por qué lo permite?

»–Él es quien fue elegido por el informador. Mucho tiempo atrás.

»–¿Qué clase de informador? ¿Un mago?

»–No. Se trata más bien de… ¿Has leído a Sócrates? Recordarás el daimon al que se refería como su acompañante.

»Lancé un pequeño soplido. Me encanta Sócrates, y ¿este Hitler pretendía compararse con él?

»–El daimon socrático era una especie de conciencia, un contrapeso que le ayudaba a escoger el buen camino –dije–. No me parece que en la vida de Hitler pueda existir tal influencia.

»–No es en absoluto la voz de su conciencia. No era eso lo que pretendía decir. La presencia que acompaña al Führer es real. Es un guía y un protector que ha salvado su vida en innumerables ocasiones. Hitler tuvo siempre conciencia de él, mas su voz era incorpórea. Se hizo nítida por primera vez en 1914, durante la Primera Guerra Mundial. Con una orden alta y firme la voz le hizo escapar a una muerte segura cuando un obús explotó en la trinchera en la que cenaba. Pero ya antes se le había manifestado con claridad en forma de visiones, de una firme seguridad en el destino portentoso que le aguardaba. En 1930 la presencia se hizo corpórea. El ente se materializó junto al Führer por primera vez.

»Himmler se calló. Tenía la mirada baja, perdida en reflexiones, y yo, temerosa de que se replanteara la conveniencia de interrumpir el relato, me acerqué más a él, tratando de conseguir un contacto visual.

»–¿Qué explicación le dio el ente sobre sí mismo? –pregunté.

»Himmler reaccionó a la pregunta con un gesto de decepcionada extrañeza. Abriendo los brazos, dijo:

»–Eso debería ser obvio para ti.

»–¿Qué dijo exactamente?

»–Dijo que era un dios. Por si aún Adolf no hubiese tenido pruebas suficientes, se las ofreció sobradas en esta primera ocasión. No quería que albergarse dudas, sino que en adelante creyese en él con fe absoluta. Se metamorfoseó ante sus ojos. Adquirió la forma

de una mujer, la de un lobo…, e incluso la de una columna de fuego…

»De modo que nosotros teníamos razón, Eldwin. Alguien poderoso le estaba ayudando.

»–¿Usted le ha visto, Excelencia?

»–Nunca –dijo, en tono de desolada frustración.

»–¿Y no sabe cuál es su apariencia física habitual?

»–Sí –respondió con prontitud–. Al menos se lo he rogado contar a Adolf medio millón de veces, y él accede siempre dichoso, pareciendo transportarse a otro mundo cada vez que me lo vuelve a narrar. Aparenta ser un hombre fuerte y viril de porte majestuoso que aventaja con mucho en estatura a la gran mayoría de los mortales. Sus rasgos son delicadamente angulosos y la piel blanca, con un saludable tono que parece un bronceado de montaña. El cabello es moreno, pero no tanto como el del Führer, y sus ojos de color castaño con un toque verdoso. Suele vestir ropajes extraños, antiguos o chocantes, que ha justificado como consecuencia de sus muchos viajes temporales.

»–¿Ha dado un nombre?

»Himmler ladeó la cabeza con una mueca en los labios.

»–No el verdadero, pero dijo que podíamos referirnos a él como Loki.

»Me reí de la ocurrencia.

»–Debe de ser simpático si se ha otorgado el título del dios más bromista que nunca ha existido –dije–. Pero también el del más embustero y timador.

»Miré al vacío con desolación. Había avanzado algo, pero aún ignoraba quién podía ser realmente o cualquier dato que me sirviese de pista para averiguarlo.

»¿De qué me conocerá a mí?, me pregunté. Claro está que mi padre no tiene tantos hijos como otros, de hecho…, tan sólo a mí…, por lo que seguir el rastro de su descendencia, para alguien que quisiera perjudicarle (¡y el Gran Creador sabe que demasiados de Sus Hijos quieren mal a mi padre!) no hubiese sido difícil.

»–Bien, Amber. Te he contado cuanto sé en referencia a tu pregunta. Y he sido muy generoso, como has visto. Ahora es mi turno en el quid pro quo.

»Tres horas después, abandoné las habitaciones del Reichsführer sonriendo. Atrás quedaba él, con la cabeza flotando en una nebulosa de conocimientos que en absoluto entendía. No obstante, era perseverante, y, en contra de lo que yo había supuesto, su interés no se limitaba a las manifestaciones físicas que pudiese utilizar a favor del Reich o de sí mismo, sino que pretendía ahondar con esforzado ahínco en las raíces de la Creación, los Creadores y la

Vida, tanto como en el origen de la humanidad y, por supuesto, de la raza aria. Así pues, el aplicado discípulo había citado a la Maestra para una nueva clase, a la que se sucederían otras. A mí no me importa. Himmler me escucha con los ojos abiertos como platos, como un recién nacido que mira atentamente a quien le habla sin comprender nada, pero lleno de interés y placer. Siempre sería así, probablemente. Además, he conseguido mis primeras prerrogativas, entre ellas, material de escritura.

»Tiempo después.

»Ha transcurrido un mes y medio. No he hecho avances, pero tengo esperanzas de que algo suceda pronto. Wewelsburg se halla revuelto con los preparativos para la llegada del Führer y de los otros diez asistentes a la ceremonia del 31 de octubre, y, si no me equivoco, el protector de Hitler hará acto de presencia en algún momento. Al menos, cuando la vida de su chico especial se vea amenazada por mí.

»Por la mañana, el ruidoso ajetreo rompía la marcial monotonía de las pasadas semanas e impedía la concentración en la sala que ha sido habilitada para las enseñanzas que imparto a los científicos seleccionados por Himmler.

»Asomada a la ventana, veía descargar las muchas furgonetas que no paraban de llegar cargadas de flores, verduras frescas y embalajes de contenido misterioso.

»Algunas de las chicas estaban ayudando con las tareas: arreglaban jarrones, disponían la cripta adecuadamente, ensayaban discursos, loas y salutaciones… Y, lo que no era menos importante, se ocupaban de su propia preparación y adorno. Habían recibido instrucción sobre la etiqueta debida, adaptada a su singular naturaleza, y estrenado sus uniformes, diseñados entre todas ellas, los cuales lucían con encantado alborozo. En las mangas de estos destacaba un emblema que el mundo todavía no conocía, el símbolo de la organización recién nacida que trataría de devolver a la humanidad la perfección que dejó escapar, enmendando los errores genéticos padecidos por la raza aria. Un símbolo que Himmler estaba orgulloso de haber creado partiendo de las enseñanzas de su Maestra. También había ideado el nombre secreto que identificaría por los siglos a los miembros de la sagrada alianza: Götterborn.

»–Fräulein Kleist… Fräulein Kleist, por favor, ¿podemos continuar? ¿Es correcto de esta manera? –así interrumpió mis pensamientos uno de los científicos.

»Se hallaba en pie frente a una enorme pizarra cuajada de fórmulas matemáticas.

»–Le he dicho, doctor Schoeler, que yo no soy Einstein –protesté,

volviéndome, molesta, hacia ellos–. ¿Alguna vez ha visto ecuaciones en el interior de las pirámides? Pues, si no les eran necesarias a sus constructores, mucho menos le serán a usted.

»El doctor Schoeler inició su consabida perorata, señalando que él no era un místico ni tenía intención de serlo, y quejándose de mi falta de colaboración.

»–Usted pretende comunicarse conmigo al nivel de un ingeniero –aduje–, cosa que yo no soy ni tengo intención de ser.

»En los días que llevo ayudándoles en el conocimiento de la Fuerza Vril, les he transmitido suficiente información como para hacerles entusiasmarse con su logro y verlo como posible, pero lo bastante escasa y oscura como para que continúen dependiendo de mí. Al fin y al cabo, no se limitarán a usarla para un buen fin, sino que, antes que nada e inmediatamente, se empleará para propulsar misiles y aviones militares. Sin embargo, el pacto hecho con Himmler me obliga a resultados si quiero ver en libertad a las cien mil personas que he logrado obtener a cambio de mis informaciones. El conocimiento de la Fuerza Vril vale mucho más que eso, por supuesto. No puede considerarse, ni lejanamente, un buen trato para mí. Aun así, fue lo máximo que conseguí tras una negociación persistente: cien mil personas. Además, el pacto tenía una cláusula: Dado que la cifra era alta y habría que recurrir a los campos de concentración, se liberaría sólo a mujeres mayores de sesenta años, a fin de minimizar los riesgos de expansión de la raza inferior. Pero no está en mi intención que guarden el Secreto para siempre. Me apañaré para evitarlo. O alguien lo hará.

»En las últimas semanas, mi vida en la fortaleza se ha establecido casi como una rutina. La mayor parte de ese tiempo Himmler ha estado ausente, requerido en otras partes por asuntos oficiales, pero en las rápidas visitas que ha realizado nunca ha dejado de solicitar mi presencia. Cuando tiene tiempo, vuelve a la carga con sus peticiones de adoctrinamiento; cuando es escaso, me pregunta por mis avances en la instrucción de los científicos o se interesa por mis actividades en el castillo. Como si aquí pudiese hacer algo que no sea aburrirme.

»De forma oficial ya no tengo vigilancia, aunque sé que ojos ocultos me vigilan por entre las rendijas secretas de muchas habitaciones. Tampoco he vuelto a ver a las demás mujeres desde el incidente del primer día. Himmler no quería arriesgarse a perder a ninguna otra a tan breve tiempo de la ceremonia, y fui trasladada a la torre norte, por lo cual ni siquiera me he cruzado con ellas en los corredores. La única persona a la que tengo interés en ver es a Laima, quien, a requerimiento de ambas, ha sido trasladada también. Se nos han arreglado, además de los dormitorios, una sala

de recreo y lectura que dispone de una radio y un televisor, para que podamos seguir las evoluciones de la guerra y los enardecidos discursos del Führer.

»La instructora de deportes nos da clases privadas por las mañanas, y, al igual que a las otras mujeres, se nos ofrecieron enseñanzas de protocolo y buenas maneras, así como de política, música y folklore, bailes clásicos, y otras que soportamos para paliar el aburrimiento.

»Laima y yo nos hemos convertido en amigas íntimas. Sé que ella tiene secretos que no quiere, o no puede, contar, pero me ha demostrado su sabiduría en este tiempo, la veracidad de sus profecías y conocimientos, y, siendo tan víctima como yo, confío plenamente en ella. También, me he resignado a no lastimarla intentando sonsacarle más de lo que considera beneficioso explicar.

»Aunque no se me ocurre qué puede llegar a suceder para que yo tenga un hijo aquí, voy haciéndome a la idea de la posibilidad de que pueda morir en el castillo al dar a luz, de forma que Laima se haga cargo de mi niño, como profetizó. Laima no es vidente, no predice ni adivina. Uno puede cambiar la mayor parte de lo visto en las cartas del Tarot, pero una profecía expone un futuro inmutable. Sin embargo, sé que algo sucederá que evitará su profecía. ¿Es que no voy a conocer jamás a mi hijo? ¿No voy a poder verle crecer, convertirse en ese ser tan especial del que Laima me ha hablado? ¿Tampoco volveré a sentir los cálidos labios de Josef? ¿No podré ya soñar con que abrazo a Eldwin mientras le cuento mis heroicos actos en el castillo, haciéndole saber que he conseguido salir ilesa y con el objetivo cumplido, y sin ningún hijo de…?

»¡Oh, Señor! ¿De verdad un hijo habido con ese hombre puede convertirse en lo que Laima ha descrito?

»Tiempo después.

»Bien. El gran misterio se ha desvelado.

»Quiero desfogarme. Arrancármelo. Escribirlo en esta primera línea y borrármelo del corazón… Pero no lo haré. Lo desgranaré con calma.

»Los invitados habían comenzado a llegar desde el mediodía. Por la tarde, casi entrada la noche, el coche de Hitler penetró en el recinto.

»Desde la ventana de nuestra sala, Laima y yo le vimos descender del vehículo y saludar calurosamente a Himmler.

»–Cuando Hitler pierda la fe –murmuró Laima–, se desmoronará ante los ojos del mundo, enfermará, empezará a cometer errores, y en un breve lapso todo terminará. Morirá desesperado, sepultado en una tumba subterránea bajo los escombros de su imperio. Para

entonces su plan será irrecuperable. Goebbels habrá corrido su misma suerte. Himmler encontrará la muerte en una huida desesperada. Algunos más sucumbirán, unos pocos supervivientes serán juzgados, y una gran mayoría conseguirá huir. Pero los crímenes terminarán.

»–¿Qué debe suceder para que Hitler pierda la fe? –le pregunté.

»–La perderá cuando deje de sentirse un mesías elegido. Cuando quien le protege haya dejado de hacerlo.

»No había transcurrido una hora cuando Himmler se presentó en la sala vestido con su uniforme de gala y una sonrisa beatífica iluminando su cara.

»–Amber, el Führer desea conocerte –anunció, ufano.

»La noticia no conmovió negativamente mi ánimo; más bien lo contrario. Me emocionó. Quería verme cara a cara con Hitler, escudriñar su interior, averiguar por qué había sido escogido. Además, las feroces expresiones del Führer siempre me habían infundido poco respeto en su teatralidad.

»Sin dubitación, me levanté del sillón y me aproximé a la puerta, donde Himmler me esperaba.

»Por el camino, él me explicó:

»–Está excitado. Se siente honrado por tu presencia. Es su primera visita a Wewelsburg, pese a que yo había rogado su presencia numerosas veces. ¡Sólo ha venido por ti! ¿Estás nerviosa?

»–Podría convertir este castillo en una montaña de piedra y ladrillo –respondí con chulería–, ¿por qué iba a estar nerviosa?

»Sin embargo, por supuesto, lo estaba. Mi intención era matarle cuando estuviésemos a solas, pero la profecía de Laima parecía implicar que eso no sucedería.

»Himmler me miró de reojo con la sonrisa borrada.

»–Pero has elegido no hacerlo –puntualizó en voz íntima–, y, cualesquiera que sean tus razones, nos sigues el juego. No creas que no he pensado mucho en eso. También me he preguntado hasta qué punto me odiarás aún, si habrá cambiado tu opinión sobre mí después de tantas horas pasadas a solas en las que he demostrado confiar en ti. –Le miré de soslayo, porque su voz se había quebrado. Mirando al frente, él continuó–: Me gustaría que comprendieras cuánto significas para todos, pero en especial para mí, y que no hay nada que no puedas obtener de mí sin necesidad de hipocresías ni subterfugios. –De pronto se detuvo y, girando sobre sus talones, dio orden a la guardia que le seguía de permanecer alejada. Después, se volvió hacia mí y, en voz muy baja, agregó–: Si estuviera en mi mano, muchas cosas serían diferentes. –Tenía en los ojos una mirada que yo había sorprendido en alguna ocasión de forma fugaz, un brillo en los ojos humano, caritativo–. Nunca como hoy he

envidiado a Hitler, y, si hubiera algo que yo pudiera hacer para que tú…

»Un portazo a pocos metros de distancia le obligó a interrumpirse.

»En la puerta había un oficial de alto rango a quien reconocí como Rudolf Hess, y cuya aparición causó un efecto instantáneo en la actitud de Himmler.

»–La espera –informó Hess.

»Nos acercamos a él. Era alto, moreno, de expresión falta de astucia. Se decía que era la cara amable del régimen.

»Cuando Himmler iba a abrir la puerta, puso su mano sobre la de él para detenerle.

»–Ha dicho que quiere romper el fuego con ella a solas.

»Yo me reí.

»–¿Quiere romper el fuego conmigo? Qué apropiado.

»Himmler se volvió a mí con la expresión asustada, mas no era por Hitler.

»–Amber… –susurró–, si hicieras algo…, no podría protegerte.

»Le miré con los rasgos casi dulcificados. Me había cobrado afecto, y a mí a veces me daba pena. Era esclavo de una personalidad dependiente, ansiosa de aceptación, en especial de la de Hitler, a quien adoraba. Firmaba lo que le ordenaba manso como un cordero, pero, a causa del estupor que esas órdenes le producían, vivía sumido en los remordimientos, la ansiedad y el consecuente dolor físico, padeciendo diariamente convulsiones nerviosas que su médico personal ya no era capaz ni de aminorar.

»Le sonreí y luego hice descender el picaporte dorado y empujé la puerta hacia el interior.

»Nada más abrirla, vi sus ojos penetrantes clavados en mí. Me quedé inmóvil durante unos segundos, estudiándole, todavía con el picaporte en la mano. Él, de pie en el centro de la habitación, a escasos pasos de mí, me observaba con su porte regio y las manos cruzadas a la espalda.

»Sin que apenas reparase en ello, alguien desde fuera separó mi mano del tirador, tomó la puerta y la cerró, dejándonos a solas. Entonces, Hitler se aproximó a mí, se detuvo a mi lado y, en seguida, me tendió la mano en busca de la mía. Cuando comprendí lo que pretendía, puse mi mano sobre la de él, que, flexionando su cuerpo, la llevó a sus labios y la besó con un gesto casi marcial, sin despegar los ojos, de un pálido azul, de los míos.

»–Me siento infinitamente honrado –dijo.

»Volvió a erguirse y le observé con atención. Ya no era tan joven como en la mayoría de retratos que aún seguían difundiéndose en la propaganda, ni tan joven como en el cuadro que él mismo había

pintado. Sin embargo, la mirada penetrante y analítica no la había perdido, ni los movimientos resueltos, ni el habla segura, ni el porte altivo, ni la expresión severa que en aquel momento se distendía en una sonrisa tímida. Se le habían añadido al rostro las marcas propias de la preocupación y las noches de insomnio, pero hasta ésas parecían eclipsarse en aquel momento, bajo el sutil nerviosismo que traslucían sus gestos.

»–Puedo ser sincera cuando le digo que esperaba este encuentro desde hacía largo tiempo.

»La sonrisa de él se amplió, se hizo espontánea, familiar, sincera. Rara vez se le veía sonreír en público, y el abandono de su imagen estática me chocó en gran manera, pese a que sabía, gracias a fotos confidenciales, que su rostro era capaz de reflejar gestos amables y sonrisas tiernas, en especial cuando se hallaba junto a niños o perros. En presencia de estos abandonaba su rigidez y se olvidaba de todo para ponerse a jugar con ellos como si ya no fuese, o nunca hubiese sido, el símbolo viviente de la unificación germana. Era extraño que aún no hubiese tenido hijos, tanto por lo mucho que le gustaban, como por la necesidad de dar ejemplo a su pueblo cumpliendo el mandamiento de las SS de engendrar cuatro hijos por hombre ario.

»–Me siento halagado –dijo, esforzándose en mantener un tono de voz controlado–. Antes de nada, le gustará saber que hay alguien más aquí que ha venido a visitarla.

»Oír esto hizo saltar un resorte en mi interior. No podía significar nada bueno, y al instante di por hecho que alguien, Eldwin, probablemente, había sido secuestrado para obligarme a cumplir con mi papel de incubadora sobrenatural.

»Nos encontrábamos en una especie de distribuidor que daba paso a otras habitaciones, y Hitler se ladeó ligeramente para indicarme una de las puertas, a su derecha.

»Caminé hacia ella y me adentré en una sala de unos treinta metros cuadrados que parecía funcionar como biblioteca y estudio. Allí, de espaldas a mí y apoyado en la chimenea, había un oficial alto que en su mano izquierda sostenía un libro que parecía leer. Vestía el uniforme completo, incluyendo la gorra de plato.

»Unos instantes después de que entrase y me detuviese unos metros por detrás de él, preguntándome quién era y por qué suponía Hitler que su visita me alegraría, la figura se volvió hacia mí. Sonrió al verme, cerrando el libro de golpe, el cual lanzó al desgaire sobre el escritorio.

»Helada la sangre en mis venas, sofoqué un grito al verle.

»–¿Cómo estás, cariño mío?

»Era de los labios de mi amado Josef, a quien no quería

reconocer ataviado con el uniforme Nazi, de donde había salido esta pregunta.

»Paralizada por la sorpresa, no era capaz de reaccionar. Pensé que debía tener cuidado, que debía de tratarse de un plan de Josef para liberarme, y, que por tanto, no debía abrir la boca delante de Hitler antes de saber exactamente en qué consistía.

»–¿Tanto tiempo sin vernos y no dices nada? –preguntó él, sardónico, cruzando la habitación hacia mí. Se detuvo a unos centímetros de mi cuerpo y me miró en silencio. Luego, mordiéndose el labio inferior para detener una sonrisa, añadió–: El nazismo te ha sentado muy bien.

»Siendo en apariencia exactamente el mismo hombre que amaba, había algo en su rostro completamente distinto, una expresión cínica y desconocida que me aterraba y me conducía a pensar que no tramaba plan de liberación alguno, sino que, simplemente, yo jamás había visto su verdadera faz.

»–No lo entiendo… –murmuré.

»Él se inclinó hacia mi oído y musitó junto a él:

»–Ése es tu fallo. No eres capaz de reconocer a quienes llevan fuego en sus venas.

»Alzó la cabeza y se me quedó mirando a centímetros de mis ojos. Su aliento llegaba hasta mí, abrasándome, llenándome de pavor.

»Agité la cabeza repetidas veces, incapaz de aceptar lo que aquello significaba.

»–No –musité, con los ojos clavados en los suyos.

»–¿No? –repitió, burlándose. Y, elevando la cabeza para mirar Hitler, que se hallaba varios metros por detrás de nosotros, dijo–: Dice que no, Adi.

»Éste permaneció en silencio y a distancia pero, yo, volviéndome hacia él súbitamente, le interrogué:

»–¿Es éste quien se hace llamar Loki? ¿Es quien le ha guiado y protegido?

»–Sí, es él –contestó Hitler al instante.

»Me volví para enfrentar mi mirada a la de Josef, que sonría pese a observarme con atenta severidad, viéndole por primera vez en mi vida tal como era.

»–¿Cuál es tu verdadero nombre? –le pregunté.

»Él alzó su mentón y me contestó con orgullo:

»–Derdrell.

»–¿Y por qué haces esto, Derdrell?

»–Por distintas razones –contestó, alzando los hombros con indiferencia–, ninguna de relevancia. ¿No vas a preguntarme, mejor, por qué te escogí a ti?

»Ahora fui yo quien se encogió de hombros.

»–Me sobra imaginación para comprender que eres uno de aquellos a los que mi padre ajustó las cuentas, y que ahora te vengas en una descendencia tan indefensa como un cordero ante un rayo. Eres cobarde y patético.

»Ni siquiera sé cómo fui capaz de construir estas frases. Le tenía ante mí y no lo creía posible. Era como si no estuviese hablando con él, sino con algún enmascarado que fingiese ser el hombre a quien yo tanto quería.

»Derdrell se cruzó de brazos ante mí y de nuevo sonrió mordiéndose los labios. Ésa era la sonrisa que yo conocía y amaba.

»–Te adoro –me dijo, inclinando brevemente la cabeza hacia mí–. Pero ahora, debo irme. Te dejo en las manos de Adi, él te cuidará bien. Adi –nombró, dirigiéndose a Hitler, quien permanecía alejado–, no olvides mis instrucciones. –Luego, de nuevo concentró su atención en mí. Me contempló serio, pensativo, y, de repente, tomó mi rostro entre sus manos y me besó en los labios. Yo le así por los hombros, tratando en vano de alejarme. Eran los labios que conocía; nada había cambiado en su beso. Se separó de mí asegurándome–: Nos veremos pronto, Amber –y se desvaneció entre mis manos, dejando junto a mí tan sólo una cálida estela perfumada.

»Yo seguí clavada en el sitio, completamente desbordada e incapaz de asimilar lo sucedido.

»Me recordé a mí misma unas semanas antes, despreocupada y feliz junto a aquel a quien había creído el más dulce y sincero de los hombres. Era falso y ruin, y ni tan siquiera era un hombre. ¿Y si había hecho daño a Eldwin? Me maldije a mí misma, maldije mi estupidez, maldije mi empeño y mi engreimiento al creerme capaz de una empresa que me superaba.

»–¿Qué es lo que ha ocurrido? –interrogó de pronto la voz de Hitler, a mi lado–. ¿Qué ha significado todo?

»Su voz me llegaba, pero ya no me importaba nada que tuviese que ver con él, con las SS, con el nazismo… Estaba a punto de estallar de furia, de odio, de rabia, de vergüenza, de frustración e impotencia.

»De repente me percaté de que Hitler me había echado un brazo sobre los hombros, casi me estaba abrazando, y musitaba palabras en voz tranquila tratando de consolarme. Probablemente había visto lágrimas en mis ojos u otros indicios del sufrimiento que me devoraba.

»Esto me inquietó tanto que toda mi atención se concentró en él y en el momento presente. Hitler me estaba consolando, y eso me hizo sonreír. Le miré a los ojos. Lejos de su hieratismo oficial, su

expresión se constreñía de asombro y preocupación.

»–Loki, el bromista, el embustero, el timador, nos ha engañado a los dos, Adi –le dije–. Y los dos vamos a pagar cara nuestra ingenuidad".

Capítulo 21

La Orden Negra

–Derdrell. ¿Te suena haberlo oído mencionar alguna vez? –preguntó Jerdren.

–No, que recuerde –le respondió Sam–. ¡Pobre mamá!

Jerdren le dirigió una mirada de sorpresa.

–¿Qué?

–Es que has dicho "mamá".

–Ah. Bueno, es mi madre…

–Ya… Pero "mamá" suena…, no sé… Es que ninguno de los dos se lo habíamos llamado nunca a nadie, y ni siquiera habíamos pensado en ellas de esta forma, o sea, como algo real, hasta que Eldwin apareció.

–Lo sé. Oye, no procederé de ese Hitler, ¿verdad? Quiero decir, sospecho que él era un nefilim, posiblemente hijo de Derdrell. Si es así, yo seguiría teniendo sangre divina por las dos partes, como se supone que tengo, pero esa parte sería… ¡Arrggghh!

Sam se cubrió la cara con las manos, asqueado.

–Ya te hemos visto antes los instintos nazis –bromeó Jerdren–, pero no te hagas ilusiones de ser el legítimo heredero del Führer. Papá sabe esa clase de cosas y siempre dijo que eras hijo de uno de sus hermanos.

–Trae. Seguiré leyendo yo.

Sam se acercó las hojas que quedaban por leer y, aunque de forma más penosa y lenta que su hermano, continuó con ahínco la narración:

"Llegó la noche. La hora señalada para el gran evento. Había caído la oscuridad sobre Wewelsburg.

»En una de las plantas inferiores, diez felices y voluntarios miembros de la secreta organización Götterborn ardían de excitación envueltas en túnicas de terciopelo negro. Aún en la torre norte, un miembro forzado, yo, se vestía con la ayuda de tres miembros femeninos de las juventudes nacionalsocialistas.

»La túnica me sentaba a la perfección y tenía una caída agradable y sensual. Sobre el pelo, cuyo color natural ya iba recuperando, me habían puesto una corona que mezclaba gemas semipreciosas con flores naturales.

»–Esto es absurdo –le dije a Himmler, que había acudido para verme antes del comienzo de la ceremonia–. Reichsführer, no tengo idea del ritual, usted lo sabe.

»–Bastará con que repitas lo que Laima señale, lo mismo que las otras –explicó él, mirándome con ojos ensoñados–. Tu simple presencia es lo más importante. Y no protestes. Recuerda mi compromiso: diez prisioneros si participas sin quejas.

»–Judíos, esta vez –puntualicé.

»–No, judíos no pueden ser.

»–Excelencia, confié en su palabra. Me había asegurado que intentaría salvar dos o tres familias completas –porfié con el ceño fruncido.

»–Y lo he intentado, pero, como ya te dije, liberar prisioneros judíos no requiere sólo mi consentimiento.

»–Sin embargo no pone pegas cuando es Felix Kersten quien se los pide.

»Himmler perdió la expresión afable y su cuerpo se irguió, susceptible. Chasqueó los dedos mirando a las chicas.

»–Ya está perfecta. Salid, gracias. –Cuando las jóvenes se fueron, tras desearme suerte y envidiarme repetidas veces, Himmler se encaró conmigo, sin demasiada rudeza–. Te he dicho que te guardes de comentar cosas que no deberías saber delante de terceros que tampoco deberían saberlas. En cuanto a Kersten, no sólo recibe las mismas respuestas que tú en lo que a la cuestión judía se refiere, sino que ni remotamente pueden compararse las atenciones que tengo contigo con las que él recibe. Bien. Es la hora. Bajemos a la cripta.

»En torno a Wewelsburg, Himmler tenía prevista la creación de una ciudadela mágica cuyo centro físico sería la cripta de la Torre Norte. Ésta, llamada a convertirse en el núcleo del mundo Nazi tras la victoria final, había sido trazada por los arquitectos a las órdenes del Reichsführer con base en misterios esotéricos.

»A nivel del suelo, exactamente sobre la cripta, se encontraba la Obergruppenführersaal, la Sala de los Líderes Supremos, una estancia circular sostenida por doce columnas, con el símbolo de la rueda del sol o Sol Negro, de color verde oscuro, incrustado en su piso de mármol gris, justo encima de la cruz gamada que adornaba el techo de la cripta. El Sol Negro se componía de tres círculos y doce rayos en forma de runas Sieg, las características de las SS. Aunaba los tres símbolos más importantes de la ideología Nazi: la rueda del sol, usada como adorno por los hombres y mujeres germánicos desde el siglo segundo, la cruz gamada, y la estilizada runa de la victoria.

»Tiempo antes de pasar la fortaleza a manos de Himmler, la sala

había servido como capilla, según podía leerse en una inscripción en latín sobre una puerta. Como documento de su antigua existencia, la habitación mostraba un choque de estilos arquitectónicos que iban desde las doce columnas románicas a las ventanas semicirculares y la bóveda cruzada. A imitación del rey Arturo, aquí, Himmler había hecho instalar una mesa redonda de roble macizo, rodeada de doce sillas de altos respaldos y tapizadas en piel de cerdo, cada una de ellas inscrita con el nombre de uno de sus generales, donde se reunía a celebrar conferencias, aprobar informes o establecer ceremonias y rituales. El fuego crepitaba en la chimenea monumental y, detrás de cada asistente, estaba colgado su escudo de armas de las SS.

»De este lugar, que también era usado como comedor, arrancaba un tramo de escalera que descendía hasta la cripta. Ésta, un sótano circular con muros de un metro y medio de espesor, recibía el nombre de Valhalla, o Reino de los Muertos, como el paraíso nórdico. La idea era que, a medida que fueran muriendo cada uno de los doce miembros de la Orden Negra, incinerarían sus cuerpos y sus cenizas serían contenidas en el interior de alguno de los doce obeliscos de granito que la circundaban. Por ello, la cripta tenía el diseño de una tumba micénica, y, la redondez de su forma, con un diámetro de quince metros, su acústica reverberante y la tenue iluminación, habían sido pensadas para crear una atmósfera solemne y misteriosa.

»Yo había bajado anteriormente, acompañada de Himmler. En el centro del techo abovedado, recogiendo o canalizando la Fuerza proyectada en su interior, había una inmensa cruz gamada. Según la explicación de mi anfitrión, partiendo del principio de la esvástica, el centro del campo de Fuerza creado por el Sol Negro del piso inferior y la cruz gamada del techo de la cripta provocaban un movimiento en espiral generándose una rotación del entramado material.

»Hoy, cuando hice aparición en la cripta de la Torre Norte, del brazo de un Himmler ataviado con su vestidura ceremonial, once caballeros de la Orden Negra, vestidos con longas capas de este color, se hallaban ya reunidos formando un círculo en torno al centro. Cada uno de ellos portaba dos símbolos distintivos: un anillo con la calavera, la esvástica e inscripciones rúnicas, el *totenkopfring*, y una daga con la inscripción "*Mi honor es lealtad*". El anillo, simbolizando el vínculo y lealtad a la orden. La daga, discernimiento y proyección de la Voluntad Absoluta del Reich Mágico.

»En el centro del suelo, de losas de piedra, había un espacio circular de unos cuatro metros de diámetro cuyo piso se encontraba

a un nivel inferior al resto, y al que podía descenderse por tres peldaños. Este núcleo se rodeaba y protegía por un anillo de piedra pulida que se elevaba unos centímetros por encima del nivel del resto del suelo de la cripta. En este anillo sobresalían tres rectángulos que indicaban las posiciones oeste, este y norte. Las escaleras que descendían a esta depresión estaban en la posición sur, de forma que quien las bajara se dirigiría al norte, el punto cardinal donde Hiperbórea se había localizado.

»En el centro exacto del interior del anillo se erguía algo similar a una antorcha olímpica que, conectada a un oculto tubo de gas, emitía una llama perpetua. Este punto coincidía con el centro de la esvástica del techo y del Sol Negro del suelo del piso superior.

»Además de por la gran antorcha, la cripta se hallaba iluminada por velas situadas a ambos lados de cada uno de los obeliscos.

»Una vez reunidos los doce iniciados, conociendo todos previamente la ceremonia a desarrollar, dio ésta comienzo sin indicación alguna, tan pronto cada uno hubo ocupado su lugar. En el silencio abismal del lugar, en posición sedente, los iniciados, según el principio del Sol Negro, empezaron a detener el flujo del mundo haciendo de la cripta un espacio aparte del tiempo. Lentamente, uno a uno, iban proyectando su fuerza interior, aunándola con la Fuerza del Sol Negro concentrado en el centro del lugar de enterramientos.

»Después, conforme iban consiguiéndolo, desde el centro de la cripta proyectaban los anillos de sus dedos sobre el anillo central.

»El anillo metafísico sostenido sobre el centro de la cripta por la Voluntad de los doce iniciados iba tomando forma en el plano astral, adquiriendo consistencia. Así, sostenido por los iniciados de la Orden Negra, participando todos de esta comunión mística en una sola mente o realidad mágica, el poder de la unión de su Voluntad y su Fuerza movilizaba resortes capaces de actuar sobre el mundo material y el espacio-tiempo.

»Laima y yo, sumidas en el silencio de estas tinieblas, abrimos los ojos y buscamos mutuamente nuestras miradas. Laima me había explicado el objetivo de esta parte de la ceremonia, comienzo común a todos los rituales. Mediante él se renovaba el vínculo y el poder del círculo mágico de los anillos, habiéndose creado entre todos ellos una comunión mística que canalizaba su Fuerza al objetivo común de la lucha del Reich.

»Viendo que la fase había concluido, Laima dio una orden muda a sus ayudantes, siete de las cuales se dirigieron al exterior de la cripta. Unos minutos después, seis de ellas regresaban cargadas con un féretro.

»Al abrirse la puerta, y mientras las valquirias depositaban el

ataúd sobre unos pedestales, a fin de que quedase a mayor altura, la cripta se inundó, cada vez con mayor intensidad, del llanto de un recién nacido. Yo, de pie en el lugar que me correspondía, comencé a sentir palpitaciones.

»Cuando el féretro estuvo colocado, en el lado sur de la antorcha, tres de las jóvenes regresaron a sus lugares mientras las otras tres volvían a atravesar la puerta. Con ellas se cruzó la séptima valquiria, quien regresaba trayendo en sus brazos un bebé envuelto como un capullo de seda. Lo llevó hacia el centro de la cripta y esperó breves minutos hasta que las mujeres volvieron a entrar, cargadas con algo similar a una pesada cuna de superficie plana, acolchada por mantas y recubierta con seda roja. Sobre esta superficie fue colocado el niño, también junto a la antorcha pero mirando al norte, a apenas medio metro de distancia del muerto.

»Entonces, dio comienzo el ritual.

»Laima abrió el ataúd, situándose las demás a su alrededor. Se produjo una invocación a las Fuerzas y Poderes del universo, acompañada del intercambio de diversos símbolos entre la sacerdotisa y los iniciados.

»El fallecido vestía el uniforme que había sido diseñado para la ceremonia. Apenas tendría unos cuarenta y cinco años, pero su aspecto indicaba el tormento causado por la enfermedad que se lo había llevado.

»Mediante unas tijeras, Laima, recitando unas palabras en la antigua lengua rúnica, cortó un mechón de su cabello, que deposito sobre una bandejita de plata portada por una de sus ayudantes. Luego sacó del ataúd un pequeño cofre que se hallaba junto al cadáver y lo depositó de la misma forma sobre otra bandeja.

»Las mujeres con ambas bandejas se acercaron al bebé y las colocaron sobre la superficie que ejercía de cuna y altar. Tras ello, recitando su parte del ritual, los miembros de la Orden Negra, uno a uno, se acercaron para depositar sus propias dagas alrededor del niño, de forma que las puntas de todas ellas apuntaban al norte, lo mismo que los pies del niño. Cuando todos se retiraron, Laima cogió el mechón de pelo y lo colocó sobre el pecho del bebé, que ahora se hallaba silencioso, y a su alrededor colocó los pequeños objetos que se encontraban en el interior del cofre: un anillo de las SS, galardones militares, una pitillera, un reloj, una carta y algo contenido en el interior de una pequeña cajita negra.

»Hecho esto, los iniciados, cogiéndose las manos, formaron un círculo alrededor del anillo central, dentro del cual se hallaban ahora la llama eterna, el guerrero muerto y la criatura en la que habría de renacer.

»En un círculo externo y más amplio se situaron las valquirias, a

un metro de distancia de los miembros de la Orden Negra, y entonces, todos juntos, recitaron una nueva parte del ritual.

»Yo, silenciosa, me sentía sobrante y ridícula, y apenas me atrevía a levantar la mirada. Me había costado distinguir a los presentes a la escasa luz, pero ya sabía dónde estaban los que más me preocupaban, y había notado fugaces vistazos en mi dirección. Moví los labios, fingiendo que recitaba.

»La voz de los presentes había ido subiendo de tono casi sin que yo me diese cuenta, el ritmo se había ido acelerando cada vez más y más, y, entonces, cuando de repente el niño explotó en un llanto súbito, los iniciados enmudecieron.

»Laima cogió al bebé en sus brazos y se lo entregó a Hitler, quien lo puso en manos de Himmler, y éste en las de otro de los iniciados. De esta manera, el bebé fue sostenido por los doce guerreros miembros de la Orden Negra, quienes finalmente lo entregaron al poder de las valquirias, que, tras un cantico final, dieron por concluida la ceremonia.

»Los círculos se deshicieron, y mi corazón empezó a batir en su pecho con desenfreno. Se acercaba la hora en que tendría que matar a Hitler, lo cual sería fácil, y salir viva del castillo, lo cual sería difícil.

»Mi mirada y la de Laima se cruzaron. Ella nada tenía que temer por sí misma. Había hecho un pacto con Himmler y estaba a salvo de la maternidad forzosa. Me infundió ánimo a través de sus ojos.

»Cuando Hitler pasó por mi lado, rozándome, y cogió mi mano silenciosamente, guiándome en dirección a la puerta, le seguí mansamente.

»Debido a la presencia de tantos altos mandatarios, había más guardias que nunca. Se hallaban por cada rincón del interior y el exterior del castillo. ¿Cómo iba a salir ilesa de la fortaleza?, me preguntaba. Si bien se me permitía rondar a mi antojo por los corredores, los guardias no consentirían que saliese del castillo. Y, desde el incidente de mi llegada, algunos de ellos habían recibido un entrenamiento especial y se protegían con trajes especiales.

»Los aposentos de Hitler eran espectaculares, preparados desde que el castillo pasara a manos de Himmler, pese a que, como éste se lamentaba, su Führer nunca se hubiese dignado a visitarle. Al igual que en el resto del castillo, el estilo medieval imperaba.

»Mientras que las habitaciones de Himmler tenían como tema a su alter ego, es decir, a su predecesor en su existencia mortal, Heinrich I el Cazador, las de Hitler estaban dedicadas simplemente a su propia y presente grandeza, así como a motivos que le resultaban inspiradores: carteles anunciando óperas de Wagner, partituras de la pluma del propio compositor, objetos de su

pertenencia, manuscritos de diversas glorias de la raza aria y pinturas sobre la mitología germana.

»Mientras yo ojeaba por los alrededores, en espera del momento en el que, irremisiblemente, hubiera de reaccionar con violencia, Hitler se había desprendido de su túnica, bajo la cual llevaba un uniforme. Me estaba mirando, y yo le observé también desde la distancia, estudiando sus intenciones.

»Las puertas en torno al salón recibidor estaban abiertas, y claramente pude avistar la gran cama con dosel que me esperaba en una de ellas.

»Hitler captó está mirada fugaz y recelosa, y me dijo:

»–Puedes irte a descansar. Yo tengo asuntos que tratar. –Me indicó la puerta más cercana a él, donde podía verse una mesa de despacho. Le miré con suspicacia, conjeturando sobre sus razones.

»–¿Piensa acompañarme más tarde, Führer? –le pregunté. Si tenía que pasarme la noche en vilo, esperando a ser asaltada, prefería acabar con el asunto ahora.

»–No, Amber –contestó, y dejándome atónita, agregó–: Loki…, es decir, Derdrell me ha informado de que estás embarazada.

»En mi estupefacción, las posibilidades de que aquello fuese posible recorrieron meteóricamente mi pensamiento. Cierto era que tenía un retraso, pero lo había achacado al viaje, los nervios, el cambio… En tal caso, ¿Josef…? Es decir, ¡Derdrell!

»–No estaba seguro de que lo supieras, pero ya veo que no. Sé que es hijo de Lo…, de Derdrell. De Loki –decidió de pronto con firmeza–. Ése es el nombre que él quiso darme y así le llamaré.

»–Entonces, Führer, ¿qué estoy haciendo aquí?

»Él clavó en mis ojos una mirada fugazmente triste que en seguida se hizo fija e intensa, reconcentrada en sus pensamientos, como la que muchas veces le había visto mostrar en público.

»Dio varias vueltas por la habitación, como si por primera vez en su vida le costase encontrar las palabras adecuadas con las que expresar sus ideas o no supiese como iniciar su discurso. Pero entonces, de pronto, se clavó en el punto en el que estaba, a escasa distancia de mí, y, mirándome con fijeza, comenzó a explicarme:

»–Durante la primera guerra mundial, en la terrible batalla de Somme de 1916 entre tropas franco-británicas y alemanas, fui alcanzado por una granada. Permanecí durante horas desangrándome, pidiendo auxilio, gravemente herido en el abdomen y en la ingle, rodeado de cadáveres y moribundos. Cuando finalmente recibí atención médica se me informó de que mi capacidad reproductiva había quedado seriamente dañada para siempre. Después de todos estos años, mis esperanzas de tener hijos propios se han desvanecido. Por estas razones, cuando Loki me

enalteció con la propuesta de poner bajo mi cuidado a vuestro hijo, mostrándolo ante el mundo como propio, acepté halagado. De esta forma contaré con un heredero tan extraordinario como jamás podría haber regalado al pueblo germano por mis propios medios, y, vosotros, con un hijo que guiará, no sólo el destino de la raza aria, sino de toda la humanidad.

»Mirando a través de una ventana cercana, perdí la mirada en la distancia, en las estrellas que refulgían como ojos sabios que me contemplaran sin emoción, conociendo de antemano cada entresijo de un destino escrito por ellas mismas. Apenas sin respirar, mi mente sopesaba en su balanza los sentimientos de alivio y espanto que la inundaban. La conclusión justa, inesperada y tranquilizante de la primera parte de mis preocupaciones, junto con la nueva pero ya acuciante premura por salvar a mi hijo de las garras del Tercer Reich.

»Derdrell era el padre. Pese a que no me faltaban razones para odiarle, dada la alternativa hubiera podido escribir esa oración entre decenas de exclamaciones. Lo haré una sola vez: ¡Sí! ¡Derdrell es el padre!

»Sé que resulto patética y despreciable al no odiarle de la forma drástica y profunda que su comportamiento merece, pero no me es posible aniquilar los sentimientos de un instante para otro. Apenas hace unas horas que del cuerpo de mi amado Josef ha surgido el diabólico Derdrell. Los ojos con que me ha contemplado esta tarde todavía brillaban con ternura en mi recuerdo; los labios con que me ha besado, aún expresaban amor en mi memoria.

»En realidad, yo no sé cómo es Derdrell. Conozco únicamente el papel que había escogido interpretar, y éste era el de un hombre con la personalidad más opuesta a la propia que pudiese lograr. Pero sí sé que es un dios, un Anunnaki, un ángel, como quiera que se desee llamarle, y, por tanto, mi hijo no se verá ensuciado por la sangre humana. Será, al igual que yo, el resultado de muchas generaciones de enlaces entre ángeles y nefilims de primera generación.

»No me avergüenza que por mi cabeza cruce un discurso que parece escrito por el hombre que en este momento trabaja en la habitación de al lado. No es por su influencia que pienso así. Es, simplemente, una consecuencia lógica de mi conocimiento del mundo. Teniendo en cuenta la historia de la humanidad, ¿qué tiene de malo renegar de lo humano?"

Jerdren y Sam se miraban boquiabiertos.

–¿Lo ves? –dijo Jerdren–. Es un dios, como ella dice. Y ya tenemos su nombre.

–Después de ese Hitler –dijo Sam, con la cara constreñida en una mueca de indignación y enojo–, él es la peor opción de semilla posible. Es cruel y despiadado. Es un… Un… ¡La engañó de una forma vergonzosa!

–¿Quién demonios sería tu abuelo y qué le haría a Derdrell para que se vengara en ella de esa manera?

–No quiero saberlo. Ella dice que sea por lo que fuere muchos otros le odiaban. ¿Y si papá está en ese lote?

–Bueno, él no lo pagaría contigo aunque lo supiera, eso seguro. Sólo quedan estas hojas –se lamentó, cogiéndolas con cuidado–, me temo que en ellas no puede contar todo lo que nos falta por saber.

–Léelas; veamos dónde acaba.

"Tiempo después.

»Han pasado dos semanas desde mi última anotación. Continúo en Wewelsburg. Hitler ya se fue. Por si acaso yo no tenía clara la situación, antes de irse insistió en la importancia de que nadie supusiese jamás la verdad. Ni siquiera Himmler la sabría. No debía permitirse ni una sola oportunidad a la traición. Para el mundo, mi hijo sería su único y legítimo descendiente. Eso me conviene, dadas las novedades que voy a explicar ahora.

»Himmler no está, y, por primera vez, se ha llevado a Laima consigo. Eso me indica que tardará largo tiempo en volver. Sin embargo, antes de irse el castillo se vio alborotado por una desagradable sorpresa: la sección masculina de Götterborn, de cuya existencia nada sabíamos, se ha sumado a nosotras. Ignoro dónde les mantendría escondidos, pero han llegado con el lavado de cerebro ya hecho y perfectamente entrenados en sus funciones, la primera de las cuales es proteger al hijo del Führer, y eso incluye evitar que su madre escape con él.

»Ésta es la razón de que aún siga aquí.

»He comenzado a pasear por todas partes, estudiando la situación. Esto significa que me he encontrado con las valquirias, todas ellas felizmente fecundadas y más altivas y orgullosas que nunca. Me miran de soslayo con profundo odio, y, si no fuera porque me creen embarazada de su Führer y dañar a la criatura sería un sacrilegio para ellas (por el que Himmler las haría ejecutar), no me cabe duda de que buscarían el modo de hacerme trizas. Me consta que varias de ellas han trabado con los recién llegados una relación más estrecha que la amistad, y que la han aprovechado para malmeter y ponerles en mi contra.

»Los doce miembros de la sección masculina tienen una apariencia similar a la de los miembros de las juventudes nacionalsocialistas, los cuales ya asustan, pero son infinitamente

más peligrosos que ellos. He intentado en vano acercarme a algunos, pero soy incapaz de mostrar la simpatía frívola de las otras, y parecen considerarme algo fuera de su alcance, la madre del próximo Führer, digna de demasiado respeto como para osar confraternizar conmigo. Se limitan a vigilarme desde cierta distancia, a veces con disimulo, a veces sin él. Son, en total, veintidós los pares de ojos deseando llevarse el mérito de sofocar mi huida.

»Tiempo después.

»Lo he decidido. Esta noche intentaré escapar.

»Tiempo después.

»Es la mañana siguiente a mi última anotación. Continúo en el maldito castillo.

»Pensé que lo lograría. Estaba segura; me sentía valiente, dispuesta a llevarme a quien fuese necesario por delante. Había observado que, pese a que por las noches siempre hay varios nefilims que permanecen despiertos como vigías, se relajan y distraen fácilmente en compañía de las valquirias.

»A las dos de la madrugada, me deslicé sigilosamente por los corredores. Mi objetivo era llegar hasta la cocina y salir al patio a través de su puerta, pues a esas horas era de esperar que no hubiese nadie. Sorteé con habilidad a los guardias, que, a decir verdad, o estaban medio dormidos o atentos a la juerga que se habían montado los nefilims en la sala de juntas, reconvertida por ellos en sala de fiestas, o pendientes del trasiego de las parejas hacia los dormitorios.

»La puerta de la cocina estaba cerrada con llave, pero la cerradura se fundió como mantequilla bajo mis dedos. Cuando abrí con cautela y vi que no había nadie en el patio empecé a emocionarme. Me hice a un lado y lo bordeé bien pegada a una de sus paredes, protegida por las sombras. Todo estaba silencioso. Miré hacia arriba, asegurándome de que no había nadie mirando por las ventanas. Logré llegar hasta la puerta que abre la fortaleza al exterior y, para mi asombro, no estaba cerrada, sino entornada. Eso significaba que al otro lado estarían los soldados. Usualmente, también los había dentro, en eso había tenido suerte. Contuve la respiración con el oído pegado a la rendija y enseguida me llegaron sus voces. Yo nunca había matado a nadie (dejando a un lado a la valquiria, que fue un accidente) y el tener que enfrentarme a ellos me ponía muy nerviosa. No sé dominar y encauzar mis fuerzas hacia el objetivo, sino que son ellas las que me dominan. Sólo sé permitir que escapen, produciendo explosiones o temblores difusos

y a gran escala, como los que ya he contado páginas atrás. Eso no es muy útil cuando quieres librarte de alguien concreto rápido y en silencio. En mis entrenamientos, con sandías y melones, nunca había logrado enfocarme correctamente. No obstante, había llegado demasiado lejos como para dar media vuelta bajo ningún concepto.

»Abrí con lentitud, tratando de distinguir dónde estaban y cuántos eran, pero su posición lo hacía imposible. Me armé de valor y abrí con decisión la puerta, saliendo y encarándome con ellos.

»Me costó trabajo distinguirlos bajo la escasa luz de la noche nublada, pero advertí en seguida que eran cinco y que se habían reunido allí fuera para charlar y fumar.

»–¡Fräulein Kleist! –exclamó uno de ellos.

»Vi que la alarma había cundido, que los cigarros eran arrojados al suelo para dejar libres las manos que corrían a palpar las armas.

»Entre ellos descubrí a uno de los miembros masculinos de Götterborn. Se había destacado, avanzando un paso por delante de los demás al tiempo que echaba hacia atrás sus manos en un gesto que significaba que las armas debían permanecer tranquilas, pues él se encargaría de mí.

»–Fräulein Kleist, sabe que no es seguro para usted salir sola a estas horas –dijo.

»Era tan alto como los soldados, sin embargo, le faltaban dos meses para cumplir dieciséis años. Yo había captado muchas conversaciones acerca de él. Caía bien, pues era divertido y pícaro, pero usaba sus habilidades para obtener de todo el mundo lo que quería, especialmente de algunas de las chicas.

»–Necesito dar un paseo, Dieter, y os sugiero a todos que no tratéis de impedírmelo.

»–¡Por supuesto que nadie lo hará! –dijo él, dirigiéndose hacia mí sonriente–. Pero yo la acompañaré.

»Y eso es lo último que recuerdo. Desperté en mi cama, a eso de las diez de la mañana. Tenía puesto el camisón, y, dado que nunca me lo pongo, deduzco que Dieter me dio la orden de hacerlo.

»Tiempo después.

»Dieter comparte habitación con otro chico, pero me mantuve vigilante hasta que supe que le encontraría solo. Abrí la puerta y le pille junto al armario, recién salido de la ducha, sin los pantalones. Me pareció increíble que alguien como él pudiera ponerse tan colorado y azorarse tanto. Por poco se cae mientras se colocaba a toda prisa los primeros pantalones que logró arrancar del armario.

»Cerré la puerta y con voz tranquila le pregunté:

»–¿Tienes el número de teléfono de Hitler, Dieter?

»–No. No Fräulein Kleist –respondió, tratando de conservar el

equilibrio al subirse los pantalones.

»–¿Y el de Himmler?

»–Tampoco, Fräulein Kleist.

»–¡Oh! Pues yo sí. Y si marco cualquiera de ellos para dar cuenta de que anoche abusaste de la madre del hijo del Führer haciendo uso de tus habilidades mentales, no vivirás un nuevo amanecer.

»–Pe… pep… pero… –tartamudeó él–, ¡pero eso no es cierto! ¡Todo lo hice por su bien! Los guardias se ponen nerviosos en su presencia, ¡la hubieran disparado! Yo sólo la acompañé a la habitación y la puse a dormir. ¡Es posible que eso le salvase la vida!

»–Me hiciste desnudar, me obligaste a tumbarme sobre la cama y me ultrajaste durante horas manteniéndome en un estado de semiinconsciencia para que así pudiese colaborar en tus perversiones. ¡A mí, que sólo había sido tocada por las manos del Führer! –Se quedó callado, y vi cómo su expresión atravesaba las fases entre el desconcierto y la comprensión. Le advertí–: Esta vez estoy preparada. Si intentas algo haré que el techo se desplome sobre tu cabeza.

»Le vi que iniciaba el gesto de cruzarse de brazos y que una sonrisa afloraba en su rostro travieso, ¡y luego sólo sé que desperté en mi cama!

»Me incorporé furiosa, comprendiendo al instante lo que había ocurrido. Al menos, esta vez estaba vestida. Estaba saltando de la cama cuando le vi allí plantado, cruzado de brazos. Me levanté dispuesta a salir por la puerta y llamar a Himmler, como le había amenazado, porque era un enemigo al que no podía permitirme tener cerca.

»–Por favor, no llames a Himmler –me rogó él–. No volveré a hacerlo. Me amenazaste. Sólo quería que vieses que ése no es el camino para tratar conmigo. Sin embargo, estoy abierto a una negociación.

»Le miré con desprecio espetando:

»–Vas a tener que negociar con Hitler.

»Y me dirigí resuelta a la puerta.

»–Por favor, ¡espera! No me denuncies hasta escuchar esto: Conozco ese secreto tuyo y no se lo he revelado a nadie.

»Me detuve y me volví hacia él. Tenía una expresión sincera, angustiada.

»–¿Qué secreto? –le pregunté, con absoluta desconfianza.

»Él me hizo un gesto con las manos, señalando a la puerta y luego a su oído, indicándome que me separase de ella por si alguien estuviera cerca. No me fié.

»–¡Sabes que no tendría por qué acercarme a ti si quisiera hacerte algo! –protestó. Me di cuenta de que de pronto había dejado

de tratarme con distanciamiento y me tuteaba.

»–No lo sé –contesté–. No sé qué otras cartas puedes esconder bajo la manga.

»Él me miró con impotencia, y decidí acercarme con precaución.

»Entonces, en voz extremadamente baja, señalando hacia mi vientre, dijo:

»–No es de Hitler.

»Puedes imaginar mi expresión al escuchar esto.

»–Ten cuidado –le advertí en un susurro–. Por decir eso podrían ejecutarte.

»–Lo sé –me respondió él–. Pero no tengo intención de decírselo a nadie. Y tú tampoco lo harás, porque no querrás que muera el hermano de tu hijo.

»Me quedé boquiabierta. Tanto que no podía ni pedirle una explicación.

»–¿Qué? –dije simplemente.

»–Soy hijo de Derdrell –me confesó. Se quedó en silencio, contemplando mi expresión atónita–. Sé que en estos días no es el ser que más añoras, pero creo que debes saber que no te ha abandonado como crees. Bueno, esto no le exime de las cosas que te ha hecho, pero al menos me envió aquí para cuidarte, y al niño. No estaba previsto que yo te dijese nada, debía permanecer en la sombra, a la expectativa, sólo por si acaso, pero…

»Se encogió de hombros. Ya lo consideraba todo dicho”.

“Un hermano”, pensó Jerdren, interrumpiendo la lectura. No le gustaba la idea, pero le confortó pensar que el tal Dieter llevaría muerto unos cuantos años, o sería un carcamal, al menos.

–¿Quieres que siga leyendo yo? –le preguntó Sam, que le había escuchado sin parpadear.

–No. Ya sigo yo.

Capítulo 22

El nacimiento de Sam

"¿Cabía alguna posibilidad de que me mintiera? –continuó leyendo Jerdren–. Contemplé a Dieter como por primera vez, en busca de un parecido. Su estructura ósea era muy similar a la de Derdrell, y también el tono de su pelo. Sus ojos diferían un poco, tenían un color verde musgo. Tal vez el mayor parecido se hallase en el carácter. Aunque no conocía ni al uno ni al otro como para poder afirmarlo, había algo en la expresividad y la forma de actuar de Dieter que perfectamente podía provenir de Derdrell.

»–¿Por qué aceptaste que te reclutaran? ¿Estás a favor del régimen? –le pregunté. Tal vez hubiera extraído la información sobre Derdrell de mi mente, pero no se me ocurría nada que fuese a aclarar al cien por cien mis dudas al respecto.

»–Me importa un pimiento el régimen –declaró entre risas–. Sólo quería salir de casa, vivir una buena aventura, ya sabes. Mi madre está insoportable últimamente. Papá vino hace unos días, me contó lo que pasaba y me animó a venir. Me dijo que habría un montón de chicas a mi altura y pensé que sería divertido.

»–¿Y no te dijo que estaban todas embarazadas? –pregunté, empezando a estar segura de que no me mentía.

»–Éstas sí, pero traerán más.

»Y entonces lo hizo. Sonrió como Derdrell cuando intentaba reprimir una sonrisa pícara: mordiéndose los labios.

»–¿Tienes contacto a menudo con Derdrell? –le pregunté.

»–Bastante. Viene casi siempre que le llamo –me respondió.

»Permanecí en silencio, reflexionando, mientras él me observaba con atención.

»–¿Qué otras habilidades tienes, Dieter? –le pregunté.

»–Puedo saber lo que la gente piensa. Por ejemplo, tú acabas de pensar si Derdrell vendría en caso de que yo me hallase en peligro. Has pensado que podrías apoyar un cuchillo sobre mi cuello y obligarle de esa forma a sacarte de aquí.

»–No –dije, sin que su demostración me afectara–. Te equivocas. He pensado si tú estarías dispuesto a que fingiésemos que yo intentaba matarte para que él viniera y me sacase de aquí. Hace un instante has dicho que estabas dispuesto a negociar. ¿Con quién prefieres hacerlo? ¿Con Hitler o conmigo?

»Se quedó muy serio, pensativo, y aguardé con paciencia a que hablara.

»–Escucha –dijo suavemente–, no tengo ningún interés en convertirme en el hermano del Führer, del amo del mundo, o cosa parecida. Estoy dispuesto a ayudarte de alguna manera, pero no puedes pedirme que finja ante mi padre porque no tardará ni medio segundo en darse cuenta y caeré en desgracia para siempre. Soy muy joven, puedo cometer estupideces y me las perdonará, pero no una traición.

»–¿En qué clase de estupidez estás pensando?

»–En la clásica: ayudar a escapar a la mujer que amo.

»Me reí brevemente.

»–¿Y no va a tardar medio segundo en averiguar que eso no es verdad?

»Él negó con la cabeza y preguntó:

»–¿Y quién ha dicho que no sea verdad?

»Tiempo después.

»Dieter y yo no hacemos gala de nuestra amistad, sino al contrario. Él se mezcla con los otros y se une a sus críticas contra mi persona, y hasta nos hemos llegado a poner de acuerdo en fingir que me gastaba alguna broma pesada, con la que los otros han gozado de lo lindo. Dice Dieter que me la tienen jurada, y que, tan pronto nazca el niño y yo ya no haga falta, planean deshacerse de mí. Me paso el día sola y al margen de todos, temerosa de suscitar más sus iras.

»Para su protección, las mujeres no pueden salir de la fortaleza salvo para los ejercicios matutinos, en grupo y rodeadas de soldados (en mi caso, a esas razones se añaden las posibilidades de huida), pero los hombres, que no llevan en su vientre el futuro de la raza, son libres de hacerlo. Le di a Dieter el número de Eldwin en Berlín, para que le llamase desde un teléfono público de la localidad cercana. Yo dudaba de que estuviera allí, pero estaba. Me emocioné cuando Dieter me contó cuál había sido su reacción al saber que me encontraba todavía aquí, bien de salud, aunque esperando un hijo de aquel a quien creyéramos Josef y buscando desesperadamente la manera de huir. Juró que nos ayudaría, y me envío ánimos y todas esas ternezas que son tan propias de él y que tanto echo de menos. Dieter ha quedado en volver a llamarle dentro de seis días. Nos sería suficiente con que viniese a buscarnos con un coche. Contando con Dieter como aliado veo más que factible escapar.

»Tiempo después.

»He llamado a Himmler. Así de sola me siento. Quería hablar

con Laima. Como ya me temía, ha sido imposible, pero pasé un rato conversando con él. Se hallaba deprimido a causa de unos papeles que ha tenido que firmar. No me ha especificado más porque tampoco he querido preguntarle; ya sé que implican la muerte de alguien. Le he hecho saber que soy altamente desgraciada y que mi depresión puede llegar a afectar al niño. He dejado caer que en Berlín, cerca de él y del padre de mi hijo, resucitaría como una planta al sol. He notado que, aun no atreviéndose a darme un no rotundo, ni siquiera tiene intención de considerarlo, pues, según él, protegerme en Berlín sería muy complicado, mientras que aquí están todos los cabos atados. De forma sutil, le he hecho pensar en la posibilidad de que pueda llegar a suicidarme, si no me matan antes mis compañeros. He notado cierta flaqueza y he insistido en el tema. Finalmente, para quitarse de encima la cuestión por el momento, me ha dicho que esta semana está programado que empiece a venir el personal sanitario que atenderá nuestros embarazos, y, si el médico no objeta nada, a lo mejor puedo ir a Berlín de visita. Con eso me bastaría.

»Tiempo después.

»Cuatro días después de mi última anotación. Acaba de reconocerme el doctor Kramer. Es espectacular. Treinta y pocos años, pelo rizado rubio oscuro, ojos verde claro y un cuerpo apolíneo enfundado en su bata blanca. Apenas me ha hablado mientras me examinaba en presencia de un par de enfermeras. A mi petición, me ha garantizado que informaría del resultado al Reichsführer. Ahora queda que éste cumpla su palabra.

»Tiempo después.

»Han transcurrido unas horas. He llamado a Himmler. No he conseguido hablar con él. Creo que ha dado orden de que no le pasen conmigo.

»Tiempo después.

»Es por la noche. Ha ocurrido algo inesperado. Me hallaba yo en mi sala cuando el doctor Kramer ha solicitado permiso para entrar. Venía de paisano, por así decirlo, vestido de manera bastante informal. Le pedí que se sentara, pero rehusó. Muy parcamente, me informó:

»–He comunicado al Reichsführer el resultado de mis exámenes de esta mañana. En su caso particular, he encontrado aconsejable proponerle que la envíe a un lugar en la costa, donde el aire marino podrá beneficiarla, minimizando las posibilidades de que su latente problema pulmonar pueda manifestarse antes del parto.

»Al escuchar esto simplemente no podía creerlo.

»–¿Tengo un problema pulmonar? –pregunté.

»–No tiene por qué preocuparse –dijo sin ninguna emoción–, es difícil que llegue a desarrollar los síntomas. Es su aneurisma coronario el que mayor atención requiere.

»La fría autoridad con que dijo esto me paralizó aún más que el significado de sus palabras.

»–¿Aneurisma… coronario?

»–No tiene por qué resultar mortal, especialmente en circunstancias normales, pero el embarazo es un momento crucial para quien padece semejante afección. Si a causa de los sobreesfuerzos la pared venosa se rompiese usted no tardaría en morir. Debido a ello y a la importancia de esta criatura, me he ofrecido para atenderla personalmente en su nueva residencia hasta que el niño esté a salvo. Y usted, claro está. El Reichsführer, que ha quedado muy afectado al escuchar mi diagnóstico, me ha encargado que la tranquilice y le aseguré que el Tercer Reich hará cuanto sea preciso para garantizar su bienestar.

»–Pero yo…, nunca… –comencé a balbucir. Su barbilla se elevó en un gesto brusco y severo que, unido a la adusta expresión, parecía anticiparse y negaba cualquier refutación de su diagnóstico.

Con sus ojos clavados en los míos continuó:

»–El Reichsführer me informará del momento de nuestra partida cuando haya encontrado el lugar adecuado y lo tenga todo dispuesto para recibirla con las máximas garantías de seguridad. Hasta ese momento, espero que siga con inteligencia mis indicaciones: evite todo movimiento brusco y estado de tensión y nerviosismo. No corra, no se disgusté ni entre en batallas dialécticas o de otra índole con los compañeros u otras personas. Si sigue al pie de la letra mis instrucciones, sus expectativas de longevidad aumentarán drásticamente. ¿Lo ha comprendido?

»Observé atentamente a este hombre tan hermoso como adusto, preguntándome si lo que creía estar comprendiendo era lo que, mediante su afectada expresividad, él pretendía que comprendiese. Busqué algo que decir, tan en clave que los micrófonos dispersos por la sala careciesen de importancia, y entonces se me ocurrió esto:

»–Doctor, hace algún tiempo yo solía tomar una infusión que era mágica para mis nervios. Si le anoto el nombre de las hierbas, ¿podría encargarse de conseguírmelas?

»–Naturalmente que sí.

»Corrí a por un papel y sobre él, en los mismos caracteres y lengua en que escribo este diario, formulé esta pregunta:

»–¿Vas a ayudarme?

»Se lo entregué, y lo leyó sin que un solo movimiento facial

denotase emoción.

»–Haré todo lo posible por satisfacer su demanda –contestó.

»Luego, hizo una bolita con el papel que guardó en un bolsillo de su pantalón, me dirigió una última y breve mirada impertérrita, y se marchó.

»Tiempo después.

»Himmler acaba de llamarme. Me ha informado de que seré trasladada a un lugar más saludable, cuyo nombre no ha querido revelarme por seguridad. Debo prepararlo todo y estar lista para la partida mañana por la tarde. Se lo he hecho saber a Dieter, quien ha ido al pueblo para contárselo a Eldwin.

»Dos días después.

»Nunca pude imaginar lo que iba a ocurrir, pero las fatales consecuencias son que estoy de nuevo en Wewelsburg y la seguridad a mi alrededor se ha multiplicado.

»Como estaba previsto, ayer por la tarde salí con el doctor Kramer y un séquito innumerable con destino a mi nueva residencia en la costa. Me llevaban oculta en el interior de un camión militar, junto al doctor, protegidos por seis soldados. Por delante y por detrás del camión había un número de vehículos que no puedo precisar, porque en el momento de la partida no llegué a verlos y luego todo resultó demasiado confuso.

»Yo iba sentada bastante tranquila, pues no tenía intención de intentar escapar, confiada en que posteriormente recibiría la ayuda de Kramer para hacerlo sin peligro. Pero llevábamos aproximadamente tres horas de camino cuando sucedió lo impensable: la caravana fue atacada por un grupo armado.

»Desde fuera lo primero que llegaron fueron los gritos de furia de un oficial, a continuación, y de inmediato, comenzó el tiroteo. Los soldados que nos acompañaban tomaron posiciones para la defensa. Yo estaba asustada. Me siento más vulnerable ahora que no es sólo en mí en quien debo pensar. Lo primero que se me ocurrió fue que Eldwin venía a rescatarme, pero tuve que abandonar en seguida esta idea cuando vi que el doctor Kramer sacaba un arma de fuego de su maletín y asesinaba con ella a los seis guardias, apuntándome a mí a continuación. No me dio tiempo a hacer nada antes de que sacase con rapidez una pequeña pistola de las que se emplean para adormilar a los animales en los zoológicos y me disparase con ella. Sentí una especie de dardo clavado en mi pecho y perdí el conocimiento.

»Desperté, calculo, unos veinte minutos después. Estaba aturdida, se me iba la cabeza al tratar de moverme, y tuve que

permanecer quieta un rato más. Fuera, el silencio era absoluto. A mi izquierda yacían los cadáveres de los seis soldados, unos encima de otros. Su sangre había salpicado la lona por todas partes y formaba charcos en el suelo. El doctor Kramer no estaba. Aún mareada, pero sin poder permanecer más tiempo sumida en la incertidumbre, le cogí un arma a un soldado y me la eché al hombro, salté con cuidado por encima de los cuerpos y bajé lentamente del camión.

»A mi alrededor sólo había muertos.

»Me paseé examinando los rostros de los cadáveres que no vestían el uniforme Nazi. Estaba muerta de miedo, esperando que de un momento a otro apareciese ante mí el cuerpo sin vida de Eldwin. Por el momento, no conocía ninguno de aquellos rostros. Entonces comencé a descubrir algo: algunos de los muertos, tanto de los nazis como de los otros, no habían perecido víctimas de las balas. Algunos estaban calcinados, otros parecían haber explotado como si se hubiesen tragado una bomba. Tragué saliva al comprender que no habían muerto a mano humana y que los pasos que oía detrás de mí pertenecían a quien les había arrebatado la vida.

»Me di la vuelta con el corazón palpitante. Encaminándose hacia mí lento y tranquilo, estaba Derdrell.

»Se acercó a mí tan cerca como solía, casi rozando su pecho con el mío, y me miró sin que pudiera inferir en qué estaba pensando. Entonces, dijo:

»–Nuestro hijo ya tiene enemigos, y pretenden asesinarlo cuando aún crece en tu vientre.

»Yo apenas era capaz de hablar. El aturdimiento causado por el producto que Kramer me había inyectado no había cesado del todo, y el andar como en un sueño borroso supongo que era la razón por la que la excursión por entre los cadáveres no me había horrorizado en su justa medida.

»–Creí que era un amigo –musité.

»–¿Quién?

»–El doctor Kramer. Era el médico que nos iba a atender en los partos. Mintió a Himmler para que me dejase salir del castillo a una nueva residencia. Le di a leer una frase y…

»Me interrumpí, cayendo en la cuenta de que no había demostrado entender la nota, simplemente lo había fingido.

»–Te engañó. –Señaló al suelo, hacia varios de los cadáveres que vestían de paisano, y me explicó–: Sólo son humanos pertenecientes a una facción antinazi. Disponen de una buena red de infiltrados y están enterados de la existencia de Götterborn y, naturalmente, del nacimiento del próximo Führer de todas las naciones.

»Sonrió al decir eso. Una sonrisa irónica, por supuesto. El

liderazgo de naciones pobladas por humanos no significa gran cosa para él.

»–Entonces, por favor, ponnos a salvo –le supliqué–. Esto podría repetirse en cualquier momento.

»–No si te estás quieta en el castillo, como debiste hacer en lugar de escapar.

»–¿Quieres que tu hijo esté a merced de los peores humanos sobre la tierra! –exclamé.

»Comenzando a recuperar la conciencia de lo que sucedía, comprendía que se abría ante mí una escasísima posibilidad de despertar de la pesadilla si no lograba convencerle de que me ayudara.

»–Nunca ha existido un príncipe que vaya a recibir mejor trato del que disfrutará él.

»–¿Qué es lo que pretendes de él? –pregunté desesperada.

»–¿Has jugado alguna vez al ajedrez? Es extremadamente aburrido y carente de emoción. Sin embargo, tiene un punto en común con lo que yo llamo mi juego: en ambos hay peones que no valen nada, que se sacrifican para proteger piezas más importantes. En el ajedrez, sólo dos cabezas dirigen la partida, de modo que todas las piezas actúan de forma previsible si conoces a los jugadores que las gobiernan. En mi juego, cada pieza tiene vida propia, piensa por sí sola, actúa por sí sola. Eso lo convierte en emocionante. Sin embargo, apenas puedo atribuirme méritos: no he inventado el juego, no he marcado una sola regla, no he indicado el camino a ninguna pieza… Mi única intervención ha consistido en proteger de la muerte a un mortal, en darle algo de confianza… Pero en ningún momento he interferido en decisiones ni sugerido formas de actuar. Cuando las piezas asesinan, lo hacen dueñas de su libre albedrío. Te preguntarás: "¿Por qué llamas juego a lo que parece ser la simple observación del asqueroso comportamiento humano?" –Se encogió ligeramente de hombros. Actuaba con ironía–. Disfruto de los placeres sencillos, como tú sabes: un racimo de uvas, un baño desnudo bajo la luna, participar a mi modesta manera en el mayor acto de crueldad jamás perpetrado por el hombre. La meta del juego es participar en él de tan sutil e intachable manera que nadie pueda reprochármelo nunca… Es importante para un ángel seguir las normas para que papá no le regañe. Otra vez. –Se quedó en silencio, mirándome con una fugaz expresión de odio–. Lo cierto es que básicamente me limito a observar –prosiguió–. Y así seguiré en el futuro, pero con el aliciente de que esta vez el destino del rey me interesará de verdad.

»" Ahora te llevaré de regreso a Wewelsburg y te estarás allí quietecita. Si vuelves a intentar escaparte te encontraré y te

devolveré al castillo, pero Eldwin pagará por las molestias que me ocasiones.

»He perdido las esperanzas que me hacían soportable el cautiverio. Me siento deprimida. Gracias a Dios, aún tengo a Dieter, y, por medio de él seguiré recibiendo noticias de Eldwin.

»No creo que escriba nada en mucho tiempo.

»Tiempo después.

»He roto aguas.

»Hace un tiempo llamé para hablar con Hitler. Se puso de inmediato. La razón fue que había caído en la cuenta de que el niño nacería bastante antes de los nueve meses contados desde el día de la ceremonia, y el médico se daría cuenta de que, sin embargo, no era prematuro. Me dijo que no me preocupase, que ya había pensado en ello y que alguien que ya estaba en el castillo se ocuparía de evitar que el médico hablase. Hasta pasadas unas semanas no es conveniente que nadie vea al niño, para evitar sospechas.

»Bien. Allá voy.

»Tiempo después.

»Mi niño ya tiene diez días. ¡Sabe reírse! Es sano, precioso, adorable. Evito pensar que alguien pudiera intentar apartarme de él. Por el momento nada parece amenazarnos.

»Los guardias han recibido orden de que nadie se acerque ni para mirarle de lejos, así que puedo pasearle por el patio sin que nadie nos moleste. Dieter sí le ve cada día, a escondidas de los demás. Está feliz con su hermanito. Se le ilumina la cara cuando juega con él, y al bebé le encanta su compañía. Quiero mucho a Dieter; de no haber sido por él me habría vuelto loca todos estos meses.

»Yo estoy bien. Me repuse en seguida.

»Los médicos que visitan al niño no llegan vivos a la puerta del castillo. Ya han venido cuatro. Supongo que cuando tenga un mes su peso y tamaño podrá pasar como normal y podré acostumbrarme a un mismo doctor.

»Derdrell no ha venido, ni siquiera a pesar de que Dieter le ha llamado. Por mi parte, sería feliz si me asegurasen que no iba a volver a verle jamás.

»Tiempo después.

»Hoy ha tenido lugar el bautismo Nazi de mi hijo. Yo ya había oído hablar de esto pues, antes de que Götterborn se estableciese aquí, en el castillo se celebraban bodas de altos mandos y la

iniciación al nazismo de sus hijos, la cual llaman bautismo. Estas ceremonias germánico teutonas sustituyen a las oficiadas en las iglesias, y son promovidas por Himmler entre sus oficiales, sin presiones, a fin de ir debilitando lenta y progresivamente la fuerza de la religión cristiana.

»La sala habilitada para los bautismos es luminosa, alegre y llena de plantas, con un gran altar cubierto por una enorme esvástica, velas, flores y un retrato del Führer. A la derecha del altar hay una antorcha de bronce de aproximadamente un metro y medio de altura; recuerda a la de la cripta, sólo que ésta es más pequeña, puede desplazarse y no es perpetua. Es una costumbre rescatada de los antiguos germanos el encender fuego para el recién nacido. Por ejemplo, los normandos prendían una llama que no debía apagarse mientras durase la vida.

»Tras el altar había un soldado que portaba un estandarte con la esvástica y las palabras "Fraternidad alemana". Dos hileras de sillas con unas diez o doce filas daban cabida a los asistentes, que hoy no eran muchos pero sí bien escogidos: Himmler y varios miembros de la élite Nazi con sus esposas. Himmler ofició de padrino. Fue él quien cogió al niño y lo llevó junto al altar, donde fue entregado a la causa. Uno de los soldados sostuvo una daga sobre su cuerpo mientras yo manifestaba mi fidelidad a Adolf Hitler y mis deseos de inculcársela a mi hijo. Como es lógico esperar en un bautismo y aunque para mí no significa nada, le fue impuesto un nombre a mi hijo.

»Después se ofreció un almuerzo especial.

»Tiempo después.

»Han comenzado a nacer los hijos de las valquirias. Están exultantes, van de aquí para allá dando gritos, anunciando los nuevos nacimientos, discutiendo de mil simplezas sobre bebés sin ahorrarse elogios para los propios. La sección masculina se siente aburrida, por lo que ha comenzado a prestarme más atención y a interesarse por el heredero.

»Tiempo después.

»Dieter está cansado de estar aquí y dolido con su padre porque no ha respondido a sus llamadas desde hace tiempo. No me extrañaría que Derdrell se hubiese aburrido de su juego, o que carezca de demasiado interés para él hasta que el niño sea mayor, por lo que tal vez no le veamos en mucho tiempo.

»Tiempo después.

»Estoy temblando. Dieter vino a mi habitación ya caída la noche,

al regresar de un paseo por el pueblo. Estaba nervioso. Habló con Eldwin, quien le dijo que lo tiene todo dispuesto para nuestra huida. Dice que si llevamos a cabo los movimientos con rapidez, lograremos esquivar a Derdrell. Sólo tenemos que salir del castillo y ellos nos esperarán no muy lejos. Le han dado a Dieter las instrucciones para que estemos allí esta noche. Lo que me preocupa son las consecuencias que esto pueda tener para Dieter, en caso de que logremos huir. Él está dispuesto a todo porque está resentido con su padre. Se siente abandonado y defraudado y ha estallado en rebeldía. La actitud de siempre, el sentimiento universal que entre nosotros viene pasando de padres a hijos desde el albor de los tiempos. Quisiera poder evitarle a Dieter todo peligro, pero, si le permito participar, no es porque sin él jamás podría salir de Wewelsburg sin arriesgar gravemente la vida del nene, sino porque me resulta impensable que Dieter permanezca aquí durante mucho más tiempo, fingiendo su adhesión al régimen, esperando a ser obligado a participar en actos espantosos.

»Por otro lado, he tenido una noticia maravillosa: ¡Laima consiguió escapar y está con Eldwin! No sé cómo fue, pero me siento feliz de saber que está a salvo, y también me ofrece esperanzas respecto a nuestra propia huida.

»Un rato después.

»Pensando en cómo maximizar las posibilidades de huida, se me ha ocurrido que Dieter podría sacar al niño fácilmente, oculto en una bolsa, mientras yo distraigo a los que podrían interferir en su camino. Nadie sospechará nada mientras me tengan a la vista. De los guardas de la puerta podrá encargarse él solo. Con suerte, podré simular que el niño sigue conmigo durante días, dándoles tiempo para escapar lo más lejos posible. Esto implica que tendré que permanecer cautiva en el castillo, completamente sola ahora y separada de mi hijo. Supongo que tratarán de acortar mi amargura, metiéndome una bala en el cerebro, en cuanto descubran lo sucedido. En ese momento echaré el castillo abajo si es preciso. Mientras mi hijo esté a salvo, nada me importa.

»Ya no me queda más tiempo. Voy a entregarle este diario a Dieter para que procure que un día mi niño pueda leerlo.

»Hijo, si algún día tienes esta hoja entre tus manos, quiero que sepas que te amé por encima de mi propia vida, por encima de todo lo existente en todos los mundos que me son conocidos. Haré cuanto me sea posible para volver a encontrarnos, pero, si no lo consigo, jamás dejaré de pensar en ti".

Jerdren permaneció con la cabeza agachada y la mirada clavada en los párrafos que acababa de leer. Eso era todo. Así concluía.

Alzó el rostro ligeramente y contempló a Sam, cuya mirada húmeda vagaba por las hojas desperdigadas sobre la mesa. No sabía qué decir para consolarle.

–Bueno… –comenzó–. Eldwin tiene que saber lo que sucedió después. Dieter debió de conseguir ponerte a salvo. –Sam le miró brevemente, incapaz de fijar la vista en algo, y asintió–. Tu madre fue muy valiente, Sam –añadió Jerdren, conmovido por su expresión–. Fue sola al castillo para proteger a esas arpías, y para intentar evitar el sufrimiento de más personas… Y lo consiguió, quizá no de la forma en que había esperado, pero sí logró que Himmler libertara a muchos, gente cuyos descendientes hoy están vivos gracias a ella. Y…, finalmente…, se sacrificó por ti. Pero eso no significa que muriese allí –se apresuró a aclarar–, estoy seguro de que pudo escapar y llevar una vida feliz. Bueno, todo lo feliz que podría, estando lejos de ti.

–Quiero ir a Wewelsburg –musitó Sam.

–Está bien, pero no esperes ver demasiado, Eldwin me ha dicho que ahora es un museo y la mayoría de las habitaciones están cerradas, además de que, cuando a Himmler se le hizo evidente que perderían la guerra, lo vació completamente e hizo que pusieran varias bombas, destruyéndolo en buena parte antes de que cayese en manos de los enemigos.

–No ahora –precisó Sam, mirándole fijamente–. No quiero ir al Wewelsburg de ahora. Lo que quiero es ir a rescatar a mi madre.

Jerdren le observó en silencio. Sam tenía la tez enrojecida, estaba sumamente alterado.

–Yo… te apoyaré, Sam –decidió contestarle–, siempre y cuando no represente un peligro para ti. Pero es de papá de quien depende enteramente llevarte.

–Encontraré otro modo de ir si él se niega a llevarme.

–Si se niega, tendrá buenas razones. Sabes que siempre quiso averiguar quién era tu madre.

–Chicos… –Eldwin, al pie de la escalera, traía una bandeja con sándwiches y bebidas–. ¿Habéis acabado la lectura? No quería interrumpiros, pero se ha hecho muy tarde y os traigo algo de comer.

Sam se levantó de la silla. Se sorprendió al sentir los miembros tremendamente anquilosados. Habían sido muchas horas de lectura.

–Eldwin –dijo, dirigiéndose a él para ayudarle con la bandeja–, necesitamos saber lo que ocurrió después. Por favor.

Sam llevó la bandeja a la mesa y recogió maquinalmente sus papeles mientras le miraba. Su expresión era lejana, reconcentrada. Jerdren distribuyó los platos y las bebidas sobre la mesa, sintiendo que Sam corría el peligro de entregarse a un impulso peligroso.

Temía que se le escurriese de entre las manos.

Eldwin ayudó a distribuir algunas cosas y se sentó junto a ellos.

–Sam, sé que fundamentalmente deseas saber lo que le ocurrió a tu madre después de entregarte a Dieter, pero no podré decírtelo. No lo sé. Nunca volví a verla.

–¿No intentaste salvarla –le preguntó Sam con incrédulo enojo–, ni ponerte en contacto con ella, o al menos tratar de averiguar lo que le había sucedido?

–¡No pude! Deja que te explique lo que ocurrió después.

»Como había planeado, Amber bajó al salón donde solían reunirse los que permanecían como vigías y les distrajo mientras Dieter, que había metido al niño…, quiero decir, a ti, Sam…, que te había metido en un gran maletín que le había afanado a un médico, salía sigilosamente. No le fue difícil librarse de los guardas y corrió contigo los setecientos metros hasta el punto donde le esperábamos con el coche la madre de Jerdren y yo. Cuando vi que Amber no venía con ellos… no podía creerlo. Me volví medio loco y les dije que debíamos regresar al castillo, hacerla salir de allí como fuese. Dieter me dijo que sería él quien volviese, que ya no tenía intención de escapar con nosotros, que regresaría para ayudarla a escapar, pero que ahora, de forma inmediata, era preciso seguir el plan y poner a salvo al niño. Luchaban por hacerme ver que era imposible hacer otra cosa, que era cuestión de minutos que Derdrell presintiese algo y acudiese al rescate de su hijo. Se introdujeron ambos en el coche y me amenazaron con abandonarme allí. Medio pasmado, me metí yo también. Recorrimos cinco kilómetros, hasta una antigua iglesia en la que ella nos esperaba. Con “ella”, me refiero a tu abuela, Jerdren. Ella había atendido las súplicas de Lamia. La había liberado de su estado de esclavitud en Berlín y ahora nos ayudaría a poner definitivamente a salvo al inocente bebé. Entramos en la pequeña iglesia e inmediatamente la vi, junto al altar. ¡Oh, es tan espléndida, Jerdren! Ni siquiera podéis imaginar la belleza de un ángel que no ha sido ensuciado por el rencor y la ira, que no se ve castigado a la permanencia entre los humanos. Yo me había quedado clavado en el sitio, a unos metros de la puerta, pero Lamia, con el niño en brazos, me empujó al interior y corrió hacia ella. Lamia estaba ya junto a su madre, a salvo junto a ella, y Dieter y yo a unos pocos metros. Y entonces se presentó él, Sam. Alertado por la presencia divina junto a su hijo, Derdrell se hizo cuerpo físico cerca del altar. Yo, que sólo le había conocido como el encantador Josef, me quedé petrificado al ver la furia que irradiaba de todo su ser.

»–¡Devuélveme a mi hijo! –rugió. El recinto tembló y del techo cayeron algunos cascotes y nubes de pequeños fragmentos.

»–¡Sólo pretendemos ponerle a salvo! –gritó Lamia–. ¡Evitar que sea destruido por los humanos!

»Derdrell clavó los ojos en su hermana Kasiel durante largo tiempo. Supuse que estarían diciéndose algo. Tras ello, su furia no sólo no aminoró, sino que echó a andar a zancadas hacia ella. Inmediatamente ella extendió ante nosotros un campo de protección contra el que Derdrell chocó, cayendo al suelo y gritando, abrasado. Esta radiación nos envolvía a Laima, a Sam y a mí, que estaba a su lado, pero no a Dieter, que permanecía a la espalda de Derdrell, atemorizado. Yo me di cuenta de que la situación ya no era segura para él. No debía quedarse solo con Derdrell pues le haría pagar el haber sido el causante de perder a Sam. Le hice una seña, indicándole que se acercase a nosotros, que viniese con nosotros. Él, muy asustado, se deslizó intentando no llamar la atención de su padre, pero fue inútil.

Eldwin, visiblemente emocionado, se interrumpió.

Jerdren arrastró hacia él su silla y le pasó un brazo sobre los hombros.

–Tranquilízate, Eldwin.

Atenazado en su silla, Sam le observaba con la expresión espantada.

A Eldwin se le habían humedecido los ojos cuando se volvió hacia él y le dijo:

–Lo siento, Sam.

Sam agitó la cabeza sin atreverse a entender.

–¿Qué quieres decir? –inquirió con voz trémula.

–Derdrell pagó con él toda su frustración e impotencia al no poder enfrentarse a su hermana, y ni siquiera poder aniquilarnos a Laima y a mí, los mortales que le habíamos arrebatado a su hijo. Él sabía que te había perdido, que la madre de Laima no sólo te sacaría del espacio, sino también del tiempo, dando lugar a una búsqueda prácticamente imposible. Derdrell se enfrentó a Dieter al ver que iba caminando en dirección a nosotros, deteniéndole y empujándole con tal fuerza que cayó sobre un banco. Le señaló con un dedo, con tanta ira que al instante supe lo que iba a pasar. Le gritó: "¡Traidor!" y entonces le… le… –Eldwin se retorcía los dedos, incapaz de continuar, y Jerdren juzgó piadoso intervenir.

–No sigas, Eldwin, ya lo hemos comprendido.

–¿Le mató? ¿Quieres decir que le asesinó allí? –preguntó Sam pese a todo, sacudiendo la cabeza, incrédulo.

Eldwin afirmó.

–Sí, Sam. Ni siquiera respetó a su propio hijo. Es la razón por la que era importante que tú supieras la historia, que conocieses su nombre. Porque, si él se ha mantenido en la misma línea temporal,

en cualquier momento podríais encontraros en un mismo tiempo, y de alguna manera podría conocer tu existencia.

–También es más que probable que ni siquiera recuerde haberle perdido, por lo que sabemos de él –comentó Jerdren.

–Es cierto, pero, por si algo se lo hiciese recordar, es conveniente que sepáis a qué ateneros.

Jerdren alzó las manos y golpeó el aire con ellas.

–No acabo de entender por qué demonios se le ocultó esto a mi padre.

–Cannat hubiese buscado a Derdrell y éste le habría explicado que Sam es nieto de su mayor enemigo. No era conveniente arriesgarse.

–P, pe, pero… –balbuceó Sam.

–Tranquilo, Sam. Ahora ya carece de importancia.

Sam exhaló aire con fuerza. Tenía un aspecto agotado.

–¿Y luego? ¿Cómo acabé en la embajada?

–Al principio, Laima y yo nos establecimos contigo en una casa apartada. Pero Laima siempre supo que aquello no podía durar, que el destino de Sam estaba con Cannat. Además ella tenía ciertas… misiones, por así decirlo. Se le encomendaban secretos, profecías que debía desvelar. Después de trasladarnos le llegaban como lluvia de estrellas y esto la hizo muy popular entre el círculo más selecto de moradores de la Tierra. Ya me entendéis. No importaba, porque yo podía cuidar perfectamente de Sam. Estas relaciones llevaron a que alguien de ese círculo, un nefilim muy poderoso, descubriera que Laima vivía con un niño al que llamaba su hijo sin serlo, y que ambos habían aparecido en ese siglo de la nada. Sin que ella lo percibiera logró averiguarlo todo. Un día, la buscó y le habló de Götterborn. Le dijo que los herederos de aquellas a quienes tu madre llamaba las valquirias habían sobrevivido y mantenido sus ideales y objetivos. Dijo que estos, y los hijos de estos, ya formaban un número considerable con influencia en todas las áreas de poder, y con acólitos humanos y nefilims repartidos por todo el mundo. Y le habló también de los enemigos de Götterborn, un grupo conocido por WahreMenschlichkeit, que ha venido creciendo paralelamente a la organización de los hijos de los dioses, oponiéndose a su expansión y erradicando con violencia a cualquiera sospechoso de pertenecer a ella. Esta persona, que en la vida ordinaria era diplomático, y que, sorpresa, pertenecía a Götterborn como confesó en cuanto adquirió mayor confianza, se ofreció a cuidar de Sam, a adoptarlo, aduciendo las garantías de seguridad que él podría ofrecerle. Era evidente que eran mayores que las nuestras: estaba bien relacionado, era poderoso y capaz de prevenir y sofocar ataques. Pero rechazamos su oferta porque el amor que nosotros te

daríamos juzgábamos que pesaba más que esa seguridad que, inocentemente, también pensábamos que podríamos proporcionarte. Una mañana, despertamos y tú no estabas. Te había secuestrado. Fuimos en busca de ese hombre. Ya no estaba en la ciudad, pero los datos que nos había dado eran ciertos. Estábamos destrozados, pero manteníamos la esperanza de recuperarte. Conseguimos llegar hasta él. Nos recibió en su despacho de la embajada con cordialidad, sin negar que había secuestrado a Sam, con el propósito de demostrarnos los riesgos que corría estando con nosotros. Le exigimos que nos lo devolviera, bajo todo tipo de amenazas. Dijo que se sorprendía de esa petición, después de habernos mostrado cuál era el futuro que te esperaba. No claudicamos, y finalmente nos hizo saber que Sam se encontraba en manos de una sobrina suya que en aquel momento le había llevado al parque. Corrimos a verificarlo y, ciertamente, allí estabas tú. Nos habíamos acercado a tu carrito y te miramos detenidamente, para asegurarnos de que eras tú, cuando la joven se nos acercó. Y entonces fue cuando Laima supo lo que ocurriría un par de días después. Todo. Pero, lo único importante era que Cannat estaría allí, rescatándote de entre las llamas, poco tiempo después de que una bomba hubiese explotado.

»Laima tiró de mí, apartándome para que no hiciese nada. Me extrañó, claro, pero su expresión me hizo saber que existía alguna buena razón. Nos alejamos del parque, y esa fue la última vez que te vi.

»El atentado fue cometido por ese grupo, WahreMenschlichkeit, que, según he investigado, se ha convertido en una red extensa.

»Creo que…, eso es todo lo que debía contarte.

Permanecieron todos en silencio durante unos segundos, recapitulando en su interior todo lo que había sido explicado.

Jerdren miró a su hermano, que estaba pálido y ojeroso. Necesitaba una distracción, algo que le alejase de la intensa y dura lectura.

–¿Y si vamos a dar una vuelta por el pueblo? Al pasar a la venida me fijé en que están en fiestas –propuso.

Sam agitó la cabeza negativamente, como ya esperaba.

–No me apetece. Estoy cansado –adujo.

–Precisamente por eso, te conviene distraerte –le guiñó un ojo a Eldwin para que colaborase.

–A mí me encantaría –corrió a decir–. Vamos, por favor, Sam. Hemos pasado todo el día aquí metidos. Yo soy viejo y necesito ejercicio para evitar problemas circulatorios. ¡No me negarás acompañarme a dar un paseo, con lo que yo te cuidé cuando eras pequeño!

Era demasiado evidente que sólo pretendía su bien y Sam le miró con una sonrisa llena de afecto.

–Está bien –aceptó–. Todo sea por tu salud.

Capítulo 23

El enlace

César Sánchez había tenido un día duro y aburrido. Nada de esto era una novedad.

A sus veinticuatro años, vivía solo en un pequeño estudio en Arrecife, capital de Lanzarote, y trabajaba en una hamburguesería en la esquina de la misma manzana donde se encontraba su casa.

Su existencia se limitaba a los cuarenta metros cuadrados de su apartamento, y los doscientos de distancia a la hamburguesería.

Cada tarde, a las cinco y diez o cinco y cuarto, se hallaba ya sentado frente al ordenador, con un café con leche y algún dulce escamoteado de la hamburguesería, dispuesto a ejecutar la búsqueda.

Creerse a sí mismo un valioso cazador de entes sobrenaturales era el único escape a una vida que carecía de cualquier aliciente, entretenimiento o pasión. No era malo en ello en absoluto y, puesto que llevaba practicando desde sus tiempos de monaguillo en la iglesia de su pueblo natal, Yaiza, de las treinta mil horas de desinteresada cacería sedentaria (búsquedas en periódicos, revistas, libros, Internet, estudio de expedientes enviados por los miembros que conformaban la base de la organización, etc.) que había regalado a la humanidad, habían surgido pistas fiables que en tres ocasiones habían servido para poner fin a sendas amenazas a la raza humana.

César había sido instruido en la adolescencia por su tío, el padre Francisco Sánchez, quien había entrado en el secreto a voces de la invasión nefilim gracias a otro miembro del clero.

Aquella tarde había hecho un descubrimiento que se había grabado a fuego en su pensamiento, al igual que le había ocurrido con los casos que finalmente habían demostrado ser graves peligros.

Eran días de mucho calor y César se sentía física y psicológicamente agotado. A punto había estado aquella tarde de no sentarse siquiera a efectuar el rutinario chequeo. Su piso carecía de aire acondicionado y sabía que el ordenador pronto acabaría subiendo dos grados la temperatura de la minúscula habitación en que se ubicaba. No estaba inclinado a soportarlo, de hecho, sus pensamientos hoy se hallaban muy lejos de la causa. Estaba enfadado consigo mismo por rendirse al modo de vida al que le

abocaban su poco agraciado físico y escasas dotes sociales.

Horas antes, en la hamburguesería, la novia de su compañero Andrés había aparecido allí para recoger a éste. Veintidós años, rubia, encantadora; trabajaba como decoradora de interiores y le iba muy bien. Su preciosa sonrisa contagiosa indicaba que la vida le sonreía y a Andrés se le iluminaban los ojos cada vez que la veía entrar. Estas escenas llevaban a César a hundirse más en la miseria.

Después había llegado Pedro, el novio de su compañera Lucía. Eran una pareja asentada, pues vivían juntos desde poco después de su graduación. A Pedro le cambiaba la personalidad con ella a su lado; perdía su aire ausente, se erguía y se transformaba en un adulto maduro e inteligente. César hubiera deseado que alguien le complementara de igual manera.

A él nadie había ido a buscarle. Nunca.

Ambas parejas le habían invitado a fiestas o salidas en más de una ocasión, pero César se había zafado con alguna excusa pensando que lo hacían por pena o por compromiso. Ellos comprendían la razón de sus negativas, y en una ocasión le habían organizado una cita a ciegas, pero la chica en cuestión no había querido volver a saber más de él.

A Andrés y a Lucía les daba lástima. Andrés había ido al cine con él en alguna ocasión, y le había introducido en la práctica de los bolos, siendo ahora los dos muy aficionados. A veces, cuando había partidos de futbol importantes, Andrés subía a la ratonera de César para verlos juntos, y compartían cervezas y lo que hubieran podido arramplar discretamente de la hamburguesería. Éstas constituían las horas de máxima animación en la pobre vida social de César.

Pese al calor y la frustración, aquella tarde César, dado que no había ninguna otra cosa capaz de entretenerle, se animó a hacer un rápido chequeo por Internet. Las alertas de Google le enviaban cada día decenas de direcciones, casi todas pertenecientes a páginas de juegos de rol, aficionados al terror o la fantasía, libros, películas, series televisivas y fanáticos religiosos.

Era un maestro descartando las inútiles a gran velocidad, de modo que en seguida se quedó con unos pocos enlaces que, en distintos idiomas, rezaban algo similar a: “Milagro, o, resurrección, en el Mar Muerto”.

Hizo clic sobre un enlace que conducía a Youtube y se limpió las gafas sin entusiasmo mientras el video se abría. Sorprendentemente, tenía ya decenas de miles de visitas y centenares de comentarios. Duraba tres minutos y cuarenta y siete segundos. Los tres minutos y cuarenta y siete segundos más excitantes y prometedores que César pudiera recordar en mucho, mucho tiempo. Rígido en su silla y con

los ojos abiertos como platos devoró la película seis veces seguidas.

No estaba seguro de la naturaleza de los dos jóvenes protagonistas. Alguien que ejecuta un milagro, especialmente de ese calibre, tiende a suponerse que es un santo, pero entonces, ¿por qué el chico rubio intentaba arrancar al moreno del presunto muerto como intentando evitar que le ayudase? César pensaba que el video era auténtico, es decir, que no se trataba de un guión escrito de antemano y protagonizado por un grupo de graciosos con la única y absurda finalidad de acumular visualizaciones en el sitio web. Quien lo había filmado y subido realmente creía haber asistido a una resurrección, así se desprendía del entusiasmado comentario que acompañaba a la película, pero lo más posible era que la víctima del accidente simplemente hubiese estado inconsciente. Como fuese, aquel material merecía un estudio a fondo. Si era un santo, tal vez ahora precisara protección, si no, había que descubrir de qué ente se trataba y cuáles eran sus intenciones.

Grabó el video en su propio ordenador, lo vio varias veces más, sacó fotos del instante del presunto regreso a la vida y de los rostros de los implicados y se preparó para salir de casa. Había de enseñárselo inmediatamente a su tío Francisco, quien aún era el párroco de Yaiza.

Cuando llegó a Yaiza había caído la noche. A su pequeño y antiquísimo seiscientos no podía exigirle demasiado si no quería, como otras veces, tener que detenerlo, alarmado ante una nube de humo emergiendo de bajo el capó, y salir a levantar éste hasta que el motor se enfriase.

Al entrar al bonito y blanco pueblo se sorprendió al descubrir que estaba en fiestas. Las calles iluminadas eran un hervidero de gente que cruzaba ante él con descuido, obligándole a frenar continuamente.

Se vio obligado a dar mil vueltas hasta conseguir aparcar, y tuvo que hacerlo a gran distancia de la casa de su tío. De todas formas, con el pueblo en fiestas no esperaba encontrarle en casa; probablemente habría sido invitado a cenar por la gente del ayuntamiento.

Al ver pasar a un niño con una manzana de caramelo, se dio cuenta de que tenía hambre y pensó en dar una vuelta por la feria. Recordaba que otros años habían instalado un excelente puesto de “papas arrugás”, y probablemente encontraría alguno de pescadito frito también. No tardó en encontrar uno de estos, abarrotado. Peleó por un hueco en la barra y finalmente consiguió un cucurucho de cartón lleno hasta arriba de crujientes boquerones de minúsculo tamaño. La algarabía no le hacía apetecible permanecer allí, pese a que deseaba un chato de vino, y decidió echar a andar en busca de

un lugar mejor.

La feria se extendía por las calles del pueblo. Partiendo de la plaza mayor iba a parar a la explanada donde los domingos se instalaba el popular mercadillo. César hizo el trayecto hasta este lugar, encontrándose allí con la mayoría de los habitantes, turistas y visitantes de los alrededores. Se sorprendió a sí mismo penetrando en la ruidosa área. Pese a que, para él, acostumbrado a demasiadas horas de soledad, el bullicio era insoportable, se sentía a gusto, mucho más animado y tranquilo que a su llegada.

Para un pueblo pequeño las atracciones no estaban nada mal: coches de choque, una noria, el Pulpo, la Casa Encantada, casetas que ofrecían premios a la puntería y otras habilidades, varias tómbolas y montones de puestos de comida y bebida. César se acercó a una de las tómbolas con intención de echar un vistazo a los premios. La semana próxima era el cumpleaños de su madre y si tuviera la suerte de ganar algo adecuado para ella le vendría de perlas; todo su sueldo se evaporaba en el alquiler de su piso. Se puso a ojear, había más o menos lo de siempre: peluches, pequeños electrodomésticos, objetos de decoración… Un electrodoméstico siempre venía bien, y a su madre le encantaría hasta el peluche más simple si se lo regalaba él. Pidió diez boletos que comenzó a abrir con ansia. A su lado, unos jóvenes prorrumpían en risas ante lo que habían conseguido: un gigantesco oso de peluche. César arrojó al cestillo de los boletos no premiados los dos que ya había abierto y levantó la cabeza para mirar a los jóvenes. Uno de ellos daba la espalda a César, el otro sostenía en alto un oso panda, que realmente era enorme y le cubría desde la cabeza hasta media pierna. A su lado, un hombre mayor de rostro amable participaba en la diversión. César sonrió llevado por su alegría. ¡Anda que si le llevaba él a su madre un monstruo como aquel! Entonces el chico que sostenía el oso lo dejó caer hasta el suelo y César le vio la cara. Su expresión risueña se desvaneció dando lugar a la incredulidad absoluta. ¡Era él, no debía dudarlo! Era su pelo, que tenía exactamente el mismo corte y hasta las mismas ondulaciones que había visto en el video. Eran sus facciones, su corpulencia. Sólo la expresión era completamente distinta. Bajó la mirada y fingió concentrarse en abrir sus papeletas. No podía ser que tuviera aquella suerte. ¿De verdad era él el señalado por el destino para contactar, desenmascarar o lo que fuera, a aquellas criaturas sobrenaturales? Debía ver la cara del otro. ¡Claro, si también se parecía a la del rubio del video ya no le cabría duda de que eran ellos! Se pasó al otro lado, situándose a la espalda del moreno, fingiendo que estudiaba más de cerca algunos premios y, con disimulo, le miró. ¡Dios Santo! Volvió la vista al otro lado de

inmediato, temblando de emoción. ¡Eran ellos! Se lo repitió a sí mismo atontado por la excitación. ¡Debía hacerles fotos para demostrar que estaban allí! Se separó del mostrador, sacó su teléfono móvil, lamentándose de no tener otra cosa mejor, y fingió que sacaba fotos de los peluches. El chico salía sólo de perfil, pero era lo más que podía hacer sin actuar con excesivo descaro. Después, desplazándose unos pasos a la izquierda, procedió a repetir la operación con el moreno como objetivo. Luego, tan emocionado que no recordó abrir el resto de sus papeletas, corrió en busca de una zona tranquila donde comprobar el resultado de las fotos y, si eran lo bastante buenas, enviárselas de inmediato a Tomas Arnaiz, el líder juvenil de WahreMenschlichkeit en España, con quien tenía un gran contacto.

Se situó en la parte trasera de la Casa Encantada, apoyado contra su fachada posterior. Daba al campo y apenas había luz, pero tenía toda la intimidad y el silencio que podía necesitar. Pasó las fotos una tras otra. Sonrió. Estaban bastante bien. En una de ellas el moreno se había girado por un instante que él había tenido la suerte de capturar. Se veía, sin asomo de dudas, que era el chico del Mar Muerto, sólo que aquí parecía muy feliz.

Procedió al envío con rapidez. Buscó el email del líder y adjuntó todas las fotos. A continuación llamaría a Tomas para acordar lo que debían hacer.

Las fotos se enviaban con lentitud. La cobertura era particularmente mala, quizá debido a tanta instalación eléctrica. Aguardó con paciencia, saboreando el éxito, escuchando ya las expresiones de asombro de todos a los que se lo fuera contando. Tan concentrado estaba que tardó unos instantes en advertir que alguien había surgido de entre las sombras. Se irguió, intentando descubrir quién era. El extraño se aproximó más a él y pudo verle la cara con claridad. Se trataba de un hombre joven, alto y moreno, con aspecto de provenir de la península o de algún lugar del extranjero.

Para su sorpresa, el extraño se acercó aún más y se situó frente a él.

–¿Por qué les has hecho fotos? –le preguntó.

César estaba atónito.

–¿Fotos? –respondió, mientras se preguntaba quién diablos le habría dado a ese tipo vela en el entierro–. Como no te refieras a las que he hecho a los premios de la tómbola… Quería que mi madre los viese para que me dijera cuál prefiere. –Menudo absurdo había soltado, pensó, como si en una tómbola se pudiese escoger. El extraño le atravesaba con su mirada, y César comenzó a perder los nervios. ¿Quién podría ser? ¿Un amigo de los nefilims o, por el

contrario, alguien en quien él pudiese encontrar un aliado? No le distinguía demasiado bien a causa de la oscuridad. Sus rasgos le habían parecido pacíficos en un primer momento, pero le daba la sensación de que eso iba a cambiar drásticamente de un segundo a otro. El extraño era mucho más alto y fuerte que él; no tendría nada que hacer en un cuerpo a cuerpo–. –Está bien –se retractó, como dispuesto a confesar esta vez su culpa–. No tenía intención de molestarles. Es que soy gay, y me parecieron atractivos. –El extrañó le obsequió una sonrisa sarcástica. No se lo tragaba. – Oye, apenas se les ve en las fotos, pero las borraré si quieres, ahora mismo, ¿de acuerdo?

–Así que eres miembro de WahreMenschlichkeit –dijo el extraño sin emoción–. Pues voy a tener que matarte.

A César se le paralizó la respiración al oír aquellas palabras. ¡Indudablemente se trataba de otro maldito nefilim! Se sintió sentenciado y perdió los nervios.

–Eres uno de los monstruos. No me importa que me mates. ¡Mi vida ya ha sido útil al haber contribuido a exterminar a otros como tú!

El extraño no respondió ni tampoco se alteró su rostro.

César sintió un dolor agudo en la cabeza, como una flecha en llamas o un rayo que atravesara el interior de su cerebro, y al instante perdió el dominio de sus miembros y cayó al suelo. Había dejado de percibir cualquier parte de su cuerpo. Durante tres o cuatro segundos estuvo viendo la tierra sobre la que su cabeza yacía, la yerba que se introducía en uno de sus ojos. Y luego todo se apagó.

Derdrell se agachó para coger el teléfono con la intención de destruirlo. Observó la pantalla un momento y descubrió que alguna de las fotos ya había sido enviada.

Tendría que permanecer alerta.

Capítulo 24

Libres

Al descender del avión les había acariciado una suave oleada de calor húmedo. En el cielo, de límpido color azul, brillaba un sol suave, agradable. Tomas, Lisbeth, Lilith y Wendell acababan de aterrizar en el aeropuerto de Lanzarote.

Tomas se sentía excitado. Lisbeth, que impresionada por Lilith no se separaba de él, estaba agotada tras el miedo pasado durante la precipitada huida.

Todo había sido imprevisto y rápido, sin tiempo para pensar en las consecuencias. Tomas había llamado a Lilith nada más recibir el mensaje de César y averiguar, gracias a la pista de la feria, en qué localidad lanzaroteña se habían tomado. Habían acordado reunirse los cuatro en el aeropuerto pocas horas después, de forma que ellos dos pudieran abandonar la casa a hurtadillas durante la madrugada.

Lilith había despertado a su madre para informarle de que su hermano y ella querían hacer turismo y partirían en unas horas a Lanzarote. Tricia se había opuesto rotundamente y Lilith había amenazado con llamar a su padre para pedir su opinión sobre el asunto, tras lo cual Tricia había dado al viaje su bendición inmediatamente.

Al notar la ausencia de Tomas y Lisbeth, la alarma ya se habría extendido a través de la red de WahreMenschlichkeit y estarían buscándoles. Esto apenas les importaba ahora. Libres y lejos de "la familia" por primera vez en sus vidas, se asomaban al mundo maravillados y sobrepasados por las emociones.

A Lilith, Lisbeth le había parecido una poca cosa imposible de soportar desde el primer momento. Al principio se había esforzado por sobreponerse al disgusto de su compañía, concediéndole una oportunidad de conocerla antes de juzgarla una inútil. Durante el vuelo había tratado de entablar conversación con ella; le había hecho algunas preguntas cuyas respuestas había extraído con sacacorchos. Después de esto su opinión fue definitiva: La pobre chica era una simplona con la que nada se podía hacer. Tomas, por el contrario, era valiente e interesante. Lilith le miraba a veces con disimulo, empezando a tomar afecto a su impenetrable expresión. Lisbeth había captado estas miradas, bajando a su vez la propia. Tal vez Lilith apartase a Tomas de ella. En presencia de aquella

hermosa chica ella se sentía apocada y cohibida, pensaba que no podía equiparársele en ningún sentido. A su parecer, Lilith lo tenía todo; semejaba una bella estrella de cine protagonizando a una intrépida expedicionaria con poderes sobrenaturales, sólo que ella los tenía de verdad. Wendell, en cambio, era más accesible. Le había dirigido la palabra varias veces, amable y simpático, como si fuese un chico normal. ¿Qué poderes tendrían los dos hermanos? ¿Podrían asesinar a alguien sólo con el pensamiento, como se decía que muchos hacían? ¿Podrían volar, materializarse y desmaterializarse? ¿Podrían leerle la mente? ¿O sólo serían listos?

Wendell ayudó al taxista a meter los bultos en las maletas mientras los otros entraban al auto. Le preguntaron si por casualidad conocía algún alojamiento en Yaiza y resultó ser oriundo de allí. Les explicó que su hija tenía un par de habitaciones libres que había alquilado años atrás, antes de casarse. Si querían, podía preguntarle si les aceptaría como huéspedes; les saldría económico y estarían cómodos en un ambiente familiar. Tomas le pidió enseguida que se lo preguntara; a Lisbeth y a él no les sobraba el dinero. Lilith vivió un instante de enfurruñamiento, viéndose en un antro rodeada de cucarachas, pero no protestó. El taxista consultó con su hija, Catalina, y está aceptó gustosa la oportunidad de sacar algo de dinero extra de esas habitaciones sin uso.

En Yaiza, la mañana de la resaca festiva era tranquila. Había personas deambulando por las calles en busca de casetas de comida, pues ya era la hora, pero la mayoría descansaba para poder volver a trasnochar otra vez.

Su anfitriona, Catalina, una mujer de unos treinta y cinco años que lucía una gestación avanzada, los recibió cálidamente, les mostró sus habitaciones y también parte de la casa, el salón, la cocina y el baño que les correspondía, invitándoles a sentirse como en su propia casa.

Lilith no estaba acostumbrada a lugares de tanta sencillez y lo encontró todo francamente horrible, pero lo disimulo bien ante la propietaria. Su hermano sabía adaptarse a cualquier circunstancia y estaba emocionado ante su escapada. Para Lisbeth y Tomas aquel lugar era un refugio en el paraíso.

Cuando se quedaron solos acordaron arreglarse un poco y salir enseguida en busca de pistas que les condujesen al lugar donde habitaban los chicos. Antes de irse, le enseñaron a Catalina las fotos.

–Son amigos nuestros. Nos mandaron esta foto anoche pero no sabemos dónde se alojan.

–¿Y por qué no les llamáis al móvil? –inquirió Catalina.

–Es que queremos darles una sorpresa –respondió Tomas.

Catalina no pudo ayudarles, pero les dibujó un plano con el trayecto hasta el lugar en que había sido tomada la foto.

–Conozco al dueño de la tómbola, se llama Paco, puede que él sepa algo –dijo–. Claro que hasta eso de las seis no estará allí.

–¿Hay casas grandes por aquí, Catalina? –le preguntó Lilith–. El tipo de casa donde viviría una persona con dinero que busca un refugio apartado. Es posible que nuestros amigos hayan venido con otro que tiene aquí una residencia.

La teoría de Lilith era que, asustados por el suceso del Mar Muerto, los chicos no habían seguido viajando, sino que habrían regresado a un lugar conocido donde se sintiesen a salvo. Todos esperaban que esto fuese cierto, y no que ya hubiesen abandonado el pueblo hacia otra parte.

–Hay bastantes –dijo Catalina frunciendo el ceño para pensar–. Pero conozco a los propietarios de todas las que hay por los alrededores.

–¿Y alguna que destaque por algo especial? A ellos les encantan las casas encantadas. ¿No se ha hablado de ninguna en la que pasen sucesos extraños? Puede que la hayan alquilado.

–No –respondió Catalina con una carcajada–. Este es un pueblo muy tranquilo. Aquí no tenemos fantasmas ni cosas raras.

Tomas se rió con ella y los demás le siguieron.

Con los ojos bien abiertos, iniciaron su batida por el acogedor pueblo.

Primero se dirigieron al lugar donde las fotos habían sido tomadas. Luminoso, silencioso y vacío, el lugar era casi irreconocible.

Junto a la caseta de la tómbola, Lilith le dijo a su hermano:

–Muy bien, Wendell, lúcete.

–La presencia no es lo bastante fuerte –respondió él–. Si no hubieran tapado la caseta con esa cubierta de hierro...

–Tiene que haber algo, estoy segura. Sal de tu cuerpo y síguelo.

–¿Qué piensas que soy? –protestó él–. ¿Un sabueso?

–Sólo intento que por primera vez en tu vida sirvas para algo. Hazlo. Nosotros cuidaremos de tu cuerpo. Vayamos ahí atrás por si alguien viene.

Lilith echó a andar hacia la parte trasera y todos la siguieron sin dubitación, aunque ni Tomas ni Lisbeth habían comprendido lo que pretendía que su hermano hiciese.

Y entonces Lilith encontró el cuerpo de César.

–¡Un fiambre! –exclamó.

Tomas se acercó más y se arrodilló junto al cadáver.

–Es César –les descubrió, poniéndose en pie–. No creo que haya muerto de un infarto o algo parecido a su edad, y precisamente

cuando acababa de encontrar a los nefilims.

–¡Puede ser una pista! –exclamó Lilith animándose–. Vamos, Wendell. Averigua quién se lo cargó.

Wendell permaneció en silencio unos instantes, concentrado.

–No han sido ellos –aseguró–. A no ser que desprendan tanta energía como un ángel.

–¿Un ángel aquí, anoche? –dijo Lilith. De inmediato se le pasó por la cabeza que podía tratarse de su propio padre–. Intenta ver a dónde fue.

–No. Ni hablar de eso –se enfadó Wendell–. ¿Quieres que mande mi espíritu a otra dimensión?

–Pues al menos intenta seguir la estela de los chicos –insistió ella.

Wendell suspiró con fuerza.

–Está bien. Pero quiero encontrar mi cuerpo exactamente como lo deje.

–Te lo cuidaré, lo juro –garantizó ella con avidez por conseguir su empeño.

Wendell se alejó del cadáver y encontró un lecho de hierba tupida donde se tumbó. Allí, cerró los ojos y en seguida pareció dormirse.

–¿Qué es lo que está haciendo? –susurró Tomas cerca de Lilith.

–Salir de su cuerpo –le respondió–. Algo así como un viaje astral, pero con billete de primera clase. Con suerte puede que de esa forma encuentre algún rastro de ellos, o incluso a ellos. No tardará mucho; la distancia y el tiempo no tienen nada que ver con las que conocemos aquí. –Pilló una mirada de Lisbeth, quien enseguida la desvió–. ¿Por qué no haces guardia al final del pasillo entre las casetas, Lisbeth?

La aludida interpretó la sugerencia como una orden y sin dilación se encaminó hacia el punto señalado. Cuando estuvo lo bastante lejos, Lilith preguntó a Tomas:

–¿Estáis enamorados?

Él se sorprendió. Pareció reflexionar unos momentos y luego se encogió de hombros.

–Es la única persona que quiero en el mundo –contestó.

–Eso no responde a mi pregunta. ¿Te acuestas con ella?

La pregunta le perturbó.

–¿Tenemos que hablar de eso aquí y ahora?

–Es un tema como otro cualquiera.

–Si tenemos que hablar de algo sería mejor que tuviera que ver con lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Tienes planeado lo que les dirás cuando irrumpamos en su sacrosanto refugio, antes de que nos frían?

–Claro. Le diré al moreno: “Hola, somos tus hermanos”.

–Un plan meditado.

Ella hizo un gesto divertido.

–No necesito más –respondió.

Tomas miró a Wendell. Respiraba lenta y plácidamente.

–¿Tú también puedes hacer eso? –preguntó Tomas.

–Sí, pero no tan bien como él. Ha recorrido el mundo de esa forma cientos de veces, casi siempre para visitar a sus actrices favoritas. Tiene mucha más práctica.

Tomas enarcó una ceja, suponiendo que bromeaba, pero ella ni siquiera le devolvió la mirada y comprendió que no lo hacía.

–Perdona que te lo pregunte, pero si hay algo más que puedas hacer, ya sabes, sobrehumano, es posible que llegue el momento en que me sea útil conocerlo. Para saber lo que puedo esperar.

Lilith le miró con seriedad, pero sin enfado. ¿Se lo contaba? Y por qué no.

–Poseo un don muy especial –dijo–. La gente a quien yo quiero no muere.

Tomas la miró fijamente, intentando asegurarse de que había entendido correctamente.

–¿Quieres decir que son inmortales?

–Algo así, pero sólo mientras yo viva.

Tomas se maravilló.

–¿Qué hubiera ocurrido entonces si aquella noche hubieran disparado contra Tomas? –preguntó.

–Ya lo intentaron, y lo que ocurrió fuiste tú –contestó–. No es que la gente tenga una cúpula protectora o algo así, simplemente puedo protegerlos de forma aparentemente espontánea. Así es como en las alturas se hacen las cosas: con disimulo. Si enferman siempre sanan, si hay un peligro algo sucede para que salgan con bien, y si son viejos siguen cumpliendo años. Como la abuela de mi madre, que tiene ciento veintidós. La gente a la que protejo no tiene porqué ser cercana, ni siquiera tengo por qué conocerlos en persona. Actores, cantantes, escritores… Cualquiera que me haga feliz sobreviviría al apocalipsis, mientras sobreviva yo. No sé muy bien cómo funciona, porque yo no hago nada, pero funciona. Mi padre lo ha comprobado muchas veces. Lo descubrió por casualidad, cuando quiso apartarme de un chico con el que salía a los catorce años. No logró matarle y sospechó la razón. Luego lo intentó con otras personas y jamás lo consiguió. ¡Mira, ya vuelve!

Wendell se había incorporado bruscamente. Un instante antes de regresar a la consciencia había sentido como si un meteorito aterrizase sobre su pecho. La vuelta al cuerpo era siempre lo más desagradable. Lilith se arrodilló a su lado y le cogió la mano.

–¿Estás bien?

Él asintió.

–Los he encontrado –murmuró entrecortadamente. Estaba ansioso por dar la noticia, pero necesitaba recuperarse primero. Esperó a que su pulso se normalizase y luego agregó–: No están lejos. He visto la casa. Destaca como una caracola sobre un mar de carbón. Es muy blanca, y está situada en un campo de lava. Es pequeña, muy bonita. Les he visto, hay varios.

–¿Has entrado en la casa? –inquirió Tomas.

–De alguna forma. Pero en una dimensión en la que no podían verme ni yo interactuar con ellos –contestó.

Tomas asintió.

–Vamos ahora mismo, ¿no? –preguntó–. Si no encontráis ningún obstáculo.

–Por supuesto. Vamos ya –convino Wendell poniéndose en pie. Iremos andando. A pie es una tirada pero no me parece buena idea presentarnos en ningún tipo de ruidoso vehículo.

Tomas le explicó a Lisbeth lo ocurrido y echaron a andar hacia la casita donde Sam, Jerdren y Eldwin disfrutaban del sol en aquel momento.

Capítulo 25

La familia crece

–¡Adivina qué! –exclamó Jerdren dirigiéndose a su hermano, que, al igual que Eldwin, estaba tumbado sobre una hamaca, embadurnado de crema, cubierto por una gorra y con los ojos protegidos por gafas de sol–. Llamé a Elma para saber cómo está y ha dicho que vendrá a vernos. ¡Llegará esta tarde!

–¿En serio? ¡Es genial! –exclamó su hermano.

En realidad, esto obedecía a un paripé previamente pactado. Unas pocas horas antes, Sam había iniciado la siguiente conversación:

–Se me ha ocurrido que Elma y Eldwin podrían llevarse muy bien. A Elma, aunque tiene tanta familia y seres queridos, no le vendría mal conocer a alguien de su edad tan interesante y bueno como Eldwin.

Jerdren le había sonreído, asombrado ante la ocurrencia.

–¿Conocer en plan romántico?

Sam había hecho un gesto de indiferencia.

–Si se gustan como para eso, por qué no.

Jerdren le contempló pensativo sin perder la sonrisa y después secundó con entusiasmo la propuesta.

–¡De acuerdo! ¡Hagamos que se conozcan!

Ahora, en la piscina, se miraban con complicidad.

–Elma es como nuestra madre, Eldwin –le explicó Sam–. Ella pasó con nosotros toda nuestra infancia.

–¿En serio?

–Sí, es maravillosa. Estoy seguro de que te encantará.

Durante largo rato estuvieron contándole anécdotas de su infancia en las cuales Elma aparecía como un dechado de perfecciones. Eldwin gozaba escuchándoles, contaran lo que contasen. Le bastaba con estar allí, por fin con Sam y con la añadidura de su extraordinario hermano, para ser feliz por primera vez desde los años cuarenta.

Jerdren sintió hambre y se dirigió a la cocina para hacer una tortilla española. Había aprendido a hacerlas no mucho tiempo atrás, gracias a un programa de televisión, y estaba orgulloso de lo bien que le salían. En ello estaba cuando sintió que golpeaban la puerta de entrada. Muy extrañado, detuvo su quehacer y escuchó

con atención. Durante treinta segundos no se oyó nada, pero luego la llamada se repitió. No había error. Alguien llamaba a la puerta.

Se dirigió a la piscina con rapidez y advirtió a Sam y a Eldwin, quienes se incorporaron de inmediato. Al fin y al cabo, allí nadie debía ir jamás, por ninguna razón, a excepción de quienes no necesitaban llamar a la puerta.

Se encaminaron juntos a la puerta y Jerdren la abrió con cautela. Nada más hacerlo, se topó con la chica más hermosa que habían visto sus ojos. Sin darse ni cuenta, sus labios se distendieron en una sonrisa embelesada.

La joven, por su parte, había tenido idéntica reacción y, en lugar de decir las palabras que pensaba para presentarse, se limitaba a mirarle embobada.

Tomas, esperando en vano que Lilith hablase, le dio un golpe con la mano, lo cual también resultó inútil.

–Wendell –interpeló entre dientes–. ¿No deberíamos presentarnos?

Entonces Jerdren desvió la vista para mirar a los acompañantes de aquella diosa. Otro nefilim, como ella, y dos humanos sumamente extraños.

–¿Qué os trae aquí? –les preguntó.

Tomas sacó de su bolsillo apresuradamente una de las fotos que mostraba a ambos hermanos en el accidente de Jordania y se la tendió. Apresuradamente, le lanzó estas palabras:

–Hemos venido para advertiros de que estáis en peligro. Subieron un video a Youtube y una organización llamada WahreMenschlichkeit, cuya finalidad es exterminar a todos los nefilims, ya os anda buscando. Su red es mucho más extensa de lo que podéis creer, por lo que deberíais tomar medidas.

Al oír esto, Sam se acercó a la puerta. Lo primero que él vio fue a Lisbeth, una chica humana que parecía sumida en éxtasis contemplando a Jerdren. Luego sus ojos se pasearon inquisitivos por los demás rostros. La guapa a la que su hermano contemplaba vergonzosamente embobado le estaba mirando a él ahora, como si hubiese visto un espectro.

–¿Qué te pasa? –le preguntó–. ¿Por qué me miras así?

Lilith no podía articular palabra. Ante ella se erguía su nuevo y majestuoso hermano. Estaba emocionada. Wendell la propinó un empellón para abrirse camino hasta Sam.

–Perdona, pero no hay otra forma de decirte esto con más tacto, a no ser que queramos quedarnos en la puerta toda la vida. –Cogió a Lilith por el brazo y dijo–: Ella es Lilith, yo soy Wendell. Somos tus hermanos.

Jerdren se rió con incredulidad.

–En ese caso, conoceréis el nombre de su padre.

–Derdrell –respondió Wendell sin dubitación.

Eldwin se hizo un hueco entre Sam y Jerdren y miró confundido a los jóvenes que clamaban ser hermanos de Sam.

–¿De qué año venís? –interpeló.

Wendell y Lilith se miraron el uno al otro sin comprender.

–Venimos de… ahora –trató de explicarse Lilith–. Quiero decir, nacimos a finales de los ochenta y hemos continuado en esta línea temporal, si es eso lo que pregunta.

–Entonces, ¿Derdrell está aquí? ¿Os envía él?

–¡No! –exclamó Wendell–. No quiso traernos, pero ha venido en tu búsqueda, eh, ¿cómo te llamas, nuevo hermano?

–Se llama Sam –respondió por él Eldwin, viendo que Sam no daba crédito a que lo se decía–. ¿Con qué propósito viene?

–No lo sabemos. Pero mató a un chico, un miembro de WahreMenschlichkeit, ¿sabéis lo que es?

–Sí, continúa.

–Dejó su cadáver en el campo, junto a la feria –contó Wendell, hablando con urgencia–, al lado de una tómbola donde el muerto había tomado unas fotos de vosotros que intentó distribuir a WahreMenschlichkeit a través de nuestro amigo –le señaló–, que se llama Tomas. Tomas nos lo comunicó en cuanto le llegaron las fotos y gracias a él estamos aquí. ¿No podríamos entrar a sentarnos? Hemos venido andando hasta aquí desde Yaiza, atravesando este campo de pedruscos de lava. Creo que me está sangrando un pie.

Jerdren, Sam y Eldwin se miraron y mudamente convinieron franquearles la entrada.

Les llevaron a una sala amplia y luminosa que se hallaba en el mismo piso, con una ventana por la que penetraba un peñón de lava endurecida, llena de plantas y decorada con amplios sillones rústicos donde se sentaron los cuatro visitantes, en tanto los demás permanecían de pie.

–Eldwin, vigílales –pidió Jerdren–, tengo que hablar con mi hermano.

Salieron ambos del lugar, mientras oían a Lilith preguntando.

–¿Son hermanos de madre?

Bajaron al comedor, la misma habitación donde habían leído juntos el diario de Amber.

–¿Qué opinas? –preguntó Jerdren.

–Haz que me despierte, por favor. Esto sólo puede ser una pesadilla. ¿Crees que de verdad son mis hermanos?

–No, pero tal vez sean tus hermanastros –dijo con clara intención–. Al menos ellos lo creen. Pero eso es lo de menos ahora. Derdrell está aquí. Te ha visto. Sabe quién eres. Debe de estar

informándose: cómo eres, qué haces. Y en cuanto tenga los datos tomará una decisión sobre qué hacer contigo. Hay que actuar en este mismo instante. Voy a llamar a papá.

–¡No, por favor! ¡Espera! No quiero actuar como un crío y meterme entre sus pantalones en cuanto tengo un problema. Puede que lo mejor sea dejar que Derdrell se presente, hablar con él y aclararle que jamás voy a formar parte de su vida ni de sus planes para convertirme en el amo del mundo.

–¿Para que le entre un ataque de cólera y te haga como al pobre Dieter? –interpeló Jerdren furioso, reprimiendo su tono para que los demás no le oyeran–. Si quieres hablar con él me parece estupendo, pero será delante de papá.

–¡Le dirá lo de mi abuelo! –gritó Sam–. Escucha, mientras estemos juntos podremos protegernos de él. Cuando éramos pequeños casi logramos hacer con papá lo que queríamos; ahora somos mucho más fuertes. ¡Por favor! ¡Siempre podremos acudir a papá si las cosas se ponen feas!

Jerdren alzó su dedo señalando al piso superior y dijo:

–Esos chicos han recorrido un largo camino, probablemente con riesgo de su vida si ese monstruo se entera, con el único fin de advertirte para que puedas tomar medidas a tiempo, ¿y lo único que piensas hacer es quedarte esperando a verlas venir? No estoy de acuerdo, Sam. Y no es justo para ellos. Ya tuviste un hermanastro que murió por protegerte, ¿quieres anotarte dos más?

Sam le observó como si no pudiera dar crédito a que tal frase hubiese salido por la boca de su propio hermano.

–Jamás te hubiera creído capaz de decir algo así –dijo dolido–. Es injusto y cruel.

–Lo sé perfectamente. Te ha hecho sentir mal, ¿verdad? Pues imagina cómo te sentirás si mueren a manos de Derdrell. Con papá aquí podremos protegerlos.

–Te equivocas. Papá los echará, cerrará la casa y nos llevará con él a otro lugar, otra dimensión u otro tiempo. No importará que le supliquemos. Los hijos de su hermano son asunto de su hermano.

De repente, proveniente de mitad de la escalera les llegó la voz de Lilith, quien descendía:

–No os preocupéis. Mientras yo viva, ninguno de los dos morirá, ni tampoco Wendell. –Llegó al nivel de la planta y se detuvo cerca de ellos, permitiendo que la mirasen enmudecidos de asombro. Se había despojado de las lentillas y sus fascinantes ojos lucían en su esplendor–. Como mi padre siempre dice, poseo dos bienes únicos bajo el sol: los ojos de una diosa, y el poder de mantener con vida a los que quiero. En cuanto os vi en el video supe que estábamos unidos. Inmediatamente me obsesioné con encontraros, y entonces

llamé a mi padre para que me ayudara. Por su reacción, me convencí de que tú eras mi hermano, Sam. No tenía pruebas de eso, sólo era un sentimiento que se me había presentado como cierto desde el primer momento. Hasta que te dijimos su nombre no tenía garantías, aunque estaba segura de que era así. Pero dime, ¿por qué crees que él querría matarnos a ninguno? Hablabais de él como si fuese un monstruo y no es así. Es tierno y afectuoso, y jamás ha dejado de protegernos y cuidar de nosotros y de mi madre desde que yo nací.

–Es una larga historia –musitó Sam.

¿Estaba esa chica preparada para saber que su padre era capaz de matar a sus vástagos desobedientes?

Desde la escalera, Wendell preguntó tímidamente:

–¿Podemos bajar?

–No –dijo Jerdren–, subiremos nosotros. La escalera es la única salida de esta habitación y eso no resulta seguro.

Se rendía, pero sólo de momento. Ante la más mínima señal de peligro haría saltar la alarma.

Reunidos de nuevo en la habitación intercambiaron todos ellos un breve resumen de sus vidas. Los recién llegados se asombraron al descubrir bajo qué circunstancias había nacido Sam. Especialmente Tomas y Lisbeth, quienes creían estar soñando, rodeados de aquellos seres fabulosos que les acogían como amigos.

Al cabo de un tiempo de charla, Sam se dirigió a la cocina en busca de bebidas y Wendell corrió a acompañarle. Ya allí, mientras disponía los vasos sobre una bandeja, le confesó con timidez:

–Estoy muy feliz de que seas mi hermano. –Elevó la mirada para contemplarle con fugacidad. Sam no respondió–. Espero que no me desprecies porque lo único que nos una es ser hijos de alguien a quien odias. Derdrell me gusta tan poco como a ti. Me da pánico, de hecho. Sé que para él sólo soy parte de la decoración que rodea a Lilith. Mi madre dice que había cifrado muchas esperanzas en mí cuando me concibió; seguramente a causa de lo bien que le había salido mi hermana. No sé qué esperaría de mí exactamente, pero le decepcioné.

–¿Quiere a Lilith? –preguntó Sam, enchufando la licuadora para preparar unos zumos.

–La adora. Lilith posee misterios que ni él mismo comprende, y eso le fascina.

Sam colocó unos pedazos de frutas en el aparato y comenzó la extracción del zumo. El estruendo de la máquina llenó la cocina y el silencio de Wendell permitió a Sam pensar. ¿Así que Lilith era el talón de Aquiles de aquel malvado? Estaba bien saberlo. Lástima que Dieter no hubiese disfrutado la misma suerte que ella.

–¿Sabes si hay más? –preguntó Sam, tras detener la licuadora–. Si tiene más hijos, quiero decir.

–Ya lo creo que sí –contestó Wendell partiendo pedacitos de fruta–, muchos más.

Sam introdujo más fruta en la licuadora y la puso en marcha.

El muchacho a su lado tenía un aura hermosa. Era sincero, afectuoso. Le contemplaba con evidente admiración y ansias de convertirle en un hermano mayor activo y presente en su vida, un hermano en quien pudiese apoyarse. No era extraño que buscase cariño y protección en él, con un padre como el suyo. Sin embargo, Dieter se había llevado todo el afecto que Sam creía posible dar a un hermano cuya existencia le había sido desconocida durante toda su vida, y además había dejado el listón demasiado alto a cualquiera que buscase su cariño. Por otro lado, su mundo había sido siempre tan cerrado y de relaciones tan escogidas y limitadas, que no estaba preparado ni se sentía inclinado a abrirse a ninguno de esos extraños.

–Creo que deberíais coger el próximo avión a vuestra casa esta misma noche –dijo.

La expresión de Wendell se nubló. Jamás se le hubiera ocurrido que estuviera pensando en echarles. En su imaginación, Sam les había acogido a ambos como hermanos desde el primer instante, lleno de alegría al conocerlos.

–Danos una oportunidad –susurró, con la mirada clavada sobre la fruta que estaba pelando.

–Intento protegeros –contestó Sam, procurando no lastimarle más de lo necesario. Pero el tono de su voz era frío, severo–. Tu padre se enfadará si os pilla aquí. Vinisteis a advertirnos y ya habéis cumplido esa misión. –Sam le observó de reojo. Seguía mondando fruta maquinalmente pero en su expresión se leían el disgusto y la decepción–. Hablaremos por teléfono. Estaremos en contacto, y nos volveremos a ver pronto. En cuanto haya pasado el peligro y yo haya atendido a unas tareas pendientes. Te lo prometo.

Wendell no quiso responder. Si lo hacía se le notaría en la voz hasta qué punto se sentía dolido. Ya protestaría Lilith por ambos. Estaba colada por Jerdren, y él por ella. No iban a querer separarse. A ver qué tal le sentaba eso a Sam.

Entonces, Sam dejó de cortar la fruta que tenía en las manos y se volvió hacia él, clavando en sus ojos una mirada donde refulgían las llamas.

–Wendell –le dijo–, si por tu causa o la de Lilith surgiese el menor problema entre mi hermano y yo, primero la mataré a ella y luego a ti. ¿Está lo suficientemente claro?

Como si todas sus ilusiones hubiesen muerto de golpe, la

expresión de Wendell cambió de golpe, tornándose en una desesperanzada máscara de reproche y odio.

–Más que claro –le contestó, limpiándose las manos con un paño–. Nuestro padre te va a adorar. Jamás ha debido concebir a nadie más parecido a él.

Arrojó el paño sobre la encimera y salió de la cocina tan airado como resentido.

En el umbral de la puerta se cruzó con Lisbeth. De camino al baño les había visto atareados y había considerado educado ofrecerles su ayuda al regreso. No contaba con que tendría que estar a solas con Sam. Sin embargo, él ya la había visto en el umbral y no pudo escapar.

–¿Puedo ayudarte en algo? –le dijo mientras entraba, tratando de disimular lo mucho que la imponía.

Él tuvo que calmarse y mostrarse amable. Hubiera sido realmente cruel lastimar a una criatura tan buena y sencilla, que ya había sufrido tanto.

–Me vendría bien que pelases un poco más de fruta –le contestó, sonriéndole con ternura.

Ella se arrimó a la encimera y tomó el puesto que había dejado Wendell, sonriéndole a su vez. ¡Oh, Dios mío!, pensaba que estaba a punto de desmayarse.

–Ahora que eres libre puedes acudir a la policía, o tal vez contratar a un buen detective que te ayude a encontrar a tu familia.

–No es posible –dijo ella–. Alguien me aseguró que ellos habían muerto. Ni siquiera puedo recordarles. Yo era demasiado pequeña cuando… Bueno, cuando el destino me separó de ellos.

–¿Por qué dices el destino? ¿De qué modo te secuestraron?

–Mis recuerdos son muy borrosos e imprecisos, pero me esfuerzo por repetírmelos cada día, por evitar que acaben por morir. A veces me vienen con más claridad cuando estoy soñando: los rostros, las sensaciones. Recuerdo que cuando tenía tres o cuatro o cinco años había una señora que cuidaba de mí. Ella era muy buena. Por entonces para mí ella era el hada buena que me había rescatado de las garras del ogro. La recuerdo con nitidez. Antes de estar con ella, recuerdo haberme sentido abrasada por llamas gigantescas. Me veo corriendo por todas partes, aterrada. Y entonces…

Lisbeth se detuvo. ¿Cómo pronunciar aquello delante de él? Se reiría de su pretenciosidad si se atrevía a decir que ella había sido rescatada por un ángel.

Sam la miraba atento.

–¿Entonces? –preguntó.

A Lisbeth la emocionó el mero hecho de que la prestase atención.

–Sólo es una fantasía infantil. ¿No te burlarás de mí?

–Nunca me burlaría de ti –dijo él.

A ella la recorrió un estremecimiento de placer. Pensaba que, de todas formas, él sí se reiría, pero, no obstante, se lo iba a decir.

–Estoy bastante segura de que un ángel me rescató del incendio. –Hizo una pausa, aguardando la reacción de Sam. Él había detenido su tarea y la contemplaba aún con mayor atención–. Sólo que, hay algo extraño. Era hermoso, pura luz, pero parecía odiarme y yo estaba muerta de miedo de él. Y entonces fue cuando llegó Laima y me llevó consigo.

Atónito, Sam dejó el cuchillo y se volvió completamente hacia ella. ¿Le estaba contando alguna clase de embuste tal vez aleccionada por aquellos dos hijos de Derdrell? Escudriñó su aura y lo máximo que pudo de su interior. No le mentía. En absoluto. Estaba llena de confusión, de recuerdos olvidados o reprimidos. Sam estaba seguro de que había cosas que no se había atrevido a contarle a nadie en toda su vida.

–¿Qué ocurrió para que te separases de Laima?

Lisbeth sacudió la cabeza mientras recorría la habitación con la vista. Quizá aquél era el peor de sus recuerdos.

–Vino alguien. Desde donde estaba escondida oía los gritos de dolor de Laima y los de varias personas que la pegaban. Luego comencé a percibir el humo y el sonido de las llamas y me entró pánico. Salté por una ventana y corrí y corrí… Hasta tropezar con un hombre que me cogió en sus brazos. Era uno de ellos; un miembro de WahreMenschlichkeit, quiero decir. Me llevaron consigo. Todo lo que ocurrió después sólo quiero olvidarlo. Hasta el día de hoy. Hoy comienza mi auténtica vida. –Se sonrieron con calidez–. Hay algo más en mis recuerdos. Es una tontería. Me da miedo que te enfades si te lo cuento.

–No se me ocurre que puedes decir tú para que enfade, pero te prometo que no lo haré.

–Cuando bajamos el video de Internet, vuestro video de Jordania, y vi a Jerdren yo… Comencé a recordar mucho mejor… Se parece mucho al ángel, o quien quiera que fuese, que me salvó.

–No es posible –musitó Sam para sí mismo.

¿Era posible tanta casualidad? ¿Era posible que su padre hubiese salvado la vida de aquella chica de paso que le rescataba a él?

–Claro. Ya lo sé –contestó Lisbeth con un conato de risa.

Sam no quiso complicar más las cosas, al menos por el momento.

–¡Mi hermano no es un ángel, te lo aseguro! –exclamó riéndose. Se volvió hacia la licuadora y sacó la jarra para comenzar a verter su zumo en los vasos–. Bueno, esto ya está. Ve llevando estos vasos,

¿quieres?

Lisbeth puso los vasos sobre una bandeja y se fue con ella.

¿Qué haría con ella?, se preguntaba Sam. Tomas y ella estaban indefensos. No tenían a quién recurrir. Ni casa, ni dinero, ni familia, y encima corrían el riesgo de que la organización de asesinos que había destrozado sus vidas les encontrase para acabar definitivamente con ellas. No pensaba tolerarlo. Con la ayuda de papá les enviaría a algún lugar del planeta donde estuviesen a salvo. Estaba seguro de que había muchos grupos humanos en la Tierra con mejores cosas que hacer que unirse a organizaciones absurdas.

Estaba limpiando la encimera cuando una voz a su lado pronunció su nombre.

–Sam. –No reconoció la voz y se dio la vuelta, alarmado. No había nadie. La voz continuó–: Te espero en las Montañas de Fuego a medianoche.

La voz había hablado con prístina claridad. No le era preciso conjeturar a quién pertenecía. No había duda: era Derdrell.

Asustado, Sam salió de la cocina y se dirigió a grandes pasos hacia la sala donde todos estaban. Se detuvo detrás de la puerta, donde no podían verle.

Durante unos minutos trató de aquietar su corazón mientras ponía en claro sus emociones.

Quería ver a Derdrell. Quería tener la oportunidad de enfrentarse a él para expresarle cuán despreciable le consideraba.

Para quitárselo de encima para siempre era preciso dejarle bien claro que no estaba dispuesto a convertirse en el títere con que había soñado; que su mayor deseo era no volver a verle jamás.

Existía otra razón tal vez más importante por la que Sam consideraba la opción de aceptar entrevistarse con Derdrell: ansiaba conocer cuál había sido el destino de su madre y él era el único capaz de contárselo.

La decisión que se abría paso en su cerebro le daba miedo, claro que sí. Si Derdrell aún no había escogido el camino de la violencia sólo se debía a que necesitaba ganarse su voluntad para llevar a cabo sus juegos; en cuanto comprendiese que todo intento sería infructuoso, probablemente le acometiese un arrebato de furia.

Aún tenía tiempo para decidir. Lo primero y más importante era evitar que Jerdren se diese cuenta de nada, o no le daría ocasión de escoger su propia opción.

Respiró hondo, cambió su expresión y entró en la sala, donde se unió, como si tal cosa, a la conversación.

Capítulo 26

Sobre el volcán

Estaba previsto que el avión de Elma aterrizase a las ocho de la tarde en Lanzarote y Sam, Jerdren y Eldwin fueron a recibirla.

Besos y abrazos se sucedieron con efusión. Ella estaba tan risueña y adorable como los hermanos la recordaban, y, si a Eldwin le hubiesen preguntado su parecer, habría convenido con ellos sin dudarlo. Haciéndose cargo inmediatamente de su maleta, le ofreció su brazo, el cual ella tomó dirigiéndole una encantadora sonrisa.

–¡Amor a primera vista! ¡Esto va a salir genial! –susurró Sam a Jerdren, quien asintió riéndose entre dientes.

La presencia de Elma allí era un punto más de preocupación para Sam. ¿Y si Derdrell se presentaba en la casa y la utilizaba para hacerle daño? Éste fue el pensamiento que hizo bajar la balanza definitivamente hacia el lado del encuentro nocturno junto a los volcanes.

Ahora tenía que reflexionar sobre la forma en que se apañaría para salir de casa y lograr llegar hasta las Montañas de Fuego a medianoche. No lo conseguiría. Probablemente aquel ángel estúpido no había reparado en que a él no le bastaba con el mero hecho de desearlo para encontrarse al instante donde se le antojara.

¿Qué excusa iba a poner para salir de casa precisamente el día en que Elma había llegado? Estaba seguro de que Jerdren no iba a quitarle los ojos de encima.

Al pasar por Yaiza, viendo la animación del pueblo, Elma manifestó su deseo de visitar la feria aquella misma noche. Eldwin la contempló con arrobo. ¡Que energía destilaba aquella deliciosa mujer! Sam pensó que eso le ofrecía una oportunidad de quedarse en casa. Podía excusarse diciendo que deseaba releer algunos párrafos del diario de su madre. A Elma eso le parecería enternecedor y razonable, y no despertaría las sospechas de ninguno.

Después de cenar, Sam dijo que cuando se fuesen él se retiraría a descansar a su habitación. Se disculpó, prometiendo acompañarles al pueblo la noche siguiente, pero hoy necesitaba tiempo para meditar sobre varias cosas, empezando por la visita de sus supuestos hermanos, y para releer algunos fragmentos del diario de su madre. Todos lo comprendieron.

Por el contrario, en cuanto se fueron Sam salió de la casa vestido con ropa ligera y zapatillas de deporte y emprendió una carrera hacia el parque de Timanfaya. No pudo llevarse el coche, puesto que lo hicieron ellos, aunque para entonces ya eran más de las once y media.

Bajo la cúpula negra y estrellada llegó exhausto al núcleo del parque cuando ya pasaba de la una y media.

No había seguido la ruta marcada por el parque, sino que había intentado acortar distancia recorriendo unos cuatro kilómetros caminando sobre la zahorra, y eso le había retorcido y dañado los pies. Sin detenerse, miró hacia arriba tratando de avistar señales de la presencia de Derdrell. Todo parecía tranquilo. No había presencia humana a aquellas horas, ni sonido de pájaros, ni pequeños mamíferos, ni vegetación. En medio de la soledad más absoluta continuó mirando hacia los cráteres de los volcanes en busca de alguna señal, hasta que un resplandor llamó su atención y supo qué camino tomar. Iba a llegar bien entrada la madrugada. Por suerte no hacía viento, lo cual era inusual.

Derdrell le estaría observando en aquel momento, sabiendo exactamente dónde se encontraba. No haría nada. Se limitaría a aparecer en el cráter cuando él lo hiciese, adoptando alguna pose teatral.

Sam sudaba y tenía mucha sed, pues no había tenido la precaución de llevar consigo agua. “Esto es un calvario –pensó con la respiración y el corazón agitados–. Pero si consigo información sobre mi madre habrá valido la pena”.

Cuando llegó a la falda del volcán designado comenzó a subir hacia el cráter. Hacía frío allí arriba, aunque él sudaba.

Por fin, acometiendo el último esfuerzo que le era posible, medio a gatas, con el corazón palpitante ante la expectativa del encuentro, Sam ascendió los últimos metros y puso sus pies en la vasta cima.

Allí, Derdrell le aguardaba en el centro del humeante cráter.

Sam se detuvo en lo alto y le contempló.

Era exactamente como su madre le había descrito.

Oteó por un segundo el espectacular horizonte. Desde allí arriba podía apreciarse con claridad la forma redondeada del firmamento, de manera que las estrellas parecían cubrirles y rodearles.

Derdrell avanzó unos pasos en su dirección y continuó observándole. Sam descendió por la leve inclinación del cráter y se acercó a él.

A lo largo de aquellas horas de duro trayecto había preparado mil frases elocuentes. Frases abundantes en ira y desprecio. Llegado aquel momento parecía haber olvidado hasta su nombre.

–Gracias por venir, Sam, y por probarme que puedes llamarte hijo de un dios. De este dios.

Sam soltó una risa sardónica.

–No te equivoques. El único motivo por el que estoy aquí es porque quiero información sobre mi madre.

–Eres injusto conmigo. ¿Qué crees que siente un padre cuando un hijo le es arrebatado como lo fuiste tú?

–Tú no querías un hijo –le respondió–, sino una figura para tu ajedrez.

–Quería darte lo mejor que estaba en mis manos: el trono del planeta. –Se encogió de hombros y agitó la cabeza–. No pensaba obligarte. Hubieras sido libre de tomar tu propio camino al hacerte mayor, pero nadie tenía derecho a apartarte de mí.

–Mi madre lo tenía. La engañaste, la utilizaste, y tú siguiente propósito era utilizarme también a mí. Ella lo sacrificó todo para protegerme. Y también lo hizo Dieter, el hijo a quien asesinaste con tus propias manos, ¿recuerdas?

–Se me ha enseñado que nadie merece mayor castigo que el hijo que cuestiona a su padre. Mi intención no era matar a Dieter. Yo le quería. Cuando Kasiel te llevó con ella y le vi tendido en el suelo me lancé a socorrerle. Pensé que estaba herido, pero se había ido. No pude hacer nada. Una acción realizada por un ángel no es posible deshacerla. Después comencé a buscarte a través del tiempo y del espacio, aunque el encontrarte era cuestión de un milagro. Pero jamás te olvidé; jamás renuncié a encontrarte ni abandoné la búsqueda. Sabes que es cierto, pues estamos aquí. Quieres saber lo que le ocurrió a tu madre, incluso quieres rescatarla. Voy a ayudarte. Te contaré lo que sé, y hasta te llevaré a buscarla.

Sam rió con sarcasmo.

–¿Para que puedas retenerme allí, vestido con un uniforme Nazi? No, gracias. Mi padre me llevará.

–¿Tu padre? –repitió Derdrell cruzándose de brazos–. “Tu padre” escupirá fuego en tu cara cuando sepa que eres nieto del criado de Dios. Cannat le desprecia y detesta tanto como yo, tanto como cualquiera de nosotros.

–Me arriesgaré –respondió con insultante indiferencia–. Has dicho que me contarías lo que le sucedió a mi madre. No necesito nada más de ti.

–Por supuesto que lo necesitas. Necesitabas verme. Necesitabas saber cómo soy, cómo pienso, cómo hablo, cómo me muevo. Necesitabas insultarme, saciar tu rabia. Ésa es la principal razón de que estés aquí. Pero quieres saber lo que le pasó a tu madre. Muy bien. Te lo contaré.

»Tenía ganas de matarla por haberte entregado a Kasiel. Tenía

ganas de matarla a ella, a Hitler y a toda su cuadrilla de inútiles que lo habían consentido. Me hallaba en tal estado que hubiera arrasado primero la fortaleza y después todo Berlín. Por eso, decidí alejarme. Regresaría un tiempo después, más calmado, en busca de Amber. Puedes creerme o no, pero yo no deseaba que sufriese ningún daño. Así pues, volví a Wewelsburg al cabo de algún tiempo. Tres, cuatro semanas. Ni se me había ocurrido que Amber no continuase entre la protección de sus muros. Pero no estaba, y yo no era capaz de localizarla en ninguna parte. Me temí lo peor. Fui en busca de Hitler y le exigí una explicación. Él se deshizo en mil excusas, me suplicó que le perdonara por no haber sido capaz de proteger ni a mi hijo ni a su madre. Cuando se descubrió tu desaparición, Amber había quedado indefensa ante los ojos de los nefilims. Dedujeron que Dieter y ella habían planeado su evasión y tuvieron el pretexto para considerarla una traidora y poder condenarla. Los miembros de Götterborn la habían asesinado.

»Hitler temblaba ante mis ojos mientras me explicaba esto, mirándome con ojos asustados. Pero, sin ti, yo ya había perdido el interés en la partida.

»–No tengas miedo de morir ahora –le dije–, sino del horror que te aguarda cuando yo te abandone. De ahora en adelante estarás solo. La luz que te ha guiado alzándote hasta el trono te maldice. Asistirás a la devastación de tu imperio, agonizarás con él bajo el peso de sus escombros, y horas antes de caer preso de tus enemigos, te darás muerte por tu propia mano.

»Lívido, mi juguete roto clavó en mí una mirada vacía.

»Me fui dejándole mudo e inexpresivo, sabiendo que no habría valquirias en su destino.

»Mi siguiente escala fue la fortaleza de Wewelsburg. Del primero al último de los nefilims iban a pagar el haber asesinado a Amber. Todos los que estaban lo hicieron. Pero los grandes tesoros del Reich, los pequeños miembros de la nueva raza y varias de sus madres, habían sido puestos a salvo en diferentes destinos a lo largo del planeta. Supongo que dejaron allí a unos cuantos sacrificándolos para saciar mi sed, intuyendo que buscaría culpables.

»Lo dejé así y me alejé de esa parte de la Tierra que pronto se derrumbaría.

»Desde la distancia asistí a los absurdos errores de un Hitler prematuramente avejentado y enfermo, a la declaración de otra guerra insostenible, y poco después a su caída, y entonces, de repente, comprendí que yo había sido el instrumento con el que tu madre había conseguido la caída del dictador, como siempre se había propuesto.

»Si tú nunca hubieses desaparecido, tu madre no habría sido

asesinada ni tan poco yo habría abandonado a Hitler. Ella quería descubrir quien manejaba los hilos y convencerle para que dejase de hacerlo, y eso fue exactamente lo que consiguió, de la única manera en que podía hacerse.

»Ésta es toda la verdad, Sam. Ahora puedes decidir si quieres cambiar el destino de Amber o dejar las cosas como están.

Sam le miraba fijamente con los ojos muy abiertos.

–¿Te refieres a que si ella no muere Hitler continuaría su reinado de terror por más tiempo?

Derdrell esbozó una sonrisa.

–No. Todo acto de un ángel es un punto fijo en el espacio tiempo, un ancla que no se puede levantar. Mi conversación con Hitler ya tuvo lugar, es inmutable. Nada de importancia cambiará si Amber no muere. Sin embargo, ¿no es egoísta traerla de nuevo cuando está disfrutando de la gloria? ¿Puedes imaginar cómo se trata allí a alguien capaz de entregar su vida por los demás? –Sam le contempló con su mirada cansada, casi atormentada por el dilema en el que aún no había pensado. Un recuerdo de su infancia acudió a su mente y supo que Cannat no estaría de su parte–. Estás agotado. Piénsalo con calma. Ahora, hay algo que me gustaría saber. –Demasiado abrumado para protestar, Sam simplemente realizó un gesto inquisitivo–. ¿Con qué armas cuentas para defenderte?

Sam se rió entre dientes. ¿Qué clase de pregunta era ésa? Se encogió de hombros. Estaba tan cansado que no tenía fuerzas para seguir hablando.

–Y yo qué sé. Temo que ninguna importante.

–Creo que te equivocas. Imagina por un momento que tuviese entre mis manos el cuello de una de las personas que tú más amas. No el de tu hermano, claro, ¡él es inmortal! Supón que fuese el de… –Derdrell apoyó su barbilla sobre un puño fingiendo una actitud pensativa. Sam comenzó a preocuparse–. ¡Supón que fuese el de Elma! –exclamó, como si se le ocurriese de pronto. Tendrías que defenderla, ¿no?

–No podría nada contra ti –contestó Sam–. Los dos lo sabemos.

–No. Yo no –respondió Derdrell agitando un dedo ante él–. Pero, vamos a comprobarlo.

–¡No, por favor! –gritó Sam.

Pero en el instante en que Derdrell había chasqueado los dedos ante él, Elma había surgido a su lado, adormilada, confusa, envuelta en su liviano camisón de seda.

Giró su cabeza sin comprender nada, sintiéndose aprisionada por unos brazos que la sostenían, y vio a Derdrell mirándola con una sonrisa. Frente a él estaba su Sam, con una expresión aterrada que

jamás le había visto.

–Elma –musitó, acercándose hacia ellos.

Derdrell estiró su brazo y le señaló gritando:

–¡No te muevas!

–Por favor, por favor no le hagas daño. Haré lo que tú quieras, te doy mi palabra.

–Entonces hazlo, Sam. Detenme o quebraré su cuello como una cáscara de nuez.

–Sam –suplicó Elma en un hilo de voz–, tu padre…

Sam ya lo hacía, llamaba a su padre con todas sus fuerzas.

–Lo siento, Elma, querida –dijo Derdrell con voz de falsete–, pero me he ocupado de que Cannat no se una a la fiesta. Todo está en manos de Sam. Nadie más puede salvarte. Sólo él. ¿Lo hará? ¿No lo hará? –Derdrell situó su mano derecha sobre la cabeza de Elma mientras con la izquierda cogía su barbilla–. Elma va a morir, a la una –comenzó, clavando sus ojos en Sam–, Elma va a morir, a las dos. ¡Vamos, Samael, reacciona! Y, Elma, va a morir, ¡a las tres!

El chasquido de su cuello resonó en la noche seguido del grito horrorizado de Sam.

–¡Elma! –bramó, corriendo hacia ella. Pero un muro invisible le detuvo y cayó al suelo.

–Sólo una norma, Sam. No emplear las manos. ¡Mírala! ¡Elma está viva!

Lo estaba, ciertamente, debatiéndose entre sus manos, aterrada y tiritando de frío.

–¡Elma! –exclamó Sam angustiado–. ¿Estás bien?

Elma asintió y musitó una afirmación apenas audible.

–¡Está mejor que en años! –aseguró Derdrell–. ¡Pero si fue mi quiropráctico quien me enseñó ese truco!

–Te lo suplico, déjala en paz –le rogó Sam, levantándose del suelo.

–¿Qué pasa contigo, Sam? ¡Tu madre hubiese hecho erupcionar el volcán! ¿Te has fijado en cómo humea el cráter? Es un volcán activo. Apenas hace falta esfuerzo para conseguir que explote. Se me ocurre una idea, ¿y si hago que se abra para arrojar dentro a Elma? Una ofrenda a los dioses, ¿qué te parece?

Elma había comenzado a sollozar quedamente y Sam se sentía inútil y desesperado.

Derdrell lanzó un pequeño soplido hacia el centro del cráter y sobre ese punto la tierra comenzó a moverse como absorbida hacia su interior. Lentamente se fue abriendo un agujero y la tierra a su alrededor cayó dentro de él haciendo que se ampliase a gran velocidad.

–Éstas son tus alternativas, Sam –gritó Derdrell–: o sacas de tu

interior la fuerza para impedírmelo, o permites que arroje a Elma sobre la lava candente. Cuando el agujero haya llegado cerca de mis pies, la empujaré. Ése es el tiempo que tienes para seguir plañendo como un hombre, o para despertar al dios que duerme en tu interior.

Las dimensiones del agujero dejaban ya ver la lava líquida y humeante en su interior y el calor ascendía abrasando su rostro. Sam dio unos pasos hacia atrás.

Levantó su mirada al cielo angustiado. “Ayúdame, por favor –suplicó–. No permitas que Elma muera”. ¿Qué podía hacer? Se preguntaba desesperado. El agujero avanzaba y ya estaba a menos de medio metro de distancia de Derdrell. Deseó con todas sus fuerzas que su cabeza explotara, deseo que se volatilizara, deseo atraer a Elma hacia sí o enviarla de nuevo a su cama. Pero nada de esto sucedió. Simplemente el agujero siguió creciendo hasta escasos centímetros de Derdrell.

–De verdad, de verdad lo siento –dijo éste, y arrojó a Elma sobre la lava.

Desde la cima del volcán se difundió el bramido de Sam. Cerró los ojos con fuerza mientras el rugido escapaba de su pecho y alzó los brazos al cielo con las manos abiertas y los dedos fuertemente estirados. Y entonces, por cada uno de sus dedos diez rayos surgieron en el cielo. Sam tenía los ojos cerrados todavía, pero podía verlos y sentirlos como cometas anudadas a sus dedos que se agitaban siguiendo sus movimientos. Abrió los ojos y vio enfrente de él a Derdrell observándole con atención. Había dado algunos pasos atrás. Entre ambos, el agujero continuaba creciendo y le faltaban pocos metros para cubrir el diámetro completo del cráter. Sam dirigió sus dedos hacia Derdrell y al instante cien rayos calcinaron su cuerpo que cayó fulminado al interior del volcán como una estatua de carbón. Lo vio flotar un momento sobre la lava para hundirse en ella, deshaciéndose y fundiéndose en ella.

Sam subió la suave pendiente que le conducía fuera del cráter y escapó de allí. Echó a correr ladera abajo, sollozando, sin poder creer nada de lo que había ocurrido, arrepentido de haber accedido a entrevistarse con aquel monstruo, suplicando un remedio para devolverle la vida a Elma.

Descendió a saltos, casi volando algunos tramos, y luego continuó corriendo y corriendo por el parque en dirección a su casa, a la máxima velocidad que le permitía su cuerpo agotado.

Cuatro kilómetros después los focos de un coche le deslumbraron. Se detuvo y trató de distinguir al conductor, que acababa de salir del auto y corría hacia él

–¡Sam!

Jerdren llegó frente a él y contempló atónito su cuerpo ennegrecido, el rostro apenas visible bajo la capa de negro polvo.

Como el náufrago que descubre una balsa salvadora, Sam se lanzó sobre él abrazándole con todas sus fuerzas.

–Elma ha muerto –sollozó junto a su oído–. Lo siento. Ha sido culpa mía. Lo siento.

Estrechándole contra sí, Jerdren le dijo:

–Elma está viva y a salvo.

Sam no pensaba con claridad y pensó que su hermano desconocía lo sucedido. Se apartó de él y, mirándole a los ojos entre un velo de lágrimas, le confesó:

–No. Derdrell la arrojó al volcán ante mis ojos. Fue culpa mía por haber aceptado venir para hablar con él.

Jerdren no le dedicó una mirada consoladora, por el contrario, su expresión parecía una bomba de enfado contenido.

–Eres un imbécil. Un imprudente engreído. Tu arrogancia y desobediencia han podido destrozar nuestras vidas –dijo sin rastro de compasión–. Te garantizo que vas a pagar por el susto que nos has dado a todos, pero gracias al cielo Elma sigue con vida. Está en el coche, con Eldwin, quien la ha sanado de las espantosas quemaduras con que apareció en casa. Suponemos que Derdrell no quiso matarla sino sólo llevarte al límite con el fin de averiguar hasta dónde llega tu poder. O eso, o alguien de ahí arriba la ha salvado.

Sam asimiló estás palabras regresando a la vida al saber que Elma seguía con ellos.

–Lo siento… –susurró, suplicando su compasión.

Separándose de él, en duro tono de reproche Jerdren le espetó:

–Creí que éramos uno. Creí que jamás nadie podría interponerse entre nosotros. Y tan pronto ha aparecido un tercero me has mentido y dado la espalda para salir en la noche en busca de la muerte.

–Necesitaba respuestas.

–Estábamos encontrándolas.

Le miró inconmovible pese a su derrotado aspecto.

En el cielo comenzaba a emerger la esfera rojiza del sol.

–Llamé a papá –dijo–, pero no vino. ¿Tú le has llamado?

–No me hizo maldito caso –masculló su hermano.

–Quizá lo sabe. ¡Quizá ya sabe lo del padre de mi madre y no quiere saber más de mí!

–Sí. Puede ser –contestó Jerdren impasible.

Sam vio dos figuras que emergían del coche y se dirigió hacia ellas. Echó a correr hasta los brazos de Elma. Se fundió con ella suplicándole perdón.

–No ha sido tu culpa, cariño mío –le consoló ella tiernamente–. No te aflijas, yo ya estoy bien.

–Déjame verte, Sam –pidió Eldwin tocándole el rostro–. Estás lleno de ampollas.

–No es nada.

–Mira sus ojos, Eldwin –le rogó Elma sollozante. Los párpados de Sam se habían inflamado monstruosamente y en las órbitas habían estallado venas que teñían de rojo su superficie.

–Dame un segundo, Sam –pidió Eldwin acariciando suavemente todo su rostro–. No te muevas, hijo.

Pasó sus manos sobre sus ojos, sobre su cuello y sobre sus brazos y manos, donde la piel se había levantado dejando ver la carne viva por algunas zonas.

Sam sintió un alivio inmediato, no sólo porque sus males físicos desaparecían, sino sobre todo gracias a la manta de amor que le envolvía.

Iniciaron el camino de regreso en el auto.

–Elma, tú has sufrido una temperatura mortal y sin embargo ni siquiera tienes rojeces –advirtió Sam.

Si bien sus propias heridas habían iniciado un rápido proceso de sanación gracias a Eldwin, las señales del trauma aún eran evidentes, según podía ver en el espejo retrovisor.

–Lo sé. Cuando aparecí en casa grité y Jerdren y Eldwin vinieron rápidamente en mi auxilio, y ya entonces no presentaba quemaduras tan graves como eran de esperar.

–¿Derdrell te protegería? ¿Tienes alguna teoría sobre por qué te envió a la casa, Elma? –le preguntó Sam, con la mano de ella entre las suyas, juntos en la parte de atrás del coche.

Ella le miró reflexivamente.

–Puede que sólo quisiera asustarte. Quizá su única intención fuese despertar tus poderes de la única manera en que lo creía posible: llevándote al límite –contestó.

Sam sacudió la cabeza.

–No sé. Es posible. Se quedó allí plantado después de arrojarte, mirándome ansioso en espera de mi reacción, como si cuanto más brutal fuese ésta más fuera a disfrutar él.

–Vimos los rayos en el cielo cuando veníamos –dijo Eldwin con la voz quebrada–. Estábamos seguros de que habías muerto, Sam. No fue un momento grato.

Sam contempló en el retrovisor los ojos helados de Jerdren. Santo Dios, cuánto debía de haber sufrido.

–Lamento mucho haberos asustado y haberos causado todo este dolor y problemas –respondió. Jerdren no se inmutó–. Yo causé los rayos. No sé cómo lo hice, pero fui yo.

Eldwin, se rió.

–Lo supimos nada más verte con vida. Derdrell ha debido de tocar el cielo al descubrir de lo que eres capaz. ¡Has puesto fuera de combate a un ángel, Sam!

–¿Sabes lo que eso significa, Eldwin? –preguntó secamente Jerdren–. Significa que si se corre la voz de que existe un mortal capaz siquiera de hacerles cosquillas se convertirá en el blanco de la mitad de ellos. Pero cuando la otra mitad descubra cuál es la causa de que pueda hacerles cosquillas, no existirá un refugio en el que pueda esconderse.

–¿Te refieres a que ha podido heredar cierto poder sobre ellos por ser su abuelo quien es? –preguntó Elma, a quien parte de las circunstancias del nacimiento de Sam le habían sido explicadas poco tiempo antes.

Al oír esto, Jerdren estalló con violencia, y aporreando el claxon con ambas manos, gritó:

–¡Dejémonos de eufemismos de una maldita vez! ¡Miguel! ¡Su jodido abuelo es Miguel!

El silencio poseyó el interior del coche.

Tensos e impresionados, nadie osó replicar o añadir una sola palabra durante el resto del viaje.

Todos comprendían el estado de ánimo de Jerdren, pero más que nadie, Sam.

Capítulo 27

Un recuerdo infantil

Sam había descansado un par de horas tumbado en la cama de su habitación. No había dormido. El tiempo se le había escurrido preocupado por el enfado de Jerdren, meditando sobre los acontecimientos de las últimas horas y escuchando agradecido los familiares sonidos de la cocina, donde Elma llevaba un rato canturreando mientras trabajaba junto con Eldwin, que disfrutaba a su lado.

Se levantó en busca de Jerdren. Como fuese, tenía que hacer desaparecer el disgusto entre ellos.

Pasó al baño primero. Sentía tirante la cara y al tocarla quedaban en sus dedos escamas negruzcas. En el espejo comprobó que se despellejaba. La piel sana ya había crecido debajo, gracias a Eldwin, pero su aspecto todavía asustaba. Los ojos estaban casi completamente blancos y desinflamados, sin embargo, parecía haber perdido pestañas y las cejas se veían quemadas como si les hubiese acercado un mechero.

Eldwin no tenía tanto poder como su padre, claro. Cuando éste le curaba parecía que nunca hubiese sucedido un daño.

Bueno, su lastimoso aspecto puede que influyese para ablandar el corazón de Jerdren.

Salió del baño y le buscó por la casa. Al no lograr encontrarle, se encaminó a la cocina.

–¿Te sientes mejor? –le preguntaron.

–Mucho mejor. ¿Dónde está Jerdren?

–Hablando con uno de esos chicos.

Aquellos cuatro... Sam no había vuelto a pensar en ellos desde la aparición de Derdrell. Por lo visto, no le habían hecho el favor de largarse.

–¿Ahora es más importante cuidar de esos que quedarse conmigo, sabiendo que Derdrell podría volver en cualquier momento? –refunfuñó con el ceño fruncido. Eldwin y Elma intercambiaron una mirada fugaz–. ¿Y para qué demonios ha ido a verles?

–No ha ido a verles –le aclaró Eldwin, sin dar importancia a su mal talante–. Es Tomas quien ha venido, y están ahí fuera charlando.

–Ah –musitó Sam, arrepentido de su salida de tono.

–Sam, aún no me has contado lo que Derdrell te explicó sobre Amber –habló Eldwin con su voz cálida–. Porque estoy seguro de que le habrás preguntado.

Sam asintió.

–Salid al jardín mientras yo acabo esto –ordenó Elma en tono imperativo–. Eldwin, dale un zumo bien grande, necesita reponer fuerzas.

Sam convino en hacerlo, aunque no se sintiera de humor para conversar.

Se sentaron a una mesita blanca en el jardín con una jarra llena de zumo de frutas variadas.

–Cuando se descubrió que yo no estaba, las valquirias y demás miembros de Götterborn acusaron a Amber de traición y la mataron –narró Sam escuetamente intentando no emocionarse–. Estoy seguro de que de modo espantoso. Derdrell la vengó al enterarse, pero los recién nacidos y muchas de sus madres ya no estaban en Wewelsburg. Según él, la nueva generación Götterborn no ha perdido el empeño en encontrarme. No sé para qué diablos.

Eldwin puso su mano blanca y cálida sobre la de Sam, ocupada en girar sin cesar el vaso en el que clavaba la vista.

–Amber tendrá una nueva vida contigo. Elma conoce bien a Cannat y está segura de que te ayudará.

Sam agitó la cabeza negando.

–Puede que lo hiciera si yo insistiese, pero no lo haré. No puedo pedírselo. Él nunca volvería a mirarme de la misma forma si arrancase de la felicidad más grande a un ser querido por satisfacer mi egoísmo. Fue la lección más importante que me enseñó. Y de muchas maneras. –Sam pensaba en el hermano más querido de Cannat, Shallem, de quien él descendía. El único de los ángeles caídos hasta entonces perdonado. Cannat había disimulado hasta el último instante el dolor que le causaría su ausencia, y, aunque ésta duraría por toda la eternidad, había incentivado siempre su partida hacia un lugar donde no podría hallar felicidad comparable–. Cuando yo tenía unos ocho años, en una de las ocasiones en que Jerdren y yo le habíamos hartado pidiéndole por enésima vez que nos llevara a conocer una gran ciudad, papá cumplió nuestro deseo de una forma que no pude perdonarle en mucho tiempo. Durante los días posteriores pensé que era un padre cruel y posesivo capaz de cualquier cosa con tal de que se obrase según su voluntad. Hoy comprendo sus razones. Comprendo su empecinamiento en mantenernos alejados, su desprecio hacia ellos, su miedo por nosotros. Pero lo que cuenta en este caso es el final de la historia. Algo que me llevó a redescubrirle, que me pareció completamente

inesperado en él.

»Él por fin había aceptado llevarnos a conocer una ciudad. Fijó una fecha, una semana después del día en que aceptó llevarnos. La pasamos ansiosos, hablando a todas horas sobre el gran acontecimiento que supondría. Obviamente nos hizo esperar esos siete días porque sabía en qué estado se encontraría la ciudad en que había pensado al cabo de aquella semana: el estado en el que juzgaba necesario que la conociéramos.

»Las bombas caían una tras otra, silbando e iluminando el cielo como fuegos de artificio. Lo que hasta unas horas antes eran hogares se habían transformado en montañas de escombros de entre los que asomaban cabezas o miembros destrozados. Se oían gemidos, gritos y peticiones de auxilio por todas partes.

»Nunca supe de qué ciudad se trataba. Adivinaba que mi padre me habría contestado que el nombre no importaba, puesto que representaba a toda ciudad, a toda época y a todo ser humano.

»Aunque estábamos con él, yo tenía miedo y le supliqué que nos sacara de allí, agarrándome a su cuerpo con tanta fuerza que debía dolerle. Pero se negó a hacerlo. Nos arrastró por las calles de la ciudad, obligándonos a adentrarnos cada vez más en el núcleo de aquel horror.

»–¡Esto es quienes son! –gritaba por encima del estruendo de los gritos, de los edificios derrumbándose, de las bombas cayendo cada vez más cerca de nosotros…–: los animales más inmundos que jamás fueron creados. Asesinos, ladrones, esclavistas, violadores. Tan pronto estas nubes de polvo se disipen los supervivientes atacarán a los más débiles despojándolos de cualquier objeto de valor, abusando de mujeres y niños…

»Continuó hablando, rebajando a la especie humana a la escoria, no de la Tierra, sino del universo entero, a pesar de que el ruido nos impedía entender casi nada de lo que decía. No recuerdo exactamente sus palabras, pero no importa, se trataba del discurso de siempre. Lo único que recuerdo bien son mis súplicas y las de Jerdren mientras nos obligaba a avanzar entre nubes de humo tan denso que nos impedía ver incluso las cercanas llamas que lo producían. Él se hallaba tan excitado impartiéndonos magistralmente la lección de nuestras vidas que no reparaba en que el calor del fuego y el humo no eran tolerables para nosotros. Especialmente para mí, que tosía y apenas podía respirar. Salimos de aquella zona con los rostros y las ropas ennegrecidos por las cenizas, y nos detuvimos en mitad de una calzada.

»A la derecha había una pequeña casa derruida, y junto a ella, en lo que había sido el jardín de una guardería infantil, se apilaban los cadáveres de los niños que jugaban en él cuando la bomba cayó.

Varias mujeres buscaban desesperadas los cuerpos de sus hijos bajo los escombros, otras acunaban en sus brazos a los muertos llorando de forma estremecedora.

»Al mismo lugar había llegado un grupo de hombres uniformados que ayudaba en el rescate empleando todas sus energías. Tan pronto uno de ellos encontraba a un niño daba la voz de alarma y varios de los otros acudían en su ayuda. Vi como lograban sacar con vida a dos niñas, las apartaban fuera de la zona de peligro y las dejaban en el suelo, tendidas sobre unas mantas, donde otros corrieron a atenderlas. Parecía que se tratase de sus propios hijos, y ni tan siquiera eran de la misma raza.

»Me quedé mirándolos, y allá donde papá sólo hallaba odio y crueldad, yo creí ver algo distinto, algo que no le gustó. Soltó a Jerdren de la mano y se volvió hacia mí, cogiéndome por los hombros a fin de que atendiese a su nueva arenga. Empezó a hablarme de la suciedad de las razones ocultas tras la solícita ayuda de los hombres de uniforme, los oscuros motivos que los movían, y que sólo alguno de entre ellos actuaba guiado por un corazón sincero. Dijo que si ello era posible se debía a que se hallaban en un plano de evolución superior, a que ya no eran tan sólo humanos, pues entre sus antepasados figuraba un ángel.

»Yo intentaba asumir lo que decía, escuchándole todo lo atentamente que los gritos a mi espalda, y las bombas y las sirenas en la lejanía me lo permitían. Hasta que, de pronto, una nueva explosión a escasos metros de nosotros me hizo saltar de pánico. Me aferré a mi padre inmediatamente, hundiendo el rostro en su cuerpo, cuando, apenas unos instantes después, nos llegaron los gritos horrorizados de un niño. De inmediato me giré hacia su lugar de procedencia, pues sabía a quién pertenecían. Jerdren se había separado de nosotros y el escaparate de una tienda de comidas para llevar le había estallado en la cara. Estaba parado bajo un soportal, con un enorme cristal incrustado en su ojo izquierdo y otros muchos salpicando su rostro y sus brazos, incapaz de hacer otra cosa que no fuese gritar.

»Una de las mujeres que rebuscaba entre las ruinas de la guardería lo vio y corrió hacia él con todas sus fuerzas gritándole algo. Estaba cerca y no tardó en alcanzarle. Comprendí porqué corría y le gritaba de aquella manera. Trataba de advertirle: los soportales estaban comenzando a derrumbarse. Sólo tuvo tiempo de llegar hasta él y lanzarse sobre su espalda para cubrirle, antes de que los soportales les aplastasen a ambos.

»De la tienda surgió una nueva explosión y comenzaron a brotar llamaradas. La mujer había logrado incorporarse, y viendo a mi padre correr hacia ellos, trató de dirigirse hacia él al tiempo que

protegía a mi hermano con su cuerpo. Pero las llamas habían prendido en sus largos y abultados ropajes, y tan sólo dos segundos después ardía como una tea.

»Papá le arrancó a Jerdren de entre los brazos y lo alejó de allí, mientras ella quedaba chillando, intentando en vano arrancarse las ropas.

»Yo corrí hacia ellos, espantado ante el aspecto de Jerdren. Su ojo izquierdo era un mero abultamiento rodeado de carne destrozada y la mayor parte de la cara era indistinguible bajo la sangre causada por decenas de heridas. Él suplicaba a papá que le ayudase, gritando de dolor, mientras éste le calmaba prometiéndole que en sólo unos instantes estaría bien. Le acercó a su pecho y su intensa luz nos envolvió a los tres. Al fin sentí unos momentos de paz en medio de aquel infierno. Parecíamos hallarnos en una dimensión diferente, pues era imposible ver u oír nada más allá de nosotros mismos. Cuando se extinguió, unos pocos segundos después, a los pies de Jerdren había centenares de astillas de cristal, desde minúsculas hasta la enorme que había atravesado su ojo, en el cual ahora sólo se veían lágrimas. Estaba cubierto de ceniza y sangre, pero sanado. Mi padre seguía consolándole, muy dulcemente, tratando de apaciguar sus hipidos.

»Volví la mirada hacia la mujer que había expuesto su vida para salvarle. Había caído al suelo y ya no se movía, consumida por las llamas. Pero mi padre podía salvarla.

»–¡Sálvala! ¡Sálvala a ella ahora! –le supliqué, tirando de sus ropas, tratando de separarle de Jerdren.

»Mi padre se giró para mirarla y al instante las llamas de su cuerpo se extinguieron. En el suelo quedó yacente una estatua de madera carbonizada, completamente exenta de vida.

»Atisbé un fugaz instante de compasión en los ojos de mi padre, que se borró tan pronto se sintió observado.

»–¡Papá! –insistí–. ¡Sálvala!

»Quizá se sintió azotado por una emoción que probablemente en muchos años ningún humano le había hecho vivir. Ante sí yacía una mujer que había sacrificado su vida para salvar a un niño a quien no conocía. Pero lo importante era que el altruismo humano no formaba parte de la lección que con tanto ardor impartía a sus hijos, y por su culpa se había echado a perder algo de su fuerza y credibilidad.

»Contemplando el bloque de inane carbón con un gesto enojado, sin pronunciar una sola palabra nos cogió a sus hijos de las manos y nos hizo desaparecer de allí.

»Yo sentía que él no había obrado bien, que ninguno lo habíamos hecho, pues, si ella nos había ayudado, era leal ayudarla

a ella. Máxime cuando con su acto se había destacado por encima de todos los miembros de su perversa especie.

»Pasé días mohíno, sin dirigirle la palabra a mi padre. No sólo nos había obligado a asistir al aterrador espectáculo de la más horrible crueldad humana, sino que, a mi parecer, él se había rebajado a su mismo nivel.

»Tiempo después, cansado de soportar lo adustamente que le trataba, me espetó:

»–Aquella mujer se había ido. Sus dos hijos acababan de morir y tenía la oportunidad no sólo de volver a estar con ellos, sino de ser feliz con ellos para siempre. Si yo hubiese querido mostrarme cruel, la hubiese traído de vuelta al calvario de su vida mortal para poder satisfacer a mi hijo y ver brillar en sus ojos la admiración por su padre. Como no has sido capaz de llegar por ti mismo a esta conclusión tras días de mostrarte insoportable, he decidido llevarte de nuevo a aquel momento y lugar. Esperaremos cinco minutos después de su muerte, la dejaremos disfrutar la gloria de su reencuentro durante ese tiempo, y entonces la obligaré a regresar. Le diremos que es a ti a quien se lo ha de agradecer. ¡Vamos! –Me tendió la mano y esperó a que me acercara a él, pero, por supuesto, no lo hice, de modo que repitió la orden, esta vez gritando–. ¡Vamos!

»Yo jamás le había visto tan enfadado, al menos no conmigo, y estaba francamente asustado. Comprendí que se sentía muy herido.

Sam se quedó en silencio, con la vista clavada en su vaso y la expresión ausente, rememorando el lejano momento. Eldwin aguardó unos segundos antes de preguntar:

–¿Te obligó a ir?

Sam exhaló una breve risa.

–No –contestó–. Ni hablar. Él jamás me habría sometido a una tortura no motivada por la consecución de un bien mayor. Tan sólo quería obligarme a recapacitar y hacerme pagar su malestar de los últimos días. Cuando vi que se acercaba a mí dispuesto a cogerme de la mano me puse a gritar: “No quiero que vuelva, papá. Tú hiciste lo debido, tú eres bueno y justo”, etcétera… Se calmó enseguida y todo volvió a la normalidad.

»Hasta ahora ese recuerdo era una pieza suelta en mi memoria, una pieza que sabía importante pero que no acababa de encontrar su lugar. Ahora sé que estaba ahí para darme la respuesta que un día necesitaría.

Eldwin le observó con desmayo, influido por contradictorias emociones. Después de tantos años sobreviviendo únicamente por la esperanza de reconstruir lo que había sido tan injustamente destruido, ¿nunca iba a recuperar a Amber? ¿Nunca iba ella a

conocer a su hijo? ¿Realmente es lo que Amber querría, si pudiese escoger? Eldwin no estaba seguro de esto, pero no quiso plantearle la duda temiendo que le despreciara tomándole por ese egoísta que él se negaba a ser.

–Entiendo... –musitó quedamente–. No obstante, no perdamos la esperanza. Puede que cuando tu padre lo sepa vea una salida que a nosotros se nos escapa.

Sam levantó la mirada, comprendiendo el pesar de Eldwin.

–Lo siento mucho, Eldwin, pero esta vez el sacrificio lo haremos nosotros. Las cosas tendrán que quedar como están.

Las zancadas de su hermano resonaron a poca distancia anunciando su presencia. Dos segundos después arrojaba un periódico sobre la mesa.

–Tomas nos ha traído esto. Edición especial en tu honor –dijo con seriedad.

Sam cogió el diario y Eldwin se acercó a él para ver con detalle la fotografía que aparecía en la primera página: centenares de rayos apuntando al humeante cráter de Timanfaya durante la madrugada anterior. La noticia proponía diversas hipótesis para explicar el asombroso fenómeno cuyo estudio atraería a la isla a científicos de todo el planeta.

–"*Así mismo, se han producido diez seísmos de baja intensidad en la zona de Timanfaya aparentemente causados por movimiento de magma, y un incremento anómalo del nivel de gases volcánicos*" –leyó Eldwin–, "*generando gran interés por parte de geólogos y vulcanólogos, y cierta alarma entre la población*".

–Ahora todo el mundo sabe que estás aquí –añadió Jerdren en tono de reproche–. Gracias a tus constantes indiscreciones nuestro viaje se ha convertido en una huida constante.

Sam le contempló anonadado durante un instante. Entonces se puso en pie y le espetó con rabia:

–¿Acaso tengo yo la culpa de que me acosen?

–¡Ni Derdrell ni ningún otro te hubiera encontrado de no haber andado haciendo milagritos en Jordania! –gritó–. ¡Pero no sólo no aprendiste la lección, sino que sigues haciendo a escondidas tu santa voluntad! ¡Y mira las consecuencias!

–¡Deja de gritarme!

–¡Cuando me expliques cómo planeas que salgamos de esta isla con el aeropuerto y cada rincón de los puertos vigilados por los infanticidas y los neonazis!

Jerdren se quedó en silencio escrutando el efecto de sus palabras sobre la expresión de su hermano. Sus ojos intensamente azules refulgían manifestando su severa inquietud y furia.

Sam jamás le había encontrado tanto parecido con su padre

como en aquel instante.

–¡Muy bien! –exclamó Eldwin sin alzar demasiado la voz, poniéndose en pie a su lado–. Terminamos con vuestra discusión inútil y comenzamos a pensar en la solución del problema, ¿de acuerdo?

Ambos le miraron con el ceño todavía fruncido. Pero la expresión de Sam se había ensombrecido. Volvía a preguntarse por qué su padre no había acudido en su ayuda horas antes y no pudo evitar trasladarle la pregunta a Jerdren.

–¿Me estás hablando así porque sabes que estamos solos en esto, que papá ya nunca vendrá aunque sepa que estoy en peligro? –preguntó con voz mortecina.

Jerdren se asombró al escucharle.

–¿Qué? ¡No! –exclamó.

–Entonces, ¿por qué no vino anoche?

Su hermano dudó unos segundos antes de contestar.

–No lo sé.

Sam asintió. No tenía intención de hurgar en busca de una respuesta que le aterraba. Si Jerdren mentía, él intentaría creer su mentira el máximo tiempo que le fuese posible.

Se volvió hacia Eldwin.

–Lo primero es poner a Elma a salvo –le dijo, con el pensamiento de que la seguridad de ella serviría de excusa para garantizar la de él también–. Debes llevarla con su familia, Eldwin, por favor.

Eldwin le contempló con su inteligente mirada. Había vivido demasiados acontecimientos brutales como para sentirse abrumado y desbordado como lo estaban ellos. Necesitaban una mente fría y lúcida, no sólo fuerza y un manejo extraordinario de la energía. Él la tenía, y fuera como fuese estaría allí para intentar guiarles.

–La pondremos a salvo, por supuesto –afirmó–, pero yo no me moveré de aquí mientras estéis en peligro. No os atreváis a considerarme inútil sólo porque no tengo un cuerpo de veinte años. Poseo un cerebro en plena forma, que es justo lo que os falta a vosotros en este momento. Tendréis que vivir cien años más antes de tener lo que tengo yo aquí –aseguró, dándose golpecitos en la cabeza con su dedo índice–. No pongáis peros –se adelantó, señalándoles a ambos resueltamente–. No os hablaría así si pensara que puedo ser un estorbo que de alguna forma os pondría en peligro. Sabré estar a salvo y defenderme por mí mismo si llega el caso. Confiad en mí.

–Si quieres ayudarnos, quítanos preocupaciones de encima –pidió Jerdren en tono dominante–. Asegúrate de que Elma coge un avión cuanto antes y ocúpate de los cuatro chicos. Y mantente lejos de esta casa. Éste será nuestro fuerte.

–Creo que no es un buen plan del todo, Jerdren –le contestó Sam–. Imagino que piensas eliminar a todo el que se presente aquí, pero, si son tantos como Tomas dice no podremos terminar con ellos de forma discreta. La gente de los alrededores se dará cuenta.

–Sam tiene razón, Jerdren. Creo que una opción mejor es abandonar la isla y evitar la refriega, porque, una vez que ésta comience, escapar será mucho más difícil. No sólo podrían buscaros los neonazis y los infanticidas sino además la policía. A mí nadie me conoce. Puedo alquilar un pequeño barco y recogeros en alguna zona no vigilada, como cerca de alguna cala o a un kilómetro de la costa. En él podríamos llegar a una isla cercana o a Marruecos y tomar un avión hasta algún lugar seguro.

Jerdren y Sam meditaron la propuesta durante unos instantes y después se miraron con expresiones aprobatorias.

–Nos gusta la idea –admitió Jerdren.

–Muy bien. Entonces llamaré un taxi en cuanto Elma esté lista. No hay tiempo que perder. La acompañaré al aeropuerto y luego alquilaré un barco. Entre tanto preparad vuestras cosas. –Eldwin echó a andar deprisa hacia la casa, pero de pronto recordó algo y se detuvo. Se volvió hacia ellos chasqueando los dedos–. Los cuatro chicos, me olvidaba… Pasaré por su pensión de camino y se lo explicaré todo.

–No es preciso, Eldwin. Tomas todavía está ahí –le hizo saber Jerdren–. Hablaremos con él.

–¿Sí? De acuerdo –convino Eldwin. Se giró de nuevo y desapareció en el interior de la casa, mientras los chicos se sumergían en la mirada del otro.

–¿Qué hace Tomas ahí? –preguntó Sam.

–Elma le vio y le ofreció el desayuno. Además, había despedido al taxi lejos de aquí para evitar llamar la atención sobre la casa, así que habrá… –Jerdren se interrumpió al ver a Tomas entrar al jardín.

–Con vuestro permiso –dijo tímida y educadamente–. Tengo buen oído y no he podido evitar escuchar vuestro plan. Lisbeth y yo jamás podremos salir vivos de la isla. He sido informado de que algunos de los miembros de WahreMenschlichkeit con los que he mantenido un contacto más directo ya están aquí y otros muchos llegarán en las próximas horas. No voy a pediros nada para mí, pero, por favor, por favor, llevad a Lisbeth con vosotros. Ponedla a salvo.

–No lo entiendes, Tomas –dijo Sam–. Es estando con nosotros como corréis más peligro. Esos locos de ahí fuera son el menor de nuestros problemas. El padre de Lilith y Wendell también me acosa, y no hay tierra de por medio que podamos interponer. Él podría

aparecer en cualquier momento cuando estemos en alta mar. Podría volcar el barco, enviarlo al desierto del Sahara, ¿y qué sería de vosotros entonces?

Tomas meditó un momento estas palabras y le respondió:

–Pero, él seguramente no intentaría nada si Lilith y Wendell también fuesen a bordo.

Sam lanzó un suspiró y se cruzó de brazos. ¿Qué podía contestar? Sin duda era probable, pero…

La ágil mente de Jerdren reflexionó sobre esto. El chico tenía razón. Lilith era un seguro; no infalible, pero mejor que no tener nada. Sam tendría que hacer de lado esa obcecación por olvidarse de ellos.

–Adelante –ordenó con autoridad–, llámales y que vengan cuanto antes.

–¿Qué? –le interpeló Sam.

Parecía dispuesto a soltar una invectiva que Jerdren cortó de cuajo. Blandiendo un dedo ante él le ordenó en un tono de voz imperativo:

–No se te ocurra rechistar.

Al igual que un rato antes, refulgía en sus ojos un brillo que parecía tan capaz de fulminar a alguien como cuando surgía en los de Cannat. Sam cerró la boca y, viendo que parecía lo bastante conforme, Jerdren bajó el dedo amenazante y se separó de él.

Tomas marcó el teléfono de Lisbeth, quien en seguida lo descolgó. Le dio las novedades, pidiéndole que las transmitiese a los otros y viniesen todos juntos cuanto antes.

Cuando acabó de hablar, Jerdren había entrado a la casa, por lo que él se encontraba a solas con Sam. Había algo que deseaba pedirle.

–Sam –le dijo con voz temblorosa–, hay algo más que quisiera pedirte. –Sam se acercó a él y contempló amablemente su rostro adusto y sombrío–. Yo… –murmuró, incapaz de mirarle a la cara–, quisiera pedirte que, en caso de que algo fatal me sucediera y tú tuvieras ocasión de revertirlo –levantó los ojos y se esforzó en mirarle; algo así no podía decirse con cobardía–, no lo hicieras. –Sam le contempló con los labios ligeramente entreabiertos, intentando discernir si lo que creía entender era lo que su interlocutor pretendía. Éste prosiguió–: Si me voy, no deseo volver. Ésta debe de ser la petición más extraña que nadie ha formulado jamás, y probablemente es innecesaria y está fuera de lugar, pero, después de ver en el video lo que hiciste con el hombre del Mar Muerto me sentía temeroso de que pudieras volver a… traerme.

Los labios de Sam se habían separado algo más. Jamás en su vida se había sentido más atónito y desconcertado. Creyó que se le

iluminaban las razones de Tomas y dijo:

–Si esos espíritus y demonios te molestan yo fácilmente puedo librarte de ellos.

–No, no, no. No es eso. Ellos son mis amigos –respondió Tomas azarado. Se daba cuenta de que estaba viviendo el momento más íntimo de su vida con un extraño al que bajo otras circunstancias jamás habría confesado algo así–. Es simplemente que…, no quiero seguir. No querría, quiero decir.

Con una extraña sensación de surrealismo onírico, Sam asintió.

–Bien, pues… Me doy… Me doy por enterado.

–Mi única pena sería dejar sola a Lisbeth, por eso lo único que quiero suplicarte es que…

–Lo sé –le interrumpió Sam–, que cuide de ella si te sucede algo. Me temo que tendrás que esforzarte por sobrevivir, Tomas.

Dijo esto con sequedad y se adentró en la casa en busca de su hermano. Le buscó por todas partes, ansioso de encontrarle, y, cuando le halló en su dormitorio, recogiendo las cosas que pensaba llevarse, se plantó frente a él y le miró con tal palidez y vacío en los ojos que Jerdren se asustó.

–¿Qué te pasa?

–Siento angustia. Creo que estoy a punto de vomitar. Acabo de vivir el momento más surrealista de toda mi vida.

–¿Derdrell…? –inquirió Jerdren, comenzando a ponerse en guardia.

–No. Ese chico –Sam sacudió la cabeza–. Dios mío, qué es…, qué es lo que son capaces de hacer con los de su propia especie. Quiero…, quiero salir de esta pesadilla, Jerdren. Quiero dejar a toda esta gente atrás.

Viéndole sobrecogido, Jerdren se acercó a él y abrazándole le dijo:

–Ya queda poco. Escucha, pasado mañana se cumple el plazo de una semana que tras arduos esfuerzos conseguimos que papá nos concediera para gozar a solas de este torrente de diversiones –le miró y se rió al decir esto–. Esté donde esté y haga lo que haga vendrá a por nosotros sin demorarse un segundo. Eso es lo máximo que puede durar nuestro gozo en este jardín de las delicias, así que aprovechemos lo que nos queda.

Capítulo 28

Un reencuentro poco amistoso

Encerrado en el cuarto de baño, Wendell había dejado escapar alguna lágrima con la que ahogar su frustración por el fallido intento de acercamiento a su hermano. A raíz de ello, Lilith, que se había dado cuenta mas no había dicho nada, albergaba el deseo de enfrentarse a Sam y soltarle a la cara lo que pensaba de él y de su grosera actitud. Pensaba haberlo hecho aquella misma mañana, pero Tomas había salido muy temprano, dejando a su cargo a la insulsa, y, un rato antes de que llamará, se hallaba con ella y con Wendell, encerrados los tres en la pensión por temor a que la humana pudiese ser descubierta.

Los dos hermanos habían estado decidiendo si tenía algún sentido permanecer en la isla más tiempo. Wendell había opinado que debían regresar a casa cuanto antes, pero por debajo de sus palabras subyacían la desilusión y la derrota, dos conceptos a los que Lilith no estaba acostumbrada.

–Entonces, iré ahora a despedirme de ellos –había manifestado ella.

Wendell alzó la cabeza y la miró con sorpresa. Había supuesto que ella se negaría a la deserción.

–Ve a donde quieras –le había contestado con una mueca–. Para encontrarte me bastará seguir tu rastro de babas.

Lilith le devolvió la mueca sin acritud.

–Podríamos ir todos, ¿no? –había propuesto Lisbeth con timidez. Al elevar la mirada se había tropezado con la expresión sardónica de Lilith, quien la contemplaba como a una mendiga harapienta que le propusiera tomar el té en el palacio de Buckingham–. Como Tomas a lo mejor aún está allí… –intentó justificarse.

–Sufrirás menos si te olvidas de él desde ya, linda –había replicado Lilith.

Lisbeth agachó la cabeza. Sólo esperaba que ella no siguiera hablando. Era seguro que podría mostrarse muy cruel. Y justo en ese momento la llamada de Tomas había sonado en su teléfono móvil.

La noticia fue recibida con alborozo por todos ellos, aunque Wendell mantuvo a raya su expresividad.

Se apresuraron a hacer sus pequeñas maletas, arreglaron cuentas

con la dueña y pidieron un taxi que les llevase a la villa.

Daniel y Amelia Suances vivían en el apogeo de la felicidad compartida. En las últimas horas los tranquilos días de ocio habían dado paso a un torrente de adrenalina que les hacía sentir más vivos de lo que nunca habían soñado. Nada podía haber salido mejor, pues la espectacular noticia les había llegado justo cuando el abandono a la pereza y a los placeres románticos comenzaba a tornarse en desmayado aburrimiento. ¡Por fin surgía una buena razón para abandonar el aislamiento y emprender una aventura sin parangón! Y no sólo eso. La extraña desaparición de Tomas y Lisbeth, sin duda en relación directa con el descubrimiento de la criatura sobrenatural, hacía más interesantes las cosas.

De la criatura, a través de sus espías infiltrados en distintos y reprobables círculos, habían llegado rumores que les llenaban de asombro y fascinación. Pero había que andarse con pies de plomo, desde luego. Los satánicos no eran más que personajes de comic que lanzaban sus esperanzadas alertas de encarnación de su amo cada dos por tres; meras agrupaciones de homúnculos unidos por sus graves complejos de inferioridad cuya opinión no era digna de tenerse en cuenta. Ahora bien, las campanas que sonaban en el centro y norte de Europa eran muy diferentes. Provenían de las torres más altas y repicaban al unísono con la misma melodía. Si su tañido era cierto, la humanidad se hallaba ante el mayor peligro que jamás hubiera enfrentado.

No obstante, se hacía necesario, como siempre, hacer trabajo de campo antes de sacar conclusiones.

Ambos amantes tenían grabadas a fuego las imágenes de las piezas a cobrar y todo había sido dispuesto para la captura, pero con lo que se iban a encontrar nada más poner el pie en la isla jamás hubieran contado. Al aterrizar en el aeropuerto de Lanzarote y tropezarse con la portada de los periódicos, sus dudas se habían disipado: se enfrentaban al mayor reto de sus vidas. Fuera quien fuese, santo o maligno, el chico estaba rodeado de fuerzas extraordinarias, y todo poder excesivo supone un peligro.

Podían ser ya centenares las personas reunidas en la isla con el fin de adorar y amparar a esos seres. O de ejecutarlos.

Se impuso un alto y una llamada de urgencia. Era preciso ampliar el despliegue de efectivos. Pero su contacto ya había recibido la gran noticia y nuevas fuerzas se preparaban en aquel momento en diversos lugares del planeta para tomar el primer vuelo hasta la isla volcánica.

En cierta forma era decepcionante no poder atacar por sí mismos el problema, pero tampoco iban a quedarse de brazos

cruzados. Lo primero era localizar a esos seres. También resultaba conveniente evaluar discreta y sigilosamente el terreno. Incontables nefilims podían haber invadido la zona al saber de la presencia de esos miembros destacados de su especie, y muchos más podían estar al llegar.

Daniel y Amelia ni siquiera contaban con armas básicas, y no eran fáciles de conseguir en aquel territorio. Sin embargo, confiaban en que un miembro del personal del hotel de Arrecife al que se dirigían pudiese ayudarles en tal sentido.

El joven, ayudante de cocina, subió a su habitación en cuanto tuvo noticia de su llegada.

–Esto está que arde –les anunció–. Y nunca mejor dicho. Los volcanes están más vivos que nunca y alguna gente ha comenzado a huir, temerosa de que estallen.

–¿Qué más puedes decirnos? –inquirió Daniel–. ¿Por dónde crees que debemos empezar a buscar?

–Puedo aseguraros que no se alojan en Arrecife; yo lo sabría. Tal vez lo hagan en la zona norte, es más tranquila para alguien que quiere pasar inadvertido. Os sugiero una visita al Parque de Timanfaya en busca de pistas. ¿Creéis que su intención es provocar una erupción volcánica para arrasar la isla? Tal vez estén jugando a ver quién es capaz de matar un mayor número de humanos, o quién provoca el más grave desastre natural.

–No hay que descartar esa opción teniendo en cuenta las circunstancias –afirmó Amelia, y luego señaló con elocuencia–: Venimos desarmados.

–Lo sé –confirmó el joven, haciendo sonar la bolsa que llevaba en su mano–. No esperéis gran cosa. Aquí llevamos una vida tranquila y no es fácil conseguir nada que valga la pena.

Amelia tomó la bolsa y husmeó en su interior. Una pistola con el mango de madera (¿Qué demonios era aquello!) y armas blancas de diferentes tamaños. En resumen: nada.

Alquilaron un vehículo discreto en el propio hotel e hicieron un primer recorrido de inspección por los alrededores. Era cierto que el aire olía de forma extraña. Aquello asustaba.

–¿Y si entrase en erupción? –preguntó Amelia retóricamente–. Tal vez todo está planeado. Tal vez todo ha sido una maniobra para reunir aquí a la mayor cantidad de sus perseguidores y acabar con todos de un golpe.

Daniel deslizó el volante para tomar la curva cuidadosamente y la miró. Tenía la mirada grave y fija en el vacío y aparentaba tener miedo.

–Podemos salir de aquí en cualquier momento, ya lo sabes –la tranquilizó–. La base de Las Palmas ya ha fletado varios barcos que

estarán a nuestra disposición. A la mínima señal, ¡paf!, salimos zumbando. Esto lo hace emocionante, ¿no? Es así como nos gusta.

–Lo que me preocupa es estar cayendo en una trampa. Permitir que esos seres se burlen de nosotros.

–No vamos a darles oportunidad. Te aseguro que no.

Pensó en su única arma y se vio descargándola sin contemplaciones contra el chico del video y todos los que le rodeasen. Al menos tenía munición abundante.

Le suscitaba interés el asunto del milagro. Un montaje, probablemente. De cualquier forma, le encantaría encerrar al chico para poder asegurarse y examinarle a fondo. Pero no pensaba que fuese a concedérsele la oportunidad. Daniel, debía reconocérselo a sí mismo, estaba algo nervioso. Cuando tuviese al chico frente a él, incluso en la lejanía, tendría miedo y dispararía sin poder evitarlo. No cabía elección contra un enemigo tan formidable. Máxime cuando ahora debía pensar en Amelia.

Se encaminaban despacio hacia el Parque de Timanfaya, alargando el recorrido a través de pueblos que atravesaban con los ojos bien abiertos, esperando encontrar cualquier signo de anormalidad. En todas las localidades parecía ser un día como cualquier otro.

Ya cerca del objetivo descubrieron un pueblecito en fiestas: Yaiza. Cruzaron este hermoso lugar atentos a sus gentes, que iban y venían con alguna copa de más aunque aún era temprano. Había alegría y olía a pescado frito, y Amelia y Daniel, hambrientos y cansados, hubiesen hecho un alto en el camino gustosamente de no ser porque las horas de luz eran las justas para llegar hasta Timanfaya.

Sin embargo, al llegar al Parque Nacional se encontraron con la sorpresa de que el acceso se hallaba restringido aquel día mientras los expertos evaluaban la situación.

–¡Maldita sea! –exclamó Daniel, golpeando el volante.

Se encontraba agotado tras el vuelo nocturno y las varias horas conduciendo para que ahora resultase en balde.

–No te exaltes –le dijo Amelia con voz tranquila–. De todas formas no íbamos a encontrar nada. Propongo que regresemos a ese pueblo cercano. Es donde más posibilidades hay de que alguien haya visto algo. Además de que necesitamos comer. Baja del coche. Yo conduciré.

Intercambiaron los asientos y dieron media vuelta.

Daniel encendió la radio y puso una emisora de música clásica a bajo volumen. Luego cerró los ojos durante largo rato, poniendo en práctica algunas técnicas de relajación. Necesitaba mantener los nervios templados y el cuerpo en su máximo de energía, y, en

cambio, se sentía agotado y sobreexcitado. “Es como si tuviese un presentimiento –se dijo–. Como si el camino no fuese el correcto”. Recordó el video una vez más, y el rostro del chico moreno a quien perseguían. Dulce, hermoso, lleno de vigor. ¿Y si estaban equivocados y aquel chico estaba llamado a luchar contra el mal? ¿Y si él no había causado los movimientos en el volcán y hasta había logrado frenar la erupción? ¿Y si debían protegerle y no al contrario? Los pensamientos de Daniel volvían siempre al mismo punto y siempre lo abandonaban para encerrarse en su miedo.

Abrió los ojos cuando notó que la velocidad descendía. Casi se había quedado dormido.

Estaban entrando en el municipio en fiestas, no recordaba el nombre. Las siluetas de la iglesia y el ayuntamiento destacaban al fondo del paisaje. Se habían detenido para dejar paso a unos tractores que atravesaban la carretera.

Daniel contempló con calma los lentos gigantes amarillos deslizándose sobre la calzada. Había viñedos en los alrededores, y probablemente otros cultivos. Se giró levemente para mirar a Amelia. Tenía buen aspecto. Ella se sintió observada y le devolvió la mirada, sonriendo. Daniel se sentía mejor. El interior del coche estaba cálido, el cielo límpido. Echó hacia atrás la cabeza arrellanándose en el asiento y siguiendo con la mirada la trayectoria de los pesados vehículos hacia su izquierda.

El segundo tractor acabó de pasar dejando visible por un instante la fila de coches que esperaba en sentido contrario. El primero era un taxi ocupado por varias personas. Fugazmente, Daniel atisbó los rostros de los pasajeros. Se trataba de unos jóvenes. En el breve lapso se pudo fijar sólo en la preciosa chica que se agitaba con impaciencia en el asiento de atrás. La visión quedó obstruida por el siguiente tractor. Al menos, se trataba del último.

En cuanto el camino quedó libre, Amelia metió la primera marcha e hizo rugir suavemente el motor. Daniel miró fijamente al tractor hasta que la vía del sentido contrario quedó liberada y la chica del taxi apareció de nuevo ante sus ojos. Ahora estaba agarrada con ambas manos al asiento del conductor, en actitud claramente impaciente e inquieta. Cuando el taxi pudo reemprender el camino, ella se echó hacia atrás, apaciguada. Daniel la miró fijamente cuando ambos vehículos se cruzaron, todavía a escasa velocidad. No recordaba haber visto jamás a nadie que pudiese comparársele: ni una estrella de cine, ni uno de esos productos del maquillaje digital que ocupaban las portadas de las revistas. Hubiera deseado que le mirase siquiera por un instante para obtener una vista frontal y poder ver sus ojos, pero sólo el rápido avance del taxi parecía interesarla. A su lado, una figura más

menuda se echó hacia delante e hizo varios movimientos tratando de quitarse una chaqueta. Daniel se incorporó bruscamente en el asiento.

–¡Ve despacio! –ordenó.

–¿Qué sucede?

–¡Es Lisbeth, estoy seguro!

Amelia le miró, haciendo el coche a un lado.

–¿Y Tomas?

–No va con ella. Hay otro chico y una joven. Da la vuelta, les seguiremos con discreción.

Cambiaron de sentido. Varios coches se interponían entre ellos pero Amelia no intentó adelantarlos. La carretera era llana y recta durante kilómetros; era imposible perder de vista a su objetivo.

–Esto es inesperado –dijo con voz reflexiva–. ¿Crees que nos llevará hasta ellos?

–Es más que probable. La chica que va en ese taxi me jugaría el cuello a que no es humana.

Amelia frunció el ceño imperceptiblemente.

–¿Por qué estás tan seguro? –inquirió.

–Tenía una expresión odiosa –aseguró él, dorando su respuesta. Frunció el ceño con asco. Ella le miró incrédula, interrogativa. Decidió corregirse–: ¿Recuerdas el aspecto de los chicos del video? Pues era su equivalente femenino.

Ella enarcó las cejas asertivamente y volvió la vista a la carretera, silenciosa. Iba a ser un placer matar a esa chica.

En el taxi que iba delante, Lisbeth se había quedado pensativa. Mientras se despojaba de la chaqueta había percibido por el rabillo del ojo una mirada fija sobre ellos. Luego se había dado la vuelta para observar a los ocupantes. No había conseguido ver demasiado, pero se había quedado mirándoles inquietamente y fue así como descubrió que sus ocupantes daban la vuelta.

–Nos siguen –dijo Lisbeth.

Lilith y Wendell se volvieron para mirarla.

–¿Estás segura? –preguntó Lilith.

–Alguien nos miró fijamente cuando nos detuvimos para dejar paso a los tractores y entonces dio la vuelta. Es el quinto coche por detrás de éste. Tamaño mediano y color blanco.

Lilith se arrodilló en el asiento para mirar por la ventanilla trasera.

–No puedo distinguir a los pasajeros –dijo–. ¿Te sonaba alguno?

–No. Sólo les vi de reojo un instante.

–¿Quién os sigue? ¿Vuestros padres? –preguntó el taxista, un hombre desgastado de unos sesenta años.

–Oiga, ¿le parecemos menores de edad? –interpeló Wendell.

–Tú sí –le contestó el hombre, distendiendo los labios en una sonrisa desdentada.

–No son nuestros padres –dijo Lilith–, son los malos, ¿comprende? Va a tener que ir más deprisa.

El hombre se rió pero no aceleró.

–Lil –dijo Wendell volviéndose hacia ella–, no podemos permitir que lleguen hasta Sam.

–Conductor, por favor, tome aquella desviación –pidió Lilith.

–Es un camino de tierra, sólo lleva a un arroyo –protestó él.

–No importa, métase allí, por favor.

Rezongando, el chófer acató la instrucción y el automóvil se adentró en el camino sin asfaltar, botando ligeramente.

Los tres se dieron la vuelta, esperando que el presunto perseguidor continuase por la carretera, pero no lo hizo. No perderles de vista era más importante que la discreción y Amelia no había dudado en tomar su mismo camino.

La distancia entre ambos coches se acortaba, y, para incentivar al taxista, Lilith sacó de su bolso un puñado de billetes y se lo tendió.

–Despístelos –dijo.

–Es imposible –contestó él, mirando con pena el grueso fajo de billetes que le tendía–. Ya os lo he dicho: este camino termina en el arroyo.

–¡Pues dé la vuelta! ¡Haga una maniobra arriesgada! ¡Haga algo!

–¡Dios mío! –exclamó Lisbeth.

La distancia se había acortado lo suficiente como para permitirle distinguir el rostro de sus perseguidores. Aterrada, Lisbeth se hundió en el asiento.

–¿Qué pasa, boba? ¡Di! –la exhortó Lilith.

–Son dos de los más importes líderes del sur de Europa –balbució ella–. Tomas ha trabajo directamente con ellos y saben que les hemos traicionado. ¡Nos siguen para matarme!

–No lo van a conseguir, Lisbeth, tranquilízate –le aseguró Wendell, vuelto hacia ellas.

De repente, el conductor detuvo el vehículo y puso el freno de mano.

–¡Bajaos del coche! –gritó–. ¡Bajaos ahora mismo!

Se miraron estupefactos.

–¡Nadie va a bajarse! –gritó Wendell–. ¡Arranque el coche! ¡Arranque!

El hombre sacó las llaves de la conexión y le miró con adusta severidad.

–He dicho que os bajéis.

Lisbeth oyó detenerse el otro coche a poca distancia de ellos.

Cerró los ojos, sollozante. Sabía lo que debía hacer. Su mano se deslizó hasta el tirador de la puerta y lo atrajo hasta que un clic indicó que se había abierto.

–¿Qué haces! –exclamó Lilith, lanzándose por encima de ella para cerrar de nuevo la portezuela.

–Tengo que salir –sollozó ella–. No quiero que os pase nada por mi culpa.

–No necesitamos que sacrifiques tu vida para impedirlo.

–¿Tienes bombas, Lilith? –preguntó Wendell.

–Por supuesto –contestó ella, hurgando inmediatamente en su bolso.

En una pequeña bolsita de terciopelo llevaba unas cuantas de las canicas de cuarzo cargadas con la energía de Derdrell.

Por el retrovisor, Lilith vio que un hombre armado estaba saliendo del coche de atrás.

El taxista también lo vio.

–¡Que salgáis del coche, me cago en Dios! –gritó.

Con los ojos refulgiendo en el retrovisor, Lilith le espetó:

–¡Métase con su propia familia, cobarde sacrílego!

–Dame varias bolas –le pidió su hermano con la mano extendida–. ¡Vamos, antes de que se acerque!

Ella le tendió cinco.

–Ten cuidado.

–¿Qué vas a hacer? –gimió Lisbeth–. Wendell, no debes salir. No tienen piedad y jamás dejan testigos. ¡No salgas, por favor!

–¡Está a salvo, tranquilízate, loca! –le ordenó Lilith sujetándola. Ella la miró interrogante, sin comprender la razón de su calma–. Wendell no morirá mientras yo esté viva. Espera y verás.

Lisbeth no comprendió sus razones, pero pareció calmarse.

Con las canicas de cuarzo en ambas manos, Wendell avanzó hacia la parte trasera del taxi y se detuvo junto al maletero.

–¡Buenas! –dijo con aire informal al hombre que le apuntaba con una enorme pistola–. Parece que nos están siguiendo por alguna razón.

Wendell vio que la portezuela del conductor se abría, dando paso a una mujer.

–Tiene algo en las manos, Daniel –la oyó decir–. Estate preparado.

Daniel amartilló el arma.

–Sólo son canicas –dijo Wendell con inocencia.

En cuanto elevó la mano para mostrárselas, Daniel, asustado, apretó el gatillo, pero, para su sorpresa, el arma no se disparó. Lo apretó de nuevo, una y otra vez, sin lograr que la bala saliese por el orificio.

A Wendell le latía el corazón con potencia. Había temido que esa magia extraña e incognoscible no funcionase esta vez, pero lo hacía.

Daniel maldijo el arma.

–Si Lisbeth viene con nosotros os dejaremos en paz –dijo.

Wendell meditó un instante. Si se iban por las buenas se ahorraría verse envuelto en una nube radioactiva.

–Si os metéis en el coche y desaparecéis en diez segundos nosotros os dejaremos en paz. Y no pienso disimular: somos de esos que estáis buscando, así que ya sabéis lo que podemos hacer.

Daniel y Amelia cruzaron una mirada llena de odio y resignación. Por el momento, nada podían hacer.

Satisfecho, Wendell los vio desaparecer en el interior del vehículo, arrancarlo y dar media vuelta para regresar hacia la carretera. Y entonces, cuando él mismo volvía hacia el taxi, vio que Lisbeth corría con desenfreno hacia el coche blanco que ya cobraba velocidad, y la vio arrojar con todas sus fuerzas la canica de cuarzo que Lilith le había ofrecido coger. Cuando ésta impactó contra el auto la brutal explosión deshizo el coche en pedazos que volaron y se esparcieron decenas de metros a su alrededor. Algunos caían sobre el techo del taxi y Lilith esperó unos segundos antes de salir. Cuando lo hizo y se dirigió al lugar donde Lisbeth se hallaba, cubierta de humo y cenizas, la encontró tendida en el suelo, malherida. Un gran fragmento de metal se había clavado en su pecho y muchos otros, disparados como metralla, habían encontrado cabida en diferentes partes de su cuerpo.

Arrodillado junto a ella, Wendell la miraba con desespero.

–¿Por qué le diste la bomba, Lilith? –preguntó.

–Para que pudiese ser libre, como había escogido –respondió ella con serenidad–. Para que recobrase el valor, el dominio de sí y las ganas de vivir. Cógela en brazos. La llevaremos con Tomas. No se te ocurra morirte, Lisbeth. Imagina la cara que pondrá cuando le des esta gran noticia.

Con las manos sobre la cabeza, el taxista asistía a la escena horrorizado, de pie junto a su vehículo. No reaccionó cuando vio que la moribunda era introducida en la parte trasera del coche, ensangrentándolo todo.

Wendell vio que las llaves estaban sobre el asiento.

–Ya ha visto lo que podemos hacer –le dijo–. Apártese del coche y lo recuperará sin más daños que una tapicería ensangrentada, o intente hacerme perder un segundo que arriesgue la vida de mi amiga y le arranco el corazón.

El hombre se apartó de la puerta, mudo, y permaneció clavado en el sitio hasta que su auto despareció en la lejanía.

Capítulo 29

Adolf y Adolf

Con todo género de reticencias, Elma se había dejado acompañar por Eldwin al aeropuerto. Jerdren, Sam y Tomas aguardaban tanto sus noticias como la llegada de los otros tres. Una cosa y otra se demoraban más de lo previsto e, impacientes, rondaban la verja que daba al exterior de la casa en espera de que algún auto llegase. Por tanto, cuando el primer todoterreno apareció, lejos de ser causa de inquietud o asombro lo fue de alegría. Sin embargo, cuando vieron que se detenía a más de cien metros y transcurría un buen rato sin que sus ocupantes se apeasen de él, cundió cierta alarma. La intriga aumentó cuando al primer vehículo se unió otro semejante, y luego otro, y otro más. Al cabo de media hora dos docenas de automóviles habían ido estacionando en las inmediaciones de la casa. No aspiraban a pasar desapercibidos ni menos a protegerse tras algún parapeto, pues era imposible. Todo cuanto había en kilómetros era material volcánico de pequeño tamaño, suelo llano pero pedregoso sobre el que pisar. Ninguna otra cosa.

–No son de WahreMenschlichkeit. Es imposible. Jamás se expondrían de esta forma. Ellos se emboscan y saltan como fieras sobre sus víctimas indefensas. Esta gente pretende deciros algo con su actitud. Quieren que sepáis que están ahí, y, puesto que están en inferioridad de condiciones tácticas, sin ninguna defensa, pretenden dejar claro que no van a atacar.

Jerdren y Sam se miraron y cambiaron una mueca elocuente ante la dilucidación de Tomas.

–Muy bien, Napoleón –dijo Jerdren–, ¿y qué sugieres que hagamos?

Tomas sacudió la cabeza, vacilante.

–Esperar. Salvo que vengan los nuestros y traten de impedirles el paso o atacarles. Habrá que estar preparados para eso. –Titubeó. Temía formular la pregunta de forma ofensiva, pero quería asegurarse de que Lisbeth atravesaría con bien la barrera de extraños–. ¿Tenéis medios para repeler una agresión?

–¿A ti qué te parece? –preguntó Jerdren jocoso–. Mi hermano ha despertado un volcán que está listo para arrasar la isla a su orden, ¿y tienes que preguntar si podemos con un puñado de monos?

–Sí, claro –Tomas había supuesto que tendría que arrepentirse de la pregunta–. Disculpa.

–Estaba bromeando, Tomas. Es la primera vez que nos enfrentamos a algo peor que un coscorrón causado por una fruta que se cae del árbol al madurar. A excepción de la iluminación nocturna de Sam, no tenemos ni idea de qué más podemos o no podemos hacer.

–Pero lo estamos descubriendo rápido –apostilló Sam–. Nuestras vacaciones están resultando un cursillo acelerado.

–Mirad, ¡salen de los coches!

Al unísono, las puertas de todos los coches se habían abierto y de cada uno de ellos descendían entre tres y cinco personas. Se mantuvieron junto a los vehículos unos instantes, mirando en dirección a la casa, y después se dirigieron a ella andando a paso tranquilo.

No iban a tardar mucho en situarse a pocos metros de la entrada.

–Son nefilims. Id adentro –ordenó Jerdren.

Sam le miró con asombro.

–Soy tu hermano mayor, no un bebé a tu cuidado.

Jerdren suspiró vencido, pues no había tiempo para convencerle, y miró a Tomas con el mismo requerimiento.

–Yo digo lo mismo que él. De aquí no me muevo.

El grupo estaba formado por personas en su mayoría jóvenes, hombres y mujeres que caminaban con paso firme y aire de seguridad y satisfacción hacia su meta.

Se detuvieron a escasos metros de la verja y una de entre ellos, destacándose del grupo, se acercó a los tres chicos que les observaban del otro lado.

–Buscamos a Adolf –dijo con voz tranquila y hermosamente timbrada.

Jerdren se rio.

–Creo que os habéis equivocado de fecha. ¿No deberíais buscarlo ochenta o cien años atrás?

La chica llevaba una pequeña cartera bajo su brazo de la que extrajo una foto que le tendió diciendo:

–Eres tú, ¿verdad?

La foto, antigua, en blanco y negro, mostraba a un Adolf Hitler exultante con un bebé en brazos cuyo rostro mostraba a la cámara. La criatura estaba envuelta en ropas de encaje y tenía los ojos muy abiertos. Al pie de la foto, en el área blanca, alguien había escrito a mano, con tinta negra: “Adolf y Adolf”.

Jerdren pensó un instante y recordó la escena del bautismo descrita en su diario por la madre de Sam. En ese bautismo se le

había impuesto un nombre que ella había evitado mencionar. Ahora sabían cuál era.

Sam, a su lado, miraba la foto boquiabierto. Jerdren se preguntó si obtendrían ventajas de aprovechar el error de la chica, sin duda debido al color de su pelo y sus ojos. Era posible que sí.

Descorrió el cerrojo y abrió la verja. Luego, dándose media vuelta por un instante susurró a su hermano: "Silencio", y salió al exterior con decisión, haciendo que la chica se apartase para dejarle paso.

Se acercó al grupo, que se había extendido en una larga fila, y la recorrió como un general que pasase revista a sus tropas. Y entonces, deteniéndose ante ellos, elevó un brazo al cielo y, haciendo que su silueta se prendiese con suaves llamas, gritó:

–¡Sí! ¡Yo soy Adolf Hitler!

Un murmullo impresionado estalló en el grupo. Algunos habían dado un paso atrás, a causa de las llamas. La figura de Jerdren envuelta en fuego, recortada contra el cielo del atardecer y con los volcanes al fondo, excedía las esperanzas de muchos. El murmullo de admiración fue roto por un grito proferido con fervor entusiasta:

–Heil, Hitler!

El saludo fue secundado al instante por todos los presentes. Una voz única resonando una y otra vez sobre la llanura de lava.

Jerdren bajó su brazo e hizo que las llamas que emergían de su cuerpo se extinguiesen.

–Vuestra presencia nos es muy grata a mí y a mis ayudantes –dijo, elevando la voz cuanto podía y gesticulando como recordaba haberle visto hacer al auténtico líder en un documental–. Pero estos son días difíciles para nosotros: miembros de las razas inferiores nos persiguen.

–¡Lo sabemos! –gritó un chico–. ¡Por eso estamos aquí! Mi hermana de doce años fue asesinada por ellos, mi primo de quince también. Ambos fueron secuestrados y torturados hasta la muerte. Uno a uno somos vulnerables, pero unidos somos invencibles. Por eso, donde tú estés, nosotros nos reuniremos.

–Ahora que te hemos encontrado ha llegado el momento de poner fin a su reino de terror e iniciar nuestro Imperio –aseguró otro–. Cuando la raza se haya purificado, el mal terminará.

Jerdren pensaba qué responder al fervor de la multitud cuando sintió a su lado la presencia de Sam.

–Merecen saber la verdad –le susurró, y, a continuación, se dirigió a ellos diciendo–: Yo soy el niño de esa foto, pero mi nombre no es Adolf, ni soy hijo de Adolf Hitler, sino de un ángel, como algunos de vosotros. Un ángel despiadado que utilizó a aquel hombre y a mi propia madre como guiñoles en su teatro. Para

conseguir salvarme de él y del reinado de terror de Hitler mi madre y mi hermano sacrificaron sus vidas. No nací para acaudillar una batalla, sólo soy una víctima más, como vosotros y vuestras familias.

Los desconocidos se miraron unos a otros intentando obtener mudamente el parecer común. Miraban también a los jóvenes frente a ellos, preguntándose cuál sería la relación entre ellos, la razón de la presunta mentira del rubio, las posibilidades de lo que acababan de escuchar fuese cierto.

Al cabo de un rato de incertidumbre en el grupo, uno de sus miembros, un hombre de unos cuarenta años, interpeló:

–¿Cuál es tu nombre?

–Samael.

–Entiende esto, Samael: Nosotros no somos humanos; no buscamos, ni necesitamos, ni aceptaríamos un líder. Lo único que precisamos es un núcleo común, y, si tú eres el niño de esa fotografía, eres el símbolo que nos une. No importa por quién hayas sido concebido ni las razones: tú eres el niño que representa a Götterborn, la encarnación de nuestro ideal común. Somos la única esperanza real de ese pequeño fragmento evolucionado de la humanidad que lucha por aflorar aplastado bajo el yugo de sus inferiores. Puedes decirnos que nos vayamos, que no estás interesado en nuestra lucha, y todos los presentes te obedeceremos, pero muchos otros te buscarán a lo largo del tiempo, y cuando lo hagan no será para encontrarte a ti, sino a Götterborn.

Sam permaneció en silencio, observándoles pensativamente.

¿Su lucha? Claro que no era su lucha. A lo único que él aspiraba era a regresar a la bendita región de paz y celestial amor de la que nunca debió apartarse. Mas, sentía que existía algo que él podría hacer si tuviera el tiempo y las ganas para ello; reencaminarles o guiarles de alguna manera. Pero no. ¿Acaso no eran las madres o abuelas de estos las que habían asesinado a Amber? No eran dignos de confianza ni de un solo minuto de su tiempo. No tenía intención de convertirse en su abanderado ni tamborilero.

El grupo en pleno clavaba en él su mirada, y, entonces, cuando a raíz de tal pensamiento se disponía a prorrumpir en una respuesta ofensiva, tres helicópteros se hicieron visibles en la lejanía.

–¡Sam! –gritó Tomas–. ¡Son ellos! ¡A la casa! ¡Rápido! ¡Entrad en la casa!

Junto a Jerdren, Sam obedeció a la alerta de Tomas y tras ellos corrieron algunos de los extraños. Pero unos cuantos permanecieron vacilantes en el sitio mirando al cielo y hasta que el sonido de los disparos no hizo evidente la amenaza no comenzaron a huir. Fue tarde para varios de ellos, que al resultar alcanzados por las balas

cayeron muertos al suelo o intentaron arrastrarse heridos hacia la vivienda bajo el fuego de las metralletas.

Desde el interior de la casa, durante unos segundos Jerdren asistió a la masacre, horrorizado, y entonces corrió hacia la salida y se lanzó en ayuda de los heridos. Convertido en el objetivo de los tiradores, las balas caían sobre él sin número. Apenas se daba cuenta, pero cada una de ellas le atravesaba provocándole un dolor agudo y haciéndole sangrar durante algunos instantes. Sin embargo, no por ello disminuían sus fuerzas ni su valor, y usando su cuerpo como escudo logró salvar a dos mujeres que arrastró hacia la casa.

Allí, Sam daba indicaciones para atender a los heridos mientras Tomas corría a hervir agua con la que limpiar las heridas y esterilizar los cuchillos para intentar sacar las balas. No había medicinas en la vivienda, ni siquiera alcohol o cosas semejantes, pero Eldwin había comprado una botella de güisqui que Sam les entregó. Luego subió al piso de arriba en busca de toallas limpias que pudiesen servir como vendas.

Regresó a toda prisa y vio que Jerdren había salido de nuevo al exterior para tratar de salvar a más víctimas. Mientras, excepto unos pocos que se encargaban de los heridos, el resto se limitaba a observar a través de las ventanas.

Sam se enfureció.

–¿¡No es ésta vuestra lucha, cobardes!? –gritó–. ¿Es así como pretendéis ganarla, mirando desde una ventana? ¿Para qué me habéis buscado? ¿Para demostrarme que lo único que podéis ofrecerme es histeria y temblores?

En aquel momento sonó una explosión en el exterior. Un proyectil de gran tamaño había estallado cerca de Jerdren y éste se hallaba caído en el suelo, tumbado e inmóvil.

Fuera de sí, Sam salió de la casa y corrió hacia él. En seguida se vio rodeado y paralizado por decenas de balas que le obligaron a dar marcha atrás y refugiarse tras los arbustos de su jardín. Desde allí observó los helicópteros. Habían descendido mucho. Dos de ellos se estaban situando sobre la casa y el tercero casi parecía ir a aterrizar sobre el cuerpo de Jerdren.

Comenzó un tiroteo cuyo fin era atravesar las ventanas. Luego, proyectiles de mayor tamaño hicieron estallar el tejado y amplias zonas de la fachada.

Entonces Sam salió de detrás de los arbustos, poseído de la misma mezcla de terror e ira que había conocido sobre el volcán, y avanzó en dirección a Jerdren. Sentía tal cúmulo de energía a su alrededor que estaba seguro de que cualquier cosa que intentase atravesarla explotaría al contactar con ella, como chatarra al atravesar la atmósfera. Y así era. Cuando desde el helicóptero fue

lanzado un proyectil contra Sam, explotó al chocar contra su pantalla a varios metros de altura, y la onda expansiva arrastró al helicóptero que, girando por el aire sin control, acabó por estrellarse a unos kilómetros de la casa.

Sam había corrido hacia su hermano y examinaba sus profundas heridas.

–Ya es sólo sangre –dijo Jerdren, tratando de impostar firmeza a su voz–. Las heridas se han cerrado. –Luego, incorporándose con esfuerzo, dirigió una mirada colérica hacia los helicópteros que bombardeaban la casa, y dijo–: Se acabó. Se acabó. Se acabó.

Al instante los motores de los helicópteros dejaron de rugir, las hélices se detuvieron. Sin embargo, los aparatos no se cayeron. Flotaron lentamente hacia ellos, como pompas de jabón.

Jerdren se puso en pie. Los helicópteros continuaban acercándose a ellos en absoluto silencio. Al llegar a su altura, hizo que se detuvieran. En el interior de cada uno de ellos pudieron ver las expresiones aterradas de los pasajeros ahogándose y flotando a causa de la ausencia de gravedad.

–Creo que les va a estallar la cara –observó Sam. Jerdren se limitó a emitir un indiferente sonido afirmativo–. Tienes que enseñarme a hacer esto.

–¿No sabes hacerlo? –preguntó con sorna–. Viene en la primera página del manual para ángeles.

Sam se rió entre dientes.

–Mira. Aquel parece estar desgañitándose a gritos, pero no se oye nada.

–Y esos dos ya se han ahogado.

–Lástima. Si estuvieran a mi alcance volvería a traerlos para matarlos de nuevo.

Por detrás de ellos se oyó el sonido de diferentes pasos. El primero que corría hacia ellos era Tomas, detrás llegaban algunos miembros de Götterborn, mirando estupefactos hacia los helicópteros ingrávidos.

–¿Estáis bien? –preguntó Tomas.

–Sí –contestó Sam–. ¿Tú también?

Él asintió.

–Sois colosales –afirmó un hombre por detrás de ellos.

Sam se volvió hacia él y le espetó:

–Al contrario que vosotros.

–Ninguno de nosotros tiene tanto poder. Pero podemos mejorar, podemos aprender a actuar en grupo.

–Pues hacedlo. Pero lejos de mí y de mi hermano. ¿Os ha quedado claro o tenemos que daros un paseo en helicóptero para que nos dejéis en paz? –Le miraron en silencio. En sus rostros se leía

la vergüenza, la decepción y el temor–. Salid de lo que queda de nuestra casa y llevaos a los heridos con vosotros. Tenéis diez minutos.

Los miembros de Götterborn se introdujeron en la casa sin una sola palabra.

–¿Puedes enviar los helicópteros lejos de aquí? –inquirió Sam.

–Sin esfuerzo. Veamos cuanta velocidad soy capaz de imprimirles.

Los aparatos se deslizaron por el aire, girando sobre sí mismos, aumentando progresivamente su velocidad.

–Ya es suficiente –dijo Jerdren, y los helicópteros, como si los hilos que los sostuviesen de pronto se hubieran roto, cayeron en picado y explotaron al estrellarse contra el suelo.

–La policía no puede tardar –dijo Sam apurado–. Tenemos que alejarnos de aquí.

–Bien. Cojamos el coche.

–Primero los teléfonos. Tenemos que hablar con Eldwin. Tomas, encárgate de ir sacando el coche mientras subimos a buscarlos.

Subieron ambos las escaleras y Jerdren entró a su habitación, donde había dejado su teléfono, y Sam continuó hacia la suya, que era contigua.

Pero, a través de la puerta entreabierta escuchó el sonido de una respiración. Se detuvo y, tomando el pomo, la empujó unos centímetros para atisbar con cuidado. De espaldas a él, observando por la ventana, se hallaba Derdrell.

–Pasa –le oyó decir suavemente.

Apretando con fuerza el pomo, Sam se sobrecogió. Titubeó durante unos instantes. Finalmente avanzó hasta el centro de la habitación.

–Tus maravillosos miembros de Götterborn están ahí abajo, gimientes y despedazados –dijo–. Mediocres y patéticos como los humanos a quienes desprecian, y sin siquiera saberlo.

Derdrell se volvió hacia él y se acercó despacio con las manos entrelazadas a su espalda. En aquel instante, Jerdren abrió la puerta de par en par.

–Sam –dijo con alarma.

Sam se volvió hacia él.

–Jerdren, éste es Derdrell –dijo con desprecio.

Jerdren avanzó hasta situarse junto a Sam.

–Como puedes ver –le dijo a Derdrell–, no es un buen momento para visitas.

Derdrell le contempló en silencio.

–He tenido tantos hijos –musitó como para sí– y nunca se me ocurrió hacerlo en la forma en que Cannat te creó. Eres algo

soberbio. Cannat puede estar orgulloso. –Mirando también a Sam, añadió–: De los dos. Yo lo estoy. Como le dije a él, el despertar de vuestro potencial sólo era cuestión de un par de lecciones sabiamente administradas.

Los hermanos intercambiaron una mirada.

–Mientes –dijo Jerdren–. Jamás te hubiera consentido ponernos en peligro.

–Eso es cierto. Y no lo hizo, ni yo os hubiera puesto. Nunca habéis estado en peligro –dijo con voz tranquila–. He estado a vuestro lado cada instante. No miento. Cada segundo de estos últimos días ha sido orquestado por mí con el fin de hacer surgir y ejercitar vuestras facultades, anquilosadas a causa de su absurdo empeño en ocultaros a los males del mundo. Ahora ambos sois capaces de enfrentaros a ellos.

Se les acumulaban las preguntas, sin embargo, nada de lo que Derdrell dijese les parecería fiable, y Jerdren formuló sólo una:

–¿Tú hiciste que los de Götterborn vinieran?

Derdrell sonrió.

–Esas patéticas criaturas, como Sam las ha llamado, no son verdaderos miembros de Götterborn, sino sólo tragicómicas medianías ansiosas de reconocimiento entre las que difundí una mentira. Mi objetivo era llevaros al borde del precipicio para haceros reaccionar, y los auténticos Götterborn no os hubieran dado ocasión. Ellos habrían derribado los helicópteros, no tan bella y sorprendentemente como lo hiciste tú, pero sí mucho más rápido. No son tan fuertes como vosotros, pero están bien entrenados.

»Por otro lado, Sam, ¡me rompiste el corazón al llamarme ángel despiadado hace un rato! ¡Yo, que últimamente no he hecho más que devanarme los sesos pensando en cómo podría rehabilitarme ante tus ojos, en cómo podría lograr que me quisieras! He comprendido que toda esa rabia acumulada se debe a que me consideras el causante de la separación de tu madre, y entonces me he dicho: “Derdrell, ¡pero si sólo tienes que volver a reunirlos!”

Abriendo los brazos en un gigantesco abrazo, Derdrell se lanzó hacia ellos.

–¡No, no, no! –gritaron.

Y la habitación se quedó vacía.

Capítulo 30

El infierno está empedrado de buenas intenciones

Por primera vez desde que le había concedido a Derdrell permiso para encargarse de mejorar las habilidades de los chicos, Cannat era incapaz de localizarlos. Esto sólo podía significar que Derdrell había roto la regla más importante, sacándolos de la línea temporal o dimensión en la que se hallaban. Se arrepintió de haber confiado en él.

La conversación había tenido lugar dos días antes. Cannat acaba de hacerse cuerpo físico en el salón de la casita de la pequeña y tranquila isla de Santa María, perteneciente al archipiélago de las Islas Galápagos, donde los chicos debían presentarse al finalizar el plazo que les había otorgado. Quería averiguar, no obstante, si, hartos de la compañía humana incluso antes de lo esperado, habían regresado ya al pacífico hogar.

Le decepcionó encontrarse sumido en el silencio y la oscuridad de una casa deshabitada.

Resopló con un gesto de disgusto mientras se encaminaba hacia las ventanas, deprimido por su ausencia. ¿Por qué serían tan rebeldes? ¿Por qué tenían que salirse siempre con la suya? Sabía que existía un chiste, una paradoja y una lección en tal pensamiento, pero no le resultaba gracioso ni moralizador.

Subió las persianas y abrió de par en par las amplias ventanas, e inmediatamente penetraron el aire puro y la límpida luz del sol. Pero el silencio continuaba enseñoreado del entorno. No había pájaros que trinasen bellamente en el archipiélago, y aún menos en la minúscula Santa María. No era su lugar favorito, pero reunía las condiciones necesarias para mantener a los chicos en calma, estudiando a los seres humanos en un entorno controlado y de bajo riesgo. Incluso él conocía de vista al centenar de habitantes. La pena era que, mientras para Cannat sobraban cien humanos de esa cifra, a los chicos, empeñados en conocerlo todo acerca de ellos, se les había quedado corta.

Se había propuesto no espiarles durante sus días de escapada; de hecho, ellos le habían exigido tal promesa. Sin embargo, se había ausentado del alcance de Jerdren durante algunas horas y le preocupaba que hubiesen podido necesitarle. Decidió conectar con él tan sólo un momentito, sólo superficialmente, lo imprescindible

para asegurarse de que seguían bien. Se impuso que no durase más que un instante fugaz, y así lo cumplió. Descubrió a Jerdren intensamente preocupado, pero no asustado. Desconectó.

Se hallaban en una isla del sur de Europa. Pero, ¿por qué tal estado de ánimo? Había sentido algo extraordinariamente insólito. Insistiéndole en que aquel descubrimiento justificaba romper el pacto, su curiosidad trató de imponerse para obligarle a un contacto mayor, incluso a una presencia cercana, pero se sobrepuso a ella. No. No había advertido sufrimiento ni sensación de peligro, no necesitaban ayuda de forma imperiosa. Habían de apañarse por su cuenta y, con suerte, regresarían con el rabo entre las piernas. Sonrió.

Se dirigió al aparador y, tras desenroscar su tapón de plata, sacó un bombón de un frasco de cristal tallado. Disfrutando de su inminente triunfo, lo paladeó mientras el chocolate se deshacía en el interior de su boca liberando el licor. Seguro que a esas alturas los chicos no verían el momento de regresar a su tranquilo hogar. ¡Qué pocas ganas les quedarían de volver a imponer sus deseos por encima de los de su padre! Por otro lado, tampoco estaba mal que él se desentendiera y descansara de ellos durante un tiempo. A veces constituían tanta molestia que no le compensaba el entretenimiento que recibía de ellos.

De repente, un destello de luz invadió la sala haciendo que Cannat girase sobre sus talones.

–Din, don –canturreó jocosa la voz del recién llegado–. El ángel al que buscaba está de nuevo dentro de la cobertura.

Cannat sonrió.

–¡Derdrell! –exclamó.

Se dirigieron el uno al encuentro del otro y se fundieron en un abrazo.

–¿Dónde te metes? –le interrogó Derdrell–. Hace siglos que no te veo en nuestros momentos favoritos.

–¿No has oído las noticias? Soy un padre devoto entregado al cuidado de sus hijos.

–No tan devoto –se burló él–. Permíteme decirte que no has hecho un buen trabajo educándolos. Los has convertido en criaturas débiles y dependientes incapaces de sobrevivir por sí mismas. ¡Has desperdiciado todos sus talentos!

Alarmado, Cannat se cruzó de brazos.

–Así que conoces a mis hijos.

El comentario tenía algo de amenazante, mucho de suspicacia.

Derdrell no tenía intención de andarse con rodeos.

–¿Conocerlos? Concebí a uno de ellos.

Cannat se separó de su hermano para mirarle profundamente a

los ojos. Hacía mucho tiempo que había olvidado que Sam no era verdaderamente suyo.

Acogió la noticia con encontradas emociones. No estaba mal que hubiese sido concebido por Derdrell, en tanto no reclamase ningún tipo de derechos. No sólo porque Cannat ya no estaba dispuesto a compartir a Sam, sino también porque Derdrell era una compañía especialmente poco recomendable para él.

No pudo evitar una expresión mohína.

–¿Por qué Laima me ocultó que tú eras su padre?

Derdrell se rió entre dientes.

–Por temor a que a través de mí descubrieses quién es su abuelo.

Cannat le contempló con mayor disgusto que expectación.

–¿Qué esperas? –le interpeló–. ¿Un redoble de tambores?

–Sam teme que tus sentimientos cambien –dijo.

Cannat comenzó a sospechar que eso era justamente lo que Derdrell deseaba.

–Cualquier plan que hayas concebido para mi hijo, olvídalo. No voy a consentir que juegues con él.

Derdrell elevó los brazos con expresión de hallarse herido por el comentario.

–Lo único que pretendo es ayudarte en su educación. Recuerda que ante todo es mío. Lo he buscado sin tregua desde que, gracias a la confabulación de Laima con su madre, lo alejaron de mí.

–Algo me dice que eso fue una suerte para Sam.

–¡Claro –admitió–, y para tres cuartos de la humanidad también! Pero ahora quiero redimirme ante sus ojos. Me gusta cómo es.

–¿No habrás estado molestándole?

–No. Sólo les he observado. Están en graves problemas que son incapaces de afrontar. Mira. –Derdrell extrajo de su bolsillo la foto que Lilith le había entregado y la puso ante sus ojos.

Éste la cogió y la observó durante unos segundos. Volviéndose luego hacia su hermano, inquirió:

–¿Qué significa esto?

Con un tono de sarcasmo, Derdrell le contestó:

–Significa que tu querubín anda por ahí resucitando muertos cuando tú no le vigilas. Un humano lo grabó en película y lo difundió por sus redes electrónicas. No tardó en convertirse en la sensación. Decenas de miles de ellos le han visto y escuchado devolviéndole la vida a un muerto al tiempo que entonaba una retahíla en una lengua desconocida.

Cannat continuaba mirando la foto con expresión de disgusto.

–No sabía que pudiera resucitar… –murmuró.

–Lilith, una de mis hijas, me llamó preocupada pidiéndome ayuda para encontrar a esos chicos. Mi hijo Wendell estuvo a punto

de ser asesinado por una secta de extremistas humanos y uno de ellos le advirtió que Samael está siendo buscado para asesinarle.

–Gracias por venir a avisarme, Derdrell. Pensaré lo que hago con ellos.

–Esto no sería preocupante si tú les hubieras enseñado a defenderse –continuó Derdrell, como si no hubiera escuchado sus palabras–. Les sobran armas, pero no saben utilizarlas.

–Está bien. Iré a buscarles ahora.

–¡No! ¿Y luego qué? ¿Encerrarlos en una jaula? Incluso aunque ahora estén dispuestos a volver a tu reducido pero paradisiaco entorno, no pasará mucho tiempo antes de que recobren fuerzas, olviden lo mal que lo pasaron y quieran volver a explorar por su cuenta. Sabes que es cierto, Cannat. ¿Quieres pasarte la vida tras ellos como un ángel guardián, o esperar asustado su vuelta sabiendo que Sam es tan frágil que hasta un arma humana podría matarle? Ésta es la ocasión para que descubran su fuerza. Dame una semana y conseguiré que lo hagan.

–¿Crees que voy a dejarles en tus manos conociendo tus métodos?

–Me ofende que pienses que puedo ser cruel con alguien a quien tú quieres, máxime cuando hablamos de mi propio hijo. Tengo mucha práctica en esto. Puedo conseguirlo sin que ellos apenas noten mi presencia. ¿Quién ha sido siempre el estratega de la familia, Cannat? Puedes aprovechar estos días para tomarte un descanso de verdad. Apuesto a que no has hecho otra cosa que cuidarles y pensar en ellos desde que nacieron. Ahora…

–¡Oh, deja de intentar manipularme, Derdrell! –le interrumpió–. ¿Te crees que soy una de tus marionetas humanas? Pasas demasiado tiempo con ellas.

–No intento manipularte, sólo te ofrezco buenas razones. Escucha, podría haberme lanzado a esto por mi cuenta, sin decirte una palabra. Pero no, vengo aquí y le ruego a mi hermano que me deje participar en la educación de nuestro hijo, porque aprecio todos sus desvelos por él, porque sé que si se ha convertido en ese semidios espectacular, es gracias a él. Dame…, dame sólo dos días. Cuidaré de ellos como tú mismo.

Cannat meditó sobre esta oferta. Todo lo que Derdrell decía se lo había planteado él decenas de veces. Era cierto que los poderes de los chicos estaban aletargados y no habían aflorado apenas al haber crecido sobreprotegidos. Si surgía una ocasión de peligro no serían capaces de reaccionar a tiempo. Sin embargo, confiarle a Derdrell una misión que requería tacto y delicadeza equivalía a quitarse el problema de encima haciendo ojos ciegos a las consecuencias. Aunque quizá no fuesen tacto y delicadeza lo que necesitaba para

ayudarles.

–Mis propios hijos están con ellos –le informó Derdrell–. Sí, han logrado encontrarles y han ido a verles, así que, fíjate si voy a tener cuidado, por todos ellos, al hacerme cargo de la situación.

Sopesando los pros y los contras, Cannat finalmente decidió a su favor. Al fin y al cabo, no pensaba perderle de vista.

–Habrá que establecer unas reglas –concedió–. Y, si rompes alguna o si haces cualquier cosa indebida, no va a existir un lugar donde puedas esconderte.

Ahora, dos días después de esta conversación, arrepentido y nervioso, Cannat decidió que había llegado el momento de poner fin a la aventura de sus hijos.

Capítulo 31

El destino de Lisbeth

Al cabo de un rato de espera, Tomas decidió apagar el motor del coche e investigar la tardanza de Jerdren y Sam.

Varios de los todoterrenos habían desaparecido ya en la lejanía, y los pocos nefilims que aún quedaban ayudaban a los heridos a llegar hasta los vehículos. Uno de los cadáveres había sido portado por tres chicos hasta su Land Rover; cinco o seis cuerpos más yacían en el suelo sin atención.

La policía por suerte aún no había llegado. Los helicópteros estrellados a cierta distancia tal vez habían confundido a las escasas fuerzas del orden de los alrededores.

En el interior de la casa ya no quedaba nadie y no se oía el menor sonido por ninguna parte. Extrañado, Tomas gritó sus nombres desde la planta baja, y, al no recibir respuesta, decidió subir cautelosamente las escaleras.

Nadie en ninguna parte. Era imposible que hubiesen salido por otra puerta, ya que no existía, luego, sólo cabía la posibilidad de que alguien se los hubiese llevado.

De repente, en su cerebro Tomas percibió el murmullo familiar de las voces no humanas. Hablaban lenguas dispares que no comprendía. Sonaban confusas, superponiéndose unas sobre las otras como una orquesta mal coordinada. Lo único evidente era que parecían intentar transmitirle una alarma. ¿Tal vez algún miembro de la organización se aproximaba? Intentó concentrarse. Siempre acababa por entender el mensaje. Siempre alguna de las voces se destacaba hablando en una lengua que él comprendía. Y sucedió en seguida. Con fuerza y claridad una voz dijo: “Lisbeth se está muriendo”.

Una negación en forma de gritó escapó de su boca. Echó a correr escaleras abajo mientras sacaba el teléfono móvil y pulsaba durante dos segundos el número uno, suplicando que Lisbeth lo atendiese, aunque en el fondo de su ser sabía que su dulce voz no le respondería del otro lado. Lilith lo hizo.

–Estamos llegando –le informó–. Dile a Sam que nos espere cerca de la puerta. Hemos tenido un incidente y es posible que Lisbeth no llegue viva.

A Tomas se le congeló la sangre en las venas.

–Sam no está –dijo sin entonación–. Jerdren y él han desaparecido.

–¿Cómo que han desaparecido?

–Que se han volatilizado. Alguien se los ha llevado, supongo.

Lilith miró en silencio el cuerpo casi extinto que yacía en el asiento de atrás, mientras, al otro lado de la línea, Tomas, apoyado en el quicio de la puerta exterior, estaba a punto de derrumbarse.

Lilith recordó que Eldwin había sanado las heridas de Sam y de Elma y le preguntó:

–¿Qué sabes de Eldwin? ¿No os ha llamado?

Viendo una luz de esperanza, Tomas trató de sobreponerse e intentó pensar.

–Si ha llamado no le hemos oído –respondió balbuciente–. También ha habido incidencias aquí. Yo no tengo su número.

Lilith bajó el aparato y miró a su hermano.

–¿Qué podemos hacer? –dijo en voz baja, intentando que Tomas no la oyese–. No creo que haya ningún hospital en muchos kilómetros. Habría que preguntar por un médico en la población más cercana, pero dudo que llegue viva. ¿No es mejor continuar a la casa y que Tomas pueda despedirse?

Wendell asintió desesperado. Las opciones eran horribles, pero Lilith tenía razón. A Lisbeth la sostenía tan sólo un hilo de vida que en cualquier instante se rompería. Ojalá al menos pudiese tener entre las suyas la mano de Tomas cuando llegase el momento.

Lilith retomó el auricular y le pidió a Tomas que aguardase con paciencia unos minutos más. Pronto llegarían.

Cuando ella cortó la llamada, Wendell le dijo:

–Lilith, te preocupas por ella, ¿te importa?

La había mirado de reojo, esperanzado, al formular la pregunta.

Ella comprendió la razón y le contestó:

–No, Wendell, no lo suficiente. Es Tomas quien me preocupa. No soportará un palo como éste. –Él miró al frente, desilusionado–. ¿Qué crees que les ha pasado a Sam y a Jerdren? Dice que han desaparecido de la casa. ¿Su padre, quizá?

Wendell hizo un gesto dubitativo.

–Mientras no sea el nuestro… ¡Eh! ¡Fíjate!

La razón de su asombro se debía a tres vehículos accidentados en ambos arcenes. Dos eran coches de policía, el tercero un todoterreno.

Los pasaron de prisa, y Lilith se dio la vuelta para mirar en sus interiores.

–¡Hay policías dentro! –exclamó–. Parecen malheridos o muertos. ¿Tendrá esto que ver con el incidente del que me ha hablado Tomas?

Pocos minutos después la casa aparecía ante ellos. Ya había caído la noche y no advirtieron su estado hasta que estuvieron muy cerca.

–Dios mío, parece un queso de Gruyere –dijo Wendell–. Menos mal que sabemos que Sam está bien.

Tomas había corrido hacia ellos al verles llegar. Lilith y Wendell salieron del coche y corrieron a abrir la puerta. Tomas se quedó paralizado al ver el estado en que Lisbeth se encontraba.

–Sé fuerte –le susurró Lilith–. Tenemos que llevarla dentro de la casa, con muchísimo cuidado.

Entre los tres consiguieron transportarla de forma casi completamente horizontal. Pese a que parecía inconsciente, ella se quejó numerosas veces.

La tumbaron en el sofá lo mejor que pudieron y Tomas trató de limpiar de sangre su rostro mientras la consolaba con sus palabras, pese a que ella no diese signos de oírle. Horrorizado, con la piel de su rostro blanca y fría como la cera, Tomas observaba las espantosas heridas.

–No le quites el fragmento de metal, se desangraría –le aconsejó Lilith. Luego, se arrodilló junto a la joven y le susurró con ternura–: Lisbeth, vamos a contarle a Tomas lo que has hecho, ¿vale? Verás que contento se pone.

Le dio al chico detalles de lo sucedido en la carretera.

–Ella los ha matado –repitió él para sí. Se había arrodillado también y tenía las manos de ella entre las suyas. La humedad en sus ojos apenas le permitía distinguir su rostro–. Siempre supe lo valiente que eres, Lis. Escucha, en cuanto estés mejor nos iremos muy lejos de aquí. Olvidaremos el pasado. Empezaremos de cero en una cabaña en medio de un bosque verde y lleno de lagos, como tú siempre has querido…

La voz de Tomas se entrecortaba y Lilith se levantó para dejarles a solas.

Se acercó a su hermano y le susurró:

–Qué desagradable es esto.

–¿Desagradable? –musitó él–. Es estremecedor. Tiene que haber algo que podamos hacer, Lil.

Ella reflexionó intensamente. Podían intentar contactar con Eldwin telepáticamente, pero apenas le conocían y dudaba que funcionase.

–¡Escuchad! –exclamó Wendell de pronto, con un dedo índice señalando al techo.

Tomas y Lilith le miraron con atención. En seguida lo oyeron. ¡Era un teléfono sonando en el piso de arriba! Al instante se lanzaron los tres hacia la escalera, Tomas encabezando la carrera.

La llamada venía de la habitación de Sam, y allí, sobre la mesilla de noche, el chico encontró el aparato. Miró la pantalla fugazmente mientras lo aproximaba rápidamente a su oreja. ¡Era Eldwin!

–¿Dónde estás? ¡Es urgente que vengas! –habló Tomas.

Lilith y Wendell le miraban atentos, intentando inferir de su expresión lo que Eldwin decía. Y lo que vieron fue el rostro de Tomas marchitándose por momentos. Tenso y rígido como una estatua, sostenía el teléfono incapaz de responder a las voces de Eldwin, que, tras haberle dado la explicación, le llamaba al otro lado.

Lilith le arrancó el teléfono y pidió a Eldwin que la informase. Él le explicó que había llamado a Sam y a Jerdren numerosas veces y les había dejado mensajes incontestados. Estaba preocupado. Elma no había encontrado un vuelo con plazas libres. Ambos habían estado hasta entonces intentando conseguir un barco. La gente los había acaparado ante el miedo a una explosión del volcán. Acababan de salir de Puerto del Carmen en él. No lo gobernaban muy bien. Le dio el nombre del puerto más cercano a la casa, hacia donde se dirigían para esperarles.

Luego, Lilith le habló de la desaparición de Sam y de Jerdren, y le explicó la situación de Lisbeth. Eldwin, con la voz transmutada por el disgusto, le dijo que tomaría un coche al llegar al puerto, pero que tardarían al menos tres o cuatro horas. Quizá más.

Mientras hablaba con él, Lilith observaba sobrecogida la mirada perdida de Tomas. Aquella noticia firmaba la sentencia de muerte de Lisbeth, y él lo sabía.

Abajo, sola, Lisbeth deliraba.

Soñaba con fuego, enormes llamaradas que la devoraban mientras ella chillaba y chillaba.

Entonces, algo consiguió hacerle entreabrir los ojos. Borrosamente creyó ver de nuevo a su lado a su mítica figura salvadora, el dios resplandeciente cuyo recuerdo la había acompañado cada segundo de su vida. Las memorias infantiles volvieron a su mente y sobrecogida, como en una petición de auxilio, murmuró:

–Laima.

El ángel, que aún no la había prestado atención, absorto en el aspecto de la destruida casa, giró hacia ella sus azules ojos.

No era más que una humana a medio camino entre la vida y la muerte. ¿De qué conocía a Laima?

Cannat había dejado de sentir la presencia de Jerdren y de Sam y buscaba la razón en aquella casa. ¿Podría dársela la moribunda? No era preciso perder tiempo con ella. En la planta de arriba había alguien más: los hijos de su hermano Derdrell.

Echó a andar hacia la escalera y entonces, al pasar junto a la muchacha, se sintió retenido. Con la fuerza de un bebé, la moribunda se había agarrado a su pantalón. Cannat iba a levantar la mano para darle un golpe en el brazo cuando de entre los febriles labios oyó escapar su nombre.

–Cannat… –Se quedó quieto. ¿Le conocía? ¿De qué? Su rostro inflamado no le decía nada, ni tampoco su aura. Sus labios continuaban moviéndose, pero tan sólo se dejaba oír alguna sílaba aislada. Hasta que, por unos instantes, la muchacha pareció concentrar todas las fuerzas de su cuerpo para suplicar–: No dejes que me queme.

Cannat frunció su ceño con asombro. Había algo en todo aquello que le sonaba, pero carecía de tiempo para atar cabos. Sin duda Derdrell estaba detrás de la desaparición de sus hijos. Eso significaba que había incumplido el acuerdo y que ya no podía confiar en él. Tenía que encontrar a Sam.

Se tomó un instante más para evaluar lo concerniente a la chica. Por desgracia, el que estuviese allí significaba que probablemente Jerdren y Sam se habían hecho amigos de ella, y lamentarían su muerte.

Cannat rezongó molesto, concluyendo que sería mejor perder un momento para salvarla.

Lisbeth vio algo parecido a una llama gigante, de un amarillo suave y resplandeciente, que se la tragaba, y luego cerró los ojos.

Cuando Cannat terminó la desagradable misión de sanarla, se acercó a la escalera. Desde allí estuvo escuchando la conversación de los hijos de Derdrell. De ella dedujo que ignoraban el paradero de los suyos. Luego oyó sus pasos regresando para acompañar a la herida, y entonces se evanesció.

Agarrado a la barandilla, Tomas descendió como un zombi por la escalera. Sentía un dolor en el pecho que interrumpía su respiración. No podía pensar. Wendell se puso a su lado, incapaz de encontrar qué decir. Lilith les miraba con tristeza y preocupación.

El salón se hallaba silencioso, como lo dejaron. Lisbeth continuaba tumbada, quieta. Tomas se acercó a su lado y se quedó de pie, contemplándola. Aún respiraba. De hecho, respiraba de forma más patente que antes, más claramente perceptible. Se fijó en su cara. Había perdido la mórbida lividez, la frialdad de cera que la hacía parecer ya un cadáver, la tremenda hinchazón. Estaba sonrosada. “Tal vez sea a causa de la sangre que he intentado limpiarle”, se dijo Tomas, aunque no era la impresión que le daba. Parecía como si tan sólo durmiese pacíficamente. Entonces Tomas descubrió el trozo de metal que había atravesado su pecho caído a los pies del sofá.

–¡Lilith! –exclamó.

Ella corrió a su lado. Miró hacia el fragmento ensangrentado que él señalaba. También lo hizo Wendell, y fue éste quien se acuclilló junto a Lisbeth y pronunció su nombre repetidamente hasta que sus ojos se abrieron.

–¿Se ha ido? –preguntó ella. Su voz ya no era mortecina y agónica, sino que tenía el tono perezoso de quien se despierta tras un largo sueño.

–¿Quién? –preguntó Lilith–. ¿A quién has visto?

Ella se esforzó en pensar. Frunció el ceño.

–No estoy segura –dijo.

Lilith le levantó con cuidado la sangrienta y destrozada blusa.

–¡La han sanado! ¡No tiene ni una sola señal! –Se volvió a Tomas, con los ojos relucientes. Él estaba plantado a su lado, sin atreverse a creer lo que se le decía. Ella le empujó–. ¡Está tan sana como tú y como yo, bobo! ¡Va a vivir!

Lisbeth, asustada ante el rostro paralizado de él, se levantó del asiento y se puso en pie, con la misma naturalidad y fuerza que hubiese mostrado el día anterior.

Tomas, por fin, se abrazó a ella, abrumado por las emociones, dando gracias a Dios en su interior y bendiciendo a quien quiera que fuese que había obrado el milagro.

Wendell y Lilith se apartaron un poco.

–¿Quién crees que ha podido hacerlo? –preguntó él con aprensión.

–Ni idea. Ha venido de pronto, no se ha dejado ver, ha estado un instante y se ha largado. No me gustaría en otras circunstancias, pero, dado que lo único que parece haber hecho es salvarle la vida, mejor no protestar.

A ella le brillaban los ojos de felicidad. Su hermano lo notó.

–Sabía que eras tú quien la mantenía con vida –dijo.

–¿Qué dices? No.

–Entonces, ¿por qué estás tan feliz ahora?

Ella sacudió la cabeza con expresión de espanto.

–La muerte es peor de lo que imaginaba –declaró–. No para quienes mueren, sino para quienes se quedan aquí, aún más solos de lo que ya estaban. Puede que simplemente no estuviese escrito en su destino morir. Puede que ahora esté en el lugar donde siempre debió estar.

Wendell la miró con extrañeza. ¿Por qué diría aquello? Parecía algo ausente. A veces le sobrevenían inspiraciones extrañas.

Capítulo 32

El pasado, presente es

Al incorporarse tras recoger la chaqueta que se le había caído, Amber tuvo la seguridad de haber vivido aquel mismo instante en una ocasión diferente. Sabiendo lo que podía significar, permaneció inmóvil durante unos segundos, atenta a cualquier sensación o recuerdo que pudiese sobrevenirle.

Se hallaba en el amplio dormitorio que había compartido con su hijo hasta la noche anterior, un lugar que no albergaba intención de abandonar mientras las circunstancias no la obligasen. Debía prorrogar lo más posible la creencia de que su bebé aún permanecía con ella. Cuanta más tierra de por medio lograsen poner, más seguros estarían Dieter y el niño.

Sus sentidos no le ofrecían mayor información. Como la vía de un ferrocarril que se desvía en un instante para facilitar el cambio de sentido de un tren, así se había producido el salto hacia una línea temporal distinta. "Alguien ha cambiado algo, pero ¿por qué? –se preguntó Amber–. ¿Acaso Derdrell ha descubierto la huida y ha producido alguna espectacular alteración para impedirla?"

Se acercó a la cuna y miró en su interior. Continuaba triste, fría y vacía.

Amber cogió la almohadita, que aún olía a su bebé, y recostó en ella su mejilla, procurando no volver a llorar.

Y en aquel momento el picaporte de la puerta descendió con suavidad y ésta comenzó lentamente a abrirse.

Amber se puso en guardia. No podía consentir que nadie viese la cuna vacía.

–¡Cómo te atreves a irrumpir en esta habitación! –gritó.

Se quedó con la mirada clavada en la puerta, que continuaba abriéndose despaciosamente, pensando en cómo impedir el paso del intruso y preparándose para emplear la fuerza. Entonces vio asomar una cabeza morena y luego unos ojos dulces que la contemplaban con tanta precaución como asombro y ternura.

Viendo que ella se había quedado paralizada y expectante, Sam se decidió a penetrar en la habitación, entornando la puerta tras de sí.

–Si das un paso más te hago saltar por los aires –dijo ella–. No te conozco. ¿Quién eres?

Sam contempló la forma en que ella apretaba contra sí la pequeña almohada bajo uno de sus brazos, y observó la cuna a su lado. Tenía los ojos enrojecidos, pero una expresión feroz. Tan sólo hacía unas horas que le había perdido.

–Sí me conoces –susurró él–, sólo que ya…, no cabría en esa cuna.

Un cambio de expresión total se produjo en la faz de Amber. Por un momento centelleó en sus ojos la esperanza, luego el recelo. No dijo nada, sino que permaneció observándole, considerando las posibilidades.

Sam se sentía abrumado. Todo había sucedido tan rápido y forzadamente… Jamás había imaginado en su mente qué conversación podría tener lugar entre ellos. ¿Cómo hacerle creer que era su hijo, si lo que tenía delante era un hombre de casi su misma edad?

Habían atravesado una pequeña parte del corredor, que le había parecido frío y siniestro, y luego Derdrell se había detenido ante la puerta y le había dicho: "Ahí dentro está tu madre. Si escoges no atravesar la puerta, nunca vuelvas a culparme por haberos separado".

–He leído tu diario –balbuceó Sam–. He crecido a salvo, muy lejos de esta época, y he sido feliz, como Laima te dijo que sucedería. Ah, y estate tranquila por Eldwin porque sigue vivo y en plena forma. Él fue quien me entregó tu diario.

Muda de asombro y fascinación, el rostro de Amber parecía indicar que comenzaba a dar crédito a sus palabras.

Sam no recordaba haberse sentido más nervioso jamás. Estaba frente a ella, frente a su madre, y simplemente era tan incapaz de asumirlo como ella misma.

Decidió acercarse a su lado, y ella no se lo impidió. Sus manos jugueteaban a entrelazarse y su mirada iba y venía hacia los ojos de Amber.

Con el dorso de su mano, ella le acarició la mejilla, intentando cerciorarse de que aquello era real. Pero aun desconfiaba y le observaba con aprehensión. ¿Un nuevo engaño de Derdrell? ¿Su venganza por haberle separado de su hijo?

Sam se la cogió entre las suyas y la miró con temor.

Acercándose despacio a su oído, susurró:

–Derdrell está tras la puerta, y no estoy seguro de cuáles son sus intenciones.

Ella se envaró al oír esto. La alarma materna que había desarrollado durante los últimos meses saltó como un resorte.

–¿Por qué está contigo?

–Me encontró hace unos días. Dice que me ha traído aquí para

congraciarse conmigo, pero ahora estamos los tres a su merced, en este tiempo y lugar.

–¿Quién es el tercero?

–Mi hermano, el hijo de Laima.

Amber lanzó la almohada sobre la cuna y puso su mano libre sobre la de él. Sabía que no debía abandonarse a la situación, que podía tratarse de un mero espejismo, pero no podía, no quería resistirse a las emociones.

Un ligero crujido les llamó la atención sobre la puerta, que se abría ampliamente dejando ver a Derdrell al otro lado y al hermano de Sam unos pasos detrás de él.

Derdrell avanzó hacia ellos, mirando a Amber con serenidad.

El corazón de ella batía en su pecho.

–No quería que murieses –dijo el ángel quedamente–. Aunque estaba realmente enfadado.

Amber exhaló con fuerza.

–¿Quién me mató?

–Las valquirias y sus amigos. Vengué tu muerte, aunque unos cuantos habían huido. –Se quedó en silencio, perdiendo la mirada en los ojos de ella. Al cabo de unos instantes, abriendo los brazos gesticulante, agregó–: No importa: el pasado, presente es. Quiero devolverle a nuestro hijo lo que me reprocha haberle quitado.

–¿Qué significa exactamente eso? –receló Amber.

Con los ojos brillantes de malicia, Derdrell le dirigió esa sonrisa suave e irónica pero encantadora que ella tan bien conocía.

–Significa que ahora que está crecidito pienso hacer que Hitler dimita de su cargo y le nombre a él Líder Supremo de Todo el Planeta. Tú estarás a su lado, ejerciendo de reina madre o algo por el estilo. –Era obvio que bromeaba, pese a lo que Amber le miró con frialdad. Tornándose serio, Derdrell añadió–: Significa que voy a llevarte con Sam al momento y lugar del que vinimos.

No hubo tiempo para pensar en estas palabras, tan pronto su última sílaba brotó de los labios del ángel, Sam, Amber y Jerdren se encontraron en la isla de Santa María, Galápagos, donde Derdrell se había comprometido con su hermano a llevarles.

Capítulo 33

Un viaje fugaz

Al dejar a Sam, Jerdren y Amber a salvo en Santa María, Derdrell fue en busca de Lilith y Wendell con la intención de enviarlos con su madre.

Después de que Lisbeth se recuperase, habían llamado a Eldwin y, ante el temor de que la policía acabase por llegar a la casa sembrada de cadáveres, acordaron reunirse con Elma y con él en el puerto donde tenían atracado su yate. En aquel momento se hallaban los seis allí reunidos, departiendo sobre lo que debían hacer. Aunque se sentían a salvo, todos estaban preocupados por Jerdren y Sam.

Ya se había hecho de noche y, por enésima vez, sin esperanza, Lilith marcó el número de Jerdren en el teléfono de Sam. Cuando la señal se interrumpió, dando paso a la voz de Jerdren, Lilith estalló de alegría.

–¡Están en las Islas Galápagos! –gritó–. ¡Los dos están bien!

Desde algunos metros de distancia, Derdrell contempló el subsecuente jolgorio con satisfacción.

Luego, Jerdren continuó informando brevemente a Lilith: a dónde les había llevado Derdrell, que ahora la madre de Sam estaba con ellos. Parecía aturdido por los acontecimientos.

Al oír la noticia acerca de Amber, Eldwin estalló de felicidad.

–¿Hasta dónde podremos llegar con este barco? –le preguntó Wendell.

–No muy lejos –respondió, con la voz temblando de emoción–. Creo que lo mejor será dirigirnos a una isla vecina y allí tomar un avión hasta Madrid, de allí otro a Quito y otro al aeropuerto del archipiélago. O a una ciudad intermedia, no lo sé. Luego habrá que encontrar una embarcación que nos lleve a esa islita.

Todos se lamentaron al oír esto.

–¡Nos llevará días! –se quejó Lilith–. ¡Ojalá papá estuviera aquí!

–¡Ni se te ocurra pensarlo, Lil! –exclamó su hermano–. Es él quien les ha enviado a miles de kilómetros después de pegarles un susto de muerte.

–¿Cómo? –interpeló ella indignada–. ¿Encima de que ha salvado a la madre de Sam se lo reprochas?

Se enzarzaron en una discusión sobre su padre, como solían,

bajo la sorprendida mirada de los demás. Y entonces, de un instante para otro, la noche cerrada dio paso a un luminoso día.

En el barco se hizo el silencio. El pequeño grupo de pasajeros se unió, apretujándose unos contra los otros, mirando en derredor, confusos, asustados y atónitos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Lisbeth.

–El puerto no está –observó Tomas, sumido en una sensación de irrealidad.

–Porque no estamos en Lanzarote –señaló Elma–. El paisaje es completamente distinto y esto es sólo un pequeño muelle de madera. ¿Alguna idea, Eldwin?

Un enorme pájaro negro atravesaba el cielo sobre sus cabezas. En la hermosa playa de fina arena blanca, un grupo de lobos marinos tomaba el sol en calma.

–Una sospecha bastante segura –respondió él–. Nos han traído a Santa María.

Capítulo 34

Reencuentro

Un instante después de que Jerdren, Sam y Amber apareciesen en Santa María, Cannat percibió su presencia y acudió al reencuentro.

Al aparecer en la casita encontró a sus dos chicos desorientados, sucios, llenos de sangre y con las ropas destrozadas. Lo bastante bien como para tranquilizarse, y lo suficientemente mal como para colegir que su aventura había dado los frutos que él esperaba. No dejó que le vieran, sino que permaneció observándoles sin materializarse. Sam tenía entre sus manos las de una joven que a Cannat le llamó gratamente la atención. Luego se fundieron en un abrazo. ¿De quién se trataría?

–Es la madre de Sam, Amber –susurró la voz de Derdrell a su lado.

Sorprendido por la noticia, Cannat se volvió hacia él y le miró con desagrado.

–Has hecho lo que has querido, como siempre. No has debido traerla.

–No te enfades. He cuidado cada punto. Todos están bien. Mira que feliz está Sam. Si yo apareciese, fingiría que me lo reprocha, pero sólo lo haría por descargar su propia conciencia. No te preocupes por ella. Siempre le guardaran un lugar privilegiado ahí arriba.

Pronunció esta última frase con amarga mordacidad, y Cannat recordó que aún no le había contado lo que sabía sobre el padre de Amber. Hacía tiempo que tenía en sus pensamientos la peor de las posibilidades, y viéndola a ella se afianzaban. No quiso entrar en grandes e irritantes explicaciones, simplemente susurró su nombre.

–¿Miguel?

Derdrell se rio entre dientes.

–Recuerdo muy bien el odio y el ansia de venganza que sentí cuando yo me enteré. Sólo pensaba en convertir su vida en un infierno con tal de que él se presentase ante mí una vez más. Pero, no importaba lo que ella sufriese, él jamás la ayudó, ni tampoco a Sam.

–¿Y te atreves a traerla aquí, a mi casa?

–¿No me has escuchado? Es sólo una como nosotros: olvidada y

abandonada por su padre. Sin embargo, entendería que te odiaras y avergonzaras al haberte convertido en niñero del descendiente del más grande de los traidores. Aun así, tu cariño por Sam no morirá de golpe. Pero no tienes porqué luchar contra tus sentimientos encontrados. Yo les buscaré a Amber y a él un buen lugar donde aprovechar el tiempo perdido. Sabrás que está bien, sin necesidad de verle cada día recordándote…

–¡Oh, cállate ya! –le atajó Cannat–. Debes mejorar tus técnicas de persuasión; eres demasiado evidente. Tu noticia no me pilla por sorpresa. Pensé mucho en ello cuando Sam era pequeño, y apenas hacía unas semanas que lo tenía cuando dejó de interesarme la cuestión, porque ya entonces se me había hecho claro que Sam era un ente único, independiente de su creador, lo mismo que tú y que yo. ¿Me tiene que molestar que descienda de Miguel? Según como lo mire, porque soy yo quien se ha beneficiado de su estupidez al haber desdeñado la felicidad de su compañía, soy yo quien disfruta de un amor que él jamás conocerá, y soy yo quien puede hacer que Sam le escupa a la cara y le rechace por mí. Y ya no hay nada, absolutamente nada, que él pueda hacer para cambiar esto. –Derdrell le contempló con una expresión ingenua, admirada, sincera–. Creo que es preferible que te eclipses, al menos durante un tiempo. Si Sam está de acuerdo en verte, te informaré. Pero no hagas planes retorcidos. No te daré oportunidad de ponerlos en práctica.

Derdrell se mostró de acuerdo en alejarse de Sam durante un tiempo. Se abrazaron con fuerza los dos, y luego él desapareció.

Uno a uno, abandonaron el yate con cuidado y cruzaron el rústico muelle hasta la arena. A la derecha habían visto una casita que pensaban investigar. Si todo salía perfecto, Jerdren y Sam estarían allí, si no era tan perfecto, esperaban que al menos hubiese alguien que pudiese ayudarles.

El aturdido grupo, dándose apoyo moral y físico los unos a los otros, logró llegar hasta la puerta y Eldwin llamó con sus nudillos. Nadie respondió, pero se oían ruidos en el interior e insistió. De golpe se encontraron con la cara de Jerdren mirándoles, primero asombrado, luego encantado. Abrió los brazos, intentando abrazarles a todos.

Fueron entrando a la luminosa vivienda y, en seguida, Eldwin y Amber se encontraron frente a frente. Él permaneció boquiabierto y hierático hasta que ella, tras observarle unos instantes sonriendo de felicidad, se lanzó a sus brazos. Lloraron ambos, sumergidos en su abrazo, mientras todos los demás sonreían emocionados.

Entre todos habían preparado una cena frugal gracias a las latas que siempre almacenaban en sus viviendas. Elma se había hecho en seguida con el control del hogar, distribuyendo las habitaciones y organizando la convivencia.

Tomas y Lisbeth se sentían libres y dichosos por primera vez en sus vidas. Era cierto que WahreMenschlichkeit seguía existiendo, que no todos los que habían destrozado sus vidas habían pagado por ello, sin embargo, ante ellos se había abierto una puerta que ya nunca se cerraría. Ahora conocían el valor de la amistad y la verdadera familia, fuese o no consanguínea, y las emociones que les embargaban no dejaban lugar al rencor, el dolor ni la ira. No iban a estar solos en una larga temporada: Elma y Eldwin habían hablado de alquilar una casa más grande en la isla, y en sus comentarios ambos habían hecho el recuento de las habitaciones necesarias dando por sentada su compañía. Ellos estaban encantados y agradecidos.

Abrazada a Eldwin, Amber, que aún creía estar soñando, contemplaba a su hijo con la fascinación brillando en su mirada.

Unos segundos después de la medianoche, Sam y Jerdren salieron al exterior y se acercaron hasta la playa. Temían que su padre la armase si llegaba a la casa y la encontraba llena de desconocidos, entre los cuales, para colmo, se incluían humanos.

No les dio tiempo a impacientarse, pues pronto vieron su figura encaminándose hacia ellos.

Sam estaba nervioso, temiendo que la actitud de su padre hubiese cambiado si Derdrell le había hablado de lo de su abuelo, pero en cuanto le tuvo delante, todas sus aprensiones desaparecieron y se lanzó a él abrazándole con todas sus fuerzas y llenándole de besos igual que cuando era niño. Cannat abrió su brazo derecho para dar cabida a Jerdren, que, detenido frente a ellos, observaba indeciso.

–Te llamamos, ¿dónde estabas? ¿Por qué no viniste? –le preguntó Jerdren al abrazarse a él.

–¿Por qué estás tan seguro de que no lo hice? –le respondió.

Ambos le miraron con sorpresa, como si no pudiesen creer el poco aprecio que había mostrado por su sufrimiento.

–¿Quieres decir que sabiendo lo de Derdrell nos dejaste a su merced? –protestó Sam.

–Derdrell forma parte de ese mundo que tantas ganas teníais de conocer, y estáis los dos sanos, ¿o no?

–Entonces –musitó Sam titubeante–, ¿sabes que mi madre está en la casa? –Él asintió–. ¿Sabes lo de…, lo de que ella es…, hija…?

–Sí, Sam lo sé. No estoy de acuerdo con lo que Derdrell ha

hecho, pero me alegra que puedas conocerla, si es lo que querías. Parece digna de ser tu madre.

–Es maravillosa –aseguró él con los ojos encendidos–. Al final, las cosas no han salido tan mal. Hemos recuperado a mi madre y hemos hecho muchos amigos.

–Oh, sí. Ya lo he visto –contestó Cannat con cara de poco agrado–. Por cierto, le he prometido a Derdrell enviar a sus hijos a casa.

–Todavía no, por favor, papá –rogó Sam–. Me gustaría conocerlos un poco más. No he sido muy amable con ellos y quisiera poder enmendarlo.

–Muy bien. Toda la casa está llena de gente, ¿dónde esperáis que pase yo la noche?

Los dos hermanos se miraron al instante, recordando las maravillosas noches pasadas bajo el firmamento en lugares semejantes a aquel.

–Aquí, con nosotros –dijeron al unísono.

Se sentaron los tres sobre el suave colchón de arena iluminados por las estrellas y, durante toda la noche, felices y emocionados, le contaron a su padre cuanto habían vivido.

= = = = = = = = =

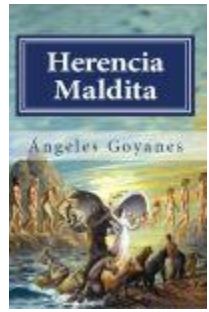
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

LA CONCUBINA DEL DIABLO

Poco antes de la hora de su ejecución una mujer narra, en una fascinante confesión a su sacerdote, la historia de su apasionado amor por un ángel caído. La novela arranca en la Francia de 1212, en medio de las luchas de los cátaros. La familia de la joven protagonista ha sido asesinada y ella y un amigo huyen hacia Marsella, donde tomarán un barco rumbo a Tierra Santa para participar en la histórica Cruzada de los Niños. Engañada y vendida como esclava, pronto será liberada por el ángel caído protagonista de la historia, un ser fascinante, bello, misterioso, que desea ansiosamente el reencuentro con el Dios que lo ha expulsado pero que es a veces también profundamente cruel. Esto es sólo el comienzo de una historia que se desarrolla a través de diversos escenarios geográficos y temporales ágilmente descritos, fundamentalmente la Francia de las Cruzadas, Egipto, el París medieval, la Florencia renacentista y la América precolombina.

Ver en Amazon.com

HERENCIA MALDITA



Habiendo vivido una existencia difícil y abrumado por el terror a una nueva vida tras de su inminente fallecimiento, un multimillonario, firme creyente en el budismo y la reencarnación, empleará sus últimos días en planificar su próxima vida. Obsesionado con la idea de encontrar el modo de transmitir a su yo futuro sus bienes actuales, buscará la ayuda de un conocido, un prestigioso experto en doctrinas orientales, con la intención de que, a su muerte, sea el encargado de buscar a la criatura en quien se haya reencarnado, de procurarle un hogar perfecto y de conseguir que su fortuna vuelva a pasar a sus manos. El joven se mostrará reticente a aceptar la proposición, considerándola producto de una mente enferma. Sin embargo, años después, el destino hará que la propuesta haya de ser reconsiderada. Suspense, intriga y terror psicológico marcan esta novela de original argumento y sorprendente final.

Ver enAmazon.com

EL MAESTRO ENVENENADOR

Una mañana de 1470 el joven Ghezzo Bardi entabla amistad en Florencia con un pintor callejero llamado Leonardo da Vinci. Con su ayuda Ghezzo podrá estudiar a su lado en el taller del reputado maestro Verrochio. Cuando el padre de Ghezzo muere de forma misteriosa, junto con todos los demás cocineros de la taberna en la que trabaja y a la que se había incorporado Leonardo como camarero, Ghezzo se adentra en el estudio de las sustancias venenosas en un intento de descartar sus temores de que su amigo Leonardo, ascendido a jefe de cocina tras la muerte de todos los cocineros, haya tenido alguna responsabilidad en el suceso. La hermosa Florencia, Venecia con su insólito Consejo de los Diez, y el Milán de Ludovico el Moro son algunos de los escenarios que el libro recorre.

Ver en Amazon.com

SOBRE LA AUTORA

Ángeles Goyanes, nació en Madrid, ciudad donde reside cuando no está viajando, su gran afición. Es diplomada en Turismo e historiadora, así como experta en nuevas tecnologías.

Además de diversos relatos y artículos de prensa y de investigación, ha publicado las novelas *La Concubina del Diablo*, *El Maestro Envenenador* y *Herencia Maldita*, con gran reconocimiento de público y crítica. Su pasión por ahondar en las distintas culturas junto a sus conocimientos históricos marcan fuertemente sus obras.

http://www.angelesgoyanes.com